

LIBRERIA
DE LA
REAL
ACADEMIA
DE LAS
CIENCIAS

1835

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

R

SERVICIO HISTORICO



ERCITO ESPAÑOL

-6-

DEPÓSITO DE LA GUERRA
BIBLIOTECA

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



ERCITO ESPAÑOL

ESTANTE 20

TABLA

NUMº

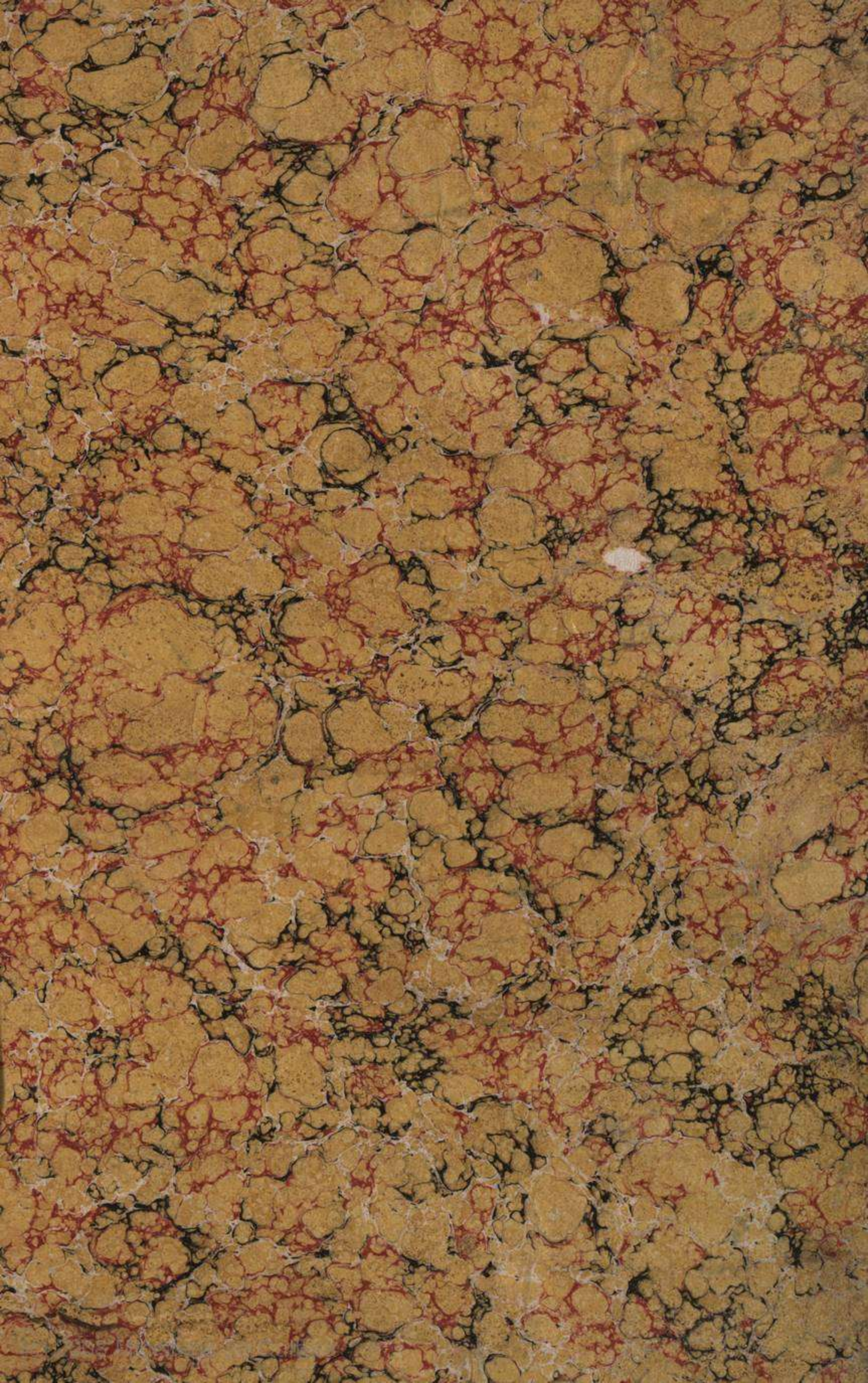
Handwritten notes on a small paper slip:
8 17
6 14
4 9
nº 151

Inscripción

Clasificación

Colocación	Sala	visión
	Estante 6	e. 55 36
	Tabla 3	32 4
	Núm. 1335	9 9
	-11-	numero. 9 9

32183



BD2-946

ML-R-125-A

1835

11

DEFENSA

DEL HONOR

DE LA NACION ESPAÑOLA

CONTRA

LAS INJUSTAS ACUSACIONES

QUE LE HACE

LA RIVALIDAD EXTRANJERA.

DEFENSA

DEL HOMBRE

DE LA NACIÓN ESPAÑOLA

CONTRA

LAS INJUSTAS ACUSACIONES

QUE LE HACE

LA REVOLUCIÓN EXTRANJERA.

OBSERVACIONES

SOBRE LA HISTORIA

DE LA

GUERRA DE ESPAÑA,

QUE ESCRIBE EN INGLÉS

EL TENIENTE CORONEL NAPIER,

PUBLICADAS EN LONDRES, EL AÑO DE 1830

POR

DON JOSÉ CANGA ARGÜELLES,

Y REIMPRESAS EN VIRTUD DE ORDEN DE S. M.

.....
TOMO II.
.....



MADRID:

IMPRESA DE DON MARCELINO CALERO.

1835.

RESERVA

LIBRO DE HISTORIA

GUERRA DE ESPAÑA

QUE EScribe EL AUTOR

EL TERTIUM COGNOME TAVIUS

TERMINADA EN MADRID EL AÑO DE 1830

El que no defiende su patria, ó no es hombre ó no es hijo.
Melo. Hist. de la Guerra de Cataluña, lib. 5, § xvii.

DON JOSE GARCIA ARGENTIERO

Y REVISOR EN VIRTUD DE ORDEN DE S. M.

TOMO II

MADRID:

IMPRESA DE DON MATEO GARCIA

1830

INDICE.

	<i>Fol.</i>
Prólogo.	9
Introduccion.	19
ARTICULO I.	
DEL CARACTER ESPAÑOL.	27
ARTICULO II.	
EQUIVOCACIONES LASTIMOSAS EN QUE INCUR- RE EL SR. NAPIER.	34
§ I. Supuesto abatimiento de los españoles en los reveses.	34
2. Si las hostilidades del Austria hicieron re- nacer la energía española.	39
3. Los vecinos de Madrid no se sometieron á Napoleon, por miedo ó convencimiento.	41
§ II. Supuesta debilidad de los españoles en sos- tener la lucha	46
1. Opinion infundada del Sr. Napier.	id.
2. Pruebas de la energía de los españoles	id.
3. No fué la debilidad de los españoles la causa de la retirada de los ingleses	52
4. Los españoles detuvieron los pasos de los francéses en España.	62
5. Wellington peleó en España, por España, y con España.	96
6. Cotejo de los esfuerzos de los españoles y de los portuguéses	103
§ III. Proezas españolas deprimidas por el Sr. Napier.	117
1. En Zaragoza.	id.

	<i>Fol.</i>
2. En Cataluña.	145
3. En Galicia.	150
4. En Valencia.	172
5. De las partidas de guerrilla.	183
De las Juntas provinciales	190

ARTICULO III.

CALUMNIAS CON QUE SE AFEA EL HONOR DE ESPAÑA.	201
§ I. Maltrato que recibieron los prisioneros franceses	id.
§ II. De la Junta Central.	211
§ III. Del tumulto de Cadiz en 1809.	221
§ IV. Mala correspondencia y perfidia, atribuida á los españoles.	230

ARTICULO IV.

PERSONAGES ESPAÑOLES CUYA OPINION PADECE EN LA HISTORIA DEL SR. NAPIER.	299
§ I. D. Gregorio de la Cuesta	id.
§ II. El Marqués de la Romana.	307
§ III. El Duque de Alburquerque.	308
§ IV. D. José Palafox.	310

ARTICULO V.

AUXILIOS PECUNIARIOS QUE SE SUPONE HABER RECIBIDO LOS ESPAÑOLES DE MANO DEL GOBIERNO BRITANICO.	316
Conclusion.	325



PROLOGO.

Quando el sagrado de mi palabra no me obligára á continuar rebatiendo las injurias que el Teniente Coronel inglés Napier hace al honor de España, en el tomo 2.º de la *Historia de la Guerra de la Península*, que acaba de dar á luz (1); me estimularia á ello la tenacidad con que se esfuerza por marchitar los gloriosos laureles que han adquirido los españoles á costa de sus ínclitas proezas, en la sangrienta guerra de los seis años.

No satisfecho con haber procurado, en el tomo 1.º, disminuir el mérito, hasta aquí no disputado, que supimos contraer en tan memorable lucha, con el designio, hasta cierto punto laudable, de trasladar á su nacion todos los trofeos ganados en ella; en el tomo 2.º, que tengo á la vista y abraza la *relacion*

(1) Nota al fin del tomo 1.º de mis *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España*.

de los acaecimientos de la Península, desde la retirada de Moore á la batalla de Talavera, sigue animoso su empeño: sin que le contengan las contradicciones en que incurre, ni los multiplicados monumentos que desacreditan su dicho. Temerariamente intrépido, ataca la opinion de su edad, despedazando de paso la de España. Lastimosamente acalorado con el plan que se ha propuesto, tan ageno de un historiador, como infecundo en resultados útiles; quiere persuadir al mundo, que no fue el valor español, sino el británico, el que detuvo los pasos de las legiones francesas en la Península. Para probarlo, toma en las exageraciones y en la parcialidad los colores mas negros: para hacernos aparecer cobardes y abatidos, débiles y orgullosos, ignorantes y pérfidos á los aliados. Y como si ni aun esto bastára para acabar de desacreditar nuestra conducta, nos humilla con odiosas comparaciones; acriminándonos con cargos desnudos de fundamento y que no pudiendo atribuirse á equivocaciones, será fuerza darles un nombre poco compatible con la verdad histórica.

Pero si sobre el influjo de arbitrarias exa-

geraciones, se propone el Sr. Napier erigir el padron ominoso de nuestra infamia y el del ensalzamiento de su patria; con datos irrecusables procuraré defender la mia, dejando puesto su honor en el digno lugar que la corresponde y que los españoles tenemos un derecho indisputable á conservar. Me propongo rebatir las imputaciones que se nos hacen, con el interés que inspira la justicia de la causa que defiendo y con el calor que produce el peso de las ofensas recibidas; guardando empero el decoro á la persona que las comete, sin debilitar por eso la enérgica entereza que reclama el debate en que voy á comprometerme, y sin que las calidades del á quien impugno, la debilidad de mis talentos y la delicadeza de mi situacion sean poderosas para estorbarlo.

¿Y nos mantendremos pasivos, á vista de los agravios que recibe la patria? ¿Cómo mostrarnos indiferentes, al reconocer la ingratitude con que se miran hoy sus colosales sacrificios y el caprichoso y calculado teson, con que en el año de 1829 se escarnece á los españoles, cuando en el año de 1813 augustos personajes los llamaban *modelos de valor, de constan-*

cia y de virtudes (1)? ¿Cómo sufrir, que en la capital del imperio británico se nos llame *cobardes é inconstantes*, cuando célebres militares ingleses en 1814 nos consideraban dignos de la *inmortalidad*, por el valor y la firmeza que habíamos desplegado en los conflictos mas terribles (2)? ¿Cómo consentir que impunemente se nos haga pasar por *pérfidos* á la nacion británica, cuando tantas, tan relevantes y señaladas pruebas ha recibido de nuestra íntima adhesion, en la época en la cual otros pueblos, en cuyo favor sacrificaba ella su sangre y sus caudales, comprometian la seguridad de sus ejércitos, ó miraban con frialdad sus esfuerzos (3)? ¿Cómo dejar que corra sin freno nuestro descrédito por el mundo, solo porque nuestros contrarios se prevalgan para difundirle, de la lejanía en que va quedando la época de los sucesos á que se refieren, ó porque cuenten demasiado con el silencio de los que los presenciaron, residentes en el dia en Inglaterra, para apoyar sobre él la certeza de

(1) El Rey de Prusia, en la proclama á sus pueblos de 13 de marzo de 1813. Proclama del Archiduque Juan á los italianos.

(2) Lord Bentinck, en la proclama á los italianos, de 14 de marzo de 1814.

(3) The Courier, march 21, 1819. Morning Chronicle.

sus expresiones, que tan lisongeras deben ser al amor patrio de los ingleses, por mas que vulneren los respetos de la amistad y de la justicia? Finalmente, ¿cómo dejar que la rivalidad extranjera convierta la moderacion de los españoles en un veneno mortal, para atosigar con él su honor y su fama? ¿Y qué diria de nosotros la posteridad, si mudos recibiamos, sin desquite, las ofensas que nos hace un personaje, que habiendo sido compañero nuestro en la lid, al cabo de veinte años viene á interrumpir la posesion en que están los españoles de *valientes, de constantes, leales y virtuosos*, y que han adquirido á costa de multiplicados sacrificios de sangre, de quietud y de riquezas?

La ley que manda á los españoles, “*venir á la hueste, sin diferencia de sexos, ni de edades, para defender el reino, cuando alguno se alzare con él (1)*” no les releva de tan sagrada obligacion, cuando la patria sufre ataques violentos en su honor. Ni se nos diga, como lo hacen algunos, ó muy prudentes, ó demasiadamente comedidos, “que la defensa actual corresponde exclusivamente

(1) Es la tercera, tit. 19, partida primera.

“ á los que se encuentren bajo la proteccion del
“ Gobierno español, que es á quien toca re-
“ batir las injurias que se hagan á la nacion
“ que dirige y no á los que, siendo españoles,
“ por un hado funesto se encuentran fuera de
“ la patria, y desnudos del amparo de sus
“ leyes.” Porque yo preguntaré á los que así
discurren, conducidos mas bien por un encogi-
miento propio de su situacion, que de una pa-
sion innoble, ¿cuándo los azáres y los golpes
de la fortuna relajaron las obligaciones que
contragimos al nacer y que están unidas á
nuestra existencia? ¿ Los infortunios y los
vaivenes de la suerte, rompen los nexos que
formó la naturaleza, robusteció la educacion
y santificó la religion? ¿Cuándo los reveses
y los infortunios han hecho á los hidalgos
pechos españoles, insensibles á los estímulos
del pundonor y del patriotismo? ¿Acaso los
disgustos familiares que apartan momentá-
neamente á un hijo de la casa paterna, le dis-
pensan de salir á la defensa de los que le dieron
el ser, cuando viere su honor manchado por la
calumnia? La injuria es suya, por serlo la
sangre del que la sufre; y por mas que el
tiempo, la distancia ó las circunstancias le ale-

jaren, si al resonar en sus oídos las acusaciones alevés, no volare á rebatirlas ofreciendo el pecho al combate, para dejar bien puesto el honor de los autores de sus días, pasará plaza de descastado ó insensible. Además de que, en los debates del jaez del que hoy se nos ofrece, no se trata de un negocio absolutamente extraño á nosotros: sino de una causa en la cual todos los españoles tenemos interes personal; los unos por haber sido espectadores y los otros por haber tenido parte inmediata en ella. “*El agravio,*” por lo mismo, “*é el daño á todos atañe, é ninguno se puede excusar de lo reparar (1).*” ¡Sabio y generoso Lampillas, cuando arrojado de la patria nativa, al verla vulnerada en su honor, te lanzaste brioso en la arena y en ella defendiste su reputacion y sus glorias; en tu conducta dejaste el modelo que debemos imitar en el día, ofreciendo en tu noble comportamiento, la respuesta mas elocuente que puede darse á los que se empeñen en sepultar en el silencio los agravios recibidos!

(1) La ley antes citada.

Al cabo, la resignacion seria disimulable, si careciéramos de armas con que vindicarnos y con que llamar la victoria á nuestras banderas. Pero contamos con el testimonio respetable de muchos, testigos de las hazañas que hoy se nos disputan y de la constancia que se nos niega. Contamos con el dictámen de afamados militares británicos, que elogiaron nuestra decision y nuestro valor. Para confusion de los detractores, tenemos en favor nuestro el voto imparcial de los que en la contienda fueron enemigos. Existen miles de campeones, ennoblecidos con las honrosas heridas que recibieron en el palenque glorioso de la fidelidad, del honor y de la bravura. No han desaparecido los teatros de nuestras proezas, empapados aun en la sangre española y existen las pavorosas ruinas de Zaragoza y de Gerona, de Ciudad Rodrigo. Badajoz, Astorga, Murviedro y Tarragona, panteones venerables de la heicidad y de la constancia: que encierran las preciosas reliquias de los valientes, españoles todos, sin mezcla de extranjeros restos. Y cuando todo lo al faltára; en la *Historia misma del Sr. Napier* hallaria yo

abundantes materiales para mantener con honor la tela y para mostrar la bandería que movió su pluma.

Aunque, según se dice en un acreditado periódico francés (1), “ el elogio del valor español “ es tan conocido que no necesita de manifiestos ;” y aunque, como en el mismo se añade, “ las discusiones de esta especie, pueden parecer “ inútiles para los que se han declarado enemigos de las glorias españolas por vanidad “ personal ó nacional y superfluas para los “ que vieron los sucesos ;” considero urgentemente necesario contestar á las envenenadas acusaciones : ya se atienda á la calidad de la injuria que ellas envuelven y ya porque los periódicos ingleses provocan el certámen, en el hecho de anunciar la *Historia del Sr. Napier* “ como una fuente de luz y de verdad, en la cual se deben tomar las nociones exactas de lo acaecido en España.”

No soy tan presuntuoso que no conozca mi insuficiencia : ni tan arrogante, que con este pequeño trabajo aspire á ocupar supremacía alguna entre mis compatriotas. Impelido por

(1) Revue Encyclopédique, juin, 1829.

XVIII

la viveza con que afectan mi alma los agravios que recibe mi patria y conducido por el ardiente amor que la profeso, deseo darle una prueba, si bien débil, inequívoca de mi consagración; haciéndola ver, que llevo impresa su imágen respetable en mi corazon; que miro como propias sus dichas y me duelen sus quebrantos; que su honor es mio y que jamas dejaré de defenderla, en cuanto me lo permitan mis facultades, sin que los años, la distancia, mis venturas ni mis desgracias puedan hacerme olvidar los sagrados deberes que la reconozco. ¡Dichoso si logro desagraviarla; pero mas aun, si mis esfuerzos estimulan á otros mas diestros, para llevar al cabo la empresa, con la dignidad y el acierto que reclama su importancia!

Londres 6 de enero de 1830.

INTRODUCCION.

Disimulables serian las inexactitudes y exageraciones de que abunda la *Historia de la Guerra de la Península* del Sr. Napier, si se refiriera á sucesos oscuros ó de corta importancia, ó si se hubiera escrito en época muy apartada. Pero que tan capitales defectos como los que resaltan en los dos tomos hasta aquí publicados, se cometan al hablar de acaecimientos tan ruidosos y tan recientes y que incurra en ellos un sugeto que asegura haberlos presenciado; es lo mas lastimoso que pueden ofrecer los anales literarios de nuestra edad.

Prescindiendo el Sr. Napier de los deberes que la profesion de historiador impone al que la abraza, de ser exacto en sus juicios, é imparcial en sus narraciones; dejándose arrebatado de un amor excesivo á su patria, se aparta del camino estrecho de la neutralidad. Noblemente avaro de la gloria inmensa, que como honroso botin se adquirió en las célebres campañas que describe; al verse precisado á repartirle con el aliado mas fiel que tuvo su nacion;

procura despojarle de la parte que en él le corresponde, para enriquecer á su patria. Conducido por un espíritu avinagrado, en vez de los premios á que se hizo acreedora España, derrama sobre ella las mas negras acusaciones, para apartarla del campo de la admiracion, dejándole enteramente franco á la Gran Bretaña. De modo, que cuando cediendo á los estímulos de la justicia, debiera haber empleado su pluma en honor de un amigo: de industria lo ha omitido, “cosa” dice un célebre escritor español, “mal hecha y peor pensada; “habiendo y debiendo ser los historiadores, “*puntuales, verdaderos y no nada apasionados*; que ni el *interes*, ni el miedo, el *rencor* “ni la *aficion*; no les haga *torcer el camino de* “*la verdad*, cuya madre es la *historia*, émula “del tiempo, depósito de las acciones, testigo “de lo pasado, ejemplo de lo presente y advertencia de lo porvenir (1).”

Un exceso de apasionada *aficion* á su patria, unido al *interes* que esta inspira á los corazones ingleses, sacó al Sr. Napier del camino que le señalaba la *maestra de la vida*. Descarria-

(1) Cervantes, en el Ingenioso Hidalgo “Don Quijote,” parte 1, cap. 9.

do, no advirtió que para ennoblecer á su nacion, no necesitaba vilipendiar al amigo mas sincero que tuviera en el conflicto. De tan aciago extravío nace la obstinacion con que rebaja el precio de sus servicios ; desconoce sus méritos y se hace olvidadizo de sus sacrificios. De aquí, el hacer pasar á los ingleses por los únicos sostenedores de la lucha y á los españoles por unos seres envilecidos, desprovistos de poder y de firmeza y agitados por el fuego de las pasiones fementidas. “ *El vigor de los* “ *ingleses, dice, detuvo los pasos de los franceses* “ *en España* (1). Esta no era el teatro donde “ debia maniobrar el ejército británico (2), el “ cual, desde la batalla de Talavera hasta el “ fin de la guerra, peleó en España y por Es- “ paña y nunca con España (3). Los sucesos de “ Cataluña, á principios del año 1809, se de- “ bieron á los auxilios de los botes de las fra- “ gatas inglesas (4) y los esfuerzos de los “ gallegos fueron secundarios, habiéndolos “ sostenido principalmente los ingleses (5).”

(1) Napier, tomo 2, folio 110, línea 5.

(2) Idem, folio 431, línea 29.

(3) Idem, folio 469, línea 13.

(4) Idem, folio 108, línea 26.

(5) Idem, folio 327, línea 24.

La Historia del Sr. Napier en su tomo 2.º, descansa sobre estas bases, deshonrosas á España, si bien iguales á las que habia establecido ya en el 1.º, cuando dijo: “que ningun es-
 “fuerzo grande y general habian hecho los
 “españoles para lanzar á los invasores y
 “desde que las fuerzas británicas se habian
 “presentado en el campo, las nuestras dejaron
 “de obrar como principales en la contienda.”
 Con tan gratuitos supuestos, se desnuda á España de lo que la pertenece, para adornar á la nacion inglesa. A fuerza de denostar y desacreditar á un amigo denodado, noble, pundonoroso y constante, se procura elevar á la sublime categoría de único, el mérito relevante que contrajo; el que con aquel peleó, unido á él alcanzó triunfos y contribuyó á resolver el problema, cuya dificultad tenia sobrecogidos á los gabinetes de Europa.

Sin dejar de reconocer el precio insigne de la alianza británica; el de los distinguidos méritos del valor inglés y de la consumada sabiduría del caudillo que condujo victoriosas las banderas españolas, británicas y lusitanas desde Vimeyra á Tolosa; me propongo purificar la relacion de los sucesos, hecha por el

Sr. Napier de las heces impuras que la corrompen, valiéndome para lograrlo de datos irrecusables. La índole de las imputaciones que este nos hace, me obligará á romper alguna vez el silencio con que hasta aquí hemos ocultado algunos acontecimientos, por no renovar memorias lastimosas y quejas amargas. Finalmente, la necesidad de poner en salvo el honor propio, me hará descubrir el verdadero objeto de la obra que hoy me ocupa, la cual en vez de una *Historia*, es á mis ojos un poema tan elegante en su estilo, como desgraciado en su fábula y en sus episodios.

¡ Desgraciada combinacion de circunstancias ! Los que en otras épocas hemos tratado con el mas amistoso entusiasmo á los que se llamaron aliados, habiéndonos apresurado á reconocer sus servicios; á agradecer sus esfuerzos; á disimular los daños, si se quiere inevitables, que su conducta ocasionó en nuestras fortunas; y al fin, los que supimos posponer nuestras conveniencias personales á la conservacion de la amistad, al cabo de veinte años nos vemos precisados á entrar en una lucha, si no cruenta lamentable al menos, con aquellos que honrándose un dia con llamarse compañeros, mez-

claron en mortales lides su sangre con la nuestra y partieron con nosotros las palmas; teniendo que entrar en contestaciones delicadas y que remover cenizas calientes aun de los pasados incendios, cubiertas hasta aquí, por los consejos de la generosidad ; Pero tan grave es el peso de los baldones que sufre la opinion española en Inglaterra!.... Si por orgullo hubiéramos provocado el combate, justo seria que sufriéramos sus resultados; pero sin agresion nos vemos heridos en lo mas delicado del honor, y su defensa es tan natural y tan justa, cuanto oprobioso seria sufrir con cobarde tolerancia las injurias recibidas.

Esta es la razon que me obligó á decir en otro lugar, “que el proyecto del Sr. Napier *“era infecundo en útiles resultados;”* y por la que me veo obligado á repetir, “que habiendo sido comunes á Inglaterra y España los intereses que se disputaron en la lucha terrible de los seis años, es ridículo emplearse en debatir la cuestion que aquel promueve.” Intimamente convencido de esta verdad, al ver los tristes efectos que en hombres imparciales debe producir el inexplicable empeño de aquel historiador, me atreveria á anunciarle que

sus tareas lejos de aumentar á su patria nativa nuevos grados de esplendor podrán por el contrario, debilitar el lustre de sus blasones y el prestigio que hasta aquí ha circuido á sus servicios y á sus proezas.

OBSERVACIONES

SOBRE

LA HISTORIA

DE LA

GUERRA DE ESPAÑA.



ARTICULO I.

DEL CARACTER ESPANOL.

Torpemente desfigurada ya por el Sr. Napier en el tomo 1º. de su Historia (1), la noble fisonomía del *carácter español*, se vale ahora de la sátira para ponerle en ridículo. “El *carácter de los españoles*,” dice, “es tal que cuando serpean por la tierra, entonces es cuando se consideran mas fuertes; y cuando se arrastran en la oscuridad de la derrota, entonces se creen remontados al último grado de la victoria (2). La conducta de los franceses en el año de 1809, les hizo olvidar las desgracias de Uclés, de Almaráz, de Za-

(1) Tomo 1, folio 37, de mis *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España*.

(2) Tomo 2, folio 337, línea 32.

“ragoza, de Rosas, Cardedeu, Valls, Ciudad Real, Medellin y Asturias. No se habia perdido á Sevilla, se veia al enemigo fuera de Portugal y esto bastaba para que se reputáran débiles los franceses (1).”.... El historiador no ve el elogio de los españoles en lo mismo de que se vale para deprimirlos. Esa conformidad, esa heroica entereza para sufrir las desgracias y ese volver con nuevo ardor al combate despues de los reveses, prueban su constancia y su decision. Sin abatirse, como otros, con la pérdida de una batalla, ni con la ocupacion de la metrópoli; sin acobardarse con la ruina de sus fortunas, con la quema de sus casas, con la tala de sus campos y con la muerte de sus hijos; sin humillarse con la prosperidad del enemigo; una vez resueltos á defender su honor y su independencia, hicieron frente al que vulneraba objetos tan sagrados; y en cada ciudad y en cada pueblo encontraban nuevas fortalezas desde donde dirigir sus esfuerzos. En cada montaña levantaron baluartes para defenderse. . . . y vencidos ó vencedores no desistieron de su empresa, hasta que la vieron cimada con la victoria. . . . Este espíritu, si se quiere exclusivo del *carácter español*, que mantuvo una guerra sangrienta por espacio de 700 años contra los árabes y que

(1) Tomo 2, folio 338, línea 4.

fué el movil de nuestras hazañas en el Nuevo Mundo; en el corto período de seis años, contribuyó á vencer al que tenia atemorizada á la Europa con la rapidez y el esplendor de sus triunfos.

Si el Sr. Napier hubiera examinado con detencion los muchos rasgos de valor, de lealtad y de verdadero patriotismo con que los españoles ennoblecieron la guerra, en cuya historia emplea sus tareas; habria rectificado su opinion sobre la índole del *carácter español*, reconociendo en él el agente verdadero de la resistencia que hemos ofrecido al que intentaba disponer á su antojo de nuestra voluntad. Los españoles, imperturbables en su propósito y sin mas impulso que el de su *carácter*, reputando vileza la sumision al usurpador, á pesar de las desgracias, mantuvieron intrépidos el juramento que de restablecer al Monarca en el trono y de libertar la patria del yugo extranjero hicieron sobre las cenizas de Daoiz y de Velarde y sobre las aras sacrosantas de la lealtad y del honor.

Si el Sr. Napier hubiera reconocido con juiciosa imparcialidad los hechos ilustres de la historia coetánea; por ellos hubiera conocido á fondo la índole del *carácter español*, agente exclusivo del entusiasmo y del valor desplegados en la honrosa lucha de los seis años, que llenaron de admiracion á los ingleses, cuya

opinion se extravía actualmente á costa de mordaces diatribas empleadas contra nosotros, y que son tan indignas de la gravedad de la historia, como buenas para entretener los ocios de la plebe irreflexiva. Si el Sr. Napier hubiera estudiado con crítico discernimiento nuestras costumbres y las hazañas que ha presenciado, respetaria ese *carácter* firme, que hace que el español mire con ojo impávido los cadalsos; desprecie los halagos; sacrifique sin violencia sus comodidades y no se abata con los reveses, cuando se persuade de que su decision es justa, ó que en ella interesan la religion, el honor, la libertad de la patria y el servicio de su Rey. En los leales que el furor enemigo hizo perecer en un patíbulo en Barcelona el dia 3 de junio de 1809; en las enérgicas respuestas dadas por el valiente Sarasa á las reconvenciones, mezcladas de amenazas y de ofertas, que se le hacian para apartarle del sendero de la lealtad y en las ocurrencias de Madrid, en las épocas mas tristes de la guerra de la independencia, el historiador hubiera encontrado motivos para apreciar las relevantes cualidades de nuestro *carácter*.

Preguntado en la capital de Cataluña ante un Consejo de Guerra francés el Doctor Pou, si habia distribuido fusiles á los paisanos: no contento con afirmarlo, añadió con entereza, " que lo volveria á hacer siempre que pudiera,

“ *habiéndolos entregado á buenos y leales espa-*
 “ *ñoles,*” cuyos nombres no quiso revelar,
 sufriendo con alegre resignacion la muerte
 patibularia. El jóven Aulet siguió sus
 pasos con imperturbable serenidad y confundió
 con sus respuestas al General francés, cuando
 le zahirió con el apodo de *traidor*. . . . “ *Trai-*
 “ *dor,*” repuso, “ lo será V. E. *que con capa de*
 “ *amistad se ha apoderado de nuestras fortale-*
 “ *zas. Yo no hago mas que rescatar con mi*
 “ *dinero lo que V. E. nos ha robado inicuamen-*
 “ *te. . . .(1).*” “ Soy español,” decia Sarasa, en
 respuesta dada á un seductor, defendiendo la
 causa santa con un corto número de valientes,
 “ y por serlo perdí mis bienes y mi muger y
 “ mis hijos andan errantes. ¡ Pero perezca
 “ todo! ¡ Por ello habia de abandonar la cau-
 “ sa de la patria? ¡ Habia de envilecerme?
 “ Muera un millon de veces, antes de permitir
 “ que tal consienta. Conozco que puedo ser
 “ vencido, mas no infamado.—Si admitiera
 “ los consejos que se me dan, echaria un bor-
 “ ron sobre mi familia y quedaria para siempre
 “ decidida mi suerte(2).” No puede V.
 “ figurarse cuanta brutalidad hay en las *gen-*
 “ *tes de Madrid.* Ya no se acuerdan de lo

(1) Gaceta del Gobierno legítimo, de 10 de agosto de 1809, fol. 31.

(2) Gaceta del Gobierno en Sevilla, de 28 de diciembre de 1809, folio 618.

“ pasado. Se han visto terribles escarmientos ;
 “ ha habido muchos ahorcados; se han hecho
 “ pasar á Bayona grandes remesas *de canalla*
 “ *insurgente* ; pero nada basta para abrir los
 “ ojos á estos malvados (1).” Así se explicaba
 en el año de 1809 uno de los agentes de la
 policía del Rey intruso.

He citado estos hechos, únicos que tengo á
 la mano, con el sentimiento de no poder au-
 mentar hasta el infinito su número tomándolos
 en la historia de nuestros dias abundantísima
 en ellos ; para dar á conocer la verdadera fiso-
 nomía del *carácter español* y el modo depre-
 sivo con que el historiador inglés quiso retra-
 tarle; y para hacer ver, que no una apática
 indiferencia, ni un estúpido fatalismo, sino una
 decision á prueba y una constancia heroica
 forman las bases de nuestro *carácter*. “ La
 “ nacion española” dice un periodista francés,
 “ es digna de llevar al cabo, cualesquiera em-
 “ presa noble y verdaderamente patriótica.
 “ Los hombres mezquinos son los únicos á
 “ quienes no es dado conocer la grandeza y la
 “ heroicidad de un pueblo como el español, ín-
 “ timamente unido á sus opiniones religiosas y
 “ políticas ; á sus costumbres ; á sus leyes ; á la
 “ memoria de sus hazañas y que ha encontrado

(1) Gaceta del Gobierno en Sevilla, del 9 de diciembre de 1809, folio 54.

“ en sus virtudes la garantía de su independen-
 “ cia. Los españoles, en medio de la civiliza-
 “ cion actual, conservan el mismo grado de ener-
 “ gía que tuvieron en tiempo de los romanos:
 “ son lo que han sido durante la guerra con los
 “ moros, lo que fueron cuando la invasion de
 “ Bonaparte, y lo que serán siempre (1).

“ De la energía del pueblo español,” decia
 Lord Collingwood, “ y del ejemplo que está
 “ dando de lo que puede hacer un gran país
 “ cuando está unido, deducirá el continente
 “ europeo los medios que tiene para repeler
 “ la usurpacion que ha sumido á algunas
 “ naciones en una humilde depresion (2).”—
 “ Napoleon,” añade el Sr. Schepeler(3), “ cre-
 “ yó aturdir á los españoles con la rápida
 “ multiplicacion de los golpes; pero estos no
 “ produjeron mas resultados, que el de llevar
 “ al mas alto grado la ceguedad del rencor.—
 “ La Inglaterra le resistia temblando, y debió
 “ á la mar su independencia.—El español fué el
 “ único que le mantuvo una guerra mortífera
 “ de 7 años. Frugal y endurecido, abandona
 “ su casa como el moro su tienda. Las der-
 “ rotas no le abaten; y el dia en que sufre
 “ un golpe, *ayer*, exclama, *fui valiente*, y vuel-
 “ ve de nuevo á la carga.

(1) Gacette de France, 18 de octubre de 1829.

(2) Cartas y Memorias, tomo 2, folio 142.

(3) Histoire de la révolution d'Espagne, tomo 1, folio 56.

ARTICULO II.

**EQUIVOCACIONES LASTIMOSAS EN QUE INCUR-
RE EL SR. NAPIER, EN EL TOMO 2º DE SU
HISTORIA.**

§ I.

*Supuesto abatimiento y humillacion atribuida
á los españoles en los reveses.*

I.

“ En el noviembre de 1808,” dice el historia-
dor, “ en que empezó Saint-Cyr sus operacio-
“ nes sobre Cataluña, la letárgica vanidad
“ española y los abusos mas fatales habiañ
“ *acabado con la energia popular, y sucedido*
“ *al primer entusiasmo (1).*” “ La causa de
“ España en esta época, estaba *verdadera-*
“ *mente perdida*, porque sus ejércitos se halla-
“ ban dispersos, su gobierno errante y el
“ pueblo desmayado. No se oia el grito de
“ la resistencia, y en su lugar, la dura voz de
“ Napoleon, correspondida por 300,000 vetera-
“ nos franceses resonaba en todas partes (2).”

* * *

Es muy cierto que en la época á que se alude,
“ se veian,” por valerme de las expresiones de

(1) Napier, tomo 2, folio 54, línea 27.

(2) Idem, folio 5, línea 21.

mi respetable paisano el Sr. de Jovellanos,
 “dispersados los ejércitos de la izquierda y
 “de Extremadura; disipado también el de re-
 “serva, que con milagrosa actividad se había
 “logrado reunir, y vencidas las barreras de
 “Cameros y Somosierra (1). Pero en medio de
 “tan terrible conflicto, buscáronse nuevos au-
 “xilios en las provincias, y la Central envió
 “á ellas diferentes Vocales suyos, para que, en
 “calidad de *Comisarios*, procuráran excitar de
 “nuevo el espíritu público; elevarle á la altura
 “á que había subido el peligro; animar é in-
 “flamar el celo de las Juntas; levantar nuevas
 “tropas y buscar todos los medios y recursos
 “que fueran posibles, para promover con ardor
 “la defensa de la patria (2).”

Estas medidas previsoras del Gobierno, uni-
 das á la indomable resolución española, pro-
 dujeron el resultado enteramente opuesto al
 que se indica, de levantarse por todas partes
 muchos y ardorosos campeones á sostener la
 causa santa. “A pesar de las enormes pérdi-
 “das que sufrió la patria al principio de la
 “segunda campaña,” continúa el Sr. Jovella-
 nos (3), “se opuso al enemigo, en los cinco

(1) Memoria impresa en la Coruña, en 1811, parte primera, ar-
 tículo tercero, folio cxxj.

(2) Idem, parte segunda, folio xl.

(3) Idem, parte segunda, folio xlix.

“ejércitos que le hacian frente, una fuerza
 “que pasaba de 150,000 combatientes.”—Solo
 el reino de Valencia, cuya division en diciem-
 bre de 1808 quedó reducida al flaco número de
 1,435 hombres, á principios de enero de 1809
 tenia ya organizados 5,483 en los cuerpos de lí-
 nea (1). Esto, ademas de 71 batallones, con
 41,769 milicianos honrados, y 11,030 hombres
 distribuidos en 498 partidas de alarma ó guer-
 rillas, que se habian levantado y organizado
 para hacer la defensa del pais.—Si el Duque
 de Dantzick, como asegura el Sr. Napier (2),
 “observando que Galluzo trataba de defender
 “una línea de 40 millas con 6,000 hombres, fin-
 “gió pasar el Tajo por el puente del Arzobispo,
 “y cayendo rápidamente sobre Alcántara, for-
 “zó el paso del rio el dia 23 de diciembre de
 “1808, derrotó y dispersó á aquel cuerpo de
 “un modo tal, *que en mucho tiempo no se vió*
 “*un soldado en Extremadura;*” él mismo des-
 miente esta parte última de su narracion, cuan-
 do poco despues confiesa, “que la popularidad
 “que gozaba Cuesta en Extremadura, hizo
 “que la Junta Central le diera el mando que
 “desempeñaba Galluzo; y que en virtud de

(1) Documento núm. XIX, tomo 1.º de los que van unidos á la presente obra.

(2) Napier, tomo 2, folio 9, línea 34.

“ su encargo, reunió los dispersos de la divi-
 “ sion de este, y con ellos y con reclutas nue-
 “ vos, formó un ejército tras el Guadiana (1).”

“ En noviembre del citado año,” prosigue el
 historiador inglés, “ el ejército de Cataluña se
 “ engrosaba continuamente, y los tercios de
 “ migueletes aumentaban su número (2). Cuer-
 “ pos considerables de tropas se reunian en
 “ varios puntos despues de los reveses de aquel
 “ mes; porque las provincias, especialmente
 “ las del sud, aunque aterradas, eran mas obe-
 “ dientes, y las autoridades locales animaban
 “ los alistamientos con vigor y enviaban re-
 “ clutas á los ejércitos.”—“ Las tropas disper-
 “ sas,” continúa, “ se reunian por patriotismo,
 “ porque los franceses ocupaban sus provincias;
 “ porque se atribuian las desgracias á las trai-
 “ ciones y porque se les engañaba con em-
 “ bustes y fanfarronadas (3).”—“ Los soldados
 “ faltos de gefes hábiles, sufrían con constancia
 “ maravillosa las fatigas, las enfermedades y la
 “ desnudez, descubriendo en todas ocasiones, y
 “ en sus sentimientos, un *claro y poderoso ca-*
 “ *rácter* (4).” Estos hechos nos demuestran que
 no se habia *acabado la energía popular; que el*

(1) Napier, tomo 2, folio 11, línea 8.

(2) Idem, folio 57, línea 1.

(3) Idem, folio 13, línea 5.

(4) Idem, folio 13, línea 2.

pueblo no estaba desmayado; y que no dejaba de oirse el grito de la resistencia.

“Cuando en enero de 1809, los franceses,” como dice el Sr. Napier, “tenian dentro de España 324,411 veteranos con 40,000 caballos, situados con tal arte que desde Madrid, como desde un centro, impedian las comunicaciones y los levantamientos de las provincias (1),”—solo el deseo glorioso de mantener la lucha, la energía popular, el entusiasmo y el espíritu ardiente de la defensa, podian hacer que los españoles se volvieran á reunir despues de las derrotas, formando nuevos cuerpos militares del modo que el historiador inglés afirma que se realizaba en la época mas congojosa. ¿Y se habria ejecutado prevaleciendo el desmayo, el abatimiento y la debilidad que se nos atribuye? ¿Y en esta conducta se descubrian síntomas que demostráran *hallarse perdida la causa?* ¿Y soldados que acababan de dejar la casas paternas, y que, segun Napier, *sufrían el hambre, las fatigas y la miseria con constancia y paciencia*, daban señales de que se hubiera debilitado en aquellos dias, verdaderamente terribles, *la energía popular y el entusiasmo?* Si el historiador recuerda lo ocurrido alguna vez en España con soldados veteranos extranjeros, cuando las

(1) Napier, tomo 2, folio 7, línea 33.

vicisitudes de la guerra los sujetaban á sufrir privaciones inferiores á las que experimentaban los nuestros, deberá retractar sus opiniones, y conocer el daño que sus dichos ocasionan, con estos recuerdos, al objeto respetable de sus adoraciones.

* * *

2.

“ Las hostilidades del Austria, “ si hemos de estar á lo que dice Napier, “*habiendo detenido* “ *la carrera del Emperador francés en la Península*, hicieron renacer la energía española, “ con la cesacion repentina de su terrífica “ guerra (1).”

* * *

Si la declaracion del Austria fue bastante-mente poderosa para detener el curso de los proyectos de Napoleon, ¿ quiénes, la promovieron con eficacia? ¿ Quiénes tuvieron bastante influjo para que el gabinete de Viena rompiera con un enemigo tan poderoso? El noble arrojo español; los triunfos logrados sin auxilio ageno, el aliciente del interes y la veloz rapidez con que, á pesar de la *letárgica apatia* que hoy se nos achaca, supimos hacer llegar al Emperador de Austria la noticia de los asombrosos sucesos de la Península, fueron los

(1) Napier, tomo 2, folio 5, línea 30.

agentes de una resolución tan inesperada. El llamamiento que en nombre de los aragoneses, hizo el ínclito D. José Palafox del Archiduque Carlos al trono de las Españas, para el caso en que *la perfidia enemiga cometiera algun atentado con los augustos prisioneros en Francia* (1), llamamiento que, en manos de la Central, sirvió de instrumento para importantes negociaciones, y el aviso que la Junta de Valencia dió de lo ocurrido en esta parte de España al Embajador de Austria en Madrid, facilitándole todos los medios de mantener una pronta comunicacion con su corte (2); han sido las palancas que levantaron las fuerzas del imperio contra Bonaparte; haciendo aparecer obstáculos en donde no se habia figurado hallarlos. Este pasage de nuestra historia basta para recomendar el juicio de los españoles, y para poner en ridículo la ligereza con que el Sr. Napier asegura, que la revolucion española no produjo *un solo hombre de estado*.

Para decir que á *la declaracion de la guerra del Austria* se hubiese debido exclusivamente el levantamiento del espíritu español, que se supone abatido; es preciso olvidar que en el mayo de 1809 obtuvieron los austriacos

(1) Núm, LXXIX del tomo 1.º de los documentos unidos á la presente obra.

(2) Manifiesto de los servicios de la Junta de Valencia. Año de 1809, fol. 127.

el primer triunfo, de ellos tan inesperado como que al dar el Emperador las gracias al ejército y al Archiduque Cárlos que le mandaba, declaró que carecía de medios para *recompensar un servicio tan señalado*. Entre los elogios que con este motivo le dispensó le dijo: “*que para él estaba reservada la gloria de interrumpir, por la vez primera en 15 años, la buena fortuna del enemigo (1)....*” ¿Y los españoles diez meses antes no *habían interrumpido* los primeros la dicha de Napoleon en Bailen, Valencia, el Bruch, Zaragoza y Gerona? — ¿Y los españoles, despues de doce batallas campales y dos sitios memorables, luchando con la suerte y revolviéndose contra el enemigo, mucho tiempo antes que los austriacos hubieran logrado una victoria, no habían *interrumpido el curso* de las del opresor y gastádole sus fuerzas, sin mas apoyo que el que les prestaban su valor y la hidalguía de sus sentimientos?

* * *

3.

“En la capital (Madrid),” segun Napier, “y en los pueblos grandes, la plebe, los nobles y el pueblo, de miedo ó *por convencimiento se sometieron á Napoleon*, y es de creer que si sus conquistas no hubieran encontrado con-

(1) Gaceta del Gobierno legítimo en Sevilla, de 11 de julio de 1809, folio 992.

“tradición *en circunstancias extrañas*, todos
 “hubieran seguido su ejemplo, con preferen-
 “cia á la mas gloriosa, aunque ineficaz resis-
 “tencia que hicieron los habitantes de aquellas
 “ciudades, cuya fortaleza y cuyas calamidades
 “han arrancado al género humano una pesa-
 “rosa admiracion (1). . . . Si en 1809 no aca-
 “bó la guerra, fué por la apatía de los Gene-
 “rales francéses (2).”

* * *

A haber presenciado el historiador el juramento que los madrileños hicieron á Napoleon, no hubiera dicho *que por convencimiento ó miedo se le habian sometido*. Las sátiras y las pullas picantes con que le acompañaron y los muchos que rehusaron presentarse á la ceremonia, descubrian los sentimientos de lealtad de los vecinos de la corte y el valor de que estaban animados para sostenerlos. ¿Y la fuga que de Madrid hicieron los Grandes, los ricos propietarios y los hombres de respeto, y el desprendimiento heroico con que, por ejemplo, el Sr. Duque de Medinaceli abandonó las comodidades de su casa, y á pie y sin repuestos, seguido de su digna esposa huyó del lugar que le viera nacer y que le era ominoso porque servia de residencia al carce-

(1) Napier, tomo 2, folio 5, línea 11.

(2) Idem, folio 106, línea 7.

lero de sus Reyes, no eran indicios de la *sumision y del convencimiento*? ¿Y los ricos homes, los hidalgos, hacendados, comerciantes y sacerdotes que en las provincias, prefiriendo la indigencia de la emigracion á la abundancia que podian disfrutar en sus pueblos dominados ya por el enemigo, sufrieron privaciones, saqueos y tropelías, por no doblar el cuello al invasor, no hacian ver que los proyectos de este hallaban oposicion en las circunstancias propias del carácter español? ¿Y hasta los mismos que permanecian entre los enemigos, se avenian gustosos con la suerte de vencidos? A mediados del año de 1809 se temia que Madrid renovára las proezas del 2 de mayo, y se confiaba aquietarle con las violencias de la policia, calificando con el nombre *de enemigos implacables del Gobierno intruso en toda España* á los eclesiásticos, á los abogados, á los mercaderes y á los oficinistas. En el año de 1811 se hicieron en Granada locuras de entusiasmo al acercarse las tropas españolas. Los vecinos de Pamplona, de Zaragoza y de otros pueblos mantuvieron comunicaciones interesantes con los que hacian la guerra. Facilitáronles armas y municiones y socorrieron con ardiente caridad á los prisioneros, exponiéndose sin reserva á perecer en los patíbulos por las manifestaciones lealmente indiscretas de sus sentimientos contrarios á los del tirano.

No fueron las *circunstancias extrañas*, ni la *apatía y los celos de los Generales franceses*, como se dice en el día, *los que resistieron las conquistas de Napoleon*; sino la firmeza del carácter que llevó á los españoles á perecer, antes que sufrir la ignominia de una sumision forzada. ¿Por ventura, fué la apatía de los Generales franceses ó el hierro y el fuego los que dieron muerte á un número grande de enemigos en los momentos en que los triunfos parecia que les aseguraban la conquista? ¿Fueron las *circunstancias extrañas*, ó nuestro valor, el que sepultó bajo las ruinas de Zaragoza y de Gerona 19,000 franceses, el que promovió las sangrientas insurrecciones de la Mancha y sembró de cadáveres los campos de Galicia? . . . ¿Contradijo las conquistas de Napoleon en Bailen, la *indolencia* de los Gefes militares enemigos, ó el denuedo de las tropas españolas, mandadas por la destreza y el acierto de Castaños?

¿Y puede tolerarse que se diga, como lo hace el Sr. Napier, que la ineficaz resistencia que hicieron los habitantes de aquellas *ciudades* que se han distinguido por su *fortaleza* y sus calamidades, *arrancó al género humano una pesarosa admiracion*. . .? ¿Cuando los leales españoles se comprometian francamente en la lucha y cuando con sus sacrificios concitaban á la Europa á sacudir las

pesadas cadenas que un afortunado guerrero la hacia arrastrar, á despecho de su honor, podian persuadirse que hubiera de llegar el dia en el cual los testigos mismos de sus proezas hicieran gala de escarnecerlas?—¿Tantos y tantos como han lanzado el último aliento en los campos de la gloria, en los cadalsos y en las garras de la miseria, habrian creido posible que los espectadores de sus virtudes negáran á su memoria el tributo de una *admiracion gloriosa*?—¿Las célebres defensas de Zaragoza y de Gerona; el escarmiento de Moncey en Valencia; el levantamiento denodado de Cataluña; las bizarrías de Astorga, de Ciudad Rodrigo y Tarragona, no confundieron el *orgullo del enemigo*?—¿No pusieron á una prueba demasiadamente ruda su valor y su pericia?—¿No ofrecieron dificultades insuperables á la marcha rápida de sus triunfos?—¿Y no se debió todo á nuestra insigne eficacia?—¿Y la resistencia que opusieron los españoles á la usurpacion, antes que pudieran contar con el apoyo ageno, no les hizo dignos de las palmas que ellos solos han logrado (1)? ¿Y la paralización que nuestra conducta ocasionó á las empresas del genio militar de nuestra edad, no hizo concebir á los pueblos por él oprimidos esperanzas de alcanzar la libertad que despues han logrado?—¿Y

(1) Morning Chronicle, 8 de julio de 1805.

todo no fué consecuencia del denuedo español? El respeto, los aplausos y la admiracion que nos acompañaron entonces y no la voz *del pesar admirado*, seguirán unidos á nuestra memoria entre los hombres sensibles, que respeten el honor y acaten las virtudes.

§ II.

Supuesta debilidad de los españoles en sostener la lucha.

1.

“Conociendo Napoleon su estado,” dice Napier, “al ver una nacion intrínsecamente poderosa vehementemente irritada, pero ignorante del arte de la guerra, que necesitaba de la proteccion inglesa, cayó sobre ella; y la fuerza española quedó despedazada por tan repentina como sensible invasion (1). . . .”
 “La falta de energía de los españoles y sus derrotas, fueron las causas que obligaron en 1809 al General Wellesley á retirarse al Portugal, por haberse convencido de que España no era el teatro en donde debia maniobrar el ejército británico. (2).”

* * *

2.

Convengo en que la presencia de Napoleon

(1) Napier, tomo 2, folio 105, línea 32.

(2) Idem, folio 438, línea 27.

en España rodeado, según los cálculos del historiador, de 340,000 veteranos, que acababan de vencer á los ejércitos mas aguerridos de Europa, pusieron en el mayor aprieto la constancia española ; pero me resistire á confesar que las derrotas, entonces sufridas, hubiesen debilitado nuestro valor ; que las victorias logradas por el General del siglo nos hubiesen hecho desconfiar del éxito de la lucha sagrada en que nos hallabamos comprometidos, y que los reveses y las desgracias hubiesen sido *la causa radical y verdadera de la retirada del ejército británico.*

Lord Collingwood padeció tambien una conocida equivocacion ó se dejó llevar demasiado del influjo de informes inexactos, cuando aseguró : ” que en el mes de marzo de 1809 se “ descubria languidez y falta de energía en los “ españoles ; vaticinando que *de no hacerse entre ellos una grande revolucion,* todo se perderia, y la generosa cooperacion inglesa no “ evitaria á la España el caer bajo el yugo francés (1).” Prescindiendo por un momento de que este ilustre personage vió desde la mar á España y no conoció su fisonomia política y moral sino por el aspecto externo de sus costas, lo qual le hizo dar crédito á algunos cuentos

(1) Carta á J. E. Blacquet, tomo 2, folio 325.

ridículos (1); desearía saber que entendia por *energía*, para deducir la justa ó desacertada aplicacion del vicio de la *debilidad* y *languidez* que se nos atribuye.

Siendo la debilidad y la languidez segun yo lo entiendo, la *falta de vigor y de fuerza*; y la *energía*, la *eficacia*, la *actividad* y la *prontitud en obrar*; la historia de lo acaecido en España acredita que los españoles lejos de haber caido en estos vicios, se distinguieron por la entereza y el teson mas dignos de elogio (2). Porque en los mismos dias en que Napoleon, rotas las líneas españolas, dispersados nuestros ejércitos y obligado el británico

(1) Sirvan de muestra los siguientes.—En carta de 23 de julio de 1808 á sus hijas: “el Obispo de Zaragoza,” dice, “con la espada en una mano y la cruz en la otra peleó bravamente hasta que le hirieron en un brazo.”—En carta al Conde de Mulgrave, de 30 de junio del mismo año, le decia: “temo que las Juntas no tengan correspondencia alguna entre sí.”—Que la tenian, se puede ver en los Documentos insertos en el núm. XXVIII del tomo 1.º que acompaña á estas *Observaciones*.

(2) La incansable cooperacion de los periodistas y de los hombres de luces, que sin reparar en riesgos empleaban sus plumas en sostener la causa nacional, bastarian para contestar al historiador, cuando no abundaran las pruebas ilustres de nuestra bizarria.

Entre los ingenios que en la época gloriosa se emplearon en mantener la lucha, merece un lugar muy preeminente D. Antonio Buch, el cual con las producciones de sus talentos y sobre todo con la gaceta de Valencia, hizo al tirano una guerra tan atroz como que concitó su saña primero, y despues sus halagos y promesas para inutilizar sus armas. Pero Buch siempre patriota y siempre leal á la causa sagrada, continuo en su noble empresa sin titubear un momento, á pesar de las privaciones á que le condenaba la apurada situacion del erario, y que el sufría con la resignacion propia de la virtud.

á retirarse, dirigia sus huestes vencedoras sobre la corte; los españoles interceptaban sus comunicaciones. En Somosierra, en Madrid, en Uclés, en la Mancha, en Aragon y en Cataluña daban combates, defendian la independencia de la patria y por entre derrotas y desastres tremolaban en todas partes la bandera ilustre de la lealtad y del valor. A ellas se reunian nuevos campeones, que sin desmayar con los infortunios formaban ejércitos nuevos; los cuales hoy organizados y mañana deshechos por la fuerza enemiga, volvian á reproducirse, apoyando las insurrecciones y haciendo vivir inquietos y sobresaltados á los vencedores, á quienes rodeaba la muerte, deteniendo sin cesar sus pasos y vengando los ultrages públicos.

Los españoles, en sentir de Napier, en los dias corridos desde el diciembre de 1808 al mayo de 1809 (1), “cayeron en el grave error “de creer capaces á sus ejércitos de tomar la “defensiva y de pelear con los franceses en “campo raso, cuando el huir de acciones generales debiera haber sido el principio vital.” Opinion idéntica á la del ilustre Londonderry, cuando asegura, “que buscaban al enemigo “con imprudencia é indiscrecion (2).” ¿Y

(1) Napier, tomo 2, folio 247, línea 3.

(2) Tomo 1, de estas *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España.*

el *error de dar batallas campales*, la imprudencia en buscar á un enemigo tan poderoso; y la temeridad de medir con él una y dos y mas veces sus fuerzas, sin que los contuviera el escarmiento, descubrian *debilidad y languidez* ó sobra de ardor y de energía? — “ En la citada época, ” dice el Sr. Napier, “ les quedaban á los francéses en España 270,000 hombres, despues de haber perdido 25,000 ; número, ” son sus mismas palabras, “ *muy grande* mas no increíble, respecto á haberse sostenido dos sitios, y dádose doce batallas campales, é innumerables combates parciales (1). ”

¿ Y tantas acciones y tantos choques pertenecientes á una época posterior á la en que, segun el mismo historiador, *Napoleon habia despedazado ya la fuerza española*, pudieron haberse mantenido sino á expensas de la *energía* enteramente española, pues que en ellos ninguna parte tomó la *proteccion inglesa*, de la cual se supone que necesitábamos absolutamente ?

El Sr. Napier conviene en que, “ en el mes de julio de 1809 la situacion de España habia mejorado, comparada con la que tuviera en los meses anteriores ; habiéndose *acumulado los elementos de la resistencia y vigorizándose la confianza* (2). ” ¿ Y estos elemen-

(1) Napier, tomo 2, folio 209, línea 7.

(2) Idem, folio 337, línea 28.

tos podian formarse con la *debilidad y languidez*? Cuando los francéses extendian por todas partes el veneno de la seduccion apoyada sobre su fortuna, en Cataluña campeaba el heroismo; en Aragon, en la Mancha y en otros puntos, continuaba con entusiasmo la lucha, y Galicia sacudia el yugo. ¿Y quiénes eran los *agentes* de unos milagros hechos sin auxilio ageno, á expensas del mas indomable valor y del mas leal patriotismo? ¿Acaso los ingléses? ¿Y cuándo? Encerrado su ejército en Portugal y escaso de recursos, no podia darnos la *proteccion* que indica el Sr. Napier. El Gabinete británico, lejos de estar decidido á prestarla, vacilante en su política habia resuelto sacar sus tropas de la Península: y lo hubiera llevado á efecto, á no haberlo impedido la *declaracion del Austria*.— *La energia, la constancia y el valor español, fueron los elementos acumulados de la resistencia*, en los dias en que, por una contradiccion lastimosa, se quiere suponer que nos hallábamnos llenos de *debilidad y de languidez*. “El clero y el pueblo,” decia Collingwood, “son *bravos, amantes de la patria y ellos la defenderán* (1).”... Y la defendieron muy caramamente en la época mas apretada, sin acudir, como él vaticinaba, á *una revolucion ó mudanza general*.

(1) Carta á J. Blacket, tomo 2, folio 348.

Ni hay fundamento para decir, que el *decaimiento de los españoles* hubiese sido la causa que impulsó la retirada que el ejército inglés hizo en el agosto de 1809. — Causas políticas fueron el origen verdadero de un acontecimiento á la verdad estrepitoso : mas no las derrotas y los fracasos que padecian nuestros cuerpos militares. Es preciso suponernos olvidados de lo ocurrido en nuestros dias é ignorantes de lo que ofrecen los documentos que el Ministerio británico presentó al Parlamento, para atribuir á impulsos tan agenos de los que realmente mediaron, una decision que habria terminado la contienda con daños irreparables para la Inglaterra, si no hubiera estado de cuenta nuestra el empeño de sostenerla, y si no se hubiera fundado sobre la honra y el valor castellano y sobre la índole de nuestro carácter.

Un plan de influir directamente en el giro de los negocios de España, dilatado al mando de las tropas y á la obtencion de ciertas recompensas anticipadas, para el caso en que una desgracia pusiera término á los combates ; fueron los móviles verdaderos si bien ocultos, que promovieron y llevaron á cabo la retirada de las tropas británicas al Portugal. La diversidad de las opiniones entre los Generales sobre el curso de las operaciones militares ; las que

jas que el británico dió sobre la falta de víveres y de recursos que sufrían sus tropas y los abultados excesos que se atribuyeron á las nuestras en la batalla de Talavera, fueron pretextos especiosos con que se cohonestó una resolución dirigida á rendir al Gobierno español, haciéndole entrar en miras y suscribir á proyectos que él reputaba contrarios al honor de la nación. Esta opinión, que algunos oirán con sorpresa, no descansa sobre datos españoles, sobre dichos vagos, ni sobre narraciones, abultadas por la pasión del momento; sino sobre los papeles fehacientes que el Ministerio británico sometió al exámen del Parlamento.

“Si el gobierno español,” decía el Embajador Freere al General Wellesley en julio de 1809, “no puede darnos una *completa seguridad contra la repetición de las desgracias; estará obligado á darnos la que NAZCA DE LA ELECCION DE LOS OFICIALES Y DE LA DISTRIBUCION DE LAS TROPAS.* Sobre esto será de mi obligación sostener cualquiera reclamación que V. *hiciera en términos fuertes* (1).”—El Marqués de Wellesley decía en carta de 15 de agosto del mismo año á Canning, “que el Gobierno español había dado al General Wellesley el grado de General, que equivale al de Field Mariscal, MAS

(1) State Papers.

“NO COMPRENDE EL MANDO EFECTIVO DEL
 “EJERCITO ESPAÑOL (1).” Y hablando de la
 retirada del británico á Portugal añadia; “los
 “españoles conocerán las naturales consecuen-
 “cias *de su miseria* y la necesidad DE FORMAR
 “PRONTO UN SISTEMA MAS PURO Y VIGOROSO
 “DE CONSEJO Y ACCION. Un estado relajado
 “de gobierno doméstico y una confianza indo-
 “lente en la alianza inglesa, *han puesto en*
 “*riesgo* todos los altos y vastísimos objetos
 “que animaron á España (2).—” “Hasta
 “que las desgracias y las *derrotas*,” prose-
 guia, “no se remedien á *entera satisfaccion*
 “*del Gobierno inglés y hasta que no se hagan*
 “*otros arreglos. . . . ningun ejército británico*
 “se empeñará en cooperar con el español, den-
 “tro de su territorio.— Con esto, *mi intencion*
 “*fué la de dejar abierto el campo á una nego-*
 “*ciacion ulterior, que decida las cuestiones re-*
 “*lativas al empleo del ejército inglés en Espa-*
 “*ña al mando de las tropas y á la guarni-*
 “*cion de Cádiz* (3).”

Contestándole el Ministro Canning en 18 de julio de 1809, “V. E.,” le decia, “sin *excitar*
 “esperanzas de *refuerzos*, procurará averiguar
 “bajo que pie se recibiria un ejército inglés
 “en el interior de España, y si habrá *dispo-*

(1) State Papers.

(2) Idem, cartas de 2 de setiembre de 1809.

(3) Idem, de 15 de setiembre de 1809.

“ *sición de fiar el mando de las tropas españo-*
 “ *las al General inglés. — Si no recae en esto*
 “ *resolucion, estrechará V. E. con redoblada*
 “ *eficacia para que se nombre un Generalísimo*
 “ *de los ejércitos de España. — En este caso el*
 “ *General inglés no estará á sus órdenes; pues*
 “ *cuando el Gobierno portugués ha puesto el*
 “ *mando de su ejército en manos de un General*
 “ *inglés, no es de esperar que esta se someta*
 “ *á otro (1).” — “Tengo esperanzas,” decia el*
 Marqués de Wellesley en oficio á su Gobier-
 no, “ de que cuando la Junta Central se con-
 “ *venza de la firme determinacion del Gabinete*
 “ *británico de negarse á toda cooperacion,*
 “ *mientras no se hayan aplicado satisfacto-*
 “ *rios remedios á los desastres; motivos de*
 “ *interes propio se unirán á los justos princi-*
 “ *pios de una política mas extensa para produ-*
 “ *cir un cambio.”*

Estos pasages descubren bien á las claras
 la causa radical que impulsó la retirada del
 ejército inglés y que las derrotas fueron el co-
 lorido con que se disfrazó el motivo de tan ar-
 riesgado expediente, que puso al Gobierno es-
 pañol en el mayor aprieto, no dejándole otro
 medio para salir de él que el de dar al británi-
 co la influencia política y militar que tenia en
 Portugal. Porque, ¿quién no lo echa de ver

(1) State Papers, carta de 12 de agosto de 1809.

en las expresiones de *reformas en el sistema vigoroso de consejo y de acción*? ¿Quién podrá persuadirse que la *debilidad y las desgracias militares* españolas hubiesen provocado la retirada, cuando se realizaba precisamente en los momentos en que Galicia acababa de sacudir el yugo enemigo, por solos sus esfuerzos, y en que se contaba con un ejército en Astorga pronto á sostener la causa (1)? ¿Cuándo nuestras tropas se batian bizarramente en Medellín, triunfaban en Alcañiz; y si bien desgraciadas en Belchite, daban en Cataluña ejemplos sublimes de energía, de denuedo y de constancia. ¿Cuándo teníamos sobre las armas 120,000 infantes y 12,000 caballos y cuando el General Beresford al revistar los cuerpos españoles que halló prisioneros en Portugal, hizo el elogio de nuestra bizarría, conjurándolos á pasar á su país nativo, á continuar en él las valientes acciones que su heróica nación estaba ejecutando? (2) ¿Y quién será tan inocente que se persuada que la falta de sinceridad del Gobierno español en no poner á disposicion del General británico los medios que de él reclamaba, haya motivado la retirada del ejército inglés á Portugal? ¿Y cómo se podia atribuir la novedad de la retirada al abandono de la Central en no remediar las

(1) Gaceta del Gobierno legítimo, de 7 de setiembre de 1809.

(2) British Campaigns in Spain, vol. 2, p. 250.

faltas que sufría el ejército aliado, cuando no contenta con haber tomado las providencias mas fuertes y ejecutivas para asegurarle los recursos que pedia *con preferencia al español* (1), dió á los ingleses pruebas, acaso de una demasiada deferencia como luego veremos, á trueque de empeñarlos en la cooperacion? ¿Y cómo creer ciegamente lo que el Sr. Napier afirma en esta parte, cuando recordamos que la Junta Central en aquella época negó la verdad de los pretextos, con que se procuraba defender la causa impulsiva de la retirada (2)? Ansiosa de mantener la union llegó al extremo de poner á entera y absoluta disposicion del General inglés, un cuerpo de 12,000 españoles. ¿Y qué dirán los hombres imparciales cuando sepan, que estrechado con este leal ofrecimiento de los españoles, el círculo de los motivos que se alegaban para la *retirada* y que se reproducen hoy para injuriarnos: fué desechado por los ingleses, cuyo embajador al hablar de ello á su Corte en carta de 4 de setiembre de 1809, fundó su repulsa en que “la resolucion del Gobierno español estaba unida, no solo á la renovacion de la cooperacion de las tropas de S. M. B. con las de España, que no creia oportuna, sino á la

(1) State Papers, Carta de Garay á Wellesley, 27 de julio de 1809.

(2) Véase el Documento núm. I. tom. 1.

“ renovacion de una guerra defensiva, que
 “ no podia llevar mas fin que envolver al
 “ ejército inglés en las operaciones de Espa-
 “ ña (1)?”

Dirán que reservadas combinaciones políticas y no las causas á que se atribuye actualmente, produjeron la desaparicion de las tropas inglesas del teatro glorioso de la guerra en Castilla, concentrándose en el Portugal; y sentirán como yo, que el Sr. Napier no hubiese contenido el ardor de sus impugnaciones, evitando á los que sufrimos sus efectos, la necesidad de refrescar memorias amargas, que aunque dan materia para nuestra defensa, nos abstendriamos de recordar, si á ello no obligá-
 ra la gratuita agresion de quien parece que no sabe apreciar su propio mérito, sin ofender el ageno. Finalmente: el historiador toca la raya de la temeridad, cuando intentando defender, como un paso acertado, la retirada del ejército británico añade, que lo hizo *porque España no era el teatro en donde debian operar las tropas inglesas.*

* * *

Si España no era, en el año de 1809, *teatro digno de la cooperacion militar británica* cuando el triunfo de Bailen, las numantinas resistencias de Zaragoza y de Gerona, la

(1) State papers. Carta del Marqués de Wellesley á Castlereagh, 4 de setiembre de 1809.

nunca vista valentía de Galicia y la fiereza con que en todas partes se batian los leales con los opresores le daban una ilustre preferencia sobre cuantos pudieran ofrecerse á la bizarría y al honor militar; ¿en dónde le hallarian igual los ingleses, para disputar con ventajas al Capitan del siglo las palmas y las victorias? Si Napier recuerda lo ocurrido en *Tolon*, conocerá su actual extravío. . . . Si en el año de 1809 España *no era teatro digno de los ingleses*, ¿lo seria la Alemania, en donde en el mismo año despues de los cuantiosos y efectivos sacrificios de dinero que hizo la Gran Bretaña, cesó la guerra al primer disfavor de la fortuna; mientras que nosotros la manteniamos sin acobardarnos con las derrotas y con los infortunios.

Si España no era un *campo correspondiente al denuedo inglés*, ¿lo seria la Italia? Lord Castlereagh dió la respuesta, en un discurso pronunciado en el Parlamento el año de 1815. “Es cierto,” dijo, “que la época anterior á “mi entrada en el Ministerio, se aseguró al “Gobierno británico, que parte de la Italia estaba resuelta á sacudir el yugo de los franceses y que aquel habia contestado hallarse pronto á auxiliarla con fuerzas; mas que no habia pasado *adelante* la idea. En la época “en la cual la mitad de las fuerzas francesas “estaban empeñadas en la desastrosa guerra

“ de España y en que las necesidades del man-
 “ dante en Francia sacrificaban la otra mi-
 “ tad en Rusia, cuando no habia un soldado
 “ en Italia; *ni un italiano levantó la voz y*
 “ *Bonaparte poseyó tan tranquilamente el pais,*
 “ *como los ingleses el condado de York (1).*” —
 Lord Bentinck, añadió, “ que el éxito de su
 “ expedicion no se habia debido al apoyo de los
 “ genovésés, porque *ni un solo brazo se levan-*
 “ *tó para sostenerla (2).*” Y Lord Collingwood,
 en carta á su esposa, la decia, “ que esta-
 “ ba promoviendo conmociones en Italia con-
 “ tra los francésés, pero *que el pueblo se ha-*
 “ *llaba enervado y no tenia el espíritu del es-*
 “ *pañol (3).*” A pesar de esto, la Inglaterra en
 1809, envió 12,000 hombres á invadir la Ita-
 lia. ¿ Y qué sacó de ello? Un triste desengaño,
 que la obligó á retirarlos de un pais que mira-
 ba acaso, como teatro mas digno de sus esfuer-
 zos, que la valiente España.

Si esta no lo era, ¿ lo seria la Holanda?
 “ Cuarenta mil hombres de las mejores tropas,”
 dice Napier, “ se reunieron en las costas de
 “ Inglaterra, con un armamento naval el mas
 “ poderoso que en muchos años vió la nacion,
 “ y se encaminaron á destruir el establecimien-
 “ to marítimo que, como por encanto, habia

(1) Morning Chronicle, 21 de marzo de 1815.

(2) The Courier, 21 de marzo de 1815.

(3) Memorias, tomo 2, folio 245.

“ formado Napoleon en aquel punto. — Y
 “ 80,000 hombres de mar y tierra empeñados
 “ en esta empresa, perecieron miserablemente
 “ en las lagunas de Walkeren. . . . (1).” ¿ Y
 qué fue de Quiberon ?

Confiétese de una vez, que la mas sincera alianza y la decision mas franca de parte de los españoles, su imperturbable serenidad y el propósito que hicieron y mantuvieron invulnerable, de no capitular con el enemigo, formaron en España el circo honroso, en donde el ejército británico peleó con buen éxito con el que tenia humillada la Europa ante el poder invencible de su brazo. No titubeamos en añadir, “ que España ” como decia el Sr. Londonderry, “ fue el verdadero teatro “ militar que la Gran Bretaña hace tiempo de “ seaba adquirir.” “ En él lidió con el genio de “ la guerra, y en él se presentó sin miedo, por “ que previó lo que debia prometerse de una “ nacion fiera, altamente engañada y vili “ pendiada en sus opiniones, en sus costumbres “ y en los hábitos mas amados (2).” — Estos fueron los materiales preciosos que formaron el heróico campo dó se adiestraron los ingléses; dó cobraron nueva fama militar; y donde al fin vencieron, cogiendo á manos llenas, en

(1) Napier, tomo 2, folio 354, línea 24.

(2) Revue Encyclopédique. juin 1825.

union con los españoles, laureles cuyo verdor no son capaces de marchitar la maledicencia y la rivalidad.

4

A pesar de todo, Napier sostiene; “ que el
 “ vigor de los ingleses y no el de los españo-
 “ les detuvo en todas partes los pasos de los
 “ franceses en España (1). . . . ; que esta fué el
 “ palenque en donde franceses é ingleses dispu-
 “ taron la suerte de la Europa, influyendo muy
 “ poco en los movimientos, las victorias, las
 “ proezas y las operaciones de los españo-
 “ les (2). ”

*

*

*

Negando que estos hubiesen detenido con sus esfuerzos los pasos de los invasores, se trata de arrebatárles la corona del merecimiento y el goce de la recompensa que, en su admiracion les ha concedido el mundo y que han disfrutado tranquilamente hasta que el Sr. Napier ha venido á disputársela, con narraciones faltas de fundamento que me abstendria de rebatir, si no observára con pesar el mal efecto que produce en los incautos, el dicho de quien se llama testigo ocular de lo que refiere.

*

*

*

Cuando el ejército francés, prevalido de la

(1) Napier, tomo 2, folio 110, línea 5.

(2) Napier. tomo 2, folio 466, línea 25.

amistad, entró en España : ¿quién detuvo su marcha hasta los últimos confines de la Península? *El vigor de los madrileños*: los cuales solos y sin auxilio extranjero, dieron el día 2 de mayo (1) la señal del combate y peleando sangrienta y temerariamente con unas tropas aguerridas que acababan de sojuzgar la Europa, llenaron de cuidados al genio privilegiado que las dirigia, haciéndole cauto y prudente, ó lo que es igual *deteniendo sus pasos*.

Declarada al fin la guerra y marchando Dupont con 25,000 soldados escogidos sobre Sevilla, lisongeándose de que salir de la corte, presentarse ante los leales, vencerlos, sufocar

(1) Es muy sensible que no se haya escrito una relacion circunstanciada y desapasionada de los sucesos de Aranjuez en el marzo de 1808, á los cuales siguió la entrada del ejército francés en Madrid, y el sangriento 2 de mayo. Ella demostraría la índole del noble carácter español y bastaría para decidir la cuestion que hoy se promueve, de si fue nuestro vigor ó el auxilio extranjero, el que impuso al enemigo.

He tenido la fortuna de leer una descripcion verídica y exacta de los acaecimientos de Aranjuez que ha compuesto, y que por modestia conserva inédita, el Presbítero español D. Joaquin Franco residente en el dia en Londres, el cual sin haber hecho nunca, cual pudiera, jactanciosa ostentacion de ella, ha sido uno de los actores principales de un suceso, que arrojando al favorito de la silla del poder y abriendo el camino del Trono al Sr. D. Fernando VII, dió lugar á una serie de acaecimientos, que aseguraron la independenciam de las naciones europeas; restituyendo á la augusta familia de Borbon los cetros que un osado militar les habia usurpado.

La sencillez y la verdad, unidas á las noticias curiosas y á las reflexiones que resaltan en esta obra, recomiendan su mérito, cuando las virtudes y el patriotismo del autor, de que ha dado grandes muestras, no la hicieran altamente apreciable.

la sagrada insurrección de las Andalucías y someter esta parte preciosa de la Monarquía española al mando de su señor; era una empresa tan pronta como segura, ¿quién le disputó *el paso*?—¿Quién le hizo rendir las armas en Andujar?—¿Quién demostró con el triunfo, que la *omnipotencia* del que disponía á su antojo de los cetros del mundo civilizado, desaparecía á vista de las falanges de la fidelidad y del honor?—¿No fueron los españoles, mandados por el digno General Castaños, sin mezcla de extranjero apoyo?—¿Y el triunfo de Bailen, *no detuvo los pasos de las falanges francesas*?—¿Las armas británicas participaron de la gloria adquirida por los que lograron castigar por la vez primera el orgullo de Napoleón?—Cinco mil ingleses estacionados en Jerez y el Puerto durante el conflicto, recibieron á muchas leguas de distancia del combate, la noticia de la victoria; habiendo permanecido pasivos en este punto marítimo, que les facilitaba el embarque en caso de una desgracia, según lo indicó el General Spencer á Sir Arthur Wellesley (1).

Cuando Moncey con 12,000 hombres, auxiliado con 5,000 que Sabran puso en movimiento desde Cataluña, pasó á Valencia con la idea de sujetarla, de ocupar á Murcia, apoderarse

(1) Southey, tomo 1, folio 531.

de Granada y proteger á Dupont; ¿quién desbarató estos planes?—¿Quién hizo retroceder al primero hasta Madrid y hasta Barcelona al segundo, descalabrados ambos y dejando el suelo cubierto de *cadáveres*? La bizzarria de los catalanes y valencianos fue la que *detuvo* de un modo muy ruidoso *los pasos* del enemigo, sin participacion alguna de los ingléses; así como no la tuvieron estos en la defensa de Gerona, en cuya ciudad, 300 soldados españoles en 21 de junio de 1808, rechazaron á 7,000 francéses (1); en las de Zaragoza, cuyo vecindario en el primer sitio, confundió la pericia de los invencibles *deteniendo sus pasos*. Las acciones de *Cabazon y Rioseco*, primer ensayo de nuestra indisciplinada bravura aunque desgraciadas, hicieron conocer á los invasores, que no se pisaban impunemente las abiertas llanuras de Castilla.

Cuando irritado Napoleon con los reveses de la Península resolvió hacerle en persona la guerra, y reuniendo sus mejores tropas y los mas diestros Generales atravesó el Vidasoa decidido á sojuzgar la España, con la presteza que su fogosa imaginacion y su nunca resistida voluntad le sugerian; ¿fueron los ingléses, ó los españoles, los que en Burgos, en Espinosa y en Tudela *detuvieron la rapidez de sus mo-*

(1) Haro. Historia de la defensa de Gerona.

vimientos? Los ejércitos mandados por Castaños, Blake, Palafox y Belveder se atrevieron á resistirle. Hicieron cuanto estuvo á su alcance para contener el ímpetu enemigo. Ofrecieron obstáculos en donde el invasor creyó encontrar vivas, aplausos y humillaciones de parte nuestra, y le demostraron, de un modo muy solemne, la sinceridad con que habíamos jurado vengar los ultrages de la patria ó perecer antes que rendir el cuello á la dominacion extranjera. ¿Y qué parte tuvieron los ingléses en estos trances tan arrojados como costosos? Ninguna. Sus tropas se hallaron muy distantes del lugar en que sucedieron, sin que el Gobierno español hubiese podido lograr su apoyo, á pesar de haberlo solicitado con encarecidas instancias (1).

¿La resistencia que los cuerpos militares españoles sin auxilio alguno extranjero, prestaron en Somosierra y el empeño temerario de Madrid, *no detuvieron los pasos* de las legiones francesas en su marcha victoriosa? ¿A no haber sido el obstáculo que nuestro denuedo opuso á los proyectos de Napoleon habria gastado este un mes en pasar desde Bayona á Madrid, cuando estaba acostumbrado á medir con el reloj en la mano, las horas necesarias para salir de Paris, triunfar en Berlin, ocupar á Viena y expedir

(1) Números 1, 2, 3 y 4 del documento núm. II, tomo 1.

decretos desde Moscow? ¿Y los ingleses no sacaron grandes provechos del entorpecimiento que en los planes militares del Emperador francés, ocasionaron los esfuerzos exclusivos del denuedo español? ¿Los que militaban bajo las banderas de Moore y de Baird se habrian retirado, aunque costosamente, con tanta gloria como lo hicieron?

* * *

Privados los españoles del amparo externo á principios del año de 1809, *entregados á sus propios recursos*, envueltos ademas en desgracias y cuando apenas les quedaba un resquicio de esperanza capaz de alentar sus brios, continuaron hostilizando al enemigo, *deteniendo sus pasos* y trastornando en cuanto pudieron, sus proyectos.—Aumentada su decision al compas de los reveses y sin mas apoyo que el que les ofrecia su valor, volvieron de nuevo á la carga; y si no ganaron ruidosas y decisivas batallas; con multiplicados encuentros y con *acciones* como hoy se dice, *erradas*, impusieron al usurpador y consumieron sus fuerzas, *deteniendo sus pasos*, con los terribles y siempre renacientes lances de una guerra eterna, mantenida por el honor, la fidelidad, la religion y el amor patrio, y no por el *fanatismo y la supersticion*, como propalaban nuestros enemigos “ avergonzados,” segun oportunamente

asegura el Sr. Schépeler, “ de atribuirlo *al* “ *descontento y á la irritacion general.*”

Mientras que á principios del año de 1809, un ejército francés de 270,000 infantes con 40,000 caballos (1) se batia con los españoles, sin que en las provincias castellanas quedára ya un soldado inglés que protegiera su resistencia ; Cataluña, segun Jovellanos, con 40,000 valientes, *entorpecia la marcha y detenia los pasos de 35,000 franceses*, conducidos por un experto General empeñado en subyugarla ; y en los cuatro ejércitos restantes 110,000 soldados mantenian la lucha, á pesar de los descalabros hasta allí sufridos. Zaragoza sola sin comunicacion con los ingleses, sobre los restos de mas de 9,000 hijos que habia perdido en el primer sitio, segunda vez pronuncia el *No* aterrador de su voluntad, y con el sacrificio de 54,000 valientes *detiene los pasos de 20,000 enemigos*; los cuales, para rendir la constancia aragonesa, abroquelada tras unas flacas paredes, tuvieron abierta la trinchera por espacio de 52 dias ; consumieron 23 en sujetar una ciudad abierta y destrozada por el fuego y que emplear otros tantos en la espantosa y desoladora guerra subterránea y en los sangrientos combates que se libraron en las calles y en

(1) Napier, tomo 2, folio 209,

cuantos parages en que quedaba algun espacio franco para la lucha entre sitiados y sitiadores.

Parte de las tropas que se habian salvado de las acciones del noviembre de 1808 sin acobardarse con los infortunios, reunidas á las banderas de la lealtad y animadas con la presencia del Sr Duque del Infantado pelearon en Uclés, y aunque batidas, lejos de abandonar la causa honrosa, buscaron nuevos puntos desde donde mantener la defensa. Gerona, sin socorro alguno extranjero, siguió con intrépida bizarría la carrera sublimemente heróica que abrió á su lealtad el valiente y malogrado Alvarez. En ella los españoles sufrieron con imperturbable constancia los horrores, las miserias, las escaseces y la muerte en un sitio obstinado. *Detuvieron los pasos* de mas de 22,000 enemigos, obligándolos para rendir una plaza de inferior orden, á emplear siete meses y cinco dias, consumidos en batir no tanto los muros, quanto el valor de sus habitantes, con el fuego de 40 baterías, que arrojaron 80,000 proyectiles, los cuales destruyendo los edificios, arrebataron la vida á 19,000 españoles.

Galicia, que al presentarse los Mariscales Sault y Ney con 70,000 veteranos, se encontró sin apoyo por haberse retirado el ejército inglés; sin desmayar á vista de tan formidables fuerzas, ni acobardarse con los infortunios, en-

tregada á solos sus recursos y sin otro movíl que el de su noble pundonor y fidelidad, presenta sus hijos en el campo del honor, y entorpece la *marcha* de Soult sobre el Portugal. Con una insurreccion fiera y mortífera, apoyada por el influjo del Marqués de la Romana, de Morillo, de May y de Noroña, Generales españoles que mandaban á españoles, sin mezcla de extranjeros, inquieta al enemigo en sus posiciones; *detiene sus pasos*; rechaza con ventajas sus ataques; acaba con las legiones; conquista los fuertes que estas habian ocupado y que procuraban defender á toda costa y en el corto espacio de tres meses reduce á la desesperacion á los invasores, cubre los campos con sus despojos, recobra su libertad y contribuye poderosamente al logro de la del Portugal.

La Mancha, pais indefenso, noblemente agitada por el espíritu noble que animaba á todos los españoles, en los pechos de sus hijos, en la temeridad de su decision, en el constante odio de sus naturales al yugo extranjero y en el amor mas acendrado al Rey, encuentra los baluartes desde los cuales desafía al enemigo, oponiéndole dificultades de él no previstas, que *detienen sus pasos y abaten el vuelo* de las altivas águilas. En los momentos en que, á juicio de Napier, todo estaba perdido, en que la rápida sucesion de los triunfos condujo las legiones francésas á los puntos mas remotos de la Pe-

nínsula, y en que su aparición en medio de provincias enteramente desguarnecidas y el prestigio que las acompañaba, vencían todos los obstáculos encadenando hasta los movimientos mas ocultos de la bizarría y del honor; el pueblo de Villacañas, por ejemplo, solo y sin aliados se decide á *detener los pasos del enemigo*. Su mal armado vecindario en seis dias de pelea muy desigual, da tristes desengaños al usurpador, y le enseña, muy á su costa, que la tierra que hollaban sus ejércitos estaba minada; que en todas partes ardian volcanes devoradores, encendidos por el patriotismo y la fidelidad, y que no les era dado esclavizar un pais clásico de honor y de virtud, sin sufrir continuos sacrificios, que al cabo terminarian con el desistimiento de una empresa tan temeraria como la que habia comenzado en el frenesí de su fortuna (1).

Coetáneamente, el Duque de Alburquerque se bate en la Mancha con 11,000 infantes y 3,000 caballos enemigos, *conteniendo sus pasos* y dejándolos escarmentados (2). Los intrépidos catalanes aprietan á la guarnicion francesa de Barcelona. Con solos 10,000 hombres se mide Reding con los enemigos en San-

(1) Gaceta extraordinaria del Gobierno legítimo, 19 de enero de 1809.

(2) Documento núm. III, tomo I.

ta Coloma, Santa Cruz y Vals, y cede á la superioridad numérica, despues de once horas de ataque, sostenido por los nuestros sin timidez ni cobardía. — ¡Y en estos trances los ingleses mezclaron su sangre con la nuestra?... ¡Y no habiendo tenido parte alguna en ellos y no habiéndose hallado un soldado británico en el número de los 30,000 que segun Collingwood, *imponian al ejército francés entre Villafranca y Rosas, demostrándole que no podia marchar sin riesgos* (1); en qué se funda el Sr. Napier para asegurar que *los sucesos de Cataluña del año de 1809 se hayan debido á los auxilios británicos?*— ¡No poder *marchar sin riesgos*, no es igual á encontrar estorbos que detenian sus pasos?— ¡Y habiéndose debido exclusivamente á los españoles, no es claro que estos *fueron los que detuvieron sus pasos* y no la fuerza extraña, en la época mas triste y desesperada para nosotros?

Mientras Soult, en el mes de marzo de 1809, invadia el Portugal por las fronteras de Galicia, y Victor y Sebastiani procuraban apoyarle con 35,000 hombres por Extremadura, los españoles entrando en nuevos combates con estos dos Gefes, se comprometieron en choques sangrientos *y detuvieron sus pasos* en Ciudad

(1) Carta al Conde Murgrave, 21 de enero de 1809.—Memorias, tomo 2, folio 290.

Real y en Medellin; habiéndose conducido en este último punto con tal bizarría y entusiasmo que, según Napier, *se derramó como agua la sangre* (1). Puesta en riesgo la plaza de Badajoz, el acendrado patriotismo de sus vecinos y de las autoridades, desbarató los planes con que la intriga enemiga trataba de rendirla, poniendo en el mayor aprieto al Portugal. Abandonada en su consecuencia la idea, el Duque de Belluno ciñó sus operaciones á ponerse en comunicacion con el General Lapisse (2).

Este, que vencida ya Zamora, ocupaba á Salamanca, se halló entorpecido en su marcha por los esfuerzos de la guarnicion española de Ciudad Rodrigo y de las tropas españolas, que mandaba el Conde de España, las cuales interpuestas en Baños cortaron la comunicacion entre Belluno y Sault. Mas resuelto aquel á penetrar hasta Badajoz, *le disputaron con valor el paso* la legion de Wilson y la alarma general del pais, apoyadas sobre los cuerpos francos españoles que hormigueaban por todas partes y cuyos esfuerzos casi aislados, por valirme de las expresiones del Sr. Napier, *hicieron tomar una actitud estacionada y retró-*

(1) Napier, tomo 2, folio 254, línea 21.

(2) Idem, folio 227.

grada á las armas de Napoleon (1). Es decir, que *no solo detuvieron los pasos de los franceses en España, sino que* los obligaron á retroceder.

Llegamos al fin á la época en que volvió á aparecer en Portugal un nuevo ejército británico, encargado de libertarle del yugo francés, bajo la dirección del diestro General Sir Arthur Wellesley. Veinte y dos mil ingleses desembarcaron en aquel reino, mientras que los franceses tenían en España 270,000 infantes y 40,000 caballos, y los españoles 120,000. No serian estos tan despreciables ni tan débiles, cual hoy se supone, cuando, si hemos de dar crédito al Sr. Napier, Wellesley contó con su apoyo y especialmente con el que podian prestarle los 30,000 infantes y 6,000 caballos que mandaba Cuesta, para proteger sus operaciones (2).

Y lo hicieron, porque durante los meses corridos desde el abril al julio, que el General inglés consumió en la empresa del Portugal, las tropas españolas, sin socorro ageno, *detuvieron los pasos* de los franceses en el interior del reino; asegurando con ello las operaciones de los alia-

(1) Napier, tomo 2, folio 228, línea 28.

(2) A pesar de esto, el Sr. Napier se atreve á decir que el gobierno británico, engañado por los informes de sus agentes, creia que eran numerosos los ejércitos de los españoles. (Tomo 1, folio 117, línea 1).

dos. De modo, que sin exageracion ni vanagloria se puede decir, que á no haber sido la tenaz resistencia con que llenábamos de inquietudes al enemigo, este habria caido sobre el Portugal con todo su poder: haciendo abortar los planes del Gabinete británico é inutilizando sus esfuerzos.

Las batallas incesantes, aunque desgraciadas que libraban los españoles; la mágica aparicion de cuerpos militares que renaciendo de las reliquias de los destrozos, disputaban á palmos el terreno á los invencibles, y la constante decision con que se aseguraba á los aliados el campo de sus combates *detuvieron los pasos del enemigo*; levantando por todas partes fuertes baluartes, á cuyo amparo acabaron de organizarse los ingléses y de ponerse en disposicion de pelear con buen éxito contra los francéses.

En tanto que con una fuerza acaso doble de ingléses y portuguéses se ocupaba Wellesley en rendir á los francéses en Portugal, los españoles no contentos con sostenerle con las fuerzas de Extremadura, con las plazas castellanas que aun se conservaban sobre la frontera lusitana y con mas de 26,000 hombres que componian los cuerpos de Galicia y Asturias; en Aragón se batian con varia fortuna bajo el mando de Blake; en Cataluña derramaban sin tasa su sangre, y como dice el Baron de

Roignat, “ sin reparar en la edad, armados
 “ con el fusil en medio de las faenas de la in-
 “ dustria, al ver al enemigo dejaban los talle-
 “ res y el campo; trepaban á los montes; se
 “ emboscaban en ellos; hacian la guerra al
 “ enemigo sin miedo de ser sorprendidos; y al
 “ acercarse este á los pueblos, sus habitantes
 “ los abandonaban, ocultando los víveres y las
 “ bestias y dejándolo todo vacío. (1)” ¿Y
 hombres apocados y llenos de timidez eran ca-
 paces de mantener con teson una guerra tan
 viva y tan desastrosa? ¿Y una guerra de
 esta especie no *detenia los pasos de los invaso-
 res?* ¿Caminando estos por entre poblaciones
 ó desiertas ó vacías de víveres, podian moverse
 con la celeridad á que estaban acostumbrados?
 Este modo de hostilizar al enemigo propio
 de la nacion española, genial de los catalanes y
 que consumia las fuerzas contrarias, ha mereci-
 do una opinion ventajosa á un General francés,
 buen conocedor de la materia y cuyo dicho
 desacredita la descripcion que el Sr. Napier
 hace cuando asegura, “ que los somatenes cu-
 “ brian los montes, desde donde hacian fuego
 “ de lejos, retirándose al acercarse el enemi-
 “ go (2).”

Asturias, con nuevas tropas rechazaba á los

(1) Relation des Sieges de Saragosse et de Tortose.

(2) Napier, tomo 2, folio 109, línea 29.

francéses y les hacía sufrir pérdidas incesantes, reparando los daños que las sorpresas y las desgracias le habían ocasionado, alterando el giro de sus operaciones y *deteniendo sus pasos*. En las Castillas, en Valencia, en Murcia y en Aragón se mantenía con ardor la guerra, empleando en ella el hierro, el fuego, los ardidés y cuantos medios físicos y morales estaban al alcance de los pueblos.

Cuando en el mes de julio de 1809, el ilustre Wellesley se halló sobre el Tajo sin poder continuar sus operaciones militares, porque el ejército de su mando *lleno de enfermos carecía de dinero, de calzado y de trasportes* (1); los españoles ya reunidos en cuerpos organizados y ya en partidas mandadas por animosos patriotas, á costa de fatigas y de riesgos personales reparaban los descalabros, llenando los deberes que las leyes les imponían, de acudir á la defensa de la nación. Escarmentando y acosando por todos partes al enemigo, detenían su fogosa intrepidez; se batían en Bascára; é interceptaban la conduccion de los aprestos contra Gerona. En esta ciudad, multiplicaron los ejemplos de un valor indomable, y hasta el sexo débil sirvió de modelo á los campeones, mirando con serenidad los destrozos y prefiriendo la muerte á la esclavitud (2). En la

(1) Napier, tomo 2, folio 334, línea 7.

(2) Véase Documento núm. IV, tomo 1.

Mancha se mantenía con tesón la lucha, y en Talavera unidos á los británicos desbaratamos los planes del Rey intruso.

Después de este trance glorioso, en Aragón, en Cataluña, en la Rioja, en Castilla la Vieja y en otros puntos, mantuvimos solos la guerra cortando las comunicaciones y refrenando la osadía de los franceses. Si su pericia logró ventajas sobre nosotros, la repetición de las acciones y la incansable tenacidad de los choques debilitando sus fuerzas, *detuvieron sus pasos*. Los valientes Perena, Renovales, Sarasa y Villacampa en Aragón; Martín en Madrid y Guadalajara; Julian Sanchez en Salamanca; Cuevillas, Tapia, Merino y otros en la Rioja, y Francisquete en la Mancha, desafiaban sin cesar al enemigo; trastornaban sus proyectos; *detenían sus pasos* y le alejaban del término de la conquista, y de la época del goce de las comodidades que al emprenderla se les habían ofrecido, como premio de sus trabajos (1). Al mismo tiempo los ejércitos

(1) Ni fueron estos los únicos que se sacrificaron por la defensa del honor de la nación y de los derechos del Rey. Los nombres de no pocos, que ¡han contribuido con sus esfuerzos personales al logro de una empresa tan gloriosa, yacen en la oscuridad, á la merced de su moderación. Entre otros debo hacer en este lugar una memoria honrosa de D. Casimiro Gregory Dávila, joven lleno de lealtad, que respondiendo á los impulsos de su corazón, fué de los primeros que en Madrid se comprometieron en la lucha, haciendo la guerra con entusiasmo y valor. Su patriotismo le comprometió en acciones arries-

causaban daños á los invasores, haciéndoles conocer que no era tan fácil correr en triunfo las provincias de España, como les habia sido llano subyugar reinos poderosos en circunstancias á estos mas favorables para sostenerse que las que á nosotros nos rodeaban.

¿No detuvo los pasos de los francéses en España el reconocimiento hecho por nuestras tropas sobre la plaza de Tortosa el dia 1 de agosto de 1809? En él los soldados, los paisanos y las mugeres mostraron el mas ardiente entusiasmo, batiéndose con fiereza (1). ¿No detuvieron los pasos del enemigo los soldados españoles, mandados por el intrépido D. Enrique O'Donnell, que introdujeron el socorro en Gerona, y saliendo de esta plaza, arrollaron los campamentos enemigos, incorporándose al grueso de su ejército (2)? ¿En Astorga sola su guarnicion no hizo retroceder á los invasores, obligándolos á abandonar la idea que llevaban de rendirla (3)? ¿En Tamámes no detuvimos su marcha con gran pérdida de su parte (4)? ¿En las acciones preliminares á las desgracias de Ocaña, no impusimos á los francéses (5)? ¿Y

gadas, sin que la prision de 6 meses y el haber estado á pique de perecer en un patíbulo á manos del enemigo, hubiesen debilitado su noble ardor.

(1) Véase Documento núm. V, tomo I.

(2) Idem, Documento núm. VI, id.

(3) Idem, Documento núm. VII, id.

(4) Idem, Documento núm. VIII, id.

(5) Idem, Documento núm. IX, id.

cuando aprovechándose estos de sus ventajas nos atacaron en Alba de Tormes, las fuerzas españolas aquí reunidas no los rechazaron briosas, *entorpeciendo los pasos* con que el enemigo procuraba adelantar sus conquistas? ¿Y todo, no sucedió al mismo tiempo que en el Valle de Arán, en Santander y Asturias los cuerpos militares y los paisanos oponían una fiera resistencia á los franceses, *deteniendo sus pasos?*

Es verdad que la suerte adversa empeñada en probar nuestra constancia, facilitó al enemigo la entrada en Andalucía y la ocupacion de Sevilla. Suceso que puso en grave riesgo á Cádiz, último atrincheramiento de los leales. Su pérdida habria sido inevitable, si el intrépido arrojo de D. Lorenzo Peravéles, que con riesgo de su vida arrebató al Gobierno intruso sus planes, y el noble entusiasmo, la decision y el acierto del Secretario interino de Marina D. José Vazquez Figueroa (1), el acen-

(1) No puedo dispensarme de hacer una ligera reseña de los méritos distinguidos que en estas circunstancias contrajo el Sr. D. Vazquez Figueroa. He sido testigo de muchos y faltaria á mi deber, si no rindiera el debido homenaje al acendrado patriotismo, á la firmeza y lealtad de que dió relevantes pruebas este personage, en momentos tan críticos.

La invasion del ejército francés sobre las Andalucías produjo un levantamiento popular en Sevilla, acalorado por los enemigos secretos de la Junta Central, cuyos individuos se vieron obligados á retirarse en dispersion y desorden á la Isla de Leon, punto que de antemano se habia señalado como lugar de asilo contra la desgracia. Reunidos en ella á costa de muchos riesgos, abdicaron el mando.

drado patriotismo, la actividad é inteligencia del General Duque de Alburquerque, condu-

poniéndole en manos de una regencia. Dias de grande apuro y amargura fueron para esta los primeros de su gobierno. La Isla de Leon se hallaba casi sin defensa de mar y tierra; y aunque se habia cortado el puente de Zuazo, faltaban tropas para cubrir los puntos defensibles. La efervescencia del pueblo ponía inocentemente obstáculos á las providencias. A todo se agregaba hallarse en aquel recinto un crecido número de prisioneros enemigos, carecer el gobierno de Ministros que atendieran á dar curso rápido y acertado á los negocios, y haberse repentinamente establecido en Cadiz una Junta que, si bien hizo eminentes servicios al estado, en aquellos momentos entorpecía algun tanto la marcha del gobierno supremo.

Fortunosamente se presentó huyendo de la opresion enemiga D. José Vasquez Figueroa, que habia desempeñado en Sevilla un puesto de preferencia en el Ministerio de marina y cuya cooperacion era á la sazón urgentísimamente importante. La singular actividad, la lealtad y sobre todo el entusiasmo por la independenciam nacional que le distinguian, fueron de grande auxilio para las resoluciones que tenian que acordarse en época tan azarosa. A su celo debió la regencia el principio de las fortificaciones que empezaron á construirse: la distribucion en los parages mas oportunos de la cortísima fuerza sùtil, ó séase de las lanchas cañoneras que estaban listas para el servicio; la bien entendida inteligencia con las tropas del denodado Duque de Alburquerque que se habian retirado sobre la Isla: el transporte á la misma de parte de nuestro ejército que se hallaba en Ayamonte; y la prudente y atinada comunicacion con la junta de Cadiz. Todo lo llevó á cabo con la mayor felicidad, habiéndose formalizado por sus cuidados la defensa de la isla gaditana, último baluarte de la libertad de España.

Nombrado el Sr. Figueroa Ministro de marina á despecho de su resistencia, el mismo dia en que los franceses entraron en la bahía de Cadiz hasta el Trocadero con un numero de lanchas cañoneras sino superior ignal al que nosotros teniamos, no desmayó en su ardiente decision. Con 1,000 soldados del ejército que hizo pasar á los buques para suplir la falta de marineros, con algun dinero y otros recursos poco correspondientes á la magnitud de la empresa, que se pusieron á su disposicion, aumentando con su actividad los recursos para sostener la defensa de mar, que era la principal á que debia atender, consiguió en pocos dias aprestar 200 barcas cañoneras,

ciendo á marchas dobles sus tropas á la Isla de Leon, *no hubieran detenido los pasos á los ene-*

bombarderas y obuseras, que imponiendo al enemigo, quebrantáran su arrogancia y reanimaran las esperanzas de los leales. Incansable Figueroa pidió recursos á la Junta de Cadiz y al ministerio de hacienda, y se valió de cuantos arbitrios le sugirió su celo para poner á cubierto la isla Gaditana de los ardidés de los francéses, habiéndose valido para tamaña empresa, de la pericia, denuedo y decision de los generales D. Juan Villavicencio, D. Cayetano Valdes y D. Juan Topete que trabajaron con la mayor constancia en el armamento, disciplina é instruccion de la gente reclutada.

No se ceñia el servicio de estos buques á la defensa de Cadiz y de la periferia de la Isla. Por la prevision de Figueroa protegian los puntos de Ayamonte, Tarifa, Huelva y Algeciras, de los cuales se surtian de víveres Cadiz y la Isla de Leon: escoltaban convoyes, llevaban y traian tropas segun convenia á la defensa de la plaza y molestaban al enemigo. En medio de la completísima nulidad á que el abandono y las desgracias habian reducido nuestra escuadra; el ministro de quien voy hablando con los dos ó tres únicos navios hábiles que quedaban, y un número mayor de corbetas, fragatas, bergantines y goletas, habilitadas en fuerza de sus providencias, hizo conducir mensualmente la correspondencia de oficio y la mercantil de los parages mas lejanos de las Américas; manteniendo por este medio las relaciones mercantiles entre la Península y las posesiones ultramarinas; sostuvo el espíritu público en ellas y desvaneciò las malas impresiones que causaban las falsas noticias que los malévolos esparcian para llevar á cabo sus planes disidentes: auxilio eficazmente el transporte de los utiles de guerra á las tropas españolas de dentro y fuera de la península: se sostuvieron apostaderos: se protegieron los convoyes del comercio: se mantuvieron cruceros en los parages mas arriesgados y se condujeron caudales, llenando con muy pequeñas fuerzas las atenciones que reclamaban las circunstancias.

El Señor Figueroa consiguió asegurar de tal modo los puntos principales de la isla de Cadiz, que aun cuando los enemigos se hubieran apoderado de alguno, se podian sostener vigorosamente los restantes. Esto lo logró proyectando y haciendo realizar el corte del arrecife ó camino real por el sitio que llaman del rio Arillo, habiéndose abierto un ancho y profundo foso que se llenó de agua y sobre el qual se estableció un puente corredizo que sostenido por dos ó tres cañones impedia absolutamente el paso, con beneficio de muchas salinas que

migos, fijando en este punto, para siempre célebre, un coto que el poder de Napoleón no pu-

hasta allí habían sido estériles. Este corte puso al gobierno y á los defensores á cubierto de cualesquiera sorpresa, aun en el caso que los sitiadores hubieran hecho el desembarco que meditaban en una noche larga y oscura de invierno entre el castillo de Puntales y la cortadura de San Fernando, para tomar esta por la espalda. Proyecto por ellos formado y del cual tuvo noticias Figueroa.

No satisfecho este con la guerra que mantenian contra los franceses las fuerzas marítimas de que disponia, hizo que tomaran parte activa y gloriosa en la del continente con los regimientos de marina que hizo salir á campaña con sus correspondientes brigadas de artillería mandados por gefes y oficiales valientes de la armada, los cuales dieron dias de consuelo á la patria, cogiendo á costa de su sangre, copiosos laureles en los campos de Cataluña, en Espinosa, Veles, Talavera, Tamames, Ocaña, Albuera y otros; habiendo obtenido del gobierno los premios correspondientes á su heroica bizarría; abrió á los sargentos beneméritos el camino de la fortuna, declarándoles obcion á los grados de oficiales de los regimientos á que correspondian, así como se hizo despues con los pilotos instruidos admitiéndolos en el cuerpo general de oficiales de guerra.

En los años de 1810 y 1811 se formó en Sevilla una reunion de patriotas con el nombre de *Congreso Hispalense* con el objeto de auxiliar con avisos oportunos, con armas, ropas y medicinas á las partidas de guerrilla que se levantáran contra los enemigos en los puestos inmediatos al congreso. Desde las cuebas y sótanos subterráneos eu donde celebraba sus sesiones, abrieron sus individuos comunicaciones importantes en varios puntos de las Andalucías, sosteniendo con sus esfuerzos el fuego sagrado de la insurreccion. Habiendo formado el plan atrevido de hacer unas visperas sicilianas con los anemigos que gnarnecian algunos puntos importantes, reclamaron los auxilios y proteccion del gobierno. Presentados unos comisionados suyos á la Regencia, esta cometió á Figueroa con la mayor reserva, el cuidado de las operaciones del congreso, dispensándoles los auxilios oportunos y dirigiendo con juicio sus ideas. Con dicho fin siguió una correspondencia interesante con dichos sugetos y con el general Ballesteros que á la sazón mandaba las fuerzas mas respetables que España mantenía en las Andalucías. En consecuencia, se prestaron oportunos auxilios á aquellos benémeros patriotas, cuyos servicios fueron importantísimos y muy arriesgados, especialmente cuando la toma de

do pasar (1). ¿Y qué parte tuvieron los ingleses en los ruidosos y repetidos lances mili-

Sevilla por el general Cruz Murgeons, empresa que ellos facilitaron con sus avisos y operaciones.

Aunque Figueroa secundó sus miras dirigidas á hacer guerra viva al enemigo, jamas apoyó la idea de las vísperas sicilianas; no porque la perfidia de Napoleon no las provocara con su negra conducta; sino porque tan atroz represalia no podia caber en pechos noblemente denodados, ni avenirse con los principios de honor que distinguian al gobierno y á su Ministro.

(1) Me dilataria mas de lo que permite la naturaleza de esta Obra, si me detuviera á referir los extraordinarios y multiplicados servicios del generoso pueblo de Cadiz. Decidido desde el principio á defender los derechos del Monarca y el honor de la nacion; con un cuerpo militar, que llevó y supo mantener el lustre de su nombre, acudió á sostener la defensa en las cercanías del Pirineo. Cuando las desgracias reemplazaron á las primeras victorias, siguió sin vacilar el camino de la lealtad, sirviendo de apoyo al gobierno legítimo, que en él halló una segura acogida. Fueron tan insignes y tan continuas las pruebas que, durante el sitio de tres años, dió Cadiz de su desprendimiento y de su consagracion, como difíciles de enumerar. Solo el heróico, constante y arriesgado que hicieron sus *valientes voluntarios*, bastaria para inmortalizarle. Cuerpos compuestos de la juventud, de las cabezas de familias y de los hombres de arraigo, reunieron en sí los mas acaudalados; los cuales, no satisfechos con los sacrificios pecuniarios que voluntariamente hacian para mantener la defensa, ni con haber acudido personalmente á los trabajos de la fortificacion, se alistaron en las banderas de la milicia voluntaria, é hicieron el servicio con la misma exactitud que la tropa de línea. Economizaron al ejército el desmembre de muchos soldados, que se hubieran sacado de él para el sosten de una plaza tan importante. Llevaron con resignacion y alegría las fatigas y perecieron algunos gloriosamente por sostener la causa mas honrosa. A sus cuidados y á su celo se debió la conservacion del orden público en un punto tan interesante y en circunstancias tan críticas; y á la fervorosa consagracion de los gaditanos se puede decir sin miedo de ser desmentido, que son deudoras la España y la Europa de su actual independenciam.

¡Llor eterno á los ilustres voluntarios de Cadiz; prez á sus nombres y eterno agradecimiento á sus servicios y á los sublimes sentimientos de un pueblo, cuyos vecinos reunen á la dulce maestría de

tares de que hemos hablado? ¿Qué parte en los que siguieron á la invasion de las Andalucías y en los encuentros multiplicados con que los *cueros francos* mantuvieron la lucha y *detuvieron los pasos* de los invasores en los años corridos desde el de 1810 al de 1814 sin plazas en que apoyarse y rodeados siempre de dificultades?

¿Mezclaron los ingleses su sangre con la que los españoles derramaban sin tasa por estos tiempos en Cataluña, en Murcia y en Valencia? ¿Sus brazos se unieron á los de los habitantes de la Serranía de Ronda, siempre valientes, siempre leales y constantes siempre en su aversion al tirano? ¿Pueden los británicos aspirar á la participacion del renombre inmortal que supieron adquirir los defensores de Ciudad Rodrigo, cuando á expensas de su valor se defendieron sin capitular hasta el momento del asalto, contra la destreza y el denuedo de 30,000 veteranos francéses? — ¿Y qué parte les cupo en la célebre defensa que la pequeña y

sus costumbres, el amor mas puro á su patria y la fidelidad mas acendrada á su Rey! Cadiz, célebre ya desde la antigüedad, ha aumentado su esplendor desde que en el año de 1810 sirvió de asilo á la lealtad y de último atrincheramiento al valor español; haciendo ver al mundo, que las columnas que Hércules puso en su recinto como límite á la ambicion de los antiguos conquistadores, en el siglo XIX han sido las metas incontrastables, en donde detuvo su carrera el militar afortunado, que sojuzgada la Europa, amenazaba con la esclavitud al linage humano.

mal fortificada ciudad de Astorga, con el auxilio de solos 2,500 soldados mantuvo por espacio de 32 dias contra los sangrientos ataques de 17,000 enemigos? — Si se nos arguye que los ingleses contribuyeron á la defensa de Cádiz, y que en la Albuera repitieron los ejemplos de valor que habian dado en otras ocasiones; contestaremos, que los españoles pelearon tambien con brio en ambos casos, y que acostumbrados á medirse solos con el enemigo y á mirar con serenidad los infortunios y la muerte, no perdieron coyuntura, en que casi siempre con temeridad, no causáran á los invasores todo el daño que estaba á su alcance, *deteniendo sus pasos*, inutilizando el fruto de sus victorias y haciéndolos desconfiar del triunfo.

* * *

Una ligera reseña de nuestras proezas en la época en que careciamos del apoyo de los aliados, deberá convencer aun á los mas obstinados, de que en el espacio de casi cuatro años, los españoles solos *detuvieron los pasos de los invasores en la Península*. Porque desde que en el diciembre de 1808 se retiró de Castilla y de Galicia el ejército británico, hasta que en el julio de 1809 se presentó en Talavera y desde este trance hasta que en el año de 1811, unido á nosotros en la Albuera, peleó con el enemigo; ¿quiénes, sino los españoles le hicieron frente desde los confines del Portugal

hasta el Pirineo?—¿Quiénes, sino los españoles le mantuvieron inquieto, impidiéndole consumir sus empresas?

Y las que hoy se apellidan *erróneas*, *temerarias* é *imprudentes batallas* libradas por nosotros, ¿no produjeron al menos el efecto de paralizar los movimientos de los franceses?—¿A no haber sido la tenacidad con que *detuvimos sus pasos*, habrían tardado dos años en llegar desde Madrid á Sevilla?—¿A no haber sido nuestros esfuerzos hoy depreciados por quien menos debiera, las legiones de Napoleon acostumbradas á atravesar victoriosas la Europa con la velocidad del rayo, habrían consumido tantos y tantos dias en correr las indefensas provincias de España?—Con cuerpos militares apenas disciplinados, con algaradas, con alarmas y con partidas francas, obligaron los españoles al Capitan del siglo á desmembrar sus falanges y á fortificar algunos puntos insignificantes, que las pusieran á cubierto de los descabros que á cada paso les causaba el ardor de una nacion justamente irritada. El mismo Sr. Napier asegura hablando de las partidas de guerrilla, “que impedian las comunicaciones entre los franceses. . . . siendo las ventajas que produjeron las de un refuerzo de 30,000 hombres (1).”—¿Y 30,000 hombres en

(1) Napier, tomo 2, folio 331, línea 11,

constante movimiento y hostilidad, aprovechando las oportunidades de dañar al enemigo, *no detenían sus pasos?* —¿Y con tan continuados, tan varios, y tan decididos esfuerzos, *no disputaban los españoles en su territorio la suerte de la Europa; asegurando los movimientos militares del ejército británico?*

*

*

*

Si comparamos entre sí las fuerzas que mantuvieron la guerra en España, deduciremos consecuencias muy favorables á nosotros. En el verano de 1808, los españoles entraron en acción, por lo menos, con 130,000 hombres contra 260,000 enemigos; mientras que 5,000 ingleses se mantuvieron en Jerez y el Puerto y 8,000 que aparecieron en la Coruña, pasaron al Portugal.—En el noviembre del mismo año, sobre 111,000 españoles sufrieron en Navarra y en Castilla el choque de mas de 300,000 franceses, en los dias en que el General inglés Moore se hallaba en Salamanca con 11,000 hombres y Baird en Galicia con 8,000, distantes ambos de 60 á 90 leguas de los puntos atacados, en los cuales derramábamos nosotros la sangre *por detener los pasos á los invasores*, sin haber logrado que aquellos nos auxiliáran (1).

En la batalla de Talavera, 20,000 españoles pelearon unidos á 16,000 ingleses y en la de

(2) Véase Documento núm. II y X, tomo. 2.

la Albuera lo hicieron 12,000 de los primeros, á la par de 7,500 de los últimos.—En el año de 1812 el ejército español organizado constaba de 140,000 soldados, mientras que el de los ingleses apenas llegaba á 50,000, y al terminarse la guerra el año de 1812, los británicos tenían sobre las armas 45,000 hombres y los españoles 216,000.

De los documentos que tengo á la vista deduzco: 1º. que la fuerza inglesa que entró en España en el julio de 1808, fue igual en número á la que componia una de las varias divisiones españolas que se batieron en Bailen: 2º. que el número de los ingleses en el noviembre del mismo año, no llegó á la sexta parte del de los españoles que pelearon en Tudela, en Burgos y Espinosa: 3º. que los catalanes que sostenian la lucha en su provincia á principios del año de 1809, eran dobles en número que el de los ingleses que Wellesley desembarcó en Portugal: 4º. que el número de los leales y valientes españoles que perecieron en Zaragoza fué igual al de las tropas británicas que hicieron la guerra en España el año de 1812: 5º. que el número de los que se sacrificaron en aquella plaza y en la de Gerona, excedió en una mitad al de los soldados que componian el ejército inglés al terminarse la guerra; y últimamente, 6º. que el número de prisioneros franceses que llegaron á Inglaterra, creció en

una progresion considerable, en los años en que mantuvimos nosotros la lucha, sin auxilio ageno (1). Mientras que, segun un historiadore aleman, se recibieron en Francia 55,872 prisioneros españoles, llegaron á ella con este nombre 5,586 ingleses (2). De todo se infiere, que han sido mayores los obstáculos que los españoles opusieron á *la marcha del enemigo*, que los que presentaron los ingleses, por haber sido la masa de fuerzas que estos comprometie-

(1) Número de prisioneros franceses existentes en Inglaterra:

Años.	Número de prisioneros.
1803.....	3,250
1806.....	20,100
1808.....	27,250
1809.....	37,250
1810.....	46,700
1811.....	48,000
1812.....	55,800

(Times del 26 de agosto de 1829).

(2) Nota de los prisioneros que pasaron á Francia desde la Península :

Años.	Ingleses	Espanoles.
1808.....	“.....	1,967
1809.....	2,169.....	18,289
1810.....	954.....	17,592
1811.....	758.....	12,978
1812.....	1,596.....	3,517
1813.....	109.....	1,432
	<u>5,586</u>	<u>55,872</u>

(Schépeler, t. 1, f. 84).

ron en los combates, infinitamente menor que la nuestra.

Obstinarse en sostener lo contrario, es negarse al convencimiento de la evidencia, haciendo alarde de un pirronismo tan lastimoso, como contrario á los dictámenes de la razon; por satisfacer el vano empeño de desacreditar entre los hombres de buena fé á una nacion, que siendo altamente acreedora al reconocimiento general, tiene un derecho para exigir que se la trate con decoro y justicia, ya que ni pretende ni ha menester adulaciones, para ocupar un lugar eminente en la opinion coetánea.

Los españoles no niegan que han sufrido reveses y descalabros, inevitables en la clase de guerra en que se hallaron comprometidos y que no eran de extrañar, atendida la situacion en que estaban cuando la emprendieron. Pero sin miedo de ser desmentidos, pueden contestar al Sr. Napier cuando asegura, “que *abandonados á sí solos, fueron batidos en todos los lances:*” — que batidos y sin socorro extranjero, consiguieron la victoria mas clásica de nuestra edad, atendidas los resultados que produjo. *Batidos y solos* en sitios memorables, segun un ilustre francés, “dieron al enemigo funestas lecciones, cuya memoria durará por mucho tiempo (1)” y se captaron

(1) Pertusier, Tratado de fortificacion.

la admiracion de los soldados mas aguerridos, mandados por el que sabia vencer los imposibles y allanar las dificultades al parecer mas insuperables. *Batidos y solos* arrebataron á las filas contrarias un número muy considerable de combatientes, en los mismos dias en que la fortuna los favorecia mas de lleno. *Solos y entregados á sus recursos*, auxiliaron eficazmente á los ingléses en su campaña de Portugal. *Solos y batidos en todos los lances*, fueron los únicos que alzándose contra el opresor de Europa y negándose con indomable fiereza á otorgarle el Sí de su humillacion, pelearon una y mil veces, con éxito vario, aunque siempre con constancia y con valor; — y *batidos* volvieron de nuevo á la carga, hasta que lograron triunfar del que tenia sobrecogido al mundo, con el estruendo de sus armas y con el éxito feliz de sus empresas.

Los españoles pueden contestar á cuantos hayan visto los acaecimientos gloriosos de los seis años, del mismo modo que el historiador á quien me refiero: que *batidos y abandonados* fueron los que, con el sacrificio de casi la décima parte de su poblacion y la ruina de los mantiales de su riqueza, contribuyeron á sacar á las naciones mas civilizadas del abatimiento en que yacian; quedando pobres, si bien llenos de palmas, de honor y de aplausos; en tanto que los que se dicen *protec-*

tores suyos les negaron sus auxilios en los momentos de mayor aprieto, asegurando el poder que hoy disfrutan. Sin embargo, los que tan de lleno se gozan con la obra de nuestras manos, no contentos con disfrutarla desconociendo los deberes de la justicia, nos niegan lo que hemos adquirido, y lo que la fama, el ruido de nuestras hazañas y la voz de la admiración nos han concedido!!!

“La Inglaterra,” dicen unos acreditados periodistas franceses (1), “vió en la guerra de España una coyuntura feliz para empeñarse en nuevos combates; — haciendo entrar el heroísmo castellano en sus cálculos políticos. Comenzó la guerra, y la Europa sabe lo que en ella hicieron los españoles y de que modo supieron aventajar á sus mayores. Si se piden pruebas; los franceses somos los que podemos darlas, por haber adquirido un derecho que nadie puede disputarnos, porque somos los que hemos apreciado el peso de la espada de todas las naciones, y porque fuimos testigos, mientras duró una guerra tan homicida, *de los mayores descalabros que causaban en nuestras filas las bandas españolas, que los regimientos ingleses.*” “¿Y qué contestarán estos,” prosigue, “cuando les preguntemos qué hicieron su ejército y su

(1) Revue Encyclopédique, Juin, 1829.

“escuadra cuando Tarragona y Ciudad Ro-
 “drigo sucumbian á su presencia? ¿Cuando
 “se les recuerde la retirada que hicieron á
 “vista de Napoleon? ¿y cuando se les traigan
 “á la memoria otros lances que demuestran,
 “*que los ingleses escaseaban mas su sangre que*
 “*la de sus aliados?*”

Schépeler añade con la mayor sensatez y
 verdad (1), “que en la guerra de España se
 “peleó por la independendencia del Continente;
 “por los intereses del Rey; por los de la aris-
 “tocracia; y por los de la nacion británica.—
 “Esta entró en la lid como auxiliar y dió el
 “golpe decisivo. Despues de las campañas
 “desgraciadas de los Paises Bajos en donde
 “los francéses eclipsaron las glorias británi-
 “cas; *á no haber sido España, ni la Inglater-*
 “*ra hubiera podido adiestrar sus ejércitos pa-*
 “*ra la victoria, ni Wellington hubiera trillado*
 “*el camino glorioso que ha seguido. Los in-*
 “*gléses fueron como en la época de Fernando*
 “*de Brunswick, los excelentes perros que en*
 “*España detuvieron al toro, mientras otros le*
 “*cansaban y debilitaban. Los españoles sin el*
 “*auxilio de los británicos, no habrían dejado*
 “*sosegar al toro, cuando los ingleses, sin*
 “*los españoles hubieran consumido sus fuerzas*
 “*entre sus hastas. Porque,” prosigue, “¿aca-*

(1) Histoire de la Révolution d'Espagne. tomo 1, folio 111.

“ so 40 ó 50,000 ingleses diseminados, podian
 “ resistir á 250 ó 300,000 franceses mandados
 “ por Napoleon? Ciertamente que no. Toda
 “ la crítica que se haga sobre la conducta de
 “ los españoles en esta guerra, es injusta.”

Cuando me valgo de estas autoridades para robustecer mi opinion, ni desconozco el mérito de la cooperacion inglesa y la pericia de su General, ni el valor de las tropas que bajo sus órdenes defendieron la causa de la lealtad y de la independendencia. Solo trato de contestar con testimonios de extrangeros imparciales, que presenciaron los acaecimientos, al historiador que tan crudamente nos maltrata; presentando además en oposicion de sus dichos datos y memorias, que si las tuvo presentes, debieron haberle hecho mas circunspecto para con una nacion pundonorosa, que lejos de haber hecho daño alguno á la suya, contribuyó á *asegurar su existencia política, amenazada con una disolucion absoluta* (1); y si prescindió de ellos á sabiendas, resalta de lleno su fatal bandería, haciendo mas honoroso el triunfo de nuestra causa. De suerte, que si acaso mis explicaciones pudieren disgustar á los ingleses, cuyo amor á las glorias patrias me llena de una noble emulacion; deberán atribuir la causa de su incomodidad al Sr. Napier, que en la historia de la guerra de

(1) The Courier, 19 de enero de 1816.

la Península anunciada y recomendada por los periódicos de Londres como un dechado, vulnera el honor de nuestra nación, perjudicando gravemente á su misma patria, con las inexactitudes que en ella abundan.

5.

Estas, llegan al extremo lastimoso de hacerle decir, “que Wellington desde la acción de Talavera hasta el fin de las campañas, *había peleado por España y en España y nunca con España.*” Es decir, que los ingleses solos han mantenido la lucha, sin que los pendones castellanos hubiesen ondeado á la par de los británicos.

* * *

Estoy tan de acuerdo en que los ingleses *no pelearon en España ni con España* en Cabezon, en Rioseco, en Bailen, en Burgos, en Espinosa, en Tudela, en Somosierra, en Uclés, en Zaragoza, en Valencia, en Gerona, en Astorga en Ciudad Rodrigo, en Galicia, en Murviedro y en Cataluña en los años corridos desde el de 1808 al de 1813, porque no se mezclaron en lides tan costosas: como seguro de que cuando desde el año de 1809 y siguientes los británicos entraron en acción en nuestro territorio, ya como por acaso y ya con un plan decisivo de hacer la guerra; los españoles los acompañaron sin reserva en los riesgos, partiendo con

ellos los laureles y las fatigas. Para negar esta verdad, sería preciso arrancar del libro sagrado de la historia las páginas dó están escritos los sucesos, con caractéres que ni la fuerza, ni las desgracias, ni la rivalidad, ni aun el tiempo mismo con la carcoma roedora de la caducidad, podrá borrar.

En los movimientos militares que Sir Roberto Wilson hizo sobre las fronteras del Portugal con una pequeña legion inglesa, única fuerza de esta nacion que despues de la retirada de Moore mantuvo entre los españoles la creencia, de que el Gabinete británico se interesaba en su causa, los españoles pelearon unidos á ella con interés y decision. Noticioso el Gobierno legítimo residente en Sevilla de los esfuerzos de aquel caudillo, le reforzó con tropas españolas, cuya conducta mereció sus elogios. “El aspecto,” decia este distinguido oficial, “de los soldados que se me han reunido, es igual al de las demas tropas, en su forma y serenidad. Los de caballería parecen á los del siglo XVI en la dura fisonomía, en el valor y en la constancia de sus mayores (1).” — El Sr. Napier dice : “que en el julio de 1809, un número considerable de españoles armados y vestidos, se habian reunido en masa con los ingléses mandados por Wellesley (2).”

(1) British Campaigns, vol. 3, p. 42,

(2) Napier, tomo 2, folio 316, línea 1.

¿Y esto no era pelear nosotros con Wellington en España? — En el referido mes el ejército español combinado con el británico peleó en Talavera, *habiendo nuestra caballería sostenido las maniobras; contrarestado nuestra infantería los ataques del enemigo y llenado sus deberes el General, los Oficiales y las tropas españolas que entraron en acción en el punto que ocupaban y que era de mucha importancia*, según lo manifestó el General Wellesley. ¿Y se sostendrá aun, que Wellington peleó entonces en España y no con España?

En la Albuera, los españoles unidos á los ingleses, se batieron con la mayor bizarría, y en los Arapiles llenaron sus deberes. Entraron en Madrid, llegaron á Burgos y retirados de este punto permanecieron en el territorio dominado por el enemigo, manteniendo la lucha y protegiendo las operaciones de los aliados. Unidos á ellos, los españoles hicieron la campaña inmediata, que se terminó con la libertad de la Península. ¿Y á vista de lo referido, se dirá que Wellington peleó en España y nunca con España? — ¿Por ventura, los ejércitos españoles unidos al británico, no contribuyeron eficazmente al triunfo de Vitoria? ¿No tomaron parte en los combates sucesivos, en los cuales los comprometió la voz de Wellington que los mandaba? ¿No se condujeron con el ma-

yor denuedo? ¿ No merecieron encomios repe-
 tidos á tan ilustre Gefe (1)? “ Para lograr la
 “ posicion de las alturas de la Puebla,” decia
 Wellington, “ el General Hill envió la brigada
 “ española al mando del General Morillo y no
 “ solo la ganó, sino que la mantuvo con sus ma-
 “ niobras á pesar de los esfuerzos del enemigo
 “ para recobrarla. La accion fué dura y costó
 “ mucha sangre. El General Morillo, aunque
 “ herido, permaneció en el campo. El General
 “ Graham tuvo consigo la division española
 “ del Coronel Longa y el General Giron que
 “ habia marchado hácia la izquierda con este
 “ objeto, habiendo sido llamado, vino desde
 “ Orduña con la mayor presteza y se halló en
 “ el campo para sostener á Graham (2). —
 “ Mina y Julian Sanchez,” continúa, “ siguen
 “ á Clossel y el último le quita en Tudela dos
 “ cañones, algunos pertrechos y 300 hombres.
 “ *En todas las operaciones, las tropas españo-*
 “ *las se condujeron notablemente bien (3).”*

Hablando el General Graham de las tropas
 que sitiaban á Pamplona, “ la conducta de to-
 “ dos,” dijo, “ ha sido altamente acreditabile
 “ — y *la columna de la izquierda adquirió*

(1) Véase en el tomo I de estas *Observaciones*.

(2) Parte desde Salvatierra, de 22 de junio de 1813.

(3) Parte desde Ortiz, de 19 de junio de 1813.

“*igual honor, que las armas españolas. El*
 “*cuerpo de Longa despues de largas y moles-*
 “*tas marchas, emprendió y realizó con el ma-*
 “*yor valor los deberes y fatigas del dia, y se*
 “*condujo del modo mas valiente (1).*” —

“Tengo fuertes motivos,” añadía Wellington,
 “para estar satisfecho de la conducta de los re-
 “gimientos españoles del Príncipe y Pravia.”

Asegura que el Príncipe Regente quedará sa-
 tisfecho de la conducta de las tropas. “El ene-
 “migo se habia reforzado mucho, haciendo un
 “formidable esfuerzo para levantar el sitio;
 “*mas todo fué frustrado por una parte del ejér-*
 “*cito aliado. El regimiento del Príncipe que*
 “*pertenece al ejército de Andalucía, se halló*
 “*en una situacion de prueba y todo el cuerpo*
 “*se manifestó lleno del espíritu ardoroso que*
 “*animaba á los demas (2).*”

“Tengo el mayor placer,” decia Graham,
 “en elogiar la conducta de estas tropas y tam-
 “bien la de un batallon de cazadores de la
 “division de Bárcena, que ocupó el puerto de
 “Ianci y le mantuvo la mayor parte del dia,
 “no obstante la muy superior fuerza enemi-
 “ga (3).” El General Murray en el parte que

(1) Cobbett's Political Register, tomo 33, folio 123.

(2) Idem, idem.

(3) Idem, tomo 23, folio 260.

dió de la acción de Castalla, sostenida el día 14 de abril de 1814, por españoles é ingleses contra las tropas francesas mandadas por Suchet, “sensible,” dijo, “es la pérdida que hubo de “soldados; mas *no hubo uno solo ni un Oficial “de los que entraron en acción, que no vendie- “ra con gloria la vida en defensa de la Patria “y del Rey (1);”* y Lord Bentink de resultas del ataque de Molins del Rey en 11 de setiembre de 1813, “tengo el consuelo,” decía, “de “asegurar *la bravura de los ingleses y españo- “les y la constancia de estos.* Todos los Ofi- “ciales británicos que estuvieron presentes “hablan de ello en términos de la mas alta “admiración (2).” En las batallas de San Juan de Luz y de Tolosa en donde cerró Wellington con gloria inmortal las campañas, ¿no tuvieron las tropas españolas la parte mas arriesgada y la mas cruenta?

Una union tan seguida entre los ejércitos inglés y español y los testimonios ilustres que de nuestro valeroso comportamiento dieron los caudillos británicos, ponen en claro que Wellington *peleó en España y con España,* y manifiestan la caprichosa arbitrariedad con que el Sr. Napier asegura lo contrario. En cuanto á si Wellington *peleó en España y por*

(1) Cobbet's Political Register, tomo 23, folio 23.

(2) Idem, tomo 23, folio 573.

España, con cuya expresion se da á entender que solo los ingléses sacrificaron su sangre en favor nuestro; contestaré, apoyado sobre la fe de la historia, que los ingléses peleando *en España* contribuyeron á asegurar nuestra independencia defendiendo la suya en el único punto seguro que les quedaba en que poderlo hacer con esperanza de buen éxito; partiendo con nosotros los sacrificios, que de otro modo debieran haber sido enteramente suyos.

Asegurar que los ingléses, por puro entusiasmo é hidalguía hubiesen hecho la guerra *en España*, es suponer que un Gabinete tan previsor é ilustrado como el inglés, se condujera en negocios de tamaña importancia, con la candorosa sencillez de un infante ó con la galantería caballeresca de un Quijada. El Sr. Napier sabe mejor que yo, que esta no es la conducta que observan ni pueden guardar los Gabinetes que dirigen la política de las naciones. *Wellington* peleó con una gloria inmortal *en España* por su propia Patria, y peleando *en España*, defendió el poder y la existencia británica que estaba en grave riesgo. Peleó *en España* y con *España* por los intereses de esta, que eran iguales á los de su nacion; y cuando á costa de fatigas y poniendo en feliz contribucion los grandes recursos de sus talentos militares y el valor bien señalado de las tropas que mandaba, vió libre de enemigos á *España*

y aterrado el gigante que queria subyugarla, en nuestra libertad y en la ruina del enemigo comun, vió asegurada *la independencia de la Gran Bretaña*. “La guerra de España,” se decia el año de 1816 en uno de los periódicos mas acreditados de Inglaterra, “fué guerra “ *de existencia*; y solos los sacrificios que hicimos, pudieron terminarla con felicidad.— “ *La existencia de la Inglaterra nunca dejó de “ estar amenazada, desde que se declaró la “ guerra en 1793 hasta el 31 de marzo de 1814. “ Durante este largo periodo, apenas pasó un “ dia en que la Inglaterra no hubiese estado “ amenazada de una completa subversion (1).”*

*

*

*

6.

“Portugal,” prosigue Napier, “aunque “acometido por un número mucho mayor de “enemigos, en proporcion de su fuerza, que la “España, arrojó á los opresores *en el momento “ en que pusieron en ellos pies*; cuando en esta, “ *pueblo tras pueblo fué rendido y ejércitos tras “ ejércitos dispersados*. A cada batalla seguia “una derrota y á cada una sensiblemente se “ *disminuia la resistencia*. Napoleon dijo, que “ *la nacion que queria ser libre, no podia ser “ conquistada*. Esto vociferaban tambien los

(1) The Courier, 19 de enero de 1816.

“ españoles en sus *Manifiestos*, contentándose
 “ con decirlo. Pero Napoleon habló de una
 “ nacion como la portuguesa, *que echó mano*
 “ *de cuantos medios de defensa propia y aliada*
 “ *tuvo á su alcance, y no de un pueblo entume-*
 “ *cido con el amor propio, pródigo en frases*
 “ *campanudas como la de perecer bajo las rui-*
 “ *nas, y que al mismo paso fué derrotado con*
 “ una facilidad que le hizo risible á los ojos
 “ del mundo: *Pueblo, que siendo incapaz de*
 “ *governarse desdeñaba los consejos.* Nacion
 “ semejante, solo estaba preparada para ser
 “ destruida. Esta fué España (1)”

El historiador, á fuerza de acumular injurias y desacatos, nos hace entrar en cuestiones, cuya dilucidacion podrá tal vez ser ingrata á otros, á quienes profesamos el mayor respeto. No bastando al Sr. Napier las ridículas pinturas que habia hecho *del carácter español* y de sus *esfuerzos* durante la guerra de los seis años; da la última mano al cuadro de nuestra degradacion, comparando nuestra constancia con la que desplegó una nacion inferior en fuerzas y en recursos, cuyo valor conocemos, y cuyas virtudes acatamos. El modo con que lo hace, ofende la delicadeza y el pundonor castellano. Por ello, si los valientes portugueses encontraren en mi respuesta algo ingrato á su bien

(1) Napier, tomo 2, folio 466, línea 7.

merecida opinion, espero que su buen juicio y prudencia lo atribuyan al impertinente censor, que compromete con su conducta á los que no nos ofenden, y ciego con la pasion que le domina no repara en las armas de que se vale para dañarnos, ni en los males que ocasiona á los que ninguna parte han tenido en la agresion.

Trescientos cuarenta mil veteranos franceses acostumbrados á disponer á su antojo de la suerte de la Europa, intentaron, segun el Sr. Napier, sujetar la España al mando del que habia derribado los tronos de Europa, levantado otros nuevos y colocado en ellos los vástagos de su familia. Rebajada de esta fuerza inmensa la que se empleó en Portugal, resulta que 320,000 franceses tomaron á su cargo peculiar someter á los bravos castellanos y aragonésés, á los asturianos y andaluces, á los cántabros y gallegos. Es bien sabido, que los franceses cubiertos con la máscara de la amistad y no con la fuerza, se apoderaron de las principales fortalezas penetrando hasta el corazon de la monarquía; mientras que el Portugal acometido por 25,000 franceses y españoles, en su misma localidad hallaba recursos para la defensa.

Cuando la España, que llamaremos *Castellana*, declaró la guerra á Napoleon, solo contaba con 50,000 soldados veteranos dentro de la Pe-

nínsula, que prontamente, ó con la dilacion que les ocasionaba su compromiso en Portugal; podian acudir á sostener la lucha de la fidelidad y del honor (1). Al Mariscal Junot que dominaba aquel reino, le venian á quedar disponibles solos 20,000 francéses, porque 5,000 ó mas españoles que tenia á sus órdenes, estaban por él desarmados y encerrados en los cuarteles. La nacion portuguesa podia apoyar su insurreccion con 31,608 hombres de todas armas (2) que habia en el reino.

El censo de poblacion daba á la España Castellana el año de 1808 10.000,000 de habitantes, ó sean 2.000,000 de vecinos y al Portugal 2.225,000 almas ó 445,000 vecinos (3).

(1) Segun el Sr. Schépeler, el ejército español en 1808 constaba de 100,000 hombres. De aquí, dice, debian rebajarse algunos cuerpos que estaban en América; 9,000 que tenia Romana en el Norte; 6,000 que habia en Etruria; 14,000 en Portugal y 14,000 en Africa, en las Islas Baleares y Canarias; de modo, que al pronunciarse el levantamiento, apenas habia 53,000 de quienes echar mano para sostenerle. Tomo 1, folio 80.

(2) Segun el autor de las campañas británicas en España, la fuerza de los Portuguéses en junio de 1808, era la siguiente:

Infantería	6,691
Caballería	1,200
Milicia	17,312
Artillería	150
Un regimiento español	255
Fuerza en Oporto	6,000
	(Tomo 2, folio 37).

(3) Segun el mismo autor, la poblacion de Portugal, era, á saber:

Entre Miño y Duero	504,000
Tras los Montes	156,000
Beira	560,000

De aquí se infiere, que las fuerzas organizadas existentes en Castilla eran seis veces menores que las invasoras, y que las portuguesas superaban en un tercio á las que ocupaban su país. Esto nos demuestra, no haber sido atacado el Portugal, como supone el Sr. Napier, por una fuerza proporcionalmente superior á la que acometió á España.

El estado económico del Portugal era, comparativamente, mejor que el de Castilla; porque aquel habia tenido francos sus puertos y expedito su comercio, mientras que esta los tuviera cerrados por muchos años. Circunstancias, que aumentando su penuria dificultaban la resistencia. Por otra parte, el Portugal sacaba grandes ventajas del aprieto en que ponía á los franceses la insurrección española, la cual interceptaba los pasos á los refuerzos franceses, dejando á los que ocupaban á Lisboa encerrados en esta plaza; al paso que las Castillas quedaban francas al enemigo. Desde que resonó en las provincias que yacen del lado de acá del Tajo y del Duero el grito aterrador de la venganza, una guerra homicida sostenida hasta el Bidasoa oponiendo un fuerte dique á los opresores, les impidió pasar li-

Extremadura	660,000
Alentejo	289,000
Algarve.	65,000

(Tomo 1, folio 223).

brememente al Portugal, contribuyendo con ello á su libertad.

A pesar de tantas ventajas reunidas en favor de los portuguéses, ¿pueden lisongearse de haber triunfado en Vimieira solos y sin el auxilio extranjero, como lo hicieron los castellanos en Valencia, en Bailen, en Zaragoza, en Gerona y el Bruch? ¿Pueden gloriarse de haber arrojado solos y sin apoyo ageno, á los francéses hasta los confines de su territorio; como lo hicieron los españoles desde Andujar, Valencia, Zaragoza y Castilla, hasta las faldas del Pirineo? ¿Y siendo esto cierto, no es chocante que el Sr. Napier sin mas objeto que el de deprimirnos, se atreva á sostener que *los portuguéses acometidos por mayores fuerzas que nosotros, habian arrojado de su pais á los invasores en el momento en que pusieron en él los pies?*

* * *

Ocupaba Junot á Portugal en el julio de 1808, cuando el levantamiento de Badajoz le llenó de tan crueles zozobras, como que en carta á Murat le pidió pronto socorros. “La insurreccion de Badajoz,” decia en oficio al General Loisson, “debe alarmaros para impedir que se pague en Ciudad Rodrigo. . . . *Mi posicion es muy dificil.*” ¿Y á quién atribuia su apuro? ¿A los portuguéses? El General francés solo hablaba de españoles y de ingléses.

“La escuadra inglesa,” añadía, “todas las
 “noches hace tentativas que *me inquietan mu-*
 “*cho*, haciendo muy pesado el servicio, por
 “las pocas tropas que tengo á mis órdenes (1).”

Cuando esto acaecia, los cuerpos militares
 levantados en Extremadura, se situaban sobre
 el Guadiana para impedir la reunion de Junot
 á los franceses de Castilla (2).

Lo dicho nos descubre, que cuando en el año
 de 1808 el mandante en Francia corriendo el
 velo de su política se declaró tirano del Portu-
 gal, los ingleses fueron los que principalmente
 le arrebataron la presa. Y tanta fué nuestra
 generosidad, que habiendo desembarcado en
 Galicia Sir Arthur Wellesley, la Junta de la
 Coruña le rogó que con el ejército de su mando
 pasára al Portugal; como lo hizo (3) conven-
 cido de que mientras este no quedára libre,
 las provincias del norte de España no podian
 emplear sus fuerzas en perseguir al enemigo;
 que escarmentado con los triunfos castellanos
 y aragonésos, en las montañas que separan la
 España de la Francia buscaba un punto en
 donde reponerse de las desgracias, para volver
 con nuevos brios á la carga.

El ínclito Wellesley entró en el Portugal y

(1) British Campaigns, tomo 2, folio 53.

(2) Idem, tomo 2, folio 63.

(3) Idem, tomo 2. folio 108.

llamando al combate á los enemigos, peleó felizmente con ellos haciéndolos abandonar el país. Junot pidió en Vimieira un armisticio al General británico y con él ajustó la capitulación de Cintra. Es decir, que los franceses confesaron que la victoria se habia debido enteramente al valor inglés; no siendo por lo mismo exacto que los portuguéses, como dice el historiador, hubiesen arrojado á los invasores de su territorio en el instante en que pusieron en él los pies.

El auxilio ageno y no como en Castilla los exclusivos esfuerzos propios, rompió el año de 1808 las cadenas ominosas que arrastraba el Portugal. ¿Y cómo negarlo, cuando los portuguéses reconocieron á los británicos por autores de su libertad? “Reciba V. E. las gracias del agradecimiento público,” decia el juez Atreu de Campos á Sir Arthur Wellesley, *“en nombre de la nacion portuguesa; por haberla V. E. redimido de la sumision á unos ladrones, sin ley. . . . porque despues de Dios, se ha debido este beneficio á la asistencia de la Gran Bretaña (1).”* Los ingleses se consideraron tan autores de la libertad de un país desgraciadamente condenado á pasar de manos de unos extranjeros á otros, que despreciaron las reclamaciones que los portugués-

(1) History of the British Campaigns, tomo 2, folio 436.

ses les hicieron contra el convenio de Cintra: desoyendo la protesta del que tenia los poderes del legítimo Soberano, ausente en el Brasil (1). Los franceses entregaron á los británicos los fuertes que ocupaban y aquellos llevaron á efecto los artículos de la capitulacion.

¿Invadido segunda vez el Portugal, sus habitantes lanzaron de él al enemigo apoyados solo en sus fuerzas, ó auxiliados eficazmente por las inglesas y sostenidos por las castellanas? Cuando subyugada la Galicia por los franceses y retirado de ella el ejército británico, Sault con 25,000 hombres se dirigió al Portugal, los gallegos les disputaron el paso, causándole retardos y pérdidas considerables. Aunque no impidieron que penetrara en el pais, lograron cortar su comunicacion con la parte del norte y recobrar á Chaves, plaza entonces importante, cuya rendicion animó el espíritu público, acalorando la guerra (2).

Con mas de 20,000 ingleses y 38.000 portugueses, con el auxilio de las insurrecciones de Castilla y con el de los cuerpos militares de Extremadura, el General Wellesley abrió su segunda campaña en el Portugal; peleó con los franceses y al fin triunfó; obligándolos á abandonar aquel reino y á retirarse á Castilla

(1) Napier, tomo 2, folio 175, línea 11,

(2) British Campaigns, tomo 3, folio 93.

desesperados, rotos y perseguidos por los gallegos. Estos siguieron su alcance, sin que los acompañaran los ingleses, imposibilitados de hacerlo, porque las fatigas, las enfermedades y la falta de recursos se lo impedían.

A vista de lo referido, será fuerza convenir en que el Sr. Napier se ha dejado llevar de una desgraciada fatalidad, cuando puso en paralelo los esfuerzos de los españoles con los de los portugueses. Sin disputar el mérito, el valor, la lealtad y los esfuerzos con que estos contribuyeron á asegurar la independendia europea, y elogiando la bravura y la noble gentileza de que hicieron glorioso alarde en la guerra de la Península; no creo ofender su pundonor asegurando, que tan incomparablemente superiores como fueron los esfuerzos y los sacrificios de los españoles respecto á los de los lusitanos, es á mis ojos excesivo el atrevimiento, con que el historiador intenta disminuir nuestro mérito, y oscurecer el brillo de nuestras proezas con coitejos odiosos, faltos de fundamento, y que solo pueden merecer la aprobacion de los que no sujeten sus narraciones á las reglas severas de la crítica

Tan extraordinaria y heróica fué la constancia española empleada en defender su independendia, que ella sola bastaria para convertir en proverbio el dicho de Napoleon que cita el Sr. Napier, de que *la nacion que quiera ser in-*

dependiente ni podría ser conquistada. Porque á no haber sido las memorables proezas españolas, el dicho de aquel genio singular tal vez hubiera pasado á la posteridad como una agudeza suya, desprovista del peso de la evidencia que le ha dado nuestra conducta y que el historiador se resiste á reconocer, cuando dice: que *España pródiga en hinchadas y ampulosas exageraciones, llena de un vano amor propio y abundante en frases campanudas, no supo perecer, como ella vociferaba, bajo sus ruinas.* — El militar afortunado, que en nuestros dias con el movimiento de su voluntad humilló á los Gabinetes mas poderosos; dispuso á su placer de la suerte de los imperios y llenó de ansiosas alarmas á la Gran Bretaña; no pudo conquistar la España ni debilitar la fuerza repulsiva de sus hijos; por mas que las desgracias, la muerte, el hambre, el hierro y las enfermedades se empeñaron en conseguirlo. A las batallas perdidas sucedian nuevos encuentros, nuevos choques y nuevos descalabros; á los cuales seguian ejércitos nuevos mágicamente levantados, llenos de valientes que desafiaban al enemigo y vertian su sangre á raudales, haciéndosela derramar á los invasores.

La España, despues de seis años de una lucha obstinada que acabó con sus riquezas, enflaqueció su poblacion, desoló sus campos, y

arruinó su industria, sostuvo con imperturbable firmeza sus santos propósitos; y al triunfar del enemigo, demostró al mundo, *que sabia sepultarse bajo sus ruinas* antes que imitar á otros que al primer revés de la fortuna se humillaron. A costa de innumerables prodigios de denuedo y de lealtad, supieron los españoles elevar á la categoría de las verdades inconcusas la máxima, de que *la nacion que quiere defenderse no puede ser conquistada*. “Esas batallas,” (como decia la Junta Central), “que se perdian, esos ejércitos que se destruian y esos pueblos que se incendiaban, sin que por eso dejáran de presentarse nuevas batallas, de crearse nuevos ejércitos y de volverse á enarbolar el estandarte de la lealtad; esas cenizas y esos escombros que los enemigos abandonaban; esos soldados que se dispersaban en una accion y volvian á presentarse en otras; esas gentes que casi despojadas de cuanto tenian, volvian á sus hogares á partir los miserables restos de su haber con los defensores de la patria; ese concierto de gemidos tristes y desesperados y de cánticos patrióticos, y la lucha en fin de la ferocidad de una parte, de la resistencia y la constancia indomable de la otra, ofrecieron un conjunto tan terrible como magnífico, que la Europa contempló atónita y que la historia escribirá con letras de oro

“algun día, para admiración y ejemplo de la posteridad (1),” acreditaron de un modo ruidoso, que los españoles supieron sacrificarlo todo al sosten de la legitimidad, de la independencia y del honor.

¿Y qué les quedó que hacer para llenar el sagrado voto que hicieron de perecer, antes que entregar la patria á extranjeros y que cometer la bastardía, de recibir por Señor al que ningun derecho tenia para mandarlos, abandonando al Príncipe, que merecia su amor y su obediencia, y cuyo cautiverio aumentaba los grados de su fidelidad?—¿Esas campañas, en otros tiempos fértiles y risueñas, mustias y estériles por efecto de la guerra; esos pueblos destruidos, que en su fisonomía presentan aun las señales honrosas de la resistencia; esas 249,577 casas que por lo menos han desaparecido; esos caminos inutilizados; esos puentes rotos; esas fortalezas aportilladas por el fuego enemigo; esas familias, hoy pobres y en otros días opulentas; esos talleres quemados; esos templos saqueados y profanados; mas de 1,000,000 de habitantes que perecieron en los combates y á manos de la lacería y la miseria; y en una palabra, tantas y tantas privaciones como sufrieron los españoles por no doblar la rodilla al usurpador, no están dicien-

(1) Gaceta de Sevilla del día 4 de noviembre de 1808.

do que quisieron *ser independientes y lo lograron*, dejando á la posteridad un dechado insigne de lealtad y de bravura. . . . ?

¡Ruinas pavorosas de Zaragoza, de Gerona, de Astorga y Ciudad Rodrigo; monumentos ilustres del valor gallego; manes de los valientes, cuyos restos llenan de un profundo respeto á los que recorren los campos, reconocen los muros, y examinan las calles de las ciudades y pueblos en donde con tanto brio se defendió la causa del honor y de la lealtad; yo os provocho, como testigos irrecusables, á contestar con el recuerdo de vuestras virtudes y de vuestras hazañas á las negras invectivas con que un historiador extranjero procura debilitar la fama de vuestro valor y el precio de vuestra sublime heroicidad! Mezclando algunos débiles elogios á las acusaciones mas sangrientas, envuelve las proezas españolas en un ridículo mas lastimoso y mas acerbo que si se hubiera decidido á negar á las claras los méritos insignes de los que toma por blanco de su censura.

§ III.

Proezas españolas deprimidas por el Sr. Napier.

I.

ZARAGOZA.

“ Muchos,” dice el historiador, “ forman juicio de España por lo acaecido en Zaragoza; como si su espíritu hubiera sido comun á la nacion. — La defensa de aquella ciudad *no fue, en sí misma, efecto de una virtud sin mezcla.* Ni el patriotismo, ni el valor, ni la pericia, ni la fortaleza, ni un sistema de terror sostuvo la defensa; sino todas estas cosas *combinadas bajo particulares circunstancias (1).*”

* * *

Cuando al observar el modo artificiosamente desdeñoso con que se habla de uno de los sucesos mas célebres de nuestra edad, y cuando al recordar los ejemplos asombrosos de valor, de virtud, de energía y lealtad que ha dado la capital de Aragon, descubro el espíritu que anima al historiador, aun cuando derrama algunas flores sobre aquel panteon insigne de la bravura; me parece que siento removerse en sus honrosos sepulcros á los héroes que allí yacen y que dirigiendo su voz al que con tan

(1) Napier, tomo 2, folio 48, línea 22.

escaso aprecio trata su memoria; “apártate,” le dicen, “profano, de este santo recinto del denuedo y de la mas acendrada lealtad, y no alteres la quietud honrosa de los que hemos lanzado el último suspiro, rodeados de la pública admiracion; enseñando á nuestros coetáneos y á los que nos sobrevivieren, el camino que conduce á la inmortalidad.”

¿Y qué hombre sensible que sepa apreciar las sublimes acciones, imparcial ademas y que haya vivido en la época de las hazañas de Zaragoza; al reconocer los destrozos causados en ella por los combates, que permanecen vivos como timbres gloriosos de su honor y de su denuedo; y al leer la abultada y casi increíble necrologia de los que se undieron en la eternidad orlados con los laureles, dejará de ver en todo los efectos *de la virtud mas pura y sin mezcla*; ni de compadecer el extravío de la opinion del Sr. Napier, cuando movido por una pasion, que si es disculpable cuando toma un noble giro, perjudica al que la abriga en su pecho, cuando se emplea en deprimir el ageno merecimiento? — De mí sé decir, que altamente conmovido al observar el solapado desprecio con que se trata á una ciudad insigne, á la cual me unen los vínculos mas tiernos; de cuyos hechos asombrosos, fruto de *la virtud mas pura y sin mezcla* estoy altamente convencido, y cuyos hijos son dignos del mas alto aprecio, por la hon-

rada franqueza de su carácter ; al decidirme á vindicar su honor, me duelo de que mi insuficiencia me impida llenar cumplidamente el objeto que me propongo.

Es á la verdad bien poco lisongero á la ilustracion del siglo, el que hayamos de ocuparnos en arrancar los lunares con que se intenta afear el lustre de Zaragoza, cuando su nombre solo basta para imponer á la rivalidad mas osada. Pero mientras Napier pone en contribucion sus talentos para disminuir de algun modo el mérito de aquella ciudad, los francéses que pelearon con ella elogian sus virtudes *reconociendo su pureza*; y un inglés, compañero de armas del historiador á quien contesto, al reconocer á Zaragoza despues de su primer sitio, dió el testimonio mas auténtico *de sus virtudes sin mezcla* cuando asombrado, “en Londres,” exclamó, “no creerán tal entusiasmo y *tamaños sacrificios, hechos por huir de la esclavitud.*”

Dícese que la defensa de Zaragoza no fué efecto de *una virtud sin liga*, sino de la combinacion del valor, del terror, del patriotismo y de la pericia, unidas á circunstancias particulares. Expresion llena de sutileza metafisica, que se emplea para dar existencia á *una virtud sin mezcla*, de clase superior á la de que los hijos de Zaragoza dieron muestras tan señaladas. ¿Y cuáles son los atributos de *esa virtud sin liga*,

que en la pluma del Sr. Napier viene á servir de sombra al mérito colosal de Zaragoza ?

Como *la virtud es el hábito de obrar bien, acomodando las acciones á lo que la ley previene*; el amor de la patria una pasión, que lleva los hombres á asegurar el bien de ella por cuantos medios esten á su alcance y la fortaleza, el vigor con el cual se remueven los obstáculos que se oponen al logro de este objeto; es indudable que Zaragoza, con su heroica y memorable resistencia, cumpliendo lo que mandaban las leyes, trató de labrar el bien de la patria, y para lograrlo sus habitantes arrosaron los peligros, sin otro impulso *ni otra mezcla* que sus nobles sentimientos. — Efecto fué de una virtud pura y *sin liga*, el generoso desprendimiento con que, segun el Sr. Napier, “ aquellos españoles sacrificaron sus conveniencias, y renunciando á toda idea de propiedad, abandonaron lo que poseian y se mezclaron con los paisanos para hacer la defensa (1).” ¿ Y qué objeto se propusieron con tan heroica resolución? Huir el cuello á la coyunda extranjera, vengar los ultrages hechos á la patria y defender su independencia, á la cual estaban unidos los respetos de la religion, el honor y la lealtad. ¿ Y esto, por ventura, no fué obrar por los estímulos de una

(1) Napier, tomo 2, folio 23, línea 14.

virtud *sin mezcla*? ¿Y la que el historiador atribuye á la virtud de Zaragoza, ha sido mas que la reunion de los elementos que formaron el todo de la que los hombres imparciales llamarán siempre sublime, cuando no le dieren el nombre de virtud zaragozana? Porque tal fué su grandeza, que si en la virtud, absolutamente considerada, hubiéramos de establecer clases como lo hace el Sr. Napier: en el catálogo de ellas deberia aparecer el nombre de Zaragoza en un lugar muy preeminente.

¿En la indomable fiereza con que esta mantuvo sus juramentos y hasta en la parte activa que, á pesar de lo que antes dijera le historiador, asegura “haber tomado el (1) “sexo bello, formándose en compañías, mandadas por la Condesa de Bureta, para asistir á los heridos y á los enfermos y llevar municiones á los combatientes;” no se ve el religioso cumplimiento de la ley que previene *que todos fasta las mugeres, vengan aina á la defensa*, cuando el reino se viere acometido por algun tirano?—¿Y en esta conducta no brillaron los caractéres de una virtud, *sin mezcla* de agentes capaces de oscurecer su esplendor? ¿Se negará el nombre de *virtudes sin mezcla*, á las que produjeron hazañas sino superiores, iguales á las de los antiguos, á quienes se da este

(1) Napier, tomo 2, folio 34. (1) Napier, tomo 2, folio 34.
 TOMO 2 16

epiteto? ¿Roma, Grecia, Numancia y Sagunto acaso tienen un privilegio para hacer exclusivamente suyas las coronas que la justa opinion distribuye á los *sublimes y puramente virtuosos* de todas las naciones y de todos los siglos? ¿Aquellos pueblos dieron señales de virtudes *mas puras* que Zaragoza? ¿En ellos, como en esta ciudad, no fué el amor á la religion y á las leyes patrias, el denuedo, el vigor y la firmeza, los que produjeron la sublime consagracion?

Los restos de 54,000 leales que yacen envueltos en las ruinas de Zaragoza; “la resistencia,” que el Sr. Napier confiesa haber substituido á la defensa regular, “rendida por la pericia enemiga; ese correr todos á las armas; y la entereza de los Gefes, digna segun él, de admiracion (1);” ¿no dan testimonio de *las virtudes puras* y heróicas de los indomables zaragozanos? — Por *virtuosos sin mezcla* los reputó la Europa el año de 1809, cuando observaba atónita sus proezas, sin osar imitarlas.

“Los esfuerzos de los zaragozanos,” dice el Baron de Roignat, “son admirables. — No se desaniman con la derrota de su ejército bisoño, al cual la inexperiencia hacia incapaz de batirse; ni la pérdida de las obras avanza-

(1) Napier, tomo 2, folio 37, línea 20.

“ das y de los muros debilita su *valor inflexi-*
 “ *ble.* Se defienden furiosos de casa en casa,
 “ de habitacion en habitacion y de retrete en
 “ retrete; desprecian la explosion de las minas
 “ que los devoran; sin abandonar las ruinas
 “ de su desgraciada ciudad, hasta que se con-
 “ virtió en un cementerio. El gran carácter
 “ que los de Zaragoza manifestaron en esta
 “ ocasion, es uno de los espectáculos mas bri-
 “ llantes que ofrecen los anales del mundo,
 “ desde Sagunto y Numancia. La energía de
 “ los sitiados llegó al mas alto grado. La
 “ conquista de cada casa costaba un asalto; y
 “ estos entusiastas, animados por los sentimien-
 “ tos de la independencia y de la religion, se
 “ defendian de casa en casa. En esta guerra,
 “ el grado de la resistencia pendia de la forta-
 “ leza de los oficiales, y así era preciso ma-
 “ tarlos para vencer al paisanage. Las muge-
 “ res tomaron las armas y obtuvieron recom-
 “ pensas militares: se veian las damas mas
 “ delicadas cargar en sus débiles brazos los fu-
 “ siles, marchar al combate, y animar á los ofi-
 “ ciales, á los soldados y á los defensores, con
 “ el ejemplo de su valor y con las esperanzas
 “ de las mas dulces recompensas.” — “ Aun no
 “ nos hemos apoderado de la cuarta parte de
 “ la ciudad, exclamaban los sitiadores, y ya
 “ nos hallamos arruinados.”

De un modo tan honroso á Zaragoza y tan propio de su hidalgo valor se explican los franceses, los cuales, por haberla combatido y haber cantado al fin victoria sobre sus restos, tenían disculpa para haber usado de otro lenguaje. De este modo se expresan los que se llamaron enemigos; mientras un Oficial inglés, aliado nuestro en la lucha, pero que no ha presenciado como aquellos las hazañas, se entretiene en forjar en las travesuras de su ingenio armas á la verdad deleznable, para atacar solapadamente el mérito del valor, de la fortaleza y del heroísmo: únicas cualidades que se reconocen en las *virtudes puras* que mantienen las defensas.

Napier añade, que *circunstancias particulares* mantuvieron la de Zaragoza. — ¡Cómo luchan en sus labios la verdad y la pasión! — ¡Cuánto le cuesta confesar llanamente lo que, á pesar suyo, se le desliza de la pluma! Si los prodigios de Zaragoza fueron efecto de *circunstancias particulares*, ¿por qué no se deslindan estas? ¿Por qué se prefiere envolver su conocimiento en el misterio? — La fidelidad, los sentimientos religiosos y la enérgica entereza, ó lo que es igual, el ejercicio no de una, sino de muchas virtudes *todas puras y sin liga* llevadas al mas alto grado, fueron las *circunstancias particulares*, ó mejor diré, los

agentes exclusivos que convirtieron á Zaragoza en un monumento el mas digno de la admiracion y de la gloria.

* * *

“ Que los de Zaragoza no tuvieron valor superior,” prosigue el Sr. Napier,” se deduce de que si bien dobles en número á los sitiadores, nunca les hicieron gran daño con las salidas: ni pudieron defender las brechas. De aquí la necesidad de acudir los Gefes al sistema del terror para suplir la disciplina.— El entusiasmo aparecia al frente de los pelotones y el terror en la espalda (1).”

Es sobradamente ridículo querer medir el valor por el daño del enemigo, como si no le hubiera muy insigne en muchos lances, aun cuando la fortuna no los favorezca con felices resultados.—Para juzgar con exactitud si Zaragoza ha dado ó no pruebas de un *valor superior* es preciso conocer los elementos que influyeron en su resistencia, examinar sus cualidades y cotejarlas con las de los enemigos.

“ Los defensores,” segun el historiador, “se dividian en tres clases, vecinos, paisanos y tropas (2).” es decir, que los dos tercios de la guarnicion se componian de pacíficos é inexpertos moradores, y el resto de soldados que

(1) Napier, tomo 2, folio 50, línea 22, fol 51, línea 1.

(2) Idem, tomo 2, folio 51, línea 8.

acababan de sufrir sensibles derrotas, las cuales aumentando las ventajas de los sitiadores, debían introducir el desmayo en los que, tras las frágiles paredes de Zaragoza, buscaban un apoyo para sostener los combates. Por otra parte, las municiones escaseaban en aquella ciudad porque accidentes funestos inutilizaron una gran parte, al paso que los franceses encontraron en Navarra abundantes repuestos. El número de los cañones *era corto, y de pequeño calibre* como lo asegura Napier (1). Los zaragozanos entregados á sus recursos, no encontraron apoyo directo ni indirecto en los aliados, aunque le solicitaron, y aunque la heroicidad de la defensa parece que les ponía en el deber honroso de prestarle (2).

A pesar de todo, la memorable ciudad de Zaragoza con la trinchera abierta, sufrió 102 días de ataques violentísimos. En ellos se batieron cuerpo á cuerpo los defensores con los enemigos, dó quiera que hallaron un palmo de terreno en donde sostenerse, movidos por el impulso del valor natural que los animaba, y no por el *feroz terror que los Gefes les inspiraran*. En los encuentros del monte Torrero, las tropas y los paisanos se cubrieron de gloria. En las acciones costosas al enemigo, de los días

(1) Napier, tomo 2, folio 22, línea 26.

(2) Documento núm. X, tomo 2.

21 al 24 de diciembre los hijos de Zaragoza defendieron *con valor superior* las baterías (1), y acreditaron la noble firmeza de su carácter, cuando despreciaron las fieras amenazas con que Moncey, creyendo segura en sus manos la victoria, quiso sujetar el teson aragonés por el temor de la venganza (2).

Mas al fin, ¿cuándo y de qué modo cedió Zaragoza? Despues que sus débiles muros, y la cuarta parte de las casas que no habian desaparecido, se hallaban en poder de los sitiadores (3). Despues que el estrago causado por 60 piezas de artillería (4), y la explosion horrorosa de las minas (5) habian llenado de ruinas la poblacion; y despues que la peste arrebatando cada dia al sepulcro 500 defensores, mezcló entre los escombros los cadáveres que insepultos, por no haber brazos bastantes para esconderlos en la tierra y hacinados en las casas, en los hospitales y en las calles, daban pábulo á la infeccion (6).

En medio de tantos desastres y desdichas como se combinaron para gastar la constancia aragonesa, y rendir su *valor superior*, cuando

(1) Véase Documento núm. XI.

(2) Idem, Documento núm. XII.

(3) Napier. tomo 2, folio 46, línea 3.

(4) Mr. Roignard.

(5) Napier, tomo 2, folio 46, línea 18.

(6) Idem.

ya se habian sacrificado las tres cuartas partes del vecindario y de los defensores; cuando los Generales y los Gefes habian perecido, ó estaban agonizantes, y cuando 16,000 enfermos luchaban con la muerte en el lecho del dolor, Zaragoza puso término á su defensa; pero sin que su digno caudillo el insigne Palafox, capitulára con los enemigos. Estos al cesar el combate, porque no quedaba ya quien pudiera mantenerle, se hallaron dueños de un teatro horroroso de luto, de soledad y espanto; sin que su adquisicion les presentára recompensas correspondientes á los esfuerzos que hicieran para lograrla. De suerte, que mientras los francéses cantaban victoria sobre las reliquias de la pura lealtad y del *valor superior* de Zaragoza; esta, llena de laureles y admirada de sus conquistadores, mostrándoles en cada calle y en cada casa padrones eternos y multiplicados de sus virtudes; “id,” les decia “y anunciad al mundo, que fiel á mis juramentos me sacrificué gustosa por sostener los derechos de mi Rey y el honor de la patria.”

Y á la verdad, Zaragoza no entregó á los enemigos riquezas ni tesoros, porque todos los habia consumido en las aras del patriotismo y de la fidelidad. No abatió ante las falanges su valor: porque de él les dió pruebas demasiado sensibles, desde que se empeñó en la defensa, hasta que al lanzar el último aliento dejó caer

las armas de las manos, haciendo ver al mundo lo que pueden el honor y las virtudes en los pechos de sus hijos. Zaragoza, aun cautiva, con el recuerdo de sus proezas, con el silencio que la ocupaba, con las lágrimas de la desvalida horfandad y de la desolada viudez que la inundaban y con el fiero continente de los que sobrevivieron al infortunio, llenó de zozobras á los que momentáneamente se decian dueños del esqueleto de sus fortunas, dejándoles entrever el término fatal de sus empresas temerarias

Al valor superior, á la indómita fortaleza y á las virtudes puras de Zaragoza, rindieron los invasores el homenaje de sus respetos, en el momento en que paseando las águilas vencedoras sobre sus ruinas respetables, pudieran haber tomado una venganza funesta sobre los que tan decididamente la habian provocado. Pero los francéses, que á fuer de valientes saben apreciar el *valor superior* de sus enemigos; entrando casi á discrecion en aquella ciudad insigne, otorgaron á sus defensores los honores de la guerra (1). Conducta, que acreditando la generosidad de su carácter, contesta á las narraciones del Sr. Napier.

* * *

“La enfermedad de Lannes,” añade el mis-

(1) Napier, tomo 2, folio 47, línea 21.

mo, “ y la dificultad de las comunicaciones
 “ dieron lugar á los Gefes de Zaragoza para
 “ completar sus fortificaciones y para abaste-
 “ cerla con provisiones de boca y guerra.
 “ *Mortier, que debia reunirse á Moncey para*
 “ *hacer el sitio, se detuvo por la marcha del*
 “ *inglés Moore sobre Burgos; y esto favoreció*
 “ *á aquella ciudad (1).”*

Ni la enfermedad de Lannes, ni la dificultad de las comunicaciones, y sí el *valor superior* de los aragoneses, fortificó á Zaragoza, comprometiéndola en la defensa sin los baluartes y repuestos necesarios para sostenerla. El patriotismo y el denuedo empeñaron á sus habitantes en la resistencia, al amparo de unos endebles y viejos muros, aportillados por los combates anteriores.—*Que se hubieran completado* las fortificaciones militares de Zaragoza solo podrá creerlo quien no conozca esta ciudad, ó el que diere á una novela el crédito que solo tiene derecho á reclamar la historia, cuando se escribe con la imparcialidad que reclama su importancia. Zaragoza, pueblo interior y abierto de 8,000 vecinos, la mayor parte jornaleros del campo, no tenia murallas, ni fosos, ni ciudadela, ni obra alguna de las que constituyen una plaza militar del orden mas inferior. Libre del primer sitio, que tan-

(1) Napier, tomo 2, folio 19, línea 6,

tos daños habia causado á sus edificios, á los 90 dias escasos, se vió atacada de nuevo por los francéses, con descalabro del ejército aragonés que se presentó en Navarra á detener sus pasos. ¿ Inutilizados estos esfuerzos y los recursos que para habilitarle se habian hecho desde el momento de la libertad de Zaragoza, podia esta, en tan cortos dias y en las penurias que la rodeaban completar las fortificaciones y los repuestos?

Que la enfermedad de Lannes no dió á los zaragozanos un respiro bastante para que á su amparo hubieran completado las fortificaciones, se deduce de la rapidez con que los enemigos bloquearon la ciudad, llamando toda su atencion á la defensa, y obligando á ocupar en ella los brazos que pudieran haberse empleado en levantar baluartes, en abrir fosos y en construir baterías, con todas las reglas del arte. La batalla de Tudela, en la cual fué batido el ejército aragonés al mando de Palafox, se dió el dia 23 de noviembre de 1808. A ella siguió una retirada costosa al alcance de los francéses; los cuales el dia 27 del mismo, se acamparon no lejos de Zaragoza (1). Siguió Napoleon su marcha sobre Madrid, dispersando los demas cuerpos españoles. El 30 de noviembre los enemigos avanzaron sobre Zaragoza y el 1

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 79.

de diciembre rompieron el fuego sobre ella (1). Es decir, que á los ocho dias del descalabro en Navarra, se retiraron nuestras tropas, sufrieron las cargas del enemigo, llegaron á Zaragoza, pelearon con los francéses; y al fin se encerraron, empezando á sufrir los rigores del sitio.— ¿En tal aprieto, en medio del pavor que causaban los revéses, en la confusion que siempre acompaña á las retiradas desgraciadas de los ejércitos, y en el conflicto que los sucesos debian producir en los zaragozanos, podian estos dedicarse á levantar baluartes? ¿Y tales aprestos se hacen con tan mágica presteza?— ¿Cuántos dias costó á los ingléses formar las líneas de Torresvedras, en circunstancias incomparablemente menos funestas que las que circuian á los zaragozanos?— A Zaragoza la fortificaban los corazones de sus hijos. Por ello los enemigos se hallaron tan prontamente resistidos como osaron intimar la rendicion á un pueblo, que ocupado por hombres de un temple menos duro, hubiera contestado con la humillacion á la demanda.

La dificultad de las comunicaciones, se añade, impidió á los francéses atacar á Zaragoza, dándole lugar para fortificarse. El Sr. Napier se olvida de que, segun él, en “ esa misma época, el Emperador habia dis-

(1) Véase Documento núm. XIII, tomo 2.

“ tribuido sus tropas de modo que ocupaba con
 “ el primer cuerpo la Mancha, con el segundo
 “ invadía el Portugal, el tercero se encargaba
 “ del sitio de Zaragoza, el cuarto permanecía
 “ en el Tajo, el quinto tenía á su cargo so-
 “ meter la Galicia y el sexto la Cataluña.
 “ Siendo Madrid el centro de las operaciones
 “ de todos, los francéses se hallaban colocados
 “ de un modo, que por un movimiento sobre la
 “ capital, podían sofocar cualesquiera insur-
 “ reccion que estallára en el círculo de sus po-
 “ sesiones. Estando las grandes masas sobre
 “ los caminos reales que parten de Madrid á
 “ los extremos de la Península, interceptaban
 “ toda la comunicacion entre las provincias (1).”
 Si la posicion de los enemigos los hacia due-
 ños de las relaciones interiores del pais, al paso
 que tenían francas las de Francia; ¿ de dónde
 podía Zaragoza sacar los refuerzos? Si en
 aquellos dias, los cuerpos militares españoles en
 su desgracia, se habían acogido á Zaragoza, á
 las Andalucías y á Valencia, sin que derrota-
 dos en Somosierra, rendidos en Madrid y des-
 calabrados en Uclés, quedára quien pudiera
 escarmentar al enemigo; ¿ en qué se apoya
 el historiador para decir, que el aprieto de los
 francéses en los momentos en que la fortuna
 se les mostraba mas risueña, les impidió for-

(1) Napier, tomo 2, folio 7.

malizar el sitio de la capital de Aragon, cuando estaba ya sufriendo sus ataques? ; En tan chocantes inexactitudes y contradicciones se incurre, cuando abandonando el camino de la sencilla verdad se acude á las exageraciones, para establecer sobre ellas la narracion histórica en vez de consultar los documentos y los datos mas irrecusables!

* * *

Cuando á lo referido se añade, que los movimientos de Moore sobre Burgos paralizaron las operaciones de Mortier sobre Zaragoza; queriendo, con este dicho, atribuir á los británicos una influencia inmediata en su resistencia; se ignora, ó se aparenta olvidar lo acaecido, queriendo debilitar el mérito de aquella insigne ciudad, para repartirle entre los que ninguna parte tuvieron en él. La historia de los movimientos de las tropas inglesas en la Península nos dice, que dos dias despues de la batalla de Tudela se hallaba Moore en Salamanca; que el dia 4 de diciembre, en que vencidas ya todas las barreras se encontraba Napoleon en Madrid, aquel se retiraba por Castilla; que el dia 20 de diciembre embistió el enemigo á Zaragoza, segun el Sr. Napier (1); que el 24 se repitieron sangrientos choques ante los muros de esta y los fran-

(1) Napier, tomo 2, folio 20, línea 4.

céses forzaron el paso del puente del Arzobispo en Extremadura, hallándose Moore en Sahagun (1). Todo nos demuestra, que ni el General británico pudo avanzar sobre Burgos, despues que los descalabros de Espinosa y de Tudela pusieron en riesgo á Aragon; ni las operaciones del ejército inglés despues de este suceso, pudieron impedir el ataque de su capital; para cuya sujecion habia destinado el Emperador el tercer cuerpo de los que bajo sus órdenes, debian hacer la conquista de España.

¿Y los movimientos de Moore cómo habian de favorecer la defensa de Zaragoza, cuando en los dias en que debieron haber producido tan saludable efecto, llevaban una direccion opuesta? “El General Moore,” decia Romana, á quien nadie tachará de poco adicto á los ingleses, “desistió de llevar á efecto el plan “que teniamos combinado para batir á los “enemigos en Saldaña.—Yo le ofreci atacarlos “por el frente, que era lo mas arduo de la “empresa, y me atrevo á decir que de esta “accion resultaria infaliblemente una completa “victoria, y el frustrar los designios del enemigo; porque batido y derrotado, como “debió serlo en los dias 5 y 6 de diciembre “próximo (1808), pudimos quedar dueños de

(1) Napier, tomo 2, f lio 127, línea 4.

“ toda la Castilla ; mas sin esperar á los ene-
 “ migos ni darme aviso, se retiró (1).”

* * * (1) * * *
 “ Pero la situacion de Zaragoza, la cons-
 “ truccion particular de sus edificios y la mul-
 “ titud de conventos prepararon la defensa ;
 “ y si las casas,” añade Napier, “ no hubieran
 “ sido incombustibles, el bombardeo habria
 “ sujetado, ó hecho perecer en las llamas, á
 “ los sitiados (2).”

Es tan ridículo el empeño del historiador, como lastimoso el embarazo en que le pone el tema de negar á Zaragoza lo que todos la conceden, y lo que todos han visto exponiéndose á que se diga, que ó no ha pertenecido á su edad, ó que se hallaba á una distancia enorme del lugar en donde pasaron los acontecimientos que refiere.—Sin mas que atribuir al valor zaragozano lo que le corresponde, hubiera salido con honor del paso ; mientras que tenazmente resuelto á disputar á la verdad sus fueros con mengua de su buen juicio, atribuye á causas inferiores los prodigios militares de que fué circo glorioso aquel pueblo.—El que oiga decir, que *la construccion de los edificios y la incombustibilidad de las casas prepararon la resistencia*, creará que cada una de estas

(1) Véase núm. 2.º del Documento núm. II, tomo 2.

(2) Napier, tomo 2, folio 20, línea 10, y folio 23, línea 6.

era una fortaleza y la ciudad un sistema de castillos y de fuertes, cuyo número iguala al de sus edificios. . . . “Zaragoza,” por valermé de las expresiones de un militar inglés (1), “nada mas tenia de lo que constituye un pueblo fortificado que el nombre, y aun este, solo se le daban las relaciones de los extranjeros.” Dominada por el monte Torrero, se compone de casas en la mayor parte viejas y construidas por el método comun á todas las de España que si bien son de mayor resistencia que las de Londres, al fin no tienen mas solidez que la que requieren los usos pacíficos á que se aplican. El Sr. Napier, como perito en el arte, no ignora que las casas y los edificios civiles solo sirven con fruto en las guerras, en las cuales el amor de la patria y el valor hacen á sus habitantes envidar el resto y sacrificarlo todo sin reserva.—Esto sucedió en Zaragoza. Estos fueron los *baluartes* de su asombrosa defensa. Estos los *conventos inexpugnables y las casas incombustibles* que la imaginacion poética ofrece al Sr. Napier en la denodada Zaragoza. El valor, la decision y la constancia, parapetados tras deleznable paredes y afianzados en las casas y en los conventos, librando en las calles, en las plazas, en los templos, en las baterías, en los subterráneos y en todas partes

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 53.

combates sangrientos y obstinados, *formaron ese todo de circunstancias* que no se atreve á deslindar el historiador; deteniendo por muchos dias el empuje de la pericia, del arrojo y de la bizarria francesa.

Si las *casas no hubieran sido incombustibles, se dice, el bombardeo hubiera sujetado ó hecho perecer en las llamas á los sitiados; ¿y qué les ha quedado que hacer á los sitiadores para lograrlo? ¿Y los defensores dieron muestras de temer el fuego, ni de que fundáran su resistencia en la fabulosa cualidad de incombustibles que se atribuye á los edificios? “Veinte y un mil bombas y granadas habian caido sobre la ciudad el dia en que cedió á la imposibilidad de mantenerse (1).”* Los zaragozanos daban fuego á sus casas y con las llamas levantaban parapetos, tras los cuales sostenian la defensa; enseñando al enemigo que el patriotismo los hacia fecundos en los medios de resistirle, y que los incendios no tenían poder para rendir su denuedo. “Cuando los franceses” dice Napier (2), “arruinan las casas, entonces se aumentaban sus peligros y se veian mas apurados; porque se hallaban mas expuestos á los tiros de los defensores.—Razon por la cual se vieron

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 68.

(2) Napier, tomo 2, folio 41, línea 5.

“obligados á variar la táctica.”—“Los de
 “Zaragoza,” añade, “*untaban las maderas y*
 “*las vigas de las casas con resina y con pez,*
 “*y poniendo ellos mismos fuego á las que no*
 “*podian defender, interponian espaldones de*
 “*fuego entre ellos y el enemigo, deteniendo los*
 “*pasos de este por algunos dias (1).*”— ¡ Esta
 fué la figurada incombustibilidad de los edifi-
 cios!—Y tan colosal fué la magnitud de la de-
 fensa, que la historia moderna no ofrece ejem-
 plos de valor, parecidos á los de que hizo
 alarde la ciudad de Zaragoza. “La gloria de
 “esta ciudad,” dice Foy, “es de la misma
 “clase que la de Leonidas.—Desplegó aquel
 “religioso espíritu, que abraza lo futuro y lo
 “presente, la cuna y el sepulcro, y que se
 “santifica, cuando se emplea contra los extran-
 “geros opresores del pais. En Zaragoza se
 “vió aquella sublime indiferencia hácia la
 “muerte, que todo lo sacrifica y solo sigue
 “los nobles impulsos. En aquella ciudad
 “triunfó de un modo muy señalado, la moral
 “sobre la naturaleza.”

Ni fué la defensa como pretende el historia-
 dor británico, *la resulta de la bárbara feroci-*
dad de los Gefes, sino del carácter noblemente
 entero y del valor masculino que nace con los
 aragonésés, que está mezclado con su sangre,

(1) Napier, tomo 2. folio 41, línea 12.

se robustece en la adolescencia, llega al mas alto punto en la juventud y en la virilidad, y conserva todo su vigor aun en la vejez. “El “ejercicio de una feroz autoridad,” segun Napier, “aseguraba la obediencia: el peligro “de la resistencia era ligero, cuando una pa- “labra ó una señal de descontento se repri- “mia con una muerte cruel. Los Gefes esta- “ban prontos para castigar, y los cobardes “se hacian valientes (1).” “Los Vocales de “la Junta aumentaban los horrores de la situa- “cion con una ferocidad llevada al término de “la locura. Toda persona sospechosa, sin “distincion de clase, de edad ni sexo, sufría “la muerte; y por las noches perecian en los “patíbulos levantados en las calles, los infelices “cuyo valor habia sucumbido á los peligros “que los rodeaban (2).”

Prescindiendo de que apenas se ha sostenido sitio alguno largo de plazas, sin que á los desastres causados por las armas hayan acompañado las providencias duras que las circunstancias aun arrancan á los Gefes mas humanos, y que los hombres sensatos jamas califican de feroces, porque tal es el trastorno que causa el conflicto, que hace reputar suave lo que en la calma se mira con espanto; y sin detenerme

(1) Napier, tomo 2, folio 19, línea 17, y fol 24, línea 11.

(2) Idem, tomo 2, folio 38, línea 12.

á preguntar al historiador si hay otro medio de hacer que los soldados miren sin susto la muerte, que el que sugiere la disciplina mas rigorosa ; me contentáre con decirle que mal pudieron existir esos *horrores* de la brutal ferocidad de la *Junta* que se supone haber acompañado á los del sitio, cuando esta no fué creada hasta el 18 de febrero, en que ya habian pasado los desastres (1). Ademas de que, ni el ínclito Palafox ; ni el honrado D. Pedro Marin Ric Regente de la Audiencia ; ni el General O'Neyle, que un tiempo mandó las armas ; ni el de igual clase D. Felipe Saint March, que estuvo al frente de la defensa hasta que la epidemia acabó con sus fuerzas ; eran sugetos que por su educacion y por los sentimientos que les habian inspirado sus carreras respectivas, se empleáran en perpetuar á sangre fria asesinatos y maldades, para animar con el horror á unos hombres como los zaragozanos, que á no haber sido sublimemente valientes, no habrian conducido su resistencia hasta el punto á que la llevaron. Si se hicieron algunos castigos, fueron hijos de las circunstancias ; y no recuerdo que hubiesen sido tan comunes como asegura el Sr. Napier. Fuera de que, si solo la *ferocia brutal* de los Gefes hubiera sido la *causa* impulsiva y única que mantuvo la defensa y

(1) *British Campaigns*, tomo 3, folio 54.

si esta no hubiera entrado de lleno en el corazón de los de Zaragoza, hombres que sabian acreditar de un modo tan señalado su decision, que desafiaban la muerte y se sacrificaban con tanta generosidad por no sufrir que los mandára quien ningun derecho tenia para hacerlo, ¿hubieran tolerado la tiranía doméstica, mostrándose cobardes en tolerar tan desacatados insultos? — ¡Mal conoce al aragonés el que se persuade de ello!

Lo que se llama *ferocidad* en los adalides y *terquedad* en los que los obedecian, fué bizarria; amor al Rey y á la patria; consagracion sublime de las vidas, de las riquezas y hasta de las pasiones al sosten de la independenciam, de la religion, de las leyes patrias y de los derechos del Soberano, y odio á la tiranía extranjera. La *ferocidad* ha sido el esfuerzo heróico y apenas visto de las *virtudes puras*, que abrió á los hijos de Zaragoza, sin diferencia de condiciones, de sexos ni de edades, las puertas del templo de la inmortalidad, al traves de las hazañas mas ruidosas y de las privaciones mas sensibles.

* * *

Para probar que el espíritu de la nacion no era igual al de Zaragoza, asegura el Sr. Napier, que *ni el Gobierno, ni el pueblo, tomaron parte en su defensa.*—Esta es una de aquellas aserciones en la cual se presenta la verdad &

medias para hacer correr una acusacion sobre un sofisma.—Los apuros de aquella ciudad pasaron precisamente en los dias en que, destruidos los ejércitos españoles por las fuerzas francesas, buscaban en las Andalucías y Extremadura, en Valencia y Murcia posiciones seguras en donde reponerse de los pasados descalabros. De consiguiente, no estaban ni podian estar en disposicion de asistir á Zaragoza.—Al mismo tiempo, el Gobierno viéndose amenazado por los invasores en el lugar de su residencia, “entre riesgos y entre desastres” buscaba tambien un parage en donde pudiera vacar sin zozobra á sus importantes tareas, *incierto en la eleccion, y angustiado,*” como dice Jovellanos, “*por la falta absoluta de medios con que mantener las tropas (1),*” no podia mandarlas con energía, ni facilitar auxilios á los puntos interesantes de la defensa, entre los cuales merecia el primer lugar Zaragoza.

A pesar de esto, la Junta Central tomó las disposiciones mas oportunas para que las tropas que mandaba Reding en Cataluña pasáran á sostener á Zaragoza, al mismo tiempo que el Duque del Infantado se proponia hacer lo mismo con las que dichosamente habia reunido. Mas el primero no pudo realizarlo por

(1) Memorias.

la posición que ocupaba y la dificultad de atravesar el Ebro dominado ya por el enemigo; y al segundo no le fué dado verificar sus buenas ideas, porque la derrota de Uclés debilitó sus fuerzas. El Marqués de Lazan, hermano de Palafox, que se presentó con 5,000 hombres al socorro de la ciudad; Perena, con un cuerpo de paisanos; y D. Francisco Palafox, que en Tortosa hacia cuanto estaba á su alcance para auxiliar á Zaragoza; no lograron el glorioso fin de sus afanes, porque en aquella época el infortunio luchaba con la constancia española, y porque la desgracia general que afligia á toda España, la impedía dar á aquella ciudad los socorros á que era tan acreedora y que todos deseaban prestarle (1).

* * *

Ofenderia al honor immaculado de Zaragoza, si hiciera mas difusa mi contestacion.—Un empeño formal en su defensa perjudicaria á su renombre; porque daria lugar á creer que necesitaba de apologías, para mantener el alto lugar que ocupa en la opinion de los hombres imparciales, y para acallar los ladridos mezquinos de la pueril rivalidad.—El nombre de *Zaragoza* se pronuncia con religioso acatamiento desde las orillas del Newa hasta las del Sena y se oirá con asombro, mientras haya valientes,

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 79.

y el amor patrio no se mire como una ilusion.— Los hijos denodados de la Francia que pelearon con los de Zaragoza, no creen marchitar los laureles que los circuyen, al rendirles sus respetos. Las alabanzas que les dispensan, honran por igual á los vencedores y á los vencidos, realzando el mérito de ambos; al paso que las injurias y los tratamientos poco decorosos con que el Sr. Napier procura disminuir los tributos de la admiracion que la edad presente paga á Zaragoza, sin aumentar grados al propio mérito; son como los reptiles, que serpeando sobre los sepulcros de los héroes, si tal vez los ensucian con sus huellas, no disminuyen por eso la belleza de los adornos con que las artes acuden á ennoblecerlos; ni hacen mella en la fama de los que allí reposan, rodeados del esplendor de sus hazañas y de la memoria inmortal de sus virtudes.

2.

CATALUÑA.

Dice el Sr. Napier, “que el retrato verdadero *del valor catalan* se encuentra en una carta de Lord Collingwood. En ella aseguró, que con la caída de Rosas, todo iba mal; — que veia en los periódicos ingleses noticias de encuentros, de comboyes y de carros que los catalanes tomaban; *siendo así que*

“ *todo se debia á los botes de las fragatas inglesas, cuyos marineros se habian desembarcado dos ó tres veces, y atacado con gran valor al enemigo. Que no ha sido el vigor catalan, sino el de los ingleses, el que detuvo los pasos de los francés en Cataluña (1).*”

El retrato verdadero *del valor de esta*, se halla en la historia de los choques que sus hijos han sostenido contra los enemigos y de los sacrificios que por espacio de seis años hicieron, para mantener la resistencia á sus proyectos, sin arredrarse jamas con los reveses, ni decaer de ánimo á vista de la ruina que en su agricultura é industria causaba la guerra. La descripcion del denuedo *catalan* no debe buscarse en las relaciones ya favorables, ya adversas de Collingwood, en muchas de las cuales influyó el estado decadente de su salud; sino en las *ruinas* respetables de Gerona, en Tarragona, en Tortosa, en la Bisbal y en las Islas Medas. En la memoria del alzamiento de la provincia, cuando ocupada por los enemigos la ciudad de Barcelona, que, segun Schépeler, ejerce sobre aquella el mismo influjo que Paris sobre la Francia, sin armas y sin directores, osaron los catalanes desafiar á los opresores alzándose en el Bruch; y en el tes-

(1) Napier, tomo 2, folio 108, línea 14, y folio 110, línea 5.

timonio de los extranjeros, dignos del mayor crédito, que presenciaron los sucesos.

■ Cuando la Cataluña no hubiera dado otras pruebas de su *valor* aislado que el que descubrió en Gerona, bastaria para inmortalizarla. Pero los anales de la guerra de la independencia encierran tantos y tan sublimes rasgos de las virtudes heroicas de que hicieron alarde los catalanes y del denuedo que desplegaron sin el auxilio de Inglaterra, por mas que se solicitó por el Gobierno español, que raya en la temeridad querer dudar de ello.

■ Rosas, en la cual prestaron los inglesés el corto auxilio que podia dar la guarnicion de una fragata de guerra, capituló con los franceses el dia 4 de diciembre de 1808. — A este suceso *lejos de ir todo tan mal*, como aseguraba Collingwood, siguieron las acciones de Falces; la que sostuvo Reding y la de Bascára; se verificó la entrada del socorro en Gerona, la salida de las tropas que le condujeron, con sorpresa y castigo de los sitiadores, y las jornadas de Cardadeu y Molins de Rey. Despues de la rendicion de Rosas, se vieron los portentos del heroico valor de la plaza de Gerona, en medio de las privaciones y de los horrores mas aflictivos; y Tortosa sufrió con vigor diez y siete dias de ataques, trece de trinchera abierta y cuatro de un fuego vivísimo. ¿En tan repetidos y sangrientos trances, qué parte activa tomaron los

inglèses? ¿Los socorros que se dice haber *prestado los botes de sus fragatas*, pudieron obrar como agentes de la resistencia que opuso la Cataluña á los opresores?

Los catalanes sin auxilio ageno, se batieron por espacio de cuatro años con las tropas mas aguerridas, *deteniendo sus pasos*, escarmentando su atrevimiento y dando ejemplos insignes de denuedo y de firmeza. “Cataluña,” decia uno de los Secretarios del Despacho del Gobierno interino de S. M. en el año de 1811, “este pais de héroes, que cuenta perdidos mas de 26,000 hijos, que mira asolados los distritos mas fértiles y sufre el encarnizamiento del enemigo. en despique de la constante resistencia que encuentra en todos los pueblos del principado, en medio de sus penurias y desgracias, da en Figueras dias de consuelo á los buenos y en Tarragona enseñanza á los francéses, que en esta provincia solo dominarán sobre escombros. Detiene su fiereza con sus esfuerzos y prepara en las montañas nuevos laureles y triunfos nuevos, para enjugar con ellos las lágrimas que cuestan á la patria las vidas de tantos valientes como las han perdido en su defensa.” “Cataluña, siempre impertérrita, aumenta su entusiasmo al compas de los reveses; confunde la pericia de los Mariscales, y en el Bruch, en Tarragona, en Hostalrich, en Gerona y en

“ Figueras escarmienta vergonzosamente su
 “ altivez, manteniendo la llama sagrada de la
 “ independencia.”

Aunque la Cataluña, por la importancia de su posición geográfica y por el carácter de sus habitantes, debía haber recibido mas pronto y eficaces auxilios de los aliados, *¿ hasta qué punto los ha disfrutado en los días de sus mayores apuros ? ¿ Qué tropas envió Inglaterra para defender á Gerona y para sostener á Tarragona y á Tortosa ? El apoyo de los botes y marineros de las fragatas es el único que, según Collingwood, se dispensó á una provincia que tan bizarramente mantenía la guerra en uno de los puntos mas importantes. ¿ Y esto es haber respondido con franca generosidad á sus demandas, como dice Napier ? ¿ Es esto haber detenido los ingleses los pasos del enemigo en Cataluña ?*

“ Al vigor catalan se debió,” en sentir de un militar prusiano que hizo con honor la guerra en la Península, “ el que cuando los franceses
 “ se hacían dueños de alguno de los puntos que
 “ tanto abundan en dicha provincia, se conven-
 “ cieran de que no poseían mas que lo que ma-
 “ terialmente pisaban sus pies.—Los catalanes
 “ los rodeaban por todas partes y cada mon-
 “ taña y cada roca era para ellos una ciudad,
 “ desde donde era preciso desalojar á los de-
 “ fensores; los cuales volvían á la carga desde

“ otros puntos, ó tornaban á sus casas para
 “ volver á tomar las armas. Los francéses en
 “ cada habitante veian un enemigo, que aban-
 “ donaba el arado, tomaba el fusil, y termi-
 “ nada la accion, volvía á sus ocupaciones (1).”

3.

GALICIA.

No podian salir bien de las manos del Sr. Napier las hazañas de esta provincia, despues que tan poco le debieron las de Zaragoza. Pero á despecho de la rivalidad, Gerona, Zaragoza y Galicia han sido unos teatros gloriosos de las proezas españolas, y serán unos padrones venerables del valor, de la constancia y de la fidelidad *mas puras*.

“ Los gallegos,” dice Napier (2), “ pobres,
 “ viven dispersos y á costa de un trabajo duro.
 “ Muy apegados, como lo son todos los monta-
 “ ñeses, á lo que poseen, miraban con frialdad
 “ los sucesos que no atacaban visible é inme-
 “ diatamente sus intereses. A excepcion de los
 “ que moraban en los puertos de mar, los de-
 “ mas se conmovieron poco con la agresion
 “ francesa, mientras que no llegó á sus valles.
 “ Los generales francéses se vieron precisados
 “ á mantener sus tropas con requisiciones so-

(1) Schépeler, tomo 1, folio 73.

(2) Napier, tomo 2, folio 168, línea 11, y folio 169, línea 10.

“bre los pueblos, las cuales le eran muy onerosas, especialmente á los que no tienen mas riqueza que el ganado.”

* * *
 Si la *pobre y miserable* Galicia, que habia sabido encaminar á los campos de la gloria á sus hijos bajo las órdenes de Blake, *antes que la invasion francesa hubiera atacado visible é inmediatamente sus intereses*, en los dias tristes de las derrotas sufridas en Navarra y Castilla y en los momentos en que veia retirarse el ejército inglés sobre la Coruña, asolando de paso los pueblos y causando males tan horrosos como inevitables, *sin detener los pasos* de los francéses que iban ocupando la provincia (1), se llenó de la sorpresa que debian producir en gentes reflexivas tan inesperados acaecimientos; bien pronto lanzó el grito aterrador de la venganza, que pronunció el valor y en el cual los nobles sentimientos tuvieron mas parte que los cálculos del mezquino interés. La falta de conocimiento de la índole del carácter maduro de los gallegos, hizo por aquellos tiempos equivocar el juicio sobre su estudiada apatía; y este error arrancó al Gobierno una acalorada proclama, que los hombres sensatos leyeron con pesar, y que acaso influye hoy en el modo con que el actual histo-

(1) Véase núm. 4.º del Documento núm. I, tomo 2.

riador se explica, con daño del honor de una provincia tan ilustre como benemérita.

Galicia llena de pundonor y de bravura apenas sintió el acicate de las pérdidas y de las humillaciones que le causaba el enemigo, movida por sus sentimientos y por las poderosas excitaciones del Marqués de la Romana se levantó contra los opresores, y á costa de inmensos sacrificios de sangre, de quietud y de fortunas, logró romper los grillos, para no volverlos á sufrir jamas.—Los restos del ejército británico se embarcaron el dia 19 de enero de 1809 quedando los Mariscales Ney y Soult dueños de Galicia. En 1 de febrero el General francés Franceschi, “ que con un crecido número de tropas marchaba por el camino de Pontevedra, se encontró en Redondela con un cuerpo de *insurgentes* al cual batió, habiéndoles cogido cuatro cañones (1).”—Es decir, que á los 11 dias de la sumision, los gallegos *lejos de mirar con indiferencia los sucesos*, antes que los enemigos hubieran podido internarse en sus valles y derramar en ellos la alarma con sus rapiñas, median sus fuerzas con las de los vencedores y los resistian.—El Sr. Napier confiesa, “ que la Galicia, aunque al parecer tranquila, estaba, sin embargo *madura para una general insurreccion en el*

(1) Napier, tomo 2, folio 170, línea 18.

“ momento en que el Duque de Dalmacia
 “ emprendia su marcha desde Santiago de
 “ Compostela (1).” Habiéndose verificado esta
 el día 1 de febrero (2), resulta que á los
 11 dias que mediaron desde la llegada de Ney
 á Lugo, hasta la completa ocupacion del pais,
 y desde esta hasta los movimientos de Soult,
 la insurreccion era ya general.—¿Y acaso
 habia pasado tiempo bastante para que las
 exacciones francesas la hubieran exclusivamen-
 te promovido como hoy se dice, por no dar
 nada á los heróicos sentimientos de la lealtad
 de los gallegos?

* * *

Pero estos al fin consiguieron su libertad á
 costa de sus esfuerzos. “ Suceso importante,”
 dice Napier, “ que erradamente se atribuyó á
 “ los esfuerzos de los españoles.... Estos
 “ esfuerzos acreditaron á los gallegos, aunque
 “ el movil mas poderoso de ellos, fué el deseo
 “ de defender las propiedades que cada uno
 “ poseia.—Lo cierto es, que sus *esfuerzos* han
 “ sido solamente *unas causas secundarias en*
 “ *sí*, sostenidas principalmente por los *auxilios*
 “ *de Inglaterra*, cuyos barcos y cuyas provi-
 “ siones de boca y guerra estaban continua-
 “ mente en las costas (3).”

(1) Napier, tomo 2, folio 169, línea 26.

(2) Idem, folio 327 línea 16.

(3) Idem, tomo 2, folio 327, línea 16.

Increible hubiera parecido el año de 1809, que se pudiera jamas dudar que á sus *esfuerzos* asombrosos y aislados, hubiesen debido los gallegos la libertad que con admiracion general supieron adquirirse. — Mas á los que alcanzamos el año de 1829 nos estaba reservado ver, lo que en la época de los acaecimientos, aun en hipótesis, se habria calificado de clásica temeridad. — El que quiera saber sin riesgo de equivocarse, si han sido ó no *los esfuerzos de los gallegos causas secundarias* nacidas del apego á los intereses bursatiles auxiliadas por los ingléses ó los impulsos exclusivos de su decision los que los restablecieron en la libertad; que consulte los monumentos indestructibles que Galicia conserva de la defensa, debida toda á su arrojo. Ni alcanzo qué se proponga deducir el historiador del ahinco con que inculca, que esta provincia se *esforzó* en la defensa, porque con ella hacia la de sus intereses, como si esto disminuyera en lo mas minimo el mérito de la resistencia, y el valor del triunfo. — ¿Acaso no ha sido el *interés* el movil, casi constante, de las empresas militares de todas las naciones? — ¿No ha sido el de las guerras y de las acciones mas insignes? — ¿Los numantinos y los de Sagunto, no perecieron por conservar sus intereses y por mantener sus costumbres y su religion, que se cuentan en el número de las propiedades mas

apreciables? — ¿La Inglaterra no ha hecho por espacio de veinte y dos años la guerra á la Francia y sus hijos no dieron ejemplos insignes de denuedo en los varios trances que en época tan larga han sostenido, solo por mantener su existencia política y mercantil y evitar su ruina, ó lo que es igual, por conservar sus *intereses*?

Pero sin empeñarnos en una cuestion, á la verdad tan impertinente como ridícula y dando de barato que la resistencia de los gallegos hubiese sido efecto de las virtudes, puestas en accion por el *interés* natural que debia inspirarles el deseo de conservar el fruto de sus sudores y de impedir que pasára cobardemente á manos extranjeras que ningun derecho tenían para arrebatárselo, examinemos si la defensa que hizo Galicia fué obra enteramente suya, ó si se debió á las fuerzas extrañas. En este caso hasta dónde llegó el auxilio, y si fué de tal magnitud que deba atribuirse á su cooperacion la influencia que le da el Sr. Napier.

* * *

La Galicia, abandonada á sí misma, oprimida por 70,000 enemigos y sin mas fuerzas para hacer la guerra, que la que le ofrecia un corto número de tropas al mando del Marqués de la Romana; á los pocos dias de su momentánea sumision hizo frente á los invasores. Desgraciada en los primeros encuentros, sin entregar-

se al desconsuelo de la humillante esclavitud extranjera, con un fiero sacudimiento, sin apoyo extraño abrió y sostuvo una campaña tan feliz para la causa de la lealtad, como terriblemente mortífera para los que se llamaban conquistadores. “No pudiendo soportar los gallegos,” decía el Almirante inglés Barclay (1) en una proclama, “la enormidad de los crímenes de aquellos se levantaron, convenciendo al tirano de que sus mejores tropas podían ser vencidas y aniquiladas por los esfuerzos unánimes de un pueblo decidido á ser libre.”

El Mariscal Sout, que confiado en el silencio aparente de la provincia se dirigia desde Santiago al Portugal; “el dia 15 de febrero, es decir, á los 27 dias despues de ocupada aquella, viéndose en situacion, aunque no de inminente peligro, extremadamente embarazosa, reclamaba para conducir con buen éxito sus operaciones, una rapidez y vigor extraordinarios. Colocado en un parage estrecho se vió cercado por el lado izquierdo, de *insurgentes españoles*, que reunidos inmediatamente despues del paso de la Houssaye y dueños de un sitio muy áspero y difícil, estaban sostenidos por las tropas de Romana, que se dijo hallarse en Orense y Rivada-

(1) Véase Documento núm. LXXVI, tomo 3.

“bia (1).—No le quedaba al Mariscal otro
 “recurso que el de retroceder á Santiago ó
 “romper por medio de los *insurgentes españo-*
 “*les* (2).—Realizó lo segundo, y despues de
 “haberse batido con ellos, encontró en Rivada-
 “bia un cuerpo de 10,000 que pelearon con él
 “pagando muy caramente tan atrevida valen-
 “tía. De este modo,” dice Napier, “logró el
 “Duque de Dalmacia sacar en tres dias con una
 “*admirable presteza y vigor á su ejército de las*
 “*angosturas del pais; sofocando una formida-*
 “*ble insurreccion en su origen;* abriendo una
 “nueva línea de comunicacion con Santiago,
 “y franqueándose el paso á Portugal (3).”—
 ¿Y qué fuerzas presentaron los ingleses?
 ¿Qué auxilios facilitaron á estos primeros y á
 la verdad singulares rasgos de valor de Galicia,
 en los momentos en que sus hijos, segun Na-
 pier, *estaban calculando sus mezquinos intere-*
ses?

La insurreccion como impulsada por el honor
 y el denuedo sin debilitarse por los reveses, ni
 confundirse entre los guarismos de los cálculos
 pecuniarios, lejos de haberse debilitado con
 las victorias enemigas, se reprodujo en Galicia
 del mismo modo que, aunque al parecer amor-

(1) Napier, tomo 2. folio 173, línea 22.

(2) Idem, tomo 2, folio 174, línea 7.

(3) Idem, tomo 2, folio 175, línea 28.

tiguada, volvía á reventar con nueva violencia en las demas provincias de España. En efecto, no habian pasado seis dias despues de los anteriores choques, cuando “ se halló Soult con “ nuevos obstáculos en el tránsito de Tuy á Rivadabia. Fuele muy difícil encontrar víveres. “ Tropezaba con partidas numerosas de paisanos armados, los cuales sostuvieron combates “ temerarios en Gunzo, en Monte Blanco, en el “ valle de Orner y en el Avia, y si no lograron “ victorias, retrasaron las operaciones de los “ francéses, disminuyeron sus fuerzas y consumieron sus municiones, que no les era fácil “ reponer(1).”—¿ Y en estos nuevos lances, qué parte tuvieron los ingléses? Solos, se presentaron los gallegos y solos tomaron ruidosas venganzas sobre los opresores ; aumentando el ardor de su resistencia y de su enemistad, al paso que los francéses procuraban dulcificar los rigores de la conquista, debilitando con ello las pasiones, que Napier dice influian en la eficacia de los esfuerzos. “ El Mariscal Soult,” añade el historiador, “ procuraba debilitar la fiereza de los sentimientos “ de los gallegos con actos de benevolencia, “ con proclamas moderadas y con la rigurosa “ disciplina de sus tropas; pero no era fácil “ contener á los soldados en los límites de la

(1) Napier, tomo 2, folio 177, línea 12.

“humanidad, *porque los frecuentes combates,*
 “*los asesinatos y los tormentos que padecian*
 “*los que descarriados caian en manos de los*
 “*paisanos,* los exasperaron de tal modo que
 “los esfuerzos de su General no fueron pode-
 “rosos para contener la venganza (1).”

El Marqués de la Romana apoyado en la decision de Galicia, cuyos moradores *sometidos á sus órdenes* (2) en tan pocos dias se habian puesto en disposicion de mantener una resistencia invencible; aunque solo contaba con 12,000 hombres disciplinados y veia á Ney con 45,000 y á Soult con 24,000; “acalorado,” en sentir del Sr. Napier (3), “con el estado del
 “espíritu público y con lo acaecido en Rivada-
 “bia, miró como suya la victoria, —y viendo
 “levantados á los vecinos de Arosa hácia San-
 “tiago y resueltos los de Villagarcia á aco-
 “meter á Tuy y á Vigo,—se persuadió que
 “los enemigos trataban de abandonar el pais.”
 —Por mas que el historiador moteje de ignorante en el arte militar á aquel digno General, no es posible negar que trabajó con infatigable celo é inteligencia por recobrar la libertad de la Galicia poniendo en accion el valor, el sufrimiento y las virtudes, sin que sus insignes

(1) Napier, tomo 2, folio 177, línea 21, y línea 30.

(2) Idem, tomo 2, folio 181, línea 10.

(3) Idem, tomo 2, folio 181, línea 21.

conatos que hoy se califican de *causas secundarias*, hubiesen sido sostenidos por los ingleses. “ Romana,” en sentir de Napier, “ para asegurar la destruccion de los enemigos, molestó al General Juan Cradock para que le facilitára municiones y dinero, manifestándole *que seria muy del caso que los insurgentes de Arosa fueran socorridos con el apoyo de 1,000 soldados británicos.*—Cradock, ansioso de sostener la causa, *se negó á facilitar las tropas* enviando municiones y 5,000£; mas antes de la llegada Romana habia sido derrotado (1).”

Sin decaer de ánimo los gallegos con las desgracias, mandados por los intrépidos Romana, Mahy y Morillo siguieron molestando á Soult, quien apenas daba un paso sin encontrar obstáculos. — A la insurreccion de Orense siguieron los encuentros obstinados y valientes entre los paisanos y los franceses. La pérdida de estos se calculaba en 10,000 hombres á los 40 dias de la invasion (2). En dicha época el paisanage acaudillado por el Caballero D. Joaquin Tenreiro y auxiliado oportunamente por el bizarro Coronel D. Pablo Morillo, sitió y tomó á Vigo (3). En la capitulacion apareció el nom-

(1) Napier, tomo 2, folio 181, línea 33.

(2) Véase Documento núm. XIV, tomo 2.

(3) Idem, Documento núm. XV, tomo 2.

bre de un Gefe inglés, porque se necesitaba su intervencion para arreglar el trasporte de los prisioneros (1). En seguida el paisanage y algunas tropas españolas apretaron á Tuy, cuya plaza cayó á poco tiempo en sus manos, sin que en ambos sucesos hubiesen tenido intervencion otros brazos que los españoles, ni recibido los gallegos apoyo extranjero proporcionado á la magnitud de las empresas.

Hasta que la plaza de Vigo se rindió á los españoles, los ingléses no socorrieron á Galicia de un modo capaz de imponer al enemigo ni de animar á los habitantes de aquella provincia; en la cual no resonó hasta entonces la voz de los aliados para encender las nobles pasiones de la fidelidad y del honor. — Despues de aquel triunfo, que hacia concebir las mas li-songeras esperanzas, el Almirante Barclay dirigió á los gallegos una proclama fecha en Lisboa. En ella despues de gozarse en sus lauros, “ *se congratulaba por haberse enarbolado otra vez en aquel punto, la bandera del legítimo Soberano.* Añadia, que el auxilio de las fuerzas navales del Rey de Inglaterra dado á aquellos habitantes, *se repetiria siempre que cualquiera otra costa ó rada de España pidiera ser socorrida y ayudada; y que las banderas españolas é inglésas tremoladas*

(1) Véase Documento núm. XVI, tomo 2.

“juntas volarian á los puertos españoles, á despecho del Corso.” En estas cortas palabras, designó el General de marina inglés los auxilios que su Gobierno estaba pronto á dispensar á Galicia, las circunstancias con que debian prestarse, y el modo. *Auxilios en las radas y en las costas, á despecho de Napoleon*; es decir, en puntos en donde nada habia que vencer para tremolar en ellos la bandera británica, porque aquel no oponia fuerza alguna marítima. Esto precisamente se decia, cuando la enseña española no se enarbolaba en ellos, sino despues de vencer dificultades inmensas y de derramar raudales de sangre en los combates que por tierra dábamos á los entonces llamados invencibles.

No habrian sido de grande consideracion los auxilios prestados hasta entonces por las fuerzas navales inglesas que hoy se dice *haber sostenido los esfuerzos de la Galicia*, llamados *causas secundarias de su libertad*, respecto á que el denodado Morillo, al dar parte al Gobierno de la recuperacion de Vigo aseguró, “que eran dignos de la mas alta consideracion el valor y el entusiasmo de los españoles, á pesar de que la invasion unida al levantamiento ocasionaba tal escasez de granos, que no los habia para alimentar á los paisanos que estaban sobre las armas, ni para auxiliar á sus familias; siendo mucha la falta de ar-

“mas, de municiones y de dinero, sin embargo de lo que los ingleses habian facilitado á los pueblos, de los dos primeros artículos (1).”

Sin dinero, sin provisiones y sin armas en la cantidad que la defensa reclamaba, siguieron los gallegos en su heróica empresa; mientras que el nuevo ejército inglés, mandado por Sir Arthur Wellesley, arrollaba á los franceses en Portugal, obligándolos á evacuar segunda vez aquel reino. Bien quiso este diestro General auxiliar á aquellos contra las tropas de Ney (2), pero enteramente ocupado en el vecino reino, no pudo realizarlo; de consiguiente la causa de Galicia quedó al cargo de sus hijos y de los Generales españoles, que con sus movimientos ya prósperos y ya adversos, aseguraron la retaguardia á los aliados que mantenian la lucha en el Portugal, debilitaron á los franceses y “sostuvieron la guerra del paisana-ge que,” segun expresion del diestro Wellesley, “era tan feliz como fatal á los enemigos (3).” — El Sr. Napier confiesa que el Marqués de la Romana “reuniendo los dispersos en la Puebla de Sanabria sobre las

(1) Véase Documento núm. XV, tomo 2.

(2) British Campaigns, tomo 3, folio 117.

(3) Idem.

“ fronteras de Leon, repuso sus pérdidas con
 “ la llegada de nuevos refuerzos; que se reu-
 “ nió muy pronto á 3,000 castellanos; y *sin*
 “ *apercibirse de ello Ney*, se colocó á la reta-
 “ guardia del sexto cuerpo: se echó sobre Villa-
 “ franca del Bierzo y la tomó, despues de una
 “ pequeña escaramuza. En seguida hizo mar-
 “ char parte de su ejército á Orense y Ponte-
 “ vedra, á auxiliar á Morillo que estaba al fren-
 “ te de la insurreccion de la parte occidental
 “ de Galicia, en donde los patriotas con *el so-*
 “ *corro de los buques de guerra ingléses* se con-
 “ ducian muy vigorosamente. — Las columnas
 “ movibles del sexto cuerpo perdian diariamén-
 “ te muchos soldados, algunos en batallas cam-
 “ pales y los mas por los asesinatos que sufrían
 “ en los parages en donde se presentaban.
 “ *De este modo,*” continúa, “*la guerra tomó en*
 “ *Galicia un aspecto horrible (1).*” — Aspecto
 y carácter ciertamente espantoso, debido á la
 resolucion de los gallegos, en la cual poca in-
 fluencia tuvieron los auxilios ingléses, que ce-
 ñidos á la costa, no se mezclaban en los duros
 trances que en tierra producian tan sangrientos
 resultados.

Mientras que Wellesley marchaba sobre
 Oporto y Ney y Bonet ocupaban á Asturias,
 el General la Carrera apareció en Santiago y

(1) Napier, tomo 2, folio 308, línea 10.

unido á Morillo con 8,000 hombres todos españoles, derrotó á Macunce, que entró fugitivo en la Coruña. “ Habiendo reunido Mahy “ á su division un gran cuerpo de paisanos,” dice Napier, “ arrolló el dia 19 de junio los “ puestos avanzados de Fournier y atacó re- “ ciamente á Lugo (1). En esta ciudad entró “ Soult el dia 23 reuniéndose el 30 á Ney, el “ cual noticioso de la posicion que ocupaba “ Mahy trató de aprovecharse de esta coyun- “ tura para vengar el descalabro que habian “ tenido sus tropas en Santiago. Entre tanto “ desembarcándose Romana en Rivadeo, se “ juntó á Mahy en Mondoñedo y marchando “ inmediatamente á lo largo de la frontera de “ Asturias hasta llegar al nacimiento del Neira “ y atravesando el camino real un poco mas “ arriba de Lugo, se internó en el valle del “ Sil. Tomada Orense el dia 6, se puso en “ comunicacion con la Carrera que estaba en “ Santiago y con los *insurgentes* de Vigo; mo- “ vimiento diestro, rápido y digno de elo- “ gio (2). Reparado Soult con la artillería y “ equipos necesarios y tratando de hacer pa- “ sar á Francia, segun la orden del Emperador “ 11,000 hombres: de acuerdo con Ney concer- “ tó un nuevo plan para destruir á Romana,

(1) Napier, tomo 2, folio 312 línea 25.

(2) Idem, folio 313, línea 7,

“ que le salió fallido (1). Estas operaciones
 “ combinadas de los dos Mariscales dieron
 “ lugar al encuentro glorioso que en Puente
 “ San Payo tuvo con el primero el General
 “ Conde de Noroña, que mandaba 13,000 es-
 “ pañoles, de ellos 3,000 mal armados que
 “ quedaron de reserva en Redondela.—Un des-
 “ tacamento de marinos y marineros ingléses,
 “ con 60 dispersos del ejército de Moore á
 “ tres leguas de distancia, ocuparon los fuer-
 “ tes de Vigo y una de las barcas cañoneras
 “ españolas que hizo el servicio sobre el Puen-
 “ te de San Payo fué marinada por gente in-
 “ glesa, bajo el mando del Capitan Winter (2).”

En esta accion memorable, se condujeron las tropas españolas con *la mayor bizarría*, arrojando á los enemigos de los puntos que ocupaban, atravesando el puente, despreciando el vivo fuego que estos hacian; persiguiéndolos con calor y haciéndolos sufrir graves pérdidas (3). Si Napier se resiste á creerlo, fundando su negativa en la conjetura de “ que por
 “ mas fogosa que hubiese sido la conducta de
 “ los españoles en San Payo, *seria ridiculo*
 “ *persuadirse* de que á 10,000 de los mejores
 “ soldados francéses mandados por un Gene-

(1) Napier, tomo 2, folio 313, línea 24.

(2) Idem, tomo 2, folio 324, línea 16.

(3) Véase Documento núm. XVII, tomo 2.

“ral tan activo y animoso como Ney, los
 “hubiera podido resistir un número igual de
 “tropas bisoñas y de paisanos, un tercio de
 “ellos sin armas (1);” yo, con el parte de la
 acción dado por el digno General Conde de
 Noroña con toda la sencillez de la verdad y
 la modestia propia de su ilustración y de su
 carácter honrado, le diré, que los franceses
 atacaron con 6 regimientos de infantería de
 línea y 4 cuerpos de caballería en número de
 8,000 hombres y 13 piezas de artillería; y que
 los españoles en número de 6,000 con armas,
 y 9 piezas de artillería de inferior calibre á
 las enemigas, les hicieron cara; habiendo
 opuesto nosotros 2,000 fusiles sobre el puente,
 y 900 en Caldelas, sostenido el fuego seis ho-
 ras, y causado á los enemigos un daño muy
 considerable (2).—El Mariscal Soult en carta
 al Rey intruso dijo, “que Ney habia seguido
 “á los españoles hasta San Payo, en donde
 “los halló atrincherados sobre la banda iz-
 “quierda de Caldelas, despues que él habia
 “roto el puente en número de 10 á 12,000
 “hombres, *de ellos de 3 á 4,000 soldados y*
 “*los restantes paisanos*, mandados por el Ge-
 “neral Noroña, que tenia á sus órdenes á los
 “Generales Carrera y Morillo; y que en este

(1) Napier, tomo 2, fóllo 325, línea 17.

(1) Véase Documento núm. XVII, tomo 2.

“ estado no habia tenido por prudente Ney
 “ continuar el ataque (1).”

Al fin, el Mariscal Soult noticioso de hallarse Wellesley sobre el Tajo, salió de Galicia y llegó á Zamora con sus tropas disminuidas, cansadas é imposibilitadas de obrar á no recibir pronto refuerzos. En la citada carta al Rey, asegura, “ *que hacia ya cinco meses que se ha-*
 “ *llaba sin órdenes, noticias y auxilios: que*
 “ *por ello le escaseaban algunos artículos y so-*
 “ *bre todo ignoraba las generales disposiciones*
 “ *que debia obedecer.*” Ney convencido de no poder sostenerse en medio de la irritacion general del pueblo y de la clase de guerra que le hacian, la cual habia obligado á decir á uno de sus mas diestros Generales, “que el carácter de
 “ la lucha y el genio de los enemigos con quie-
 “ nes se peleaba hacian preciso para lograr la
 “ victoria, que los Gefes fueran no solamente
 “ impasivos, sino que se halláran dotados de
 “ una alma tan fuerte que los hiciera mirar
 “ con desprecio los sucesos mas tristes (2),”
 emprendió la retirada el dia 22 de julio y el 30 evacuó la Galicia, sin que durante aquella hubiesen contribuido las tropas inglesas á hacer mas costosos sus movimientos. Napier asegura, “ que Ney se decidió á abandonar la

(1) British Campaigns, tomo 2, folio 322.

(2) Idem, tomo 3, folio 310,

“provincia, porque Soult no quiso permanecer unido á él, para sostener su posesion (1).” Esto indica lo temibles que se habian hecho los gallegos y que su decision, aunque indisciplinada, superaba al poder de las armas francesas mandadas por un caudillo tan diestro.

A vista de lo referido, ¿se dirá con el Sr. Napier, que los esfuerzos de los gallegos hayan sido causas secundarias de su libertad, movidas exclusivamente por los sentimientos de una sórdida avaricia? — Fueron resultados del impulso noble, primordial y eficaz del honor y del patriotismo. — Menos se podrá decir que los gallegos hayan debido su libertad á los apoyos eficaces de los ingléses. Estos, como acabamos de reconocer, si bien apreciables fueron realmente secundarios y dados á cierta lejanía del foco de la contienda y de los combates que produjeron la libertad. Y si no, que se nos diga, ¿en qué parte de Galicia despues de la retirada de Moore, entraron en accion los británicos? ¿Las banderas inglesas ondearon, como habia ofrecido Barclay á la par de las españolas, en los encuentros de San Payo y Santiago, en Lugo, en Vigo, en Tuy, en Orense y en tantos y tan repetidos lances como presencié la Galicia, desde que la ocuparon los francéses hasta que por no ser dado á estos mantenerla,

(1) Napier, tomo 2, folio 326, línea 29.

la abandonaron ; dejándola cubierta de cadáveres? ¿Y las columnas de Ney atravesaron en diferentes épocas el territorio que yace entre la Coruña y Tuy sin dificultad ni obstáculo, como lo afirma el Sr. Napier (1) , echando en olvido los incesantes y sangrientos impedimentos que encontraron á cada instante en sus marchas? Aunque no se puede negar que las tropas de Wellesley en el Portugal y su aparición sobre el Tajo influyeron en el retroceso de Soult (2), ni desconocer el precio de las acertadas y felices operaciones de tan distinguido Gefe ; diré sin embargo, que aquellos sucesos no se pueden llamar *causas efectivas*, sino *cooperativas* de la libertad de Galicia. Añadiré además, que las tropas británicas al mando de dicho caudillo á pesar de los deseos de este, no obraron inmediata ni activamente en Galicia respecto á que ; *aunque no les habria sido difícil perseguir á Soult y aun alcanzarlo en su retirada, no lo pudieron verificar por falta de medios* (3). “Es bien sabido que se hallaba con 4,000 enfermos ; sin recursos para ponerse en marcha ; las cajas vacías de dinero y los soldados casi descalzos (4).”

Si la aparición de Wellesley en el Tajo puso

(1) Napier, tomo 2. folio 327, línea 32.

(2) Idem, tomo 2, folio 328, línea 12.

(3) British Campaigns, tomo 3, folio 208.

(4) Napier, tomo 2, folio 334, línea 10--12.

espuelas á Soult para salvar en Castilla los restos que le quedaban; Ney que disponia del grueso de las fuerzas destinadas á subyugar la Galicia, lejos de mantenerse en ella, empleando todos los recursos de su ciencia y el ascendiente que debian tener sus tropas sobre unos pueblos inermes, los abandonó; porque conoció que la inflamacion general del pais, la flaqueza que causaban en sus filas los multiplicados encuentros y las venganzas horribles de los gallegos por los insultos hechos á su honor, le imposibilitaban de permanecer en una provincia, llena de volcanes y conmovida espontáneamente por los gloriosos empujes del patriotismo, de la lealtad y del pundonor.

“ La Galicia está en fermentacion : ” decia Soult al Rey José : “ las artes de Romana, “ la ruina que padecen los habitantes, la in- “ fluencia del clero, *el gran número de los que* “ *nos aborrecen*, el dinero que derraman los “ ingleses y la escasez que de él sufren los “ Generales franceses, contribuyen á engrosar “ el número de los enemigos y á hacer la guer- “ ra muy mortífera, altamente desagradable y “ de larga duracion (1). ” El mismo Napier asegura, “ que Soult pedia artillería y equi- “ pos para volver á organizar el segundo cuer- “ po, y que se dejára descansar á sus tropas

(1) *British Campaigns*, tomo 3, folio 324. (1)

“*fatigadas despues de ocho meses de continuas*
 “*marchas y combates ; hallándose los soldados*
 “*y los oficiales desanimados con las privacio-*
 “*nes que habian sufrido y con la terrible natu-*
 “*raleza de una guerra en la cual habian pasado*
 “*diariamente escenas horribles (1).”*

La bravura, la indignacion, el bochorno de verse sujetos al yugo extranjero y el natural deseo de conservar sus propiedades, fueron los agentes y *causas exclusivas* que sostuvieron la guerra en Galicia y que redujeron á un esqueleto los 70,000 hombres con que la ocuparon Ney y Soult. Caudillos que jamas midieron sus fuerzas con otros enemigos que con los gallegos y con los españoles leales, que se les unian para sacudir la dura coyunda de la esclavitud.— Y siendo esto evidente, ¿por qué se intenta despojar á los heróicos hijos de Galicia y á sus beneméritos Generales de la gloria inmarcesible que supieron adquirir, libertando á aquel pais de los grillos que le humillaban?

*

*

*

4.

VALENCIA.

En el número de los grandes errores en que incurrieron los españoles en la campaña de 1809, anota Napier “la inercia de Valencia

(1) Napier, tomo 2, folio 326, línea 1.

“ y Murcia ó mas bien su *hostilidad*; pues
 “ que estuvieron al borde de la guerra ci-
 “ vil *con la Junta Suprema*. Estas provin-
 “ cias tan ricas y populosas, no habian padeci-
 “ do molestia alguna por espacio de ocho meses,
 “ ni sufrido daños despues de la irrupcion
 “ de Moncey; al paso que recibieron *grue-*
 “ *sas cantidades de dinero* del Gobierno bri-
 “ tánico (1).”

Las contestaciones entre la Junta de Valen-
 cia y la Central, á que alude el historiador y
 de las cuales ofreci hablar en otro lugar (2),
 ni tuvieron el carácter ominoso que se les atri-
 buye, ni han debilitado los esfuerzos de la
 provincia en favor de la defensa general. No
 pasaron de unas gestiones dirigidas á tan pre-
 cioso objeto, hechas con el calor propio de las
 circunstancias y de los ardientes deseos de sal-
 var la patria; y enteramente conformes al
 voto de uno de los individuos de la Central,
 mas recomendable por su patriotismo é ilustra-
 cion.

La Junta de Valencia que miraba á esta
 como á la hija de su buen celo, porque á su
 infatigable actividad y á su desinterés se debió
 la reunion en un centro, del poder interino del
 Monarca á la sazon cautivo (3); no contenta

(1) Napier, tomo 2, folio 247, línea 31.

(2) *Observaciones mias sobre la Historia de la Guerra de España*,
 tomo 1.

(3) Idem folio 204.

con haber indicado de un modo bien terminante sus ideas sobre las funciones que debia ejercer el cuerpo que desempeñara temporalmente la autoridad augusta del Rey, reclamó su cumplimiento con la santa entereza que exigian la índole del negocio, y la eficacia que inspiraba el estado de la nacion.

Cuando en el mes de julio de 1808, la Junta de Valencia examinó la cuestion relativa al modo con que *en circunstancias tan dificiles y nuevas se deberia formar un Gobierno general, que sin vulnerar en lo mas mínimo las regalías del trono, ni contrariar á la opinion pública, ni excitar las pasiones fementidas que habian aparecido en casos menos singulares que el presente, salvára la independendencia del Estado y los derechos del legitimo Soberano, castigando el temerario orgullo de sus enemigos*; tuvo presente un papel de ideas que el Sr. Huerta la dirigió, y tambien otro que leyó en ella uno de sus Vocales, y que se mandó publicar para que todos conocieran las bases del Gobierno Central que se establecia (1).

La Junta de Valencia, que no desconocia los elementos de la ciencia política, jamas pensó que los 33 vocales que componian la Central, hubieran de ejercer *solidaria y mancomunada-*

(1) Memoria sobre la constitucion de la *Junta Central* que se trata de formar en España, por D. José Canga Argüelles: impresa en Valencia, en la imprenta de Estevan, en 1808.

mente el mando soberano.—Los males sin cuento que España sufrió en los tiempos antiguos, de manos de sus Gobernadores durante la memoria de los Reyes; el respeto á las leyes patrias y los celos que inspiraban las terribles circunstancias del tiempo, alarmando su fidelidad á Fernando, hicieron delicadamente nimia á la Junta, al confiar el poder Supremo á los Centrales por Valencia. Bien á las claras descubrió el movil leal de sus ideas, cuando en la circular dirigida en 16 de julio á todas las de España, excitándolas á *establecer la Central*, les dijo, “ que tal vez con el tiempo “ no sería extraño que hubiera que vencer en “ las Juntas la repugnancia *de abandonar los* “ *que mandaban una autoridad independiente* “ ó el pueblo una obediencia imperiosa (1).

Valencia, recordando lo acaecido en casos algun tanto parecidos en España, fué de opinion: primero, de que al establecimiento del nuevo Gobierno debian concurrir, como lo prevenian las leyes, los *Mayorales*: segundo, que estos eran los individuos de las Juntas, el Presidente del Consejo Real, los Diputados de Reinos y el Arzobispo de Toledo: tercero, que este señor debia desempeñar la presidencia: porque *siendo nieto del Sr. D. Felipe V., el nombre augusto de Borbon apareceria al*

(1) Manifiesto de los servicios de Valencia, folio 143.

frente de la nueva reunion de personajes encargada de un negocio tan importante ; y cuarto, que esta debia ser la que formára el plan de Gobierno que hubiera de dirigirnos durante la ausencia del Sr. D. Fernando VII (1). En la credencial con que autorizó á sus Vocales los Excmos. Sres. Conde de Contamina y Príncipe Pio, les inculcó estas máximas y la de que la Central no debia ser un cuerpo permanente.

Las ideas de Valencia se conformaron con las del Consejo Real y con las que indicó el Sr. D. Gaspar de Jovellanos al empezar la Central su carrera. Dando estas autoridades un nuevo peso á sus dictámenes, se afirmó en ellos. Aunque el Consejo en la circular expedida en 4 de agosto de 1808 excitó á todas las Juntas “ para “ que unidas á él por medio de comisionados, “ tratáran de tan importante objeto, arreglándole de conformidad ; los 23 Centrales se encargaron del mando. El Consejo sin resistirse “ á reconocer su autoridad *en atencion á la urgencia*, cumpliendo con los deberes imprescindibles de su instituto ofreció dirigirles el resultado de sus meditaciones, ceñidas á la “ observancia y conservacion de las leyes (2).”

(1) Memoria sobre la constitucion de la Junta Central, por Don José Canga Arguelles.

(2) Memoria de Jovellanos, parte 1, folio xxxi, y nota al folio xxxvi.

— Al mismo tiempo, Jovellanos con toda la firmeza é ilustracion que le distinguian, solicitó de la Central: primero, que creára una Regencia interina: segundo, que se redujera á la mitad el número de sus Vocales quedando como cuerpo celador de la conducta del Gobierno interino y auxiliador de sus operaciones: tercero, que las Juntas de provincia permanecieran como agentes cooperadores de ella, para ilustrarla sobre las necesidades del reino, sobre su estado y sobre los medios menos ruinosos y mas eficaces de llevar á efecto su defensa; y cuarto, que cesáran en sus funciones los Centrales, luego que pasára el plazo por que fueran elegidos y se adoptára por punto general la regla de renovarse todos cada año por mitad.

La Junta de Valencia alarmada con las desgracias que á la sazón experimentaban nuestros ejércitos, y persuadida de que desaparecerian siempre que la Central se organizára segun las indicadas reglas, se lo manifestó en una enérgica representacion. A ella sucedieron contestaciones entre ambas, de una naturaleza enteramente familiar, que lejos de debilitar la defensa aumentaron el ardor patriótico. La Junta de Valencia protestó, “que solo queria la salvacion de la patria, y á fin de conseguirla, añadió, sus individuos no omitirán medio ni diligencia por costosa que

“fuera, *siendo ellos los primeros* que se presentarian en las filas á combatir con el enemigo.” Cuando en medio de las contestaciones llegó á sus manos una proclama de la Central, noticiando á las provincias el nuevo riesgo en que la paz de Austria ponía la causa santa española; la Junta de Valencia y otras cuyas *miras se limitaban á salvar á su Rey y á la patria*, convencidas del aprieto en que aquel suceso ponía á España, abrazando con unánime entusiasmo la proposición de uno de sus Vocales (1), cortó el hilo de la disputa, haciendo cesar las discusiones *sobre reforma del Gobierno y sobre los proyectos de córtes y de una nueva constitucion*, que la Central había sometido á su exámen. Unida estrechamente á esta, se consagró exclusivamente á las atenciones de la guerra. A lo dicho se redujeron las que el Sr. Napier llama hostilidades de Valencia (2) con la Central, que pusieron la Nación al borde de la guerra civil. Sin duda el Sr. Napier no tendrá noticia de este suceso, pues á haberle conocido habria formado un juicio mas recto de los debates á que se refiere; los cuales terminaron de un modo tan lisongero, estrechando los vinculos de la union social y robusteciendo la energía de la defensa.

(1) Véase Documento núm. LVIII, tomo 1.

(2) Nada hablo de Murcia, porque es una clásica equivocacion del autor, el mezclarla en estos sucesos en los cuales no tuvo parte alguna.

2.

Que Valencia el año de 1809 no se mostró *pasiva en sostener la lucha*, como dice Napier, se deduce de lo que él mismo asegura, á saber: “que los catalanes se mantenian con los víveres que aquella les enviaba, conduciendo sus *comboyes en barcos* por la costa (1).” Además, en la época á que se refiere el historiador, salieron de dicha provincia 12,000 soldados á hacer la guerra en otras. Con una quinta de 33,000 hombres prestó auxilios á Cataluña y Aragon, *sosteniendo* su defensa. En poco menos de tres meses levantó, organizó y encaminó al combate cuatro regimientos de caballería. Dió á Aragon, á Cataluña, la Mancha y Mallorca en un corto número de meses, 64,459 arrobas de arroz, 1,217 de bacallao, 2,300 de alubias (2), y otros efectos. Auxilió con tropas y dinero las operaciones militares de los paises inmediatos (3) y consumió gruesas sumas en fortificaciones, en hospitales, en fusiles, espadas y en trenes de campaña.

3.

Estos y otros servicios hizo Valencia á costa suya y sin socorro ageno. Aunque el Sr. Napier dá por seguro que el año de 1809 recibió

(1) Napier, tomo 2, folio 83, línea 4.

(2) Véase Documento núm. XIX, tomo 1.

(3) Idem, Documento núm. XX, id.

esta provincia *grandes auxilios pecuniarios* de Inglaterra, estableciendo sobre este supuesto su descrédito; yo que me hallaba en ella y que desempeñé en aquel reino los cargos de vocal de la Junta, de Contador principal y de Intendente, me veo obligado á decir, que no solo no he visto los socorros á que se alude, ni he tenido noticia de ellos, sino que me consta que Valencia sostuvo la causa general con el producto de las multiplicadas contribuciones y arbitrios pecuniarios de que echó mano para realizarlo. Desde los dias primeros de la insurreccion hasta el mes de julio de 1809, en cuya época se verificó la instalacion de la Central y desde la cual la Inglaterra dejó de entenderse con las Juntas; la de Valencia no recibió de esta un solo maravedí; y los vestuarios que por mano del Gobierno llegaron á las suyas, procedentes de la Gran Bretaña, fueron de muy corta monta. De un estado de cargo y data de la Tesorería, que tengo á la vista (1), aparece que los 81.273,449 rs. que entraron en ella en dicho tiempo, fueron producto de las *contribuciones ordinarias y extraordinarias* del pais; y que no excedió de 1.200,000 rs. (2) el valor de los vestuarios ingleses repartidos á las tropas españolas de aquel punto, al paso que llega á 17,000

(1) Véase Documento núm. XVII, tomo 2.

(2) Véase Documento núm. XXII, tomo 2.

el número de los que recibieron fabricados y costeados por Valencia, sin contar las prendas sueltas que se facilitaron á otros ejércitos. — Me es sensible tener que sacar á plaza estos datos, que tan poco favorecen al historiador á quien contesto; pero á ello me obligan el prurito que tiene de injuriarnos y la forzada necesidad en que estamos de defendernos.

4.

Si Valencia *ha escrito*, como dice Napier, *sus pretensiones al patriotismo con sangrientos caractéres de asesinatos* (1); que lo pregunte á Moncey y que lo digan Tudela de Navarra, Belchite, Murviedro y Cataluña. “Mientras que la guerra no llevó el teatro de sus desgracias á este pais, Valencia,” segun Schépeler, “levantó ejércitos tras de ejércitos, que envió al socorro de las provincias vecinas; y cuando conquistada la capital por Suchet, todo se creia llano, hormigueó en partidas (2).” Valencia funda *sus pretensiones al patriotismo*, en haber sido la primera en el Levante de España que levantó los pendones en favor de la independencia de la patria y de los derechos de su legítimo

(1) Napier, tomo 2, folio 248, línea 3.

(2) Histoire de la Révolution d'Espagne, tomo 1, folio 72.

Soberano, y que mantuvo con honor sus propósitos, á costa de su sangre y de sus riquezas sin apoyo extranjero.

Ni soy valenciano, ni me ligan á este pais otros lazos que los de la gratitud á sus moradores y los del aprecio de sus virtudes; pero testigo de los inmensos sacrificios de toda especie que ha hecho y de los abundantísimos socorros que ha prestado en hombres, frutos, armas y dinero á las provincias vecinas; no debo callar, cuando veo que tan friamente se quieren sepultar en el olvido sus heróicos servicios. Gerona, Tarragona, Tortosa, Zaragoza, Lérida, la Mancha, el ejército de Andalucía y la escuadra, conservan en su historia la memoria de lo que debieron á Valencia . . . ¡Desgracia lamentable la de este reino, que cuando solo aspira á que se reconozcan sus méritos, se ha de vilipendiar su valor y menospreciar sus virtudes! Pero en sus archivos conserva documentos multiplicados con que hacer su defensa; y cuando le faltáran, en cada pueblo los hallara abundantes para dejar su opinion bien puesta entre los hombres imparciales.

(1) Napier, tomo 2, folio 212, línea 3.
 (2) Historia de la Revolución de España, tomo 1, folio 72.

DE LAS PARTIDAS DE GUERRILLA, Ó CUERPOS
FRANCOS.

“ Por este tiempo (1809),” prosigue Napier (1), “ comenzaron las *guerrillas* ó pequeñas campañas, tan alabadas, como si hubieran sido causa de las *derrotas de Napoleón*.—Estos cuerpos fueron numerosísimos; porque todo ladrón que temia el grillete, todo escalador de cárceles, los contrabandistas cuyo tráfico estaba interceptado, los frailes disgustados con los conventos y los vagos que huían de alistarse en los regimientos, se hacían gefes ó camaradas de las partidas.—Estas, aunque molestaron con crueles asesinatos á los soldados enemigos escoteros, ó rezagados, y aunque algunas veces tomaron comboyes á los franceseses, nunca pusieron obstáculos á sus *grandes expediciones*.—La necesidad de mantenerse y de traer reclutas, obligó á los Gefes de las partidas á robar el pais; y á la verdad que una de las causas principales á que se debió su repentino origen, fué la esperanza de coger la plata de los particulares y de las iglesias, que por un decreto del Rey José se conducía desde las provincias á Madrid.”

(1) Napier, tomo 2, folio 349, línea 15.

Los españoles sensatos jamas han dicho, que las guerrillas hubiesen *causado las derrotas de Napoleon*; sino que con sus esfuerzos, con sus choques y encuentros incesantes, han opuesto *obstáculos* poderosos á sus empresas; deteniendo sus pasos, alentando el espíritu de insurreccion en los pueblos ya dominados y protejiendo á las autoridades legítimas, que mantenian su comunicacion con el Gobierno, que en nombre del legítimo Soberano, mandaba á España. Las *partidas* y los partidarios han desconcertado no pocas veces los planes del enemigo; han enflaquecido sus filas y le han llenado de zozobras y de miserias, obligándole á desmembrar muchas fuerzas para mantener sus comunicaciones: logrando apartar ó debilitar las masas que caian sobre los puntos en donde las tropas organizadas mantenian la defensa (1). Mina por ejemplo, en Navarra rodeado por todas partes de francéses, solo en la arena, á las puertas del grande imperio, desafiaba la pericia de los generales y castigaba su orgullo. Perseguido por ellos, repitiendo diariamente los lances lograba entretener fuerzas considerables en un pais que el enemigo debia mirar como absolutamente perdido para la causa santa. Con sus esfuerzos hacian respetar el denuedo español, *ennobleciendo* con su bizarría

(2) Véase Documento núm. XXIII, tomo I. (1)

el apodo de *insurgente* y siendo al fin el *primero de los guerrillos*; porque fué el único en Europa, que durante el conflicto supo levantarse, mantenerse sobre las armas, reunir fuerzas considerables y al fin presenciar la ruina del gigante contra quien habia empleado su valor y el de sus compañeros, obrando siempre solo, en el parage mas indefenso y de mayores riesgos.

El honrado y valiente D. Julian Sanchez si no derrotó á Napoleon, influyó inmediatamente en la retirada que el hijo mimado de la victoria hizo de las fronteras del Portugal. Con sus operaciones cubrió de gloria á sus armas, que fueron por mucho tiempo el amparo de la opinion y de la lealtad castellana. Con su valor y con su buen porte, se grangeó el aprecio público y el del ejército inglés á cuyas inmediaciones hizo sus servicios, y los cuales, en mi humilde opinion, honran la historia de los Partidarios, poniéndole en un lugar muy distinguido. Comenzó su carrera sino antes coetáneamente á Mina, la siguió con el mejor éxito, aunque con menores fuerzas que este, y al fin la terminó con la derrota del tirano; conduciéndose todo el tiempo con mas regularidad, ó séase con mas orden militar y disciplina que otros de su clase.

Martin en la Alcarria; Saornil y Merino en Castilla; Abad en la Mancha; Palarea en Avila; Amor en la Rioja; Rovira en Cata-

luña; Escandon y Porlier en Asturias y en Santander; y tantos y tantos como capitanearon las partidas minando el terreno; en todas partes presentaron peligros al enemigo y en todas le causaron desastres y escarmientos, protegiendo á los defensores de la causa santa, que errantes y sin domicilio llevaban en sus pechos el fuego sagrado del patriotismo, sostenian las esperanzas públicas y acaloraban el denuedo general, con desesperacion del usurpador. Sin dejar de conocer los vicios de que adolecian los cuerpos francos, no se puede negar que sus esfuerzos fueron muy útiles en la clase de guerra que mantuvimos por espacio de seis años contra ejércitos tan aguerridos y numerosos como los que envió Napoleon á España. “Llegando el número de los *soldados irregulares de las partidas*,” como lo asegura Napier (1), “á 50,000; las tropas organizadas y sobre todo las británicas, sacaron de su servicio la utilidad de impedir con sus movimientos las comunicaciones de los francéses entre sí. Estos no podian combinar los suyos sino por el medio tardío de enviar oficiales con fuertes escoltas, al paso que los ingléses y españoles se avisaban en posta y aun por el telégrafo. *Ventaja*,” añade el historiador inglés, “*igual á un*

(1) Napier, tomo 2, folio 1, línea 31.

“*refuerzo de 30,000 hombres (1).*” Es decir, que la masa de la fuerza irregular con que España acudió á la defensa, comparada con la organizada, fué inferior en solas dos quintas partes á la total que la Inglaterra presentó el año de 1813 en el territorio español para mantener la lucha.

*

*

*

Ni es tampoco exacto el que las *partidas* ó *guerrillas* hubiesen debido su nacimiento precisamente al deseo de robar, al espíritu de insubordinacion y al crimen. Aunque en el estado lamentable á que la invasion francesa redujo á España, algunos hombres díscolos y criminales han cubierto con la máscara guerrillera sus pasiones: es preciso convenir en que la violenta exclaustracion que los enemigos hicieron de los religiosos y la miseria pública, efecto de la guerra, privando á muchos hombres de los medios de sostenerse á costa de un trabajo honesto, hicieron á algunos abrazar la profesion de las armas, ejerciéndola en *partidas*, en los puntos en donde dominaba el enemigo. Acompañáronlos en tan arriesgada empresa no pocos, movidos solo por el valor y el patriotismo que los animaban, y por el deseo de cumplir con el sagrado deber que la ley

(1) Napier, tomo 2, folio 352, línea 3.

y el honor les imponian, de *defender á todo trance la patria.*

El mismo Napier tiene que rectificar su opinion cuando añade, “ que lo dicho no se debia “ aplicar á la masa de las *partidas*, respecto á “ haber habido algunas que se condujeron por “ motivos mas nobles; por vengar los ultrajes “ públicos; por un espíritu emprendedor de “ bizarría y por una honrada ambicion; “ persuadidos de que servirian mejor á su pais “ bajo aquel sistema, que unidos á los cuerpos “ regularizados.—Entre estos cuenta á Reno- “ vales y los Minas en Aragon y Navarra; “ Porlier y Longa en Asturias y Bizcaya; “ Martin en Madrid; Sanchez en Salaman- “ ca; Rovira y Perena en Cataluña; Palarea “ el Médico entre Sierra Morena y Toledo; “ Merino el Cura y Saornil en Castilla; el “ Fraile Tapia en Soria; y Abad en Segovia (1);” que se puede decir haber sido todos los Partidarios distinguidos y célebres de la santa insurreccion española. Mas al hacer la descripcion de las prendas de estos caudillos, une á los elogios matices que disminuyen su precio. Por ejemplo, hablando de Mina dice: “ tio y sucesor del Estudiante, “ aventajó á sus contemporáneos en la fama. “ *Derramó con frialdad la sangre de sus pri-*

(1) Napier, tomo 2. folio 350, línea 11.

“ *sioneros, movido mas bien por ideas falsas*
 “ *y por las circunstancias, que por una innata*
 “ *ferocidad; porque su natural es varonil y*
 “ *generoso y aunque carece de genio militar,*
 “ *tiene un juicio profundo, energía sorpren-*
 “ *dente y valor á prueba.—Aldeano por na-*
 “ *cimiento, despreciaba las clases nobles de*
 “ *su pais. Nunca consintió que los hidalgos y*
 “ *caballeros se alistáran en sus banderas (1).”*

De este modo solapado, se procura marchitar la gloria de este Gefe *singular en su clase*. La desgracia nos condena á ser testigos de contradicciones chocantes, que hacen poco honor á la edad que alcanzamos. Digo esto, porque se han puesto en Londres á la pública espectacion unos cuadros pintados por manos muy diestras, en los cuales se representan algunos sucesos ruidosos de la guerra de España. En el relativo á una de las acciones de Mina, el despique del vencimiento llevó quizás al pintor al extremo de emplear la hiel de la caricatura mas estrafalaria (2), entreteniendo

(1) Napier, tomo 2, folio 351, línea 1.

(2) Hablo de los *Cuadros de las Batallas* pintados por el General *Baron de la Jeune* que se enseñaron en el *Egyptian Hall* de Londres el año de 1827 y á los cuales acompañó una descripcion que corre impresa en manos de todos. En el número de aquellos y en las páginas de esta se halla *el ataque de un gran comboy en la carretera desde Vitoria á Burgos, cerca de Salinas, el dia 25 de mayo de 1812.*

“ Se componia el comboy,” dice la descripcion. “ de 3,000 enfermos, heridos, prisioneros, mugeres y familias de algunos personas franceses y españoles, que desde la corte del Rey José en Madrid

con ella la ociosa curiosidad del vulgo, á expensas del decoro del personage que hace el papel principal.

DE LAS JUNTAS PROVINCIALES DE ESPAÑA.

“El populacho,” continúa el historiador, “que gobernaba á la nacion y las autoridades civiles y militares se cuidaban mas de lisonjear á la plebe que de molestar al enemigo (1).” Aunque en estas cortas expresiones se denigra á los Generales y á la Magistratura española; el tiro principal se dirige á las

“volvian á Francia. Cuando iban atravesando esta bella parte del pais con la mayor seguridad, fué repentinamente atacado el comboy por unos cuerpos fuertes de guerrilla del General Mina. La accion fué recia; pero la mayor parte del comboy al fin se escapó y llegó á Francia sin ulterior tropiezo. Por el lado izquierdo del cuadro aparece Mina en accion de salir del monte en donde estaba emboscado, rodeado de pastores que conducian unos rebaños de merinas á Francia. Al frente, se ve atacado un coche lleno de señoras: cerca de él se representa al General Laffitte con su esposa; debajo un dragon herido que con un fusil le defiende; y al Conde Beaumont con su pierna de palo, que se pone delante de una Marquesa y de sus chiquillos — Los prisioneros españoles se sublevan tratando de unirse á la guerrilla; mas los franceses heridos toman parte en la accion. Deslandes, Secretario del Rey José, queda herido, defendiendo á su esposa. Los prisioneros ingleses reusan tomar las armas que les ofrecen los españoles; uno de los cuales pone la bayoneta al pecho de un soldado ciego y viejo, á quien defiende un tambor hijo suyo.” De un modo tan mezquino se procuran deprimir las acciones militares de la Guerrilla de Navarra. La demasiada moderacion española en no publicar las Memorias fehacientes de los acaecimientos de la guerra de la independenciam, quizás da lugar á que se empleen las armas del ridículo para rebajar su precio en el pais extranjero!!!

(1) Napier, tomo 2, folio 59, línea 31.

Juntas de provincia, que tantos y tan insignes servicios hicieron á la causa santa de la legitimidad y del honor, y á las cuales, por no sé que hado fatal, han mirado con enojo algunos de los caudillos británicos, cuando en la época de su mando otros las colmaban de elogios descubriendo en esta versatilidad un espíritu poco honroso á su buen juicio y contrario á la imparcialidad que debia haber hecho su divisa. “La forma del Gobierno,” segun Lord Collingwood, “era muy defectuosa. Las Juntas obraban con independendencia y la correspondencia era muy dificil. Los españoles,” continuaba, “hacen los esfuerzos mas gloriosos para arrojar al enemigo; *pero temo* que las Juntas por sus cabalas, promuevan una anarquía mas funesta que los francéses (1). Me parece,” concluia, “que los Gobiernos populares están tan divididos que no creo que se pueda esperar que se desprendan de parte alguna de su autoridad (2).”

Pero las nóminas de los individuos de las Juntas descubren que en lo general no pertenecian á lo que comunmente se conoce con el nombre de *populacho*. La rapidez con que se entendieron entre sí, pone en evidencia que su comunicacion no era tan *dificil* como se suponía. Los

(1) Carta del Lor Collingwood al Lord Castlereagh, tomo 2, fol. 146

(2) Carta del Lord Collingwood al Lord Radscok, tomo 2, folio 206.

auxilios que en los apuros se prestaron, hacen ver la unidad de sus sentimientos, dirigidos exclusivamente á la salvacion de la patria. La prontitud y feliz armonía con que se erigió la Central desacreditaron los vaticinios que de su *apego al mando* hicieron los que no conocian bien la índole de nuestro carácter, ni se acercaban á examinar con juicio los sucesos. Las providencias que las Juntas acordaron cuando tenian el mando supremo y las que tomaron despues de reducidas á *la clase de auxiliadoras del Gobierno* para mantener la guerra y conservar el orden público, no respiraban la adulacion á la plebe, á que hace referencia el historiador. Valencia refrenó los excesos de esta con ejemplos bien ruidosos de entereza. Hizo efectivas cuantiosas contribuciones de sangre y de dinero, en la época en que se supone que el pueblo daba la ley. En el año de 1809 reemplazó con increíble prontitud las bajas del ejército y auxilió con hombres, víveres y dinero á las provincias vecinas. — ¿Andalucía no hizo lo mismo? ¿Y Asturias no debió á la energía de sus autoridades el poner sobre las armas 11,000 hombres que volaron á su defensa, en los momentos en que los enemigos la invadian (1)? ¿Cataluña, no obedeció sin repugnancia las órdenes de la Junta que le

(1) Jovellanos, Memorias, parte 2, folio cxxvjj.

impusieron sacrificios repetidos de hombres y de fortunas? ¿Y hasta las Juntas que el patriotismo mas acendrado mantuvo en medio de los invasores en las provincias dominadas por ellos, no sostuvieron el espíritu público, contribuyendo por todos medios á la resistencia? ¿Y todos estos prodigios de valor, de lealtad y de firmeza, se habrian realizado si las autoridades hubieran sido cobardes para *con la plebe?*

La docil presteza con que las Juntas, ó *los Gobiernos populares*, movidos por el convencimiento de la utilidad que debia sacar de ellos la patria, se despojaron voluntaria y noblemente del poder supremo, que la combinacion de las circunstancias habia puesto en sus manos para robustecer la autoridad interina que debia mandar á España durante la cautividad de su legítimo Soberano; pone en evidencia la equivocacion que padeció Collingwood en sus anuncios, y la ligereza con que Napier asegura, que mas bien se atendia á *mimar los caprichos de la plebe que á hacer el servicio público*. Las Juntas para realizar la abdicacion del mando supremo, hazaña cívica de que apenas hay ejemplo, no necesitaron como decia Collingwood *“que viniera un Embajador inglés á indicárselo (1).”* Eran muy patrióti-

(1) Carta del Lord Castlereagh, tomo 2, folio 237.

cos y legales los sentimientos que las animaban, para que hubieran menester de otro impulso que el que ellos comunicaban á los individuos que las componian para hacer prodigios de cordura y de lealtad. El espíritu á que aquellas corporaciones debian su origen (1), “no podia dar entrada á los vicios, ni á las bajas pasiones que en el dia se les atribuyen.”

“¿Quién, sino la ignorancia y la envidia,” exclama Jovellanos (2), “pueden desconocer el noble nacimiento de estos cuerpos, que con admiracion de la Europa, aplauso y consuelo de la nacion y pasmo y terror del tirano que la oprimia, aparecieron de repente en todas las provincias del reino; cuando irritado su pueblo generoso, á vista de las cadenas que se le presentaban, se levantó por un movimiento simultáneo tan rápido y unánime, como magnánimo y fuerte y los congregó para salvarse? ¿De unos cuerpos que, aunque creados en medio del tumulto y de la indignacion popular, fueron organizados con maravillosa prudencia? ¿De unos cuerpos, en los cuales para legitimar mas y mas su autoridad, fueron reunidos todos los del estado, entrando en su composicion represen-

(1) Morning Chronicle de 8 de Setiembre de 1808.

(2) Memoria, parte 1, folio xx, número 15.

“ tantes de todas las clases, profesiones, órde-
 “ nes y magistraturas de las capitales, con sus
 “ primeros gefes eclesiásticos y militares? ¿De
 “ unos cuerpos, en fin, que apresurándose á
 “ desempeñar sus augustas funciones, mostra-
 “ ron tanto celo, desenvolvieron tanta energía,
 “ y dieron tanto consuelo y confianza á la pa-
 “ tria y tanto terror y escarmiento á su pérfi-
 “ do enemigo?”

* * *

2.

“ Pero,” si nos atuviéramos á la opinion de
 Napier, “ el Gobierno local establecido en Tar-
 “ ragona, se habia echo tan negligente y cor-
 “ rompido, que las armas que Inglaterra le fa-
 “ cilitaba, lejos de emplearlas en la defensa del
 “ pais las vendió á unos comerciantes extran-
 “ geros (1).” — ¡ Con tan acalorado vilipendio
 trata este escritor á la benemérita Junta de Ca-
 taluña ; cuyos servicios á la patria fueron tan
 eminentes como públicos y como notorias las
 prendas de lealtad, de ilustracion y pureza
 que adornaban á sus individuos ! Solo el que se
 deje llevar de las voces de la grosera maledi-
 cencia, podrá atribuir el vicio de la torpe vena-
 lidad y *de los sucios manejos* á una corporacion
 que entre sus Vocales contaba al Arzobispo
 de Tarragona Mon y Velarde ; al General

(1) Napier, tomo 2, folio 55, línea 21.

marqués del Palacio; al íntegro Magistrado Ollér y á otros beneméritos españoles, cuya probidad y cuyas relevantes calidades los apartaban tanto de caer en los bajos vicios que se les atribuyen, cuanto distaba la sublime categoría de sus clases de las villanas pasiones que solo pueden cobijarse en pechos ruines, que desconocen la honradez y el honor.

*

*

*

El historiador, recorriendo la península con el látigo de la mordacidad, pasa á Asturias para denigrar á su Junta: con la idea funesta de hacer ver que la maldad, el vicio y los crímenes eran comunes á las autoridades españolas, desde el Cabo de Creux al de Finisterre. “No hablaré,” dice, “de *los males hechos por la Junta de Asturias, QUE ERA NOTORIAMENTE CORROMPIDA E INEPTA.* — Romana después de haber tomado breves informes sobre su conducta, la *disolvió* con la suprema autoridad que tenia y la reemplazó con otros nuevos Vocales que él nombró. — *Acto de justicia QUE DESAGRADÓ ALTAMENTE A JOVELLANOS y á otros (1).*”

Aun cuando se concediera que los Individuos de la Junta de Asturias del año de 1809, carecían de las cualidades que exigia el feliz

(1) Napier, tomo 2, folio 309, línea 29.

desempeño de sus funciones muy delicadas en tiempos tan difíciles, no se les podrán negar el patriotismo, la fidelidad, el decoro y el honor que los distinguían, á no cometer una negra injusticia.

Las prendas personales que los adornaban, los hacían incapaces de la corrupción que se les achaca. El Sr. Napier no los conoció y por ello se ha dejado llevar de sugerencias ajenas; así como parece haber ignorado que Romana no tenía facultades legales para realizar lo que ejecuto con la fuerza. ¿Y de donde se saca que Jovellanos se hubiese ofendido de ello *caprichosamente*?—Ofenderse este insigne personaje, porque *se hiciera justicia*, es acusar de vandro ó de ignorante al Magistrado que mayores pruebas ha dado de integridad. Es suponerle capaz de faltar á su honor y á su conciencia, por satisfacer pasiones que no cabían en su alma pura y llena de rectitud. Napier será tal vez el primero que se haya atrevido á imputar tamaño defecto al varón fuerte, que por cumplir sus deberes y acatar la justicia, padeció sangrientas persecuciones. Faltaría á los deberes de español y al miramiento que se debe á la virtud, si pudiendo, no defendiera la opinión inmaculada de Jovellanos del insulto que á su memoria hace un labio extranjero. Modelo de dulzura, ornamento de la toga y dechado de fidelidad,

de amor al Rey y á la patria, de moderacion y de integridad.

La conducta de Romana ofendió con razon al Sr. Jovellanos. Como Vocal de la Central y como Asturiano se quejó de ella, porque aquel General habia disuelto abusivamente la Junta antigua y legal que hace siglos gobierna económicamente á Asturias; por que habia arrojado, sin poder bastante, á *“ una junta instalada conforme á la inmemorial costumbre del pais y compuesta de personas muy señaladas y acreditadas en él, por su nacimiento, instruccion y desinterés.”* Se quejó de Romana, porque *“ sin audiencia previa, ni mas justificacion que la que daban los informes de algunos descontentos, depuso á sus Individuos y no contento con esto, publicó un edicto en el cual los desacreditó, con mengua del honor de la provincia (1).”* El Sr. Jovellanos se incomodó con los procedimientos de Romana, porque eran contrarios á los dictámenes de la prudencia y de la justicia, y al fin levantó su voz respetable, al observar que aquel General, *“ sin autoridad legítima se habia arrojado á atropellar los derechos de la provincia. Porque, ¿de dónde,”* decia, *“ le vino el poder de despojar á esta del derecho que tiene para elegir sus Vocales? ¿Y de dónde el poder*

(1) Memoria de Jovellanos.

“ *de entregar la provincia al gobierno de una*
 “ *Junta fundada por su puro capricho?*—Si en
 “ esta clase de atentados,” continuaba, “ hay
 “ algo á que las circunstancias del dia añadan
 “ mayor gravedad, será sin duda aquella en
 “ que *la fuerza militar aparece atropellando*
 “ *la justicia y el orden público y destruyendo*
 “ *la gerarquía civil de los pueblos (1).*”

La incomodidad del Sr. Jovellanos fué “ hija
 “ de su profunda sabiduría, de la madurez de
 “ su juicio y de su perspicaz prevision; que
 “ le presentaban,” por valerme de sus expresiones,
 “ los fueros de Asturias *rotos y destruidos*
 “ *por la fuerza, destinada á respetarlos y*
 “ *conservarlos. ¡No quiera Dios,*” proseguía
 “ que ninguno, *de cualesquiera clase que fuere,*
 “ *y mucho menos si tiene á la mano la fuerza*
 “ *militar, se crea autorizado para semejantes*
 “ *atentados y violencias!* ¿Qué será entonces
 “ del orden, de la seguridad y del sosiego
 “ público? ¿Qué de las autoridades consti-
 “ tuidas del reino? ¿No quedarán todas mi-
 “ serablemente comprometidas?” Si el Sr.
 Napier no encuentra en estas francas explicaciones una prueba decisiva del amor del Sr. Jovellanos á *la justicia*, y si como inglés se resiste á acatar la conducta ilustrada y patriótica de aquel personage; como español y res-

(1) Memoria de Jovellanos.

petuoso admirador de Jovellanos, le diré, que las estrepitosas providencias de Romana llenaron de armadura á tan digno Magistrado, porque divisó los males que los abusos de la fuerza podrian ocasionar algun dia á la patria si con tiempo no se atajaban.

La *acalorada* conducta de Romana en Asturias, por mas que naciera de un ardiente celo por el bien público, quizas sirvió de ejemplo para la perpetracion de excesos ulteriores algo semejantes, cometidos á la sombra de la impunidad. ¿Y avezados los que mandan las armas á no hallar oposicion en sus ideas, decididos á resolver con la espada cuestiones políticas ajenas de su noble profesion, mirando con desden á los que siguen las carreras pacíficas y persuadidos tal vez, de ser ellos solos *los órganos de la opinion y los heraldos de los votos generales*; no podian hallar un camino franco para decidir de la suerte del estado? Esto temió el Sr. Jovellanos que sucediera, de resultas del ensayo hecho en Asturias. Por ello *se incomodó* y por ello empleó todos los recursos de su celo para evitarlo. ¿Y se podrá decir con verdad, que se haya equivocado?— ¿Se le podrá llamar cabiloso ó visionario?— ¡Ojalá que el tiempo no hubiera acreditado la exactitud de sus vaticinios y el sólido fundamento de sus recelos!— ¿Y la prudencia y el celo de tan inclito varon merecen que se los

envuelva en la *irónica* desaprobacion con que los trata un historiador extranjero, que sin conocer á fondo los hechos que refiere, sin medir las circunstancias y poco instruido en las costumbres de la nacion, se aprovecha de cuanto le parece que es capaz de disminuir el mérito de los españoles?

ARTICULO III.

CALUMNIAS CON QUE SE AFEA EL HONOR DE ESPAÑA.

§ I.

Mal trato que recibieron los prisioneros franceses.

“ En esta época desgraciada,” dice Napier, “ en la cual los *prisioneros franceses* eran torturados con la mas salvage crueldad *en toda España*, y cuando el querer refrenar semejante exceso bastaba para hacerse sospechoso de traicion; Reding en Cataluña, tuvo valor para reprimir en su provincia esta barbarie (1). — *Los prisioneros españoles hechos en Uclés* fueron conducidos á Madrid; y los enfermizos ó cansados fueron arcabuceados por orden de Victor, *porque los españoles ha-*

(1) Napier, tomo 2, folio 95, línea 26.—“ At this unhappy period, the French prisoners, in every part of Spain, were treated with the most savage cruelty.”

“ *bian ahorcado á algunos prisioneros francé-*
 “ *ses (1). — La mas oscura mancha del carác-*
 “ *ter español, en este tiempo, fué el trato que*
 “ *experimentaron los prisioneros de guerra.*
 “ Miles de ellos y entre estos parte del ejérci-
 “ to de Dupont, *que solo eran prisioneros por*
 “ *un quebrantamiento de fe,* fueron trasporta-
 “ dos á las Islas Baleares (2), pero sin orden
 “ de mantenerlos; y cuando se representó sobre
 “ ello, la Junta los desembarcó en la pequeña
 “ roca desierta de Cabrera. Los habitantes de
 “ Mallorca mataron miles de ellos del modo
 “ mas cobarde y crudo; y los que quedaron en
 “ Cabrera sufrieron hambre y miseria (3).”

Sin atencion al estado en que se hallaba
 España; sin tomar en cuenta la índole de la
 guerra que se hacia, de conquista por parte
 del enemigo, y de resistencia casi personal
 por parte de los acometidos, en la cual hay
 siempre horrores y excesos lamentables; se
 empeña el historiador en medir con el com-
 pas de la regularidad que prevalece en las lides
 de frontera ó de Gabinete, la que sostuvo Es-
 paña, cuando al verse abandonada á sí misma,

(1) Napier, tomo 2, folio 16, línea 4.

(2) “ The deepest stain upon the Spanish character, at this pe-
 “ riód, was the treatment experienced by war—part of Dupont’s
 “ troops, who were only prisoners *by a breach of faith,* were sent to
 “ the Balearic Isles.”—(Napier, tomo 2, folio 345, línea 9).

(3) Idem, tomo 2, folio 345, línea 19.

engañada y vendida, se levantó para defender la religion, el trono, las leyes y la independencia, á costa de los esfuerzos de sus habitantes. De este empeño, tan inconsiderado como dirigido á derramar á man salva sobre nosotros las mas sensibles invectivas, nace el modo con que se habla de algunas escenas, que aunque no pueden defenderse, estaba en el giro natural de los acaecimientos que hubiesen pasado. De la misma fuente se derivan los escándalos que hoy se promueven y la afectada sensibilidad de que se hace alarde, para hacer pasar á España por un pais bárbaro, y á sus hijos por unos hombres sin fe y sin honor, inhumanos y cobardes.

Tan cierto es que en algunos casos la irritacion ha cometido excesos del jaez de los que hoy se nos echan en cara, como exagerado que hubiese sido general *en toda España*, segun lo asegura Napier, *la crueldad salvage con que se trató á los prisioneros*. Estos en Cádiz, en Valencia, en Alicante, en la Coruña y en otros puntos fueron tratados, sino con abundancia, porque lo resistia la penuria general, con una consideracion acaso mayor que la que disfrutaban en Inglaterra los que tienen igual desgracia. Las privaciones de Cabrera eran comunes á todos y consecuencia de la desolacion general que causaba la guerra; y no efecto de un plan asesino, fraguado como se supone,

por el Gobierno español. Los que tenían la mala suerte de rendirse á las guerrillas, que en lo interior de la Península hacían á su modo la guerra, no disfrutaban ni podían esperar que se les dispensára el mismo trato que á los que se sometían á los ejércitos ó cuerpos disciplinados.—Esto nacía de que los principios y carácter personal de los Jefes de aquellas; el tratamiento atroz que los guerrilleros recibían de parte de las tropas enemigas; la localidad que ocupaban, muy distante á las veces de los depósitos establecidos para el recibo y asistencia de los prisioneros y las dificultades y riesgos que se ofrecían en el tránsito; hacían tomar resoluciones á la sazón precisas y que hoy se miran con estremecimiento. Las desgracias también nacían de que al conducir los prisioneros á los lugares seguros que les estaban indicados, tal vez se tenía que atravesar por pueblos en donde ellos habían cometido graves desmanes y desacatos, y su presencia no dando lugar á la reflexión, promovía represalias sangrientas é injustas. Si la *salvage ferocidad española* hubiera sido tan general como se supone, no habrían llegado á Inglaterra tan grandes masas de prisioneros como las que admitió en sus depósitos, en los cuales lograron conservar las vidas en incómodos encierros, sufriendo en ellos privaciones reglamentadas.

A no haber acompañado á la agresión fran-

cesa la perfidia, los insultos y los tratamientos mas duros como los que la lealtad española sufrió de parte de los invasores, y á no haber habido quebrantamientos violentos del derecho de las gentes y atrocidades cruentas, que siendo inevitables en las guerras, no manchan la fisonomía del noble carácter francés; los españoles no habrían empleado las duras retaliaciones en desquite de sus agravios. Aunque en los prisioneros se cometieron algunos atentados siempre reprobables y nunca protegidos por la nación y por su Gobierno (1); conviene no olvidar, que acaso los soldados del opresor, por no conocer bien á los españoles, los provocaron con su conducta, quebrantando las capitulaciones ajustadas y tratándolos como á rebeldes;

(1) Sitiada por los franceses, en 16 de enero de 1812, la plaza de Peñíscola, en época tan apurada como que no quedaba mas que esta en la costa de Levante en donde sostener la causa, y hallándose escasa de víveres: fué comisionado por el Gobierno el Presbítero D. Joaquin Franco para pasar á Mallorca en solicitud de auxilios. Lo hizo, y habiendo logrado por su eficacia y la cooperacion del Sr. D. Isidoro Antillon y de otros, que la Junta hubiese mandado facilitarle algunos socorros; como en el momento del embarque de estos hubiesen llegado á aquel punto 3,000 prisioneros franceses, la Junta revocó sus disposiciones, haciendo entender á aquel, *que por mas importante que fuera conservar á Peñíscola, lo era mas el sustento de los prisioneros; razon que la movia á aplicarles los víveres que habia destinado á aquella plaza.* El Sr. Franco me asegura, que habiendo referido este suceso el año de 1818 á un francés que le hablaba en los términos que lo hace hoy el Sr. Napier de los *padecimientos de los prisioneros*, no solo se dió per satisfecho, sino que le añadió *que Napoleon no habiera sacrificado una plaza para acudir al sustento de los prisioneros españoles.*

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 67.

y que no adoptaron una marcha regular y acomodada á los preceptos de la civilizacion, hasta que las sangrientas correspondencias de los que creian humillados por el infortunio, les hicieron escuchar la voz de la razon y la de la humanidad, por entre el estruendo de las armas y los gritos de las víctimas sacrificadas á la tenaz equivocacion del Capitan del siglo.

El Mariscal Lannes, por ejemplo, cuando se negó á insertar en la capitulacion de Zaragoza un articulo especial relativo á la persona del *General español D. José de Palafox*; dió palabra de honor de que le dejaria pasar libremente á vivir al pueblo que él mismo eligiera (1). Mas no bien ocupó la ciudad, se desentendió de su promesa, poniendo preso á aquel caudillo, rodeándole de bayonetas, escaseándole los mantenimientos y conduciéndole á Francia en el estado de salud mas deplorable (2) sin que le contuvieran las reclamaciones hechas por sus amigos.

Si durante el arreglo de la capitulacion de aquella célebre ciudad, se presentaron en ella algunos soldados francéses en busca de vino, y varios Oficiales llevados de la curiosidad de reconocer un pueblo tan notable; y si unos y otros fueron recibidos con la mayor urbanidad

(1) *British Campaigns*, tomo 3, folio 67.

(2) *Idem*, folio 75.

por los de Zaragoza ; apenas la ocupó el ejército enemigo, se halló envuelta en los horrores de un saqueo, sufriendo tropelias y excesos sin que los Gefes las pudieran contener.—La guarnición salió prisionera en número de 2,500 hombres, pisando los cadáveres de sus bizarros camaradas asesinados por los vencedores porque *no podían seguir la marcha con la velocidad que estos indicaban* (1). Lanés que había ofrecido solemnemente *conservar la vida y la tranquilidad de los paisanos comprometidos en la defensa*, dueño ya de la ciudad mandó pasar por las armas al sabio y virtuoso Padre Basilio Boggiero, Ayo y Maestro de Palafox, y asesinar al Presbítero Sass, íntimo amigo de este (2). Se encarnizó con los paisanos y no desistió de tan fiera resolución, hasta que la Junta Central (3) y la de Valencia le hicieron entrar en cuenta, con las amenazas de una represalia muy costosa.

En Extremadura, partidas de franceses se entretenían en quemar y robar los pueblos y en matar á sus habitantes (4). La relación de los acaecimientos de Uclés, que el Sr. Napier refiere de un modo sucinto, queriendo

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 70.

(2) Idem folio 75.

(3) Véase Documento núm. XXIV, tomo 1.

(4) Véase Documento núm. XXV, tomo 2.

disculpar al enemigo con los crímenes que nos atribuye á nosotros, da una idea del furor con que aquel se conducia. Sacerdotes, nobles, vecinos honrados y pacíficos, mugeres y niños, fueron sacrificados del modo mas atroz (1). Las violencias cometidas en Castilla obligaron al General español Duque del Parque á reconvenir del modo mas serio al que mandaba las tropas francesas, amenazándole con que *trataria sin piedad á los soldodos que cayeran en sus manos, si no corregia sus desafueros* (2).— ¿Y era extraño que los españoles á su vez vengáran del modo que les era dado, los ultrages que recibian; y que los soldados *aventureros* de las guerrillas se desentendieran de los deberes que imponen las leyes militares, cuando tan de lleno las violaban los que hacian la guerra bajo las banderas de Napoleon?—“El enemigo,” decia Sir R. Wilson (3), “no puede “lisongearse de recorrer impunemente un pais “que aborrece su nombre, y en el cual *sus “crímenes aumentan diariamente la violencia “del odio y la fiereza de la venganza.”*

*

*

*

2.

Lo ocurrido con los enemigos que rindieron

(1) Véase Documento núm. XXVI, tomo 2.

(2) Idem, Documento núm. XXVII, id.

(3) Carta de la central, en 2 de abril de 1809. British Campaigns, tomo 3, folio 233.

las armas en Bailen pudieran *manchar oscuramente el carácter español*, si no conociéramos su historia que yo no recordaria á no obligarme á ello la propia defensa. “*Los prisioneros del ejército de Dupont,*” dice Napier, “*eran prisioneros por un quebrantamiento de fe.*” En efecto, las tropas que componian la division de Dupont segun los términos de la capitulacion, debieron trasladarse á Francia del mismo modo que se hizo con las que en Vimieira de Portugal cedieron á la fuerza británica. Los españoles fieles á sus promesas, trataron de llevar religiosamente á cabo lo estipulado; mas no pudieron realizarlo POR LA CONTRADICCION *de los ingléses.* — El Almirante Lord Collingwood que mandaba la escuadra británica surta en Cádiz, manifestó al Gobernador de esta plaza D. Tomas Morla, “que en cuanto al embarque de los de Bailen para su conduccion á Rochefort *haría cuanto conviniera al bien de España ; mas que sin órdenes positivas de Inglaterra no podía dejar pasar aquel cuerpo de tropas por mar* (1).” — En la embozada expresion de *hacer lo que conviniera á España*, dejó traslucir este General el plan de anular una capitulacion á él poco lisonjera, por ser resultado de una accion de guerra de las mas ruidosas de la edad presente, en la cual

(1) Carta á Morla, de 28 de julio de 1801. Tomo 1, folio 186.

ninguna parte habian tenido las armas británicas.—“*Los españoles,*” añadía el referido Lord en carta confidencial á su esposa, “*se han animado mucho con la victoria de Bailen ; pero se han perjudicado con la capitulacion, que yo reformaré en cuanto pueda (1).*” La reforma que, en virtud de su gratuita tutela meditaba el Almirante y que, segun las resultas aprobó su Gobierno, fué impedir la ejecucion de lo tratado ; dejando dentro de España como prisioneros á los de Bailen, que debieron á esta proteccion las miserias y las privaciones que han sufrido.—El General Morla en carta á Dupont, le dijo : “ que la parte de la capitulacion relativa á la *conduccion de sus tropas á Francia, no se podia cumplir porque no lo consentian los ingleses, por no haber tenido intervencion en ella.*” ¿Y son los españoles preguntaré á Napier, responsables de la *falta de cumplimiento del tratado ?* ¿Lo son de la *violacion de la fe* y de la palabra dada ? ¿La *mancha oscura* con que aquel procura manchar nuestro honor, deberá caer sobre nosotros que hicimos cuanto estuvo á nuestro alcance para llenar las ofertas, ó sobre los que titulándose aliados, al reconocerse superiores en la mar nos ataron las manos para cumplir la capitulacion ? Si el historiador recuerda con

(1) Carta á Morla, tomo 2, folio 196.

imparcialidad las circunstancias que acompañaron á un suceso tan notable, conocerá la ligereza con que acusa á los que están autorizados para quejarse del abuso, que los que se llamaban *amigos*, hicieron de su fortuna en los momentos en que mas debían complacerlos.

§ II.

DE LA JUNTA CENTRAL.

“ El objeto de esta,” según el historiador,
 “ no era España sino Napoleon (1). — Son
 “ innumerables las pruebas de la corrupción
 “ é incapacidad de sus individuos; y esto no
 “ solo se deduce de los apuntes y memorias de
 “ los oficiales ingléses, sino del voto que dió
 “ el Marqués de la Romana sobre el nombra-
 “ miento de una Regencia (2). — En él se hace
 “ una pintura lastimosa de los desconciertos de
 “ la Junta. El historiador traslada sus mismas
 “ expresiones para robustecer con ellas su
 “ dicho. — La muerte del Conde de Florida-
 “ blanca Presidente y su reemplazo con el
 “ Marqués de Astorga,” añade, “ no causó
 “ mudanza alguna en el carácter de la Central.
 “ — Una grande cantidad de dinero llegada á

(1) Napier, tomo 2, folio 348, línea 10.—“ *their object was no Spain, but Napoleon.*”

(2) Napier, tomo 2, folio 348, línea 4.—“ *the proofs of corruption and incapacity, in the Junta, are innumerable.*”

“ la sazon de América, ocupó en tanto grado
 “ su atencion, que la hizo olvidar el bien pú-
 “ blico (1). ”

La *original* situacion en que se hallaba España, hacia muy difícil su gobierno. Consideracion que debiera haber hecho á Napier menos áspero. Pero como por desgracia solo se propone recoger hechos bien ó mal depurados, capaces de disminuir el precio de la resistencia española; por eso prescinde de la crítica que debiera guiar su mano. Si los ilustres Vocales de la Central no han sido consumados en el arte de gobernar y si no han correspondido llenamente á las halagüeñas esperanzas que se habian formado de su destreza y circunstancias al tiempo de su eleccion; mas que á su ignorancia ó perversidad, debe atribuirse al conflicto en que se hallaban.

Es muy notable que habiéndose valido Napier del aciago voto de Romana, para acusar á la Central, se olvidase de la *Memoria* que escribió el Sr. Jovellanos y corrió por toda España. Como este digno español desbarata victoriosamente las imputaciones que Romana con demasiada ligereza, hizo al Gobierno y que hoy vuelven á reproducirse con fin torcido, me parece del caso trasladar sus mismas palabras que respiran verdad, sabiduría y la mas pura lealtad.

(1) Napier, tomo 2, folio 11, línea 26.

“ El crimen de *infidencia á la patria*” que el Sr. Napier atribuye á la Central cuando asegura, que *el objeto de ella no era España, sino Napoleon*, segun Jovellanos, “ es el que en las
 “ circunstancias y en las personas á quienes
 “ se imputa reúne toda la atrocidad que podia
 “ hacerle en el mas alto grado abominable y
 “ atrocísimo. — Elegidas para tan augusto mi-
 “ nisterio, sin otro título que la opinion de su
 “ probidad distinguida para tan alto encargo
 “ y confiado á su celo el ejercicio del supremo
 “ poder y á su *lealtad* la conservacion de los
 “ mas preciosos intereses del estado, ¿ cuántos
 “ insignes beneficios tenían que olvidar, altas
 “ honras y confianzas que despreciar, sagrados
 “ deberes y santos juramentos que violar y que
 “ prostituir, para caer en el atroz propósito
 “ que se les imputa ? ” — ¿ Y quiénes, añadiré
 yo, son los que se supone que han caido en caso
 tan aleve ? Treinta y tres individuos, entre los
 cuales se contaban trece Grandes y Títulos que
 se habian comprometido contra el tirano de
 un modo muy decisivo ; catorce, que encaneci-
 dos en las honrosas carreras de la magistratu-
 ra, de la milicia, de la diplomacia y de las
 letras, habian dado muestras muy relevantes
 de sus virtudes y de su lealtad y seis que se
 hallaban constituidos en altas dignidades ecle-
 siásticas, logradas por ellos á costa de probidad
 y de merecimientos. — En una palabra, se in-

tenta persuadir que miraban *mas por Napoleon que por su patria* y que preferian á los derechos del Rey jurado la usurpacion de un aventurero; un Conde de Floridablanca, un Bailío Valdes, un Jovellanos, un Palafox, un Conde de Altamira, un Príncipe Pio, un Romana, un Marqués de la Puebla, y un D. Martin de Garay. “ Si el esplendor de la nobleza,” continúa el Sr. Jovellanos, “ las sanas y religiosas máximas de honor y probidad, el pundonor de la profesion militar, la santidad del sacerdocio y la rectitud de la magistratura, no fueran bastantes y seguros fiadores de la fidelidad; si no lo fuesen la educacion distinguida, los altos empleos dignamente desempeñados, los talentos ilustrados por el estudio y la experiencia y la reputacion y buen nombre adquiridos por una noble y virtuosa conducta; ¿ dónde se hallarian calidades mas dignas de la confianza pública? Y cuando no se concedan todas á todos los Centrales, ¿ quién será tan injusto y temerario que no las conceda á ninguno (1)? ”

“ ¿ A quién podrá persuadirse, ” prosigue, “ que hombres tan altamente calificados, cayeran de repente en tanta vileza y corrupcion? — ¿ Cabia esto en el corazon humano? — Máximas de prudencia y de justicia,

(1) Memorias, de Jovellanos, parte 1, folio cx, línea 9.

“ de moderacion y honestidad bebidas en la
“ primera educacion ; ejemplos de fortaleza,
“ de beneficencia y patriotismo presentados
“ en la juventud y admirados y fielmente se-
“ guidos, forman los hábitos virtuosos. Igno-
“ rancia y abandono en la primera edad, malos
“ ejemplos aplaudidos ó defectos tolerados y
“ pasiones mal reprimidas en la adolescencia,
“ forman los hábitos perversos que le corrom-
“ pen. Cabe, sin duda, en la flaqueza humana
“ que un hombre antes inocente agitado por
“ el furor de una pasion fogosa, se arroje sin
“ reflexion á cometer alguna accion temeraria;
“ ¿ pero cabia en este hombre un atroz designio,
“ que no pueda concebirse sino por la mas
“ negra iniquidad, sino con la mas fria y pro-
“ funda meditacion, ni ejecutarse sino por me-
“ dios viles, oficios tenebrosos, arterías y astu-
“ cias pérfidamente maquinadas ? ¿ Y lo que
“ no cabe en un hombre solo, cabria en mas de
“ treinta de tan distinguido carácter y probi-
“ dad tan generalmente reconocidos ? — Creer
“ que todos desmintiesen de repente esta pro-
“ bidad haciéndose insensibles al freno del
“ honor y sordos á la voz de la conciencia ; y
“ que olvidados de lo que debian á su Dios, á
“ su Rey, á su Patria y á sí mismos, se hicie-
“ sen de repente traidores ; seria creer un fe-
“ nómeno tan raro en el órden moral, como el

“retroceso de los planetas en el orden físico (1).”

“Y aun dado por posible,” añade, “este fenómeno moral, ¿cómo lo sería que en tanto número de personas, de tan diferente condición y carácter se hallase tan estrecha union, tan estudiado disimulo, tan profundo secreto y tan tortuosa conducta, como este malvado designio requería? Y cuando esto fuera repugnante en cualquiera noble corporacion, cuando lo fuera en el mas humilde gremio ó cofradía, ¿cuánto mas no lo fuera en un cuerpo compuesto de tan nobles y tan varios elementos? — El honor, la conciencia, el respeto á la opinion pública, el amor al Rey y á la Patria y *el odio á la tiranía*, los unieron para desempeñar fielmente sus deberes, hasta donde sus luces y sus fuerzas alcanzaron (2).”

Si el Marqués de la Romana hubiera previsto, que pudiera llegar un dia en que la rivalidad extranjera se aprovechara del voto que dió en la Central, para ennegrecer con su contesto el cuadro honroso de la virtud española; estoy seguro que habria sofocado en su pecho gene-

(1) Memoria de Jovellanos, parte 1, folio cxj, línea 1, sección 8.

(2) Memoria de Jovellanos, parte 1, folio cx, línea 14, y folio cxjjj, línea 16.

roso sus sentimientos y que se hubiera abstenido de dar un paso, que en manos de los desafectos se convierte en arma para deslucir las glorias de una patria, á quien el Marqués hizo grandes servicios; á quien amaba con ternura y de la cual es ornamento. Pero existe este voto y de él se saca un partido funesto para deprimirnos. Existe este documento formado por un General respetable, Individuo de la misma Junta acriminada, hombre, además ilustrado y que por su nacimiento y sus altas cualidades, mereció un alto lugar entre sus coetáneos.

A pesar de tan relevantes circunstancias reunidas para dar á aquel voto la mayor autoridad, le privan de la que intenta reconocerle el Sr. Napier, otros documentos respetables de la misma época. “El objeto manifiesto del referido voto,” dice Jovellanos (1), “era renovar la proposición de nombrar una Regencia, bien que organizada á su manera.—Tal era el objeto manifiesto con que en la sesión del 14 de octubre, leyó en la Junta *aquel pomposo y desafortado é insultante papel*, que poco después con violencia del secreto y confianza que debía á su cuerpo, hizo imprimir y salió á meter bulla con tanta exultación de los émulos de la Central, como de los enemi-

(1) Memoria, parte 2, folio lxxiv, número 28.

“gos de la patria.”—La Junta anduvo tan generosa, que no solo perdonó el agravio recibido, sino que le pagó con un beneficio. Desechada la proposición del Marqués, se le nombró individuo de la *comisión ejecutiva*, sin duda para probar su celo y capacidad y para que remediara los males de que tan altamente se quejaba.

La Junta de Murcia, alarmada con el fatal resultado que ofrecía este paso de Romana y deseosa de evitar los daños que podía producir á la causa santa que defendíamos, dirigió á la Central una enérgica representación. En ella contradiciendo al Marqués “*por su honor,*” “*por su obligación y por los íntimos testimonios de su conciencia,* declaró *á la faz entera del universo,* llamando por testigos á los cielos y á los hombres, *ser supuesto cuanto en su voto se decía y enteramente infundadas las imputaciones en él contenidas* (1).” Esto hace ver el ningún apoyo que tienen las acusaciones que el historiador promueve contra el Gobierno español.

* * *

2.

La Central no recibió una suma tan considerable de dinero de América, que absorviera

(1) Gaceta del Gobierno legítimo, 14 de diciembre de 1809, número 58, folio 555.

toda su atencion, olvidándose de lo que *convenia al bien general*. Asercion que vuelve á reproducir la idea del crimen torpe que Napier le ha atribuido. Desde el mes de diciembre de 1808 hasta el febrero de 1809, todos los caudales llegados de Ultramar no excedieron de 3.423,449 ps.: ó sean 68.468,980 rs. Suma corta, atendido el peso de las obligaciones del tesoro y que ninguno le dará la exagerada importancia que le atribuye el historiador, á no alimentarse de cabilosidades. Los Individuos de la Central habrán tenido cuantos defectos se les quiera atribuir en orden al acierto de su Gobierno, pero en cuanto á celo, deseos del acierto y pureza en el manejo de los caudales públicos, no es posible promover dudas, á no dejarse arrastrar del influjo de la calumnia. Si Napier ha tenido por documentos legales las hablillas, las consejas y los mordaces gritos de la maledicencia desenfrenada; y si ha creido que á su sombra se podia mancillar impunemente la honra de tan beneméritos personajes muertos los mas y por lo mismo indefensos; á su fatalidad deberá atribuir el enojo que sus indiscretos desahogos causarán á las ilustres familias de los por él vulnerados, y á cuantos habiendo presenciado la conducta de tan respetables españoles, reputamos villanía consentir que gratuitamente se vulneren

los fueros de la verdad y del honor patrio con
daño de su opinion.

* * *

3.

“La Central,” concluye el historiador, “llena
“de celos y de amor propio, aborreciendo *el vigor*
“*y la probidad* en un General, quitó el mando
“al Marqués de la Romana, poco tiempo des-
“pues de los sucesos de Asturias (1).”

El Marqués de la Romana nombrado Vocal
de la Junta Central en lugar del Príncipe
Pío, debía residir en Sevilla, y no era por lo
mismo posible ni político que mandara el ejér-
cito de Galicia. Por esto se retiró de él. Por
manera, que la libre eleccion de los valencia-
nos, sin que en ella hubiese tenido influjo el
Gobierno y no la ojeriza de este, ni el empeño
de castigar al General *vigoroso y justo*, fué
la causa única de la retirada del Marqués del
frente de las tropas. Que este fué el motivo,
ademas de haber sido notorio á cuantos en di-
cha época presenciaron los sucesos de España;
lo dijo el mismo Marqués en la proclama de des-
pedida de su ejército, inserta en los papeles pú-
blicos, y que es muy reparable no haya lle-
gado á manos de Napier.

(1) Napier, tomo 2, folio 310, línea 1.

§ III.

TUMULTO DE CADIZ EN 1809.

Este asegura, que durante las contestaciones suscitadas entre el Gobierno español y el británico, sobre permitir ó no la entrada de las tropas inglesas en Cádiz; “ alarmada la ciudad “ al ver que la Cental le destinaba de guarni- “ cion varios desertores alemanes y polacos, y “ recelosa de que se tratára de desarmar “ á los vecinos que voluntariamente hacian el “ servicio militar en ella, se amotinó y puso “ preso al Marqués de Villel, á quien miraba “ de mal ojo, porque *mientras trataba con blan- “ dura á los sospechosos de adhesion á los fran- “ céses, se conducia dura, ó mejor diremos bru- “ talmente con algunas señoras de las principa- “ les* (1). El populacho caminando de desacierto en desacierto, trató de asesinar á los que se hallaban presos por opiniones políticas y contenido en esta parte, lo llevó á efecto en la persona del Administrador General de Rentas. — Mientras pasó el desórden, que duró dos dias, la plebe tumultuada *pedia á gritos que las tropas inglesas desembarcáran, y dos oficiales que de la escuadra se enviaron*

(1) Napier, tomo 2, folio 138, línea 9.—“ Villel, who was obnoxious, because, *while wild to persons suspected of favouring the French*, he had been harsh, *or rather brutal* in his conduct, to some Ladies of rank in Cadiz.”

“ como mediadores, fueron recibidos con entusiasmo y respetuosamente obedecidos. Prueba clara de la exactitud con que Jorge Smith habia visto el negocio (1).”

Si el espíritu que me impulsa á escribir las presentes *Observaciones*, fuera igual al que el Sr. Napier descubre en su obra; este pasage me daria lugar para corresponder á los ataques que hace á nuestro honor, con otros mas sensibles al suyo. ¿ Esos alborotos de Cádiz, entre cuya desapacible algazára se dice que se escuchaban voces que resolvian la cuestion agitada entre los dos Gabinetes español é inglés; esa descompostura, mientras se negociaba la ocupacion de Cádiz por las tropas británicas y cuando el Gobierno español se veia precisado á quejarse al británico de la conducta del Coronel Smith, *que estaba en Cádiz y se entrometia en negocios que no eran de su incumbencia* (1) y el desembarco de los oficiales ingléses, *como mediadores*; no ofrecen argumentos para hacer á los ingléses culpaciones mas fundadas que las que el historiador emplea contra nosotros? Quizás no se ha presentado ocasion mas favorable para tomar sangrientas represalias, que la que

(1) Napier, tomo 2, folio 138, línea 8.—“ two British Officers, being sent shore, as mediators, were received with enthusiasm, and obeyed with respect; á manifest proof of the correct view taken by Sir George Smith.”

(1) Véase Documento núm. XXVIII, tomo 1.

aquel pone en mis manos , pero esta conducta no se aviene con mis principios; ni he menester de una arma tan débil para dejar victoriosa á mi patria.

2.

Es preciso convenir en que Napier no haya conocido personalmente al Sr. Marqués de Villeda y Darnius, cuando le acusa de *grosero* y de *tibio* en el sosten de la causa. — Lo primero estaba en entera contradicción con su carácter y con la educación que habia recibido, correspondiente á la clase primera del estado, á que pertenece; y lo último es tan ageno de verdad como que por seguir los estímulos de la lealtad, abandonó generosamente sus intereses.— Los disgustos que pasó el Sr. Marqués en Cádiz tuvieron otro origen, debido tal vez al vigor con que se empeñó en cortar abusos domésticos y no á *infidencias* ni á *grosería* con las damas de calidad.

3.

El mismo vecindario de Cádiz, á los pocos dias de haber pasado el *tumulto*, puso en claro la verdad de lo ocurrido y vindicó su honor, en una representacion á la Central apoyada por su digno Gobernador D. Felix Jones. En ella aseguró, “ que una porcion de hombres soeces
“ envejecidos en el ocio y en las maldades,
“ acompañados de muchachos y dirigidos por
“ la parte *mas ínfima del otro sexo*, insultaron

“ al representante de la Junta Suprema (Mar-
 “ qués de Villeda); no siendo otro el ánimo de
 “ los conmovidos que el de turbar el reposo de
 “ los buenos ciudadanos, destruir las autorida-
 “ des, vengar resentimientos personales, tras-
 “ tornar el Gobierno en anarquía, extraer los
 “ delincuentes del lugar en que se hallaban y
 “ *aprovecharse del tumulto para manchar sus*
 “ *manos en el homicidio y el robo.*—¿ Se divisa-
 “ ron,” dijo, “ entre los sublevados algun pro-
 “ hombre de gremios, algun comerciante, al-
 “ gun eclesiástico, algun curial, en una pala-
 “ bra, algun vecino honrado? — Nada menos:
 “ la escoria de la plebe, reunida con algazára,
 “ explicada con impudencia é *ignorante* aun
 “ de lo que iba á decir, fué la que quiso depri-
 “ mir el poder legítimo — y la que hubiera
 “ derramado quizás la sangre inocente del
 “ Marqués, si los buenos ciudadanos, si los
 “ verdaderos hijos de Cádiz no se hubiesen
 “ opuesto, como escudos inexpugnables.” No
 contenta Cádiz con hacer esta clara y sucinta
 relacion de lo ocurrido, solicitó que por bando
 público “ se declarára solemnemente la inocen-
 “ cia del Sr. Marqués; restituyéndole con la
 “ mayor pompa y solemnidad al ejercicio de
 “ su comision en aquella plaza; entapizándose
 “ las fachadas de las casas de los vecinos que
 “ estuvieran en la carrera que debia llevar,
 “ hasta la de su posada, y acompañándole los

“ Cabildos, Prelados, Párrocos y Autoridades.
 “ De lo contrario, ” concluía, “ las memorias
 “ de Cádiz tendrán que correr un velo sobre
 “ las ocurrencias de los días 22 y 23 de febrero;
 “ y el tirano de Europa se aprovechará de ellas
 “ *para desacreditar al Gobierno Central*, ma-
 “ nifestando que no tenía los votos de todos los
 “ pueblos (1). ”

Este documento, del cual es muy extraño que Napier no haya tenido noticia, pone en claro la ligereza con que ha injuriado al Sr. Marqués; sin abochornarse de mirar como un timbre para su nación, el que la *canalla mas despreciable clamára por el desembarco de las tropas inglesas, y que los nobles oficiales británicos en algun modo se envanecieron con los obsequios y aplausos de la escoria de la plebe.* Y á vista de lo realmente ocurrido en Cádiz, ¿no tiene todo el aire de vandería lo que al hablar de la elacion con que los oficiales ingleses habian sido recibidos, añade Napier, *que con ello se habia acreditado la habilidad desplegada por Sir Jorge Smith?* Esta destreza se refiere á los pasos que dió para facilitar la entrada de las tropas inglesas en Cádiz, de cuya negociacion dicho caballero estuvo encargado y el cual, como hemos visto, se condujo de un modo tan imprudente, que dió lugar á

(1) Véase Documento núm. XXVIII, tomo 2.

una reclamacion de parte del Gobierno español. — “Los habitantes de Cádiz,” dice, “y de sus inmediaciones habian deseado desde un principio, que la ocupacion se realizára; y sus deseos fueron tan bien conocidos de los *Sres. Stuart y Smith* que ellos los hubieran llevado á cabo, á pesar de la oposicion del Gobierno (1).” ¡Y los heraldos de la opinion general en favor de los ingléses, que publicaban los verdaderos sentimientos de los gaditanos, eran los tumultuados, entre los cuales, segun lo justificó el mismo Cádiz, *no hubo un vecino honrado?* — ¡Mengua es del ilustre nombre británico, que por satisfacer una pasion ridicula se le vulnere de un modo tan lastimoso! Pero el Sr. Napier, como dice el adagio español, *escupe al cielo....*

El pueblo de Cádiz, bajo cuyo nombre ni en España ni en Inglaterra se comprende á los *proletarios, á los asesinos, ni á los ladrones*, estaba dando pruebas demasiado señaladas de su sensatez, de su probidad y del mas leal comportamiento, para intentar decidir tumultuariamente un punto tan delicado como el de ponerse en manos de tropas extranjeras, por mas que se llamarán *amigas*. Al pueblo de Cádiz no se le ocultaban los motivos honrosos y conformes á la verdadera opinion española

(1) Napier, tomo 2, folio 136, línea 6.

que impedian al Gobierno acceder á las instancias de los aliados. “Sabido es,” dice la Junta Central en su manifiesto, “que el Ministro de Inglaterra Mr. Frere manifestó que el puerto y plaza de Cádiz fuese guarnecido con tropas inglesas; y sabida es la decorosa resistencia con que la Junta lo impidió. Una division inglesa enviada al intento desde Lisboa, llegó con este objeto á su puerto y aumentó los embarazos de la Junta; pero ni esto bastó para hacerla variar del propósito firme que tenia de no sufrir este vilipendio. Miraba la Junta como una afrenta, el que sus desgracias la obligasen á un paso que la infamaba, y aunque amenazada en circunstancias muy críticas, de no deber esperar un hombre ni un peso duro de Inglaterra; en estas circunstancias prefirió el desamparo á que se exponia, á una negociacion que le era tan costosa. — Nuestra guerra,” decia, “es guerra de pundonor; la nacion española nada ha sentido mas que el poco miramiento con que se la ha tratado por los franceses; ¿cómo sufrirá con resignacion el ver que por ser desgraciada, su Gobierno consienta se la trate con igual falta de decoro?”

No fueron estas explicaciones unos pretextos especiosos buscados por la Central para disculparse con el público, despues de haber dejado el mando. Cuando le ejercia hizo pre-

sentes al Gobierno inglés las razones invencibles que la llevaban á no consentir que las tropas británicas se apoderáran de Cádiz, *cuando no habia enemigos que la pusieran en riesgo*; allanándose sin embargo á permitir que pasáran por aquel punto á establecerse en Jerez, en el Puerto, en San Lucar y en otros puntos. La Central se condujo en esta parte con franca sinceridad. Convenidos en ello los ingleses, cuando al realizar el tránsito insistieron en guarnecer á Cádiz, bajo el pretexto de que una orden del General residente en Lisboa así se lo prevenia, se vió precisado el Gobierno á negarse absolutamente á consentirlo y á impedir que se llevára á efecto la idea, conteniendo los pasos que para llevarla á cabo daban los Sres. Smith y Stuart.

Basta leer el oficio del Sr. Garay, fecha 7 de febrero á nuestro Ministro en Londres y los de 27 de febrero y 12 de marzo al Secretario de Estado de Negocios Extranjeros Mr. Canning; para formar juicio exacto de lo ocurrido, para apreciar debidamente lo que dice el Sr. Napier acerca de los Sres. Smith y Stuart y para conocer el movil de sus explicaciones. Despues que el Gobierno británico habia asegurado al español, que la ocupacion de Cádiz si bien era *una cuestion delicada, no tenia el carácter de instancia formal, á cuya negativa debiera seguirse el desistimiento de una cooperacion*;

despues que el español le habia asegurado que su resistencia no nacia de desconfianza ni de recelos, sino del estado de la opinion y del mal efecto que debia producir en ella un paso tan notable; despues de los acaecimientos del diciembre de 1808 (1) y despues de haber arreglado con el Sr. Stuart, que las tropas británicas desembarcarian en Cádiz para pasar en pequeñas partidas á otros parages; se halló que aquellas venian decididas á *desembarcar y guarnecer aquella plaza, bajo el pretexto de que estaba mas expuesta que lo que la Central creia á una invasion del enemigo.* El Gobierno español al observar vulnerados los acuerdos hechos, hallándose Cádiz muy distante de que la fuerza invasora pudiera acometerla; dió sus órdenes para impedir su ocupacion. Ofició al Ministro inglés en *Sevilla* exigiendo que, conforme á lo convenido, hiciera que las tropas inglesas no se detuvieran por pretexto alguno en aquel pueblo (2) y no satisfecho con esto se dirigió al Gobierno inglés por medio de una Memoria muy enérgica, en la cual despues de pintar su sorpresa y demostrar los riesgos que la Gran Bretaña corria en no abandonar el proyecto de guarnecer á Cádiz; solicitó que las tropas británicas, arreglándose á lo ya tratado,

(1) Véase Documento núm. XXX, tomo 2.

(2) Idem, Documento núm. XXXI, tomo 2.

siguieran su marcha al interior, y que otras pasáran á Cataluña á auxiliar á Zaragoza (1).

Los datos á que me refiero nos descubren, á que se reducía la que el Sr. Napier llama *habilidad del Sr. Smith* y adonde caminaban sus pasos. Conocido á fondo el negocio, cualesquiera podrá dar el nombre que le corresponda á la consumacion del proyecto que aquel traía entre manos, y que segun el historiador *se hubiera llevado á cabo, á pesar de la oposicion del Gobierno.*

§ IV.

MALA CORRESPONDENCIA Y PERFIDIA ATRIBUIDA A LOS ESPAÑOLES.

De cuantas acusaciones contiene la historia que voy examinando, ofende en el mas alto grado el honor español, la relativa á la pérfida é ingrata correspondencia que se nos echa en cara respecto á los ingléses. — Píntese del modo que se quiera nuestra ilustracion; pero trátense con decoro nuestros insignes merecimientos y nuestras virtudes y no se derramen á manos llenas las injurias, para legitimar á su sombra los crímenes haciéndolos pasar por castigos que teníamos merecidos.

Despues que los españoles hemos sepultado en el silencio de veinte años aunque no en el

(1) Véase Documento núm. X. tomo 2.

olvido, la memoria de uno de los sucesos mas horrorosos que se refieren en la historia moderna; vienen hoy á renovarse las heridas, vivas aun, que ellos han causado en nuestra sensibilidad y en nuestro honor; y como si no bastára el recuerdo, se aumenta el martirio de nuestra honradez, queriendo hacer criminales á los inocentes, para cubrir la responsabilidad de los causantes de las desgracias. ¡Suerte aciaga la que nos hace víctimas de nuestro noble candor! Comprometidos en la desastrosa guerra de los seis años por huir del yugo que á la merced de nuestra generosidad queria imponernos el que habiamos llamado amigo; se dice para nuestro tormento, que los que merecian el título de aliados durante la lucha mientras así se apellidaban, nutrian en su pecho sangrientas venganzas contra nosotros, y que al fin las satisficieron cual pudieran hacerlo unos fieros conquistadores, destruyendo pueblos que ningun motivo les dieran para quejarse, en represalia de mentidas ingratitudes y de faltas que la ojeriza y el rencor calificaron de criminales.

El Sr. Napier tiene que ponderar nuestras perfidias, para disminuir la enormidad de las catástrofes de Badajoz y de San Sebastian; haciéndolas pasar por retaliaciones de los agravios que supone haber recibido su nacion de nuestra parte. La causa á que el historiador atribuye estos acaecimientos es de tal jaez, que

á ser ciertos, bastaría para romper la amistad mas firme y para imprimir en almas del temple de las españolas eternos resentimientos.

“Desde el dia 23 de julio,” dice el historiador (1), “en que la *mala fé de la Junta Central*, la apatía de los extremeños y la *petulante locura de Cuesta* detuvieron los movimientos de los ingléses; las privaciones de estos que habian empezado en Plasencia, se aumentaron diariamente. En vano Sir Arthur representaba con ardor sobre ello á la Junta Central y á Cuesta: sus representaciones fueron despreciadas por hombres que, á juzgar de sus hábitos, obraban en sentido opuesto á sus profesiones.”

“Si pedia víveres para sus tropas, se le contestaba con estados falsos, comprensivos de la relacion de los que se le habian dado y con promesas, aun mas falsas, de lo que se suministraría; y los *gloriosos servicios hechos en Talavera*, lejos de excitar la gratitud y de avivar la actividad de las autoridades españolas, parece que las hacian mas perversas (2). Los soldados perecian de hambre en las filas;

(1) Napier, tomo 2, folio 433, línea 35.—“the *bad faith* of the Junta—”

(2) “And the glorious services rendered at Talavera, far from exciting the gratitude or calling forth, the activity of the Spanish authorities, seemed only to render them more perverse.”—Napier tomo 2, folio 434, línea 18.

“ los enfermos no tenían camas, y Cuesta, en
 “ el campo de batalla, con el vapor de la sangre
 “ inglesa humeando en sus narices, les negó los
 “ socorros, — *abandonando los heridos á un*
 “ *enemigo á quien sus paisanos pintaban como*
 “ *el mas feroz del mundo* (1).

“ La retirada del ejército detras del Tajo,
 “ aumentó sus penurias y dió lugar á quejas
 “ muy acaloradas de parte de su General; mas
 “ las contestaciones llenas de falsedades, insultaban al ejército inglés y á su caudillo. — En
 “ ellas se decia, que los ingléses estaban asistidos con abundancia; — que robaban al paisanage y saqueaban los pueblos; — que interceptaban los convoyes de los españoles; — que vendian los víveres que adquirian por unos medios tan vergonzosos; — que la retirada tras el Tajo era intempestiva; — que Soult debia ser destruido; — que el General inglés tenia motivos secretos que le obligaban á conducirse de este modo *que él no osaba explicar*, — y otras calumnias iguales.”

“ Comenzada á realizar la retirada del ejército, la Junta Central, con la malevolencia del peligro hija del miedo, calumnió al personaje (2) á quien diez dias antes habia

(1) Cuesta—” abandoned the wounded men to an enemy, that he and his countrymen were hourly describing as the most ferocious and dishonourable of mankind.”—Idem, línea 27.

(2) “ The Junta—calumniated the man to whom, only ten days

“ hecho los cumplimientos mas fastidiosos (1)
 “ y á cuyo valor y sabiduría debia su existen-
 “ cia.” “ *No la falta de viveres, sino otros*
 “ *motivos son los que ocasionan la retirada del*
 “ *ejército inglés.*” Esto decian en tono claro é
 “ insultante Garay, Eguia y Calbo en sus car-
 “ tas al Lord Wellesley y á Sir Arthur, al paso
 “ que la Junta hacia cundir mañosamente la
 “ voz de que el verdadero motivo era su enér-
 “ gica resistencia á las interesadas instancias
 “ del Ministerio británico, para que se le en-
 “ tregára á Cádiz y la Isla de Cuba en premio
 “ de su alianza.”

“ Ni Cuesta, ni los vecinos de Talavera aun-
 “ que llenos de medios, quisieron prestar el
 “ menor auxilio, ni aun para sepultar los muer-
 “ tos (2). — Esta conducta hizo una impresion
 “ indeleble en el alma de los soldados ingleses.
 “ *Desde dicha época hasta el fin de la guerra, su*
 “ *desprecio y aversion á los españoles nunca se*
 “ *apartó de ellos, y andando el tiempo, BADA-*

“ before, they had addressed the most fulsome compliments, and to
 “ whose courage and skill they owed their own existence.—Napier,
 “ tomo 2, folio 441, línea 13.

(1) Cumplimiento fastidioso se llama, el haber dado el grado y sueldo de Capitan General á Sir Arthur Wellesley ; del mismo modo que Portugal, Prusia, Austria y otras naciones lo hicieron despues

(2) “ Neither Cuesta nor the inhabitants of Talavera, although
 “ possessing ample means, would render the slightest aid, nor would
 “ they even assist to bury the dead.”—Napier, tomo 2, folio 410,
 línea 25.

“ JOZ Y SAN SEBASTIAN PADECIERON, POR
 “ LA GROSERIA CONDUCTA DE LOS DE TA-
 “ LAVERA (1). Como el movil principal de
 “ los españõles fué siempre el rencor personal;
 “ *de aquí* el que las mismas tropas que se ha-
 “ bian conducido tan mal en el combate y los
 “ vecinos de Talavera que habian participado
 “ de la simpatía y auxilio de los inglêses y á
 “ cuyo valor debian la existencia de su pueblo,
 “ despues de la batalla, no pensaron en mas que
 “ en quitar la vida á los francêses heridos que
 “ habia en el campo; habiéndolos contenido
 “ los soldados inglêses, haciendo fuego sobre
 “ los perpetradores de tan horrible maldad (2).”

Una narracion tan depresiva y en la cual se ha vertido todo el veneno de la mas negra detraccion sobre nosotros, me disculpará si al contestarla empleo un lenguaje decisivo apoyado sobre la verdad y la justicia, mas sin olvidar los deberes del decoro, aunque á caso prescinda de las trabas que pudieran imponerme el lugar en que escribo y lo aciago de mi posicion política.

¡ Trata el Sr. Napier á los españoles de in-

(1) “ This conduct left an indelible impression on the minds of the
 “ English soldiers. From that period to the end of the war, these
 “ contempt and dislike of the Spaniards were never effaced—and long
 “ afterwards, Badajoz and San Sebastian suffered for the churlish
 “ behaviour of the people of Talavera.”—Idem, folio 411, línea 12.

(2) Idem.

gratos y de poco consigüientes con los ingléses, mientras que el Ministro G. Canning, casi en los mismos dias en que pasaban en Talavera los disgustos que en el dia sirven de pretexto para injuriarnos, declaraba solemnemente que la conducta del Gobierno español fortalecia los vínculos de la confianza *entre ambas naciones: cuyos intereses eran inseparables y cuyos sentimientos estaban tan estrechamente unidos como sus intereses* (1). El Brigadier Sir R. Wilson aseguraba sin rebozo, “ que habia encontrado entre los españoles sin una excepcion durante su carrera militar, *buena fe, amistad, hospitalidad sin limites para él y sus tropas y cuantas cualidades podian excitar el interes de Europa en nuestro favor* (2).” Para apreciar la acusacion que se nos hace dice un sabio escritor francés (3), “ seria preciso poner en una columna la lista de los beneficios que los primeros han recibido de manos de sus aliados y en otra las pruebas del reconocimiento que les dieron los españoles. Seria preciso recordar lo que costó á los españoles la mansion de las tropas en su pais y los males que de ellas recibieron y que disimularon resignados, á pesar de su fiereza

(1) Véase el Documento núm. XXXII, tomo 2.

(2) Véase el Documento núm. XXXIII, tomo 2.

(3) Revue Encyclopédique.

“nativa.”—Y yo añadiré, que en la columna de nuestra buena correspondencia se debe anotar la relacion de los medios mercantiles y bursatiles que, á pesar de los apuros, pusimos á disposicion de los ingléses, y la de los destrozos causados por estos en Galicia, en el Campo de San Roque, en Madrid, en la costa de Valencia, en Badajoz, en Ciudad Rodrigo y en San Sebastian, tolerados con no vista resignacion por nosotros, por mas que afectáran poderosamente nuestra sensibilidad y pundonor.

En la historia de la época á que me refiero, tampoco se halla vestigio alguno de ingratitude ó de inconsecuencia de nuestra parte; aunque la conducta del Ministerio y de las tropas inglesas nos daba sobrados motivos para debilitar la amistad, haciéndonos reservados y dobles en nuestras relaciones con ellos.—Los políticos ingleses conocian, “*que por mas que las circunstancias ligáran á las dos naciones, no se podia contar con nuestra candorosa, franca y absoluta deferencia.*” Antes que se hubiesen apoderado del corazon del Gabinete británico los proyectos de su supremacia sobre España, que eran tan incompatibles con nuestro carácter como los de someternos á la Francia, el Editor del *Morning Chronicle* en junio de 1808, decia sin rebozo (1), “que ni era creible

(1) El dia 14 de junio de 1808.

“ que los españoles recibieran con facilidad las
 “ tropas inglesas en Cadiz, ni se podían lison-
 “ gear de que sucediera.—Tenemos, “ añadía,
 “ que darles *pruebas clásicas* de nuestra amis-
 “ tad, antes que se llegue á fraternizar con una
 “ nación, *cuya amistad hemos violado*.—No es
 “ posible conservar lo que les hemos quitado,
 “ si es que deseamos grangear la opinión de
 “ virtuosos.—Hay mucho que hacer antes que
 “ podamos lograrla con respecto á las demas
 “ naciones y mucho mas aun para *conquistar*
 “ *la confianza española*.”

¿ Y nos dieron *pruebas clásicas*, capaces de hacer olvidar los pasados agravios?—Si la noble índole española no hubiera sido superior á los estímulos de la suspicacia, desde los primeros dias del general levantamiento que abría al Gabinete inglés un campo inmenso de esperanzas para salir del aprieto en que se hallaba, le hubiéramos vendido muy cara nuestra alianza ó hubiéramos aumentado sus cuidados, poniéndole en necesidad de apartar las tormentas muy comunes en todas las alianzas. Pero demasiadamente honrados y sencillos, en el mayo de 1808 ofrecimos nuestra amistad á los ingleses; y fieles se la mantuvimos á pesar de los reveses de las desgracias y de la fluctuacion de su política; ofreciendo siempre una fisonomía tan clara y un pecho tan diáfano, cuanto claro y generoso es nuestro carácter.

En los primeros momentos del santo alzamiento, cuando la voz de la admiración robustecía en Inglaterra la opinión favorable á España haciendo mirar como un deber sagrado la cooperación á sus triunfos; en aquellos días de gloria y de entusiasmo, en los cuales los españoles eran el ídolo exclusivo de las adoraciones británicas y cuando se decía pública y solemnemente en Londres, “que una íntima
 “afinidad con el carácter español obligaba á los
 “ingléses á estimular á su Gobierno á que
 “obrara con sabiduría, la cual consistía en
 “llevar la generosidad hasta el extremo para
 “hacernos olvidar las antiguas injurias (1);”
 vimos caminar con tan frío detenimiento los auxilios, como que al cabo de dos meses se lamentaban los periódicos “de la tardanza
 “que descubria el Ministerio en esta parte;
 “*siendo lamentable*” decían, “*su inactividad; pasando en intrigas miserables el tiempo*
 “*mas precioso que jamas habia ofrecido la fortuna* (2);” y el Ministro Castlereagh, al comunicar al Lord Mayor de Londres el levantamiento de España, daba el nombre de *amotinados* á los pueblos y provincias que habian enarbolado los pendones de la fidelidad y del honor (3).

(1) Morning Chronicle 30 de mayo de 1808.

(2) Idem, 23 y 24 de julio de 1808.

(3) Idem, 30 de mayo de 1808.

Los españoles en aquellos momentos, advirtieron el empeño del Gabinete de San James, de introducir sus tropas en Cádiz. Idea concebida en mayo de 1808, que jamas abandonó; habiendo mantenido largas y acaloradas contestaciones con el Gobierno español en las circunstancias mas aflictivas. Los españoles extrañaron su conducta, cuando se trató de sacar de Mahon la escuadra que allí teníamos. Sufrieron saqueos, violencias, excesos reprensibles y los incendios que las tropas de Moore cometieron al hacer su retirada sobre la Coruña (1). Vieron, no sin sorpresa, la inclinacion del interes mercantil británico á proveer de artillería y armas á los habitantes de las Américas españolas. No dejaron de oír las voces que se esparcieron y que en Inglaterra suelen ser preliminares de providencias gubernativas, sobre que los buques francésés y los españoles surtos en Cádiz debian pasar á Inglaterra (2). Admiraron el encogimiento con que se dió libertad á los prisioneros españoles existentes en esta, pues que en un principio solo se concedió á 1,000 naturales de las provincias de Asturias y Galicia y finalmente los españoles sufrieron que se contestára con evasivas á sus demandas de subsidios, cuando con tanta gallardía se procedia

(1) Véase el Documento núm. II, tomo 2.

(2) Morning Chronicle, 17 de junio de 1808.

con otras naciones, de cuya amistad no sacaron los ingleses partido, quedando por mas de tres años *entregados*, como decia Canning, *á sus propios recursos; no mirando con ardiente interes nuestra causa*; y no atendiendo á nuestras quejas y reclamaciones (1). Ni dejaba de llamar su atencion el ver, que al mismo tiempo que en el año de 1809 se retiraba la *cooperacion británica*, se agitaba con calor la pretension de ocupar á Cádiz y se aparentaba abandonar al Portugal, se disponian costosas expediciones contra Italia y Holanda, y se hacian enormes sacrificios de dinero en Austria. Y todo, como asegura el Sr. Napier (2), porque era mas lisongero al Ministerio británico que los franceses fueran vencidos por un *Soberano* en Alemania, que por *una insurreccion popular en España*.

2.

¿ Conducta tan poco franca de parte del Gabinete británico, cuando nosotros procediamos del modo mas hidalgo llevando el corazon en las manos, y en los labios la sinceridad y la buena fé, relajó los lazos de nuestra amistad? ¿ Entibió la ardorosa decision con que nos habiamos unido á los ingleses? ¿ La Junta Central, en los dias verdaderamente terribles en

(1) Véase Documento núm. XXXIV, tomo 2.

(2) Napier, tomo 2, folio 3,

que las desgracias haciéndola abandonar la corte por no caer en manos del enemigo, la obligaron á buscar en las Andalucías un asilo y en las mas aflictivas aun, en las cuales favoreciendo la fortuna á los invasores, se vió lanzada de Sevilla, halló un apoyo eficaz y efectivo en la Gran Bretaña para sostenerse; ¿ Y sin embargo pensó en abandonarla? ¿ Dió oídos á los arrullos lisonjeros con que el intruso procuraba rendir su lealtad? ¿ Burló la palabra *de perecer sosteniendo la causa santa, antes que someterse al tirano ni apartarse de la alianza?* ¿ Pues en dónde está *la mala fé y la inconsecuencia?* ¿ En dónde la *traicion*, de que se nos acusa en el dia (1)? ¿ En dónde nuestra deslealtad? ¿ Un Gobierno que se conducia con tan noble honradez en los dias de mayor aprieto, y un Gobierno compuesto de individuos cuyas cualidades, cuyo rango y cuyas fortunas debian haber influido en hacerlos escuchar las proposiciones de los contrarios, di-

(1) En el *Mercurio de Liverpool* del mes de setiembre de 1829, he leído el siguiente párrafo, producto, sin duda de las imputaciones del Sr. Napier. “ La falta de viveres obligó á los ingleses á retirarse á Portugal, al paso que al entrar los franceses en Talavera rompieron los almacenes y los depósitos que se habian escondido á los españoles y á los ingleses. Una cantidad de duros, bastantes para cargar ocho mulas, se halló escondida debajo de unas ruedas rotas y de unos escombros, en el patio de un convento. *De esta manera vergonzosamente díscola, se condujeron los españoles en la defensa de su pais.*” ¿ De un modo tan irritante se corrompe la opinion y se procura malquistarnos con la nacion británica!

rijidas á conservarles sus dignidades y sus bienes que miraban perdidos; resistiéndose, como lo hicieron á transijir con el enemigo y mostrándose cada vez mas firmes en llevar á cabo sus empeños; podian ser *traidores á los aliados?* *¿podian revelar á los invasores sus planes,* como lo dice el Sr. Napier, cuando asegura, “que Reding se quejaba de que se habian descubierto sus planes al enemigo y que nunca habia podido tener noticias seguras. *Quejas,*” añade, “que Moore, Baird, Cradock, Murray y Wellington sobre todo, probaron haber sido comunes á toda España en la época de la guerra (1)?” *¿*Y cuándo, á quién y de qué modo revelaron los españoles á los enemigos los planes de Wellington? — *¿*Acaso mientras este ilustre personaje los arrojaba del Portugal? *¿*No le auxiliaron con la mayor eficacia en Galicia y Extremadura, en el trance de Talavera, en el de la Albuera, en el de Salamanca, en el sitio de Burgos, en Vitoria, en San Marcial y en Tolosa? — Es tan injustamente grosera la acusacion que se nos hace, cuanto miserables y sin fundamento las de la ingratitude y mala correspondencia con que nos denigra el nuevo historiador.

(1) Napier, tomo 2, folio 96, línea 1.

3.

No tanto la disparidad que mediaba en los genios de los dos Generales que mandaban las armas británicas y españolas el año de 1809, cuanto el giro de la política del Gabinete de San James, como lo tengo ya demostrado, fueron la causa originaria de las contestaciones desagradables que mediaron entre los Gobiernos de las dos naciones; las cuales despues de haber llenado de dolor á los hombres de buena fe, al cabo de veinte años vuelven á reproducirse en un tono violento, presentándolas como escudo para destrozar la buena opinion española y para arrebatarnos los últimos restos del respeto que hasta aquí han tributado todas las naciones á la consecuencia y firmeza de nuestro carácter.

He dicho en otro lugar, que á las ideas del Gabinete de San James se debe atribuir la retirada que el ejército inglés hizo de la Castilla en 1809 y no á *la mala fé de la Central, á la petulante locura de Cuesta, ni á la apatía de los extremeños*. De estos estaba altamente satisfecho Sir Arthur Wellesley, *por las finas atenciones que le habian dispensado y por el celo y laborioso cuidado con que le habian proporcionado las provisiones que sus tropas consumieran*, como se ve por la carta que dicho General dirigió á los Vocales de la Junta de aque-

lla provincia. Si es cierto que los ingleses cuando marcharon á reunirse á Cuesta sufrieron privaciones propias de las circunstancias del tiempo, tambien lo es, que “ D. Juan Esteban Lozano de Torres y el Coronel O’Lowlor, comisionados por el Gobierno español para facilitarles los recursos que necesitáran, hicieron cuanto estuvo á su alcance para lograrlo. Los habitantes se esmeraron en el buen trato y en las atenciones con las tropas, como lo confesó el General Arthur Wellesley, en cartas de 16 de julio al General O’Donoghire y á Frere (1) y como lo demuestra el nombramiento que la Junta de Badajoz hizo del Coronel inglés Mayne para Gobernador de Alcántara (2).”

Lejos de haberse despreciado las representaciones que Wellesley hizo al General y al Gobierno español en solicitud de víveres y de medios de conduccion de que carecia; documentos de fe irrecusable evidencian lo contrario. Noticioso Cuesta, cuya criminal apatía pondera Napier, de las escaseces que padecian los aliados especialmente de transportes para la conduccion de víveres, municiones y hospitales, dió cuenta al Gobierno. Este dispuso “ que cuatro Oficiales de caballería salieran sin

(1) *British Campaigns*, tomo 3, folios 388 y 390.

(2) *Idem* folio 269.

“ pérdida de tiempo de Sevilla autorizados
 “ para recoger por todas partes y para hacer
 “ pasar al ejército las dos terceras partes de
 “ todos los caballos y mulas que hubiera en
 “ todos los pueblos situados mas allá de Santa
 “ Olalla (1), cargados con cuanto trigo pudie-
 “ ran haber y fueran capaces de conducir y
 “ para embargar las dos terceras partes de
 “ cuantos carros hubiera desde aquel punto á
 “ Sevilla, poniéndolos á disposicion de los in-
 “ gléses (2).” Además, se previno á la Junta
 de Badajoz que instantáneamente diputára dos
 Vocales “ para que procedieran criminalmente
 “ contra cuantas personas hubieran tenido parte
 “ en las privaciones de los aliados y para que
 “ facilitáran á la Intendencia cuanto vino, car-
 “ ne, trigo, harina y otros víveres se necesitáran
 “ y les pidieran, así como los trasportes y ba-
 “ gages (3).” Repitiéronse en julio y agosto
 los clamores de los ingléses por víveres y au-
 xilios mezclados ya con las amenazas de reti-
 rarse y con la proposicion de medidas de natu-
 raleza bien irritante. La Central en su vista
 acordó providencias muy rigorosas, inclusa la de
 pena de la vida, contra el que impidiera el pron-
 to surtido de los aliados (4); las cuales des-

(1) Véase el Documento núm. XXXV, tomo 2,

(2) British Campaigns, tomo 3, folio 438.

(3) Idem, folio 433.

(4) Véase el Documento núm. XXXVII, tomo 2.

mienten la *mala fe* de que se la acusa. La batalla de Talavera se dió el dia 27 de julio de 1809, despues que los dos Generales, Wellesley y Cuesta se convinieron en el plan, — y despues que en aquel mismo dia el Gobierno español al rogar al primero que desistiera de la idea de retirarse le protestó que nada faltaria á sus tropas; “habiendo dado las órdenes mas perentorias y tomado las medidas mas fuertes al objeto, *llegando al extremo de mandar que antes faltará el alimento á los propios soldados que á los ingléses* (1).”

Accediendo la Central en 3 de agosto á lo que propuso el General británico, hizo partir á D. Lorenzo Calbo, uno de los que la componian, con el carácter de Comisario Regio, para que llevára á efecto todo lo acordado. Segun confesion del Ministro inglés, la Junta tomó cuantas providencias estuvieron á su alcance y podia apetecer el Gefe británico, para adquirir los víveres que le faltaban. El dia 11 de agosto llegó á Sevilla el Marqués de Wellesley Embajador del rey de la Gran Bretaña, y el dia 15 aseguró á su corte que entre las medidas conducentes para evitar las escaseces que padecia el ejército consideraba, como principal, la de *que se separára del mando á Cuesta*; y añadió, “*que la Cen-*

(2) Carta de Garay á Wellesley.

“ *tral estaba dispuesta á recibir una represen-*
 “ *tacion suya, en la cual le manifestára los*
 “ *defectos de este Caudillo y que si aquel no*
 “ *renunciaba antes, estaba resuelto á presentar*
 “ *un memorandum sacado del contenido de los*
 “ *despachos y de los oficios del General Sir*
 “ *Arthur Wellesley (1).” — Al dia siguiente*
 el mismo Sr. pidió á la Central 1,500 mulas y
 100 carros catalanes y valencianos que se ne-
 cesitaban para el movimiento del ejército in-
 glés; y aquella le repuso que estaban prontos y
 que se le proporcionaria cuanto necesitára. —
 En 19 de agosto, en cuyo dia el Embajador in-
 glés solicitaba en Sevilla que se exonerára del
 mando á Cuesta, acaecian pasages notables en
 el ejército que conviene recordar, porque debi-
 litan las acusaciones del Sr. Napier.

Contestando el General Eguia á Sir Arthur
 Wellesley sobre la indicacion que acababa de
 hacer, de que trataba de retirarse á Portugal
 por la escasez de víveres que sufría, le dijo
 que nada le faltaria y que para la seguridad
 del cumplimiento de la oferta nombrára él un
 comisario de su confianza, á quien se entrega-
 rian las llaves de los almacenes de Trujillo para
 que sacára de ellos lo que necesitára, á cuyo

(1) Carta del Marqués de Wellesley á Canning, 15 de agosto de
 1809.

efecto se daban todas las órdenes convenientes. Le añadió, *que si S. S. insistia en llevar á efecto la retirada, él quedaria convencido de que no la ocasionaba la falta de víveres sino otras causas* (1). D. Lorenzo Calbo de Rozas que se encontraba á la sazón en el ejército desempeñando el cargo que el mismo Wellesley habia propuesto, con todo el celo y enérgica entereza que le caracterizan, se dirigió á este Caudillo y con la franqueza noble que es su divisa y la fuerza que le daban la razón y el no poder ser desmentido, le aseguró *que á pesar de no haberse aquietado con las seguridades que él le daba de que nada le faltaria*, indicándole que estaba decidido á retirarse, le ofrecia entregar en el espacio de 15 dias víveres para dos meses. No bien terminó la conferencia, comenzó á realizar sus promesas haciéndole cuantiosos envios de víveres y de mulas. De carnes Wellesley mismo aseguró que tenia abundancia. Si V. E., le decia Calbo *se propone mudar de idea, estoy seguro de oír á V. E. decir que hago mas de lo que podia esperar; pero si V. E. insiste en retirarse, mas por razones políticas y militares que por falta de víveres, le vaticino sucesos terribles*. A esto repuso el Gefe británico, *que las escaseces eran las que le obligaban á ello; pues iguales ofertas que él, le hicieran otros co-*

(1) Cartas de Eguia y de Calbo á Wellesley, en *State Papers*.
TOMO 2.

misionados españoles aunque sin fruto. — Este ha sido el tono en sentir de Napier insultante, con que Cuesta, Eguia y Calbo tres buenos españoles, contestaron á los pretextos especiosos que se alegaban para dejarnos en completo abandono.

Los llamo especiosos, porque el Gobierno hacia cuanto estaba á su alcance para surtir á los ingleses, á fin de que no padecieran las privaciones que entonces se abultaron y hoy se exageran. La contestacion del Gobierno fué tan convincente para acreditar la falta de fundamento de las quejas, como propia para dejar traslucir el movil verdadero de las reclamaciones (1). Fuera de que, ningun tratado habia entre las dos naciones que marcára los términos con que debian ser socorridas las tropas. ¿Y por qué se queria y se quiere en el dia hacer á los españoles responsables de las privaciones que padecieron los ingleses, cuando nosotros no habiamos podido lograr de su Gobierno una explicacion franca de la clase de auxilios que por la alianza debia darnos; cuando la Extremadura no podia sufrir grandes exacciones, y cuando al fin el Ministerio inglés tenia muy escaso de caudales á su ejército, al mismo tiempo que le enviaba á sostener la causa de su propia nacion sobre el territorio español,

(1) Véase el Documento núm. XXXVII, tomo 2,

saqueado y empobrecido por la dura mano del enemigo común? Sir Arthur Wellesley decia al Marqués del mismo nombre en 8 de agosto, (época en la cual eran mas vivas las reclamaciones contra el Gobierno español, por la falta de víveres que aquel padecia), “ que Extrema-
 “ madura, *pais mal cultivado con proporcion*
 “ *á su extension estaba aniquilado. La manu-*
 “ *tencion de 60,000 hombres y 18,000 caballos*
 “ *que pesaba sobre él, pendia de sus suminis-*
 “ *tros y no podia darlos.*” — “ La escasez de
 “ dinero ” decia Lord Castelreagh á Wellesley,
 “ nos llena de ansiedad, y es preciso que V. S.
 “ se ponga de acuerdo con el Comisario Gene-
 “ ral sobre el modo de hacer fondos en la Pe-
 “ nínsula, librando sobre Inglaterra.” — De
 estas manifestaciones, que la fuerza irresistible
 del convencimiento arrancó á los que promo-
 vian las quejas se deduce, que no fué *la mala*
fé, la insensible apatía y la ingratitud españo-
la, sino la miseria, la que nos impidió facilitar
 todo lo que apetecian los aliados y lo que falta-
 ba á los españoles, á quienes en los dias de la
 accion escasearon las subsistencias (1); siendo
 por lo mismo calumnioso lo que hoy se propa-
 la, de que habia abundancia para nosotros y
 escaseces para los aliados.

Al fin se llevó á cima una de las partes, qui-

(1) Véase el Documento núm. XXXVII, tomo 2.

zás mas principales de la negociacion diplomática que se agitaba, disfrazada con las reclamaciones de interés quedando el dia 21 de agosto exonerado el viejo y benemérito General D. Gregorio de la Cuesta. Como no recayó el mando en quien se apetecia, no desapareció la discordia por no haberse apartado como inocentemente creian los Centrales, la causa de los disgustos. "A Sir Arthur Wellesley," decia el Marqués de este apellido, en carta á Canning de 15 de agosto, "le ha dado " el Gobierno español el grado y sueldo de " General que equivale á *Field Mariscal*, " *mas no comprende el mando efectivo del " ejército español.*" Palabras, que dichas en tan política confianza al Ministerio inglés, descubren el plan de este, el movil de la contienda y de muchas de las opiniones de Napier.

Al noticiar el Sr. Garay al Embajador inglés la retirada de Cuesta le indicó, que el Gobierno antes de nombrar sucesor, *deseaba saber si el ejército inglés continuaria cooperando ; porque habiéndose quitado el motivo de los disgustos habia llegado el caso de hacer un arreglo entre ambas naciones, evitando la retirada á Portugal.* El Ministro británico sin contestar á lo principal, al paso que propuso un plan para el suministro de las provisiones que la Central admitió, se quejó del General Eguia que interinamente mandaba el ejército. Por

manera que las cosas quedaron peor que antes, y Wellesley realizó su retirada volviéndose al Portugal. ¿Y quién pudiera evitarlo cuando era una medida calculada friamente? La Central, sin embargo acreditó tanta buena fe, cuanto artificio empleó el Ministerio inglés; sin que le hiciera mudar de rumbo la demasiado apurada situación en que nos ponía su resolución.

Creía la Central que retirado *Cuesta* se cortarían las desavenencias, así como se persuade todo hombre candoroso que zanjadas las dificultades que se alegan como pretextos de un disgusto, se restablecerán la paz y la armonía. Esto se persuadió el Gobierno español; mas los documentos fehacientes que el Ministerio inglés presentó al Parlamento ponen de manifiesto el verdadero agente de los acaecimientos á que nos referimos, muy ageno del que se le supone. ¿Y á qué fin atribuir el año de 1829 la retirada del ejército á la poca buena fe española y á la falta de víveres, cuando testimonios de fe irrecusables nos demuestran su origen? Las acusaciones que nos hace Napier me obligan á descubrir lo que debiera dejarse dormir en el silencio.

* * *

En las instrucciones que el Gabinete británico dió á Sir Arthur Wellesley en el abril de 1829, al confiarle el mando del ejército de la

Península le previno expresamente: primero, “que debia considerar la defensa del Portugal como el primero é inmediato objeto de su encargo: segundo, que regulára con su juicio cuando deberia avanzar sobre Castilla y el modo de conciliar sus esfuerzos con los de los españoles: tercero, que S. M. B. estaba decidido á enviar prontamente un ejército auxiliar á España para sostenerla, siempre que á las tropas inglesas se las dejára ocupar á Cádiz como punto seguro de retirada; mas que no habiéndose logrado, no podia con justicia emplear sus fuerzas en España, hasta que esta no desistiera de sus aprensiones. En consecuencia: cuarto, le añadió, que no debia hacer campaña alguna en España sin permiso especial, ni emplear las tropas en servicio alguno general en España.” — Poco despues se autorizó á Wellesley para que dilatára el radio de sus operaciones mas allá de las fronteras de Portugal, auxiliando á las de España, “siempre que su opinion fuera la de que convenia para el efectivo buen éxito de sus planes y que no se perjudicaba á la seguridad del Portugal (1).”

De la letra de este documento se deduce: primero, que el ejército de Sir Arthur Welles-

(1) British Campaings, tomo 3.

ley estaba encargado exclusivamente del Portugal: segundo, que sin especial autorizacion no podia emplearse en sostener á los ejércitos españoles: tercero, que no podia realizar otras operaciones combinadas con estos fuera de la raya del Portugal, que las que condujeran á la realizacion de sus planes limitados á la defensa y seguridad de este: cuarto, que á pesar de divulgarse en Londres que las tropas inglesas se encargaban de mantener la lucha de los españoles; de que tales eran los deseos de sus habitantes y de que el Gobierno habia ofrecido *unirse* á nosotros en la guerra lo evitaba negándose resueltamente á sostenernos, mientras no les hiciéramos dueños de la única plaza importante que nos quedaba. Pretension por mas que pareciera conforme á los dictámenes de la conveniencia militar, que debia mirarse con zozobra por el Gobierno español, á vista de otras de igual naturaleza que se habian otorgado á algun amigo con daño irreparable de España. Y pretension que la política, la razon y el estado de los negocios públicos y no como decian las instrucciones, las *aprensiones* ó lo que es igual el capricho, obligaban á resistir.

Ignorante el Gobierno español de este acuerdo del de Inglaterra ó disimulando, por descansar sobre la alianza ajustada para llevar á cabo la guerra, de acuerdo con el Ministro

inglés residente en Sevilla arregló el plan de las operaciones del ejército español en Extremadura, dirigidas á entretener á Victor, para que el General Wellesley pudiera conducir con seguridad su campaña de Portugal, como lo logró, llevando sus banderas victoriosas sobre las orillas del Tajo, mientras que las tropas españolas batiéndose con los enemigos en Galicia favorecían sus movimientos.

La triste retirada que Ney y Soult se vieron precisados á hacer del Norte de España, llegando á las Castillas con sus ejércitos desnudos y cansados obligó á Victor y á Sebastiani á replegarse. Siguió sus movimientos Cuesta, que puso su vanguardia en el Tajo el dia 24 de junio, avanzando Venegas hasta Villarta. Conociendo Wellesley que igual operacion por su parte, *podria convenir al buen éxito de sus planes, asegurando la independendencia de Portugal*, se decidió á auxiliar los esfuerzos de los españoles en Castilla, no tanto *por hacer un servicio general á España*, cuanto para afirmar la libertad de aquel, observando á los enemigos en su repliegue, é interponiendo un grande espacio entre ellos y el pais lusitano, único que merecia la predileccion de su Gobierno.

El dia 27 de junio emprendieron los ingleses la marcha por Extremadura, dejando las orillas del Tajo y caminando con direccion á Plasen-

cia. El 29 todo el ejército español atravesando el puente de Almaraz, puso sus avanzadas en las cercanías de Talavera. El 10 de julio se reunieron Wellesley y Cuesta y acordaron el plan de operaciones. Aunque desde el 20 caminaron los dos ejércitos al parecer con la mayor armonía, en el día 8 el Ministro inglés Frere indicó al General Wellesley desde Sevilla, “que si la Junta Central no podía dar á los ingleses una *seguridad completa contra la repetición de las desgracias, estaría obligada á prestarles las que nacieran de la elección de los Oficiales y de la distribución de las tropas.* Punto sobre el cual ofrecía hacer en su nombre cualesquiera reclamación que él le preparára en términos fuertes.” Conducta agena de las circunstancias, nada generosa y que no podía producir ventajosos resultados al gabinete que la apoyaba. — Porque si en los arcanos de su política había resuelto ya decisivamente *no emplear sus fuerzas en España,* mientras que esta no le entregára á Cádiz: ¿á qué las nuevas condiciones, sino para aumentar las dificultades y ofrecer pretextos para no hacer efectiva la protección que se aseguraba dispensar á nuestra causa, fundando las disculpas sobre nuestra terquedad y atacando nuestra opinión con mengua del pundonor nacional?

El día 22 seguían las tropas de las dos nacio-

nes su camino hácia Talavera, en donde se reunieron los franceses. Habiendo estos atacado la vanguardia española mandada por el bizarro Zayas, fueron arrollados con valor y perseguidos hasta el Alberche, adonde llegó todo el ejército británico (1). Los Generales Wellesley y Cuesta hicieron el 23 el reconocimiento del campo enemigo y resolvieron atacarle en el inmediato 24. Al romper el alba se retiraron los franceses, — siguiendo su alcance los españoles (2). En este día el General británico hizo presente á su Gobierno “ que “ habia manifestado á Cuesta, *que con la retirada que del Alberche acababan de hacer los “ franceses, consideraba cumplidos los empeños “ que habia contraído al emprender la marcha: “ — aseguró que estaba decidido á llevar á “ efecto su resolucion de no comprometerse en “ nuevos lances, volviéndose al Portugal: — “ convino en que debieran haberse estipulado “ los auxilios que se le hubieran de prestar “ antes de haberse comprometido en operacio- “ nes con los españoles, — y concluyó con que “ no podia empeñarse en estas, sino en cuanto “ tuvieran relacion con la defensa del Portu- “ gal, y que si recibia pronto socorros de vi- “ veres como esperaba de la Andalucía y la*

(1) British Campaigns, tomo 3, folio 397.

(2) Idem, folio 410.

“ Mancha, volveria á emprender con actividad
 “ las que en aquel momento se veia precisado
 “ á abandonar.” Al fin los francéses nos carga-
 ron y en los dias desde 25 al 27, nosotros sostu-
 vimos el choque en repetidos encuentros. El 28
 se libró la célebre batalla de Talavera, en la
 cual los ingléses se cubrieron de gloria por su
 bravura, peleando unidamente con los españo-
 les, que por su parte nada dejaron que desear.

Digo que las tropas españolas se condujeron
 con honor en esta batalla, porque así aparece
 del parte del General Wellesley, y porque se
 deduce claramente de las expresiones del mis-
 mo Napier. Este asegura, “ que la division de
 “ Campbell auxiliada por la brigada de Mac-
 “ kenzie y *dos batallones españoles*, resistió los
 “ grandes esfuerzos de los francéses (1); —
 “ *que un regimiento español de caballería que*
 “ *cargó por el flanco, hizo retirarse á los fran-*
 “ *céses y decidió la victoria en aquel punto.*”
 Hablando del choque con Villatte “ solo es-
 “ caparon,” añade, “ los que no fueron muer-
 “ tos ó heridos *por las tropas de Bassecourt*
 “ *con pérdida de 207 hombres y oficiales ene-*
 “ *migos, mitad del número de los que entraron*
 “ *en accion* (2). Los españoles,” prosigue, “tu-
 “ vieron 1,200 muertos y heridos (3).” — ¡ Y

(1) Napier, tomo 2, folio 403, línea 15.

(2) Idem, folio 406, línea 14.

(3) Idem folio 410, línea 33.

esto es haberse conducido mal en el combate, como sin atención á lo referido dice el historiador? — “*El General en Gefe español, sus Oficiales y sus tropas,*” añadía el ínclito Wellington “*se prestaron á asistirnos, y los que de ellos entraron en acción llenaron sus deberes.*”

Sería preciso negarse á la evidencia, para no descubrir en la fluctuacion de las opiniones del ilustre Wellesley, que al verse comprometido en trances sangrientos y decisivos con los franceses, á una distancia quizás mas larga de Portugal que *la que el buen juicio* le señalaba para *un pais de asamblea de sus operaciones*, temió la responsabilidad que pudiera exigírsele. En el apuro á la verdad sensible para un General valiente, trató de ponerse á cubierto de las imputaciones que se le hicieran por la sangre británica que se derramára. Para ello, procuró salir del teatro de sus compromisos políticos, buscando pretextos plausibles que dejando bien puesto el honor de sus armas no menoscaban su bien adquirida opinion como soldado.—*La falta de viveres y la divergencia en los dictámenes del General español* le ofrecieron el apoyo que apetecía para volverse al punto en que se consideraba libre de disgustos con su gobierno.

Por otra parte, el General Wellesley al ponerse en movimiento sobre Castilla, no habia

estipulado como él mismo lo confesó, la clase de auxilios que se le debían dar. El Gobierno inglés no se los prestaba con la abundancia que requería la campaña, á pesar de constarle la estrechez de recursos en que se hallaba. Todas estas consideraciones unidas á la letra de las *órdenes* que le obligaban á *no emprender campaña alguna en Castilla sin expresa orden del Gobierno inglés*, debían llenar al General Wellesley de ansiedades. Por ello resolvió retrogradar al Portugal, aprovechándose de la retirada que el día 24 hicieron los franceses, del Alberche. Y la llevó á efecto, sin que los esfuerzos de la Central y la largueza con que las autoridades procuraban facilitarle los auxilios que echaba de menos y cuya falta alegaba como movil de su retirada, fueran poderosos para doblar su decision.

El día 24 de julio se dijo que los ingleses no podían seguir á los franceses por falta de transportes, cuando lo hacían los españoles que nunca los tuvieron abundantes. — ¿Y el General británico en el día mismo en que unido al español hizo el reconocimiento del campo, y aun antes de entrar en la lid manifestó á su Gobierno *que se hallaba resuelto á retirarse; dando por motivo la falta de recursos que sufría, al mismo tiempo que manifestaba sus esperanzas de obtenerlos prontamente de manos de los españoles.* — ¿Qué pruebas mas claras de

que preveyendo el General inglés la sangre que se iba á derramar *en una accion campal*, en que segun sus instrucciones no debia entrar, á no pender de ella la seguridad del Portugal; y receloso de que la mala fe y la cavilosidad pudieran en su pais nativo sostener que aquella no peligraba, hizo un sacrificio amargo de su bravura á la obediencia al Gobierno? Cediendo á las disposiciones misteriosas de este se alejó; pero cubriendo el movil de la resolucion con causales que dejáran salva su justa reputacion militar sin comprometer la del Ministerio que le mandaba.

De aquí nació la inexplicable firmeza con que Wellesley mantuvo su decision de retirarse; de aquí la nulidad de cuantas medidas y providencias acordó el Gobierno Central para complacerle, y de aquí el desvanecerse como el humo las esperanzas de un acomodamiento entre el gabinete inglés y el español en los momentos en que parecian haberse allanado las dificultades. — Todo era infructuoso porque los acopios de víveres y las complacencias, por mas que apartáran las causas ostensibles del debate, no debilitaban la fuerza de las órdenes terminantes con que se hallaba el General británico, ni le disculpaban si se comprometia en acciones campales con nosotros, á quienes parece que el Gabinete de San James habia resuelto *abandonar á nuestros recursos*, mientras no le sirvié-

ramos con concesiones que no se avenían con nuestro carácter.

Si el apoyo que merecieron á Cuesta las reclamaciones del ejército inglés; si la franca generosidad con que Eguía puso á su disposición cuanto tuvo á su mano; si la indisputable actividad y celo con que Calbo facilitó los auxilios que se solicitaban; si las cortesanas atenciones y las dóciles condescendencias del Gobierno español no pudieron recavar del General Wellesley que continuára unido á nosotros en la lucha, y si esta conducta nos hizo sufrir despues de la batalla de Talavera el sangriento encuentro de Almonacid sin auxilio alguno y sin querer los ingleses hacer frente á Soult realizando el *abandono proyectado*; el comportamiento amistoso, conciliador y demasiado atento de la Central con el Embajador, no le dió tampoco resultados mas felices que los que habia sacado de las transacciones con el General inglés.

*

*

*

El agente diplomático de la Gran Bretaña, aunque en sus relaciones con el Gobierno atribuía el origen de los disgustos y la causa de la separacion de su ejército á *las escaseces* y al *genio duro de Cuesta*; conducía secretamente la verdadera trama de la negociacion.

En tanto que noblemente incauta la Central se agitaba por hacer cesar las penurias y las disputas, lisongeándose de allanar con ello el camino para el logro de la cooperacion de los aliados ; el Embajador presentando nuevas quejas, alegando estudiados efugios y empleando frias evasivas, burlaba las esperanzas españolas, volviendo á comprometernos en un círculo insondeable de dudas y de ansiedades, imposibles de superar, porque no nos era dado conocer su verdadera raiz. — Haciendo el Gobierno español cuanto pendia de su autoridad; sacrificando al sosten de los ingléses los recursos que quedaban en el pais; decretando privaciones y condenando á la miseria á los propios soldados, con tal de que *no las padecieran los amigos* ; castigando con rigor la morosidad y la apatía de los Alcaldes, y fundando sobre el retiro de un General anciano y respetable un obsequio á la amistad ; lejos de obtener que el ejército inglés continuára operando ; que se ajustára un convenio formal ó que se le dijera el modo con que se debia entender *la union* de las dos naciones, santificada y estipulada en el tratado de la Alianza ; no obtuvo mas que una respuesta del Embajador, que por la viveza y seguridad con que estaba escrita, se avenia muy mal con los respetos que se merecia un Gobierno independiente y con los senti-

mientos delicadamente pundonorosos de los españoles (1). De suerte, que de tantos pasos y de tantas conferencias solo sacamos una *oscura incertidumbre*, mezclada con acusaciones poco justas, y que al fin el Embajador declaró, “*que en consecuencia de haber sido nulos todos los medios adoptados para surtir de víveres y de carros al ejército inglés, el General con entero conocimiento suyo se retiraba á Portugal.*”

Pero á aquel personage no le era dado tampoco conducirse de otro modo. Dueño del misterio y fiel observador de las resoluciones de su Gabinete, no podia desentenderse de ellas, decidiendo á gusto nuestro la cuestion. En tal conflicto, jugando con diestra maestría las armas del oficio entretuvo nuestras esperanzas, y al dar el golpe preparado anticipadamente por su Gobierno, dejó caer con astucia sobre nosotros la *responsabilidad* de una resolucion, que á no haberse cubierto con motivos al parecer robustos, habria llenado de escándalo al público británico.— Por, ello al noticiar á nuestro Gobierno *la retirada de las tropas de su nacion*, se valió el Embajador de expresiones que descubrian el convencimiento, de que el suceso era hijo de la fatal indocilidad española. “*Deseo,*” decia, “*que la sabiduría de la Junta medite el plan que se deba*

(1) Véase Documento núm. XXXVIII, tomo 2.

“ seguir para evitar en lo sucesivo los inconvenientes que hasta aquí han impedido las operaciones del ejército inglés, durante esta campaña.”

Los inocentes españoles midiendo á los demas por sí mismos, solo vieron en esta cláusula la manifestacion sencilla de unos deseos justos, dirigidos á que en lo sucesivo se aseguráran con anticipacion víveres y trasportes á las tropas inglesas, si habian de comprometerse en la lucha. Los hombres de buena fé, que regulaban la política del Ministerio británico por los sentimientos generosos del pueblo inglés, persuadidos de que el *plan* á que se aludia no pasaba de aquellos estrechos límites, tal vez acusaron á la Central por no haberle formado con anterioridad á la época de las contestaciones. Todo contribuyó á relajar los lazos de la obediencia á la suprema autoridad española. ¡ Ojalá que no hubiese tenido parte en la disolucion de esta y en las terribles escenas que se representaron al terminar los Centrales su carrera! — Pero el *plan* que el Ministerio inglés capciosamente aparentaba desear que *la sabiduría de la Junta adoptára*, era el que él habia formado desde el mayo de 1808; el que habia guardado en su pecho durante nuestros primeros triunfos; y el que por creerle asequible, cuando nos vió envueltos en los reveses del año de 1809, formó el alma de las fatales desavenencias que prece-

dieron á la retirada del ejército inglés desde Talavera á Portugal.

* * *

No echemos en olvido, que segun las instrucciones dadas á Wellesley, *mientras que no se dejára á los ingleses ocupar á Cádiz, los españoles no debian esperar que se empleáran en sostenerlos*. Es decir, que á no cumplirse aquel extremo, *no debian unirse las armas británicas á las españolas contra el enemigo comun en el territorio que yacia tras el Tajo. . . .* “La “retirada de Moore,” en opinion del Embajador Wellesley, “*habia privado á España de todo derecho para exigir una particular asistencia de Inglaterra,*” á pesar de que esta se hallaba ofrecida por un tratado solemne ajustado con fecha posterior á aquel suceso. En los dias mismos en que Cuesta y el General británico se combinaban para seguir al enemigo en su retirada, asegurando con ella la recién conquistada libertad de Portugal; el Secretario de Estado Canning al señalar la línea de política que el Embajador debia guardar con el Gobierno de España, le decia: “que Inglaterra no aventuraria otro ejército en España, á no preceder un convenio sobre ello y sobre la admision de las tropas británicas en Cádiz.” — Durante la marcha de los españoles é ingleses á Talavera, el mismo Ministro encargó á aquel personage “*que sin excitar esr*

“ranzas de algun refuerzo de parte de Ingla-
 “terra, averiguára bajo de que pie se recibiria
 “un ejército inglés en el interior de España
 “y si habria disposicion de fiar el mando de
 “las tropas de esta al Comandante General de
 “las británicas.” Pendientes las contestacio-
 nes entre los dos Gabinetes español é inglés,
 el de San James cada vez mas empeñado en
 sus ideas añadia, “que en el caso de que el
 “mando del ejército español no recayera en el
 “General británico, este no debia someterse
 “al de aquel; porque siéndolo ya de la fuerza
 “portuguesa, no podia estar á las órdenes de
 “otro; — y que fueran las que se quisiera las
 “esperanzas sobre el feliz resultado de la con-
 “tienda española, al considerar la fuerza que
 “iba á caer sobre la Península *y los ejemplos*
 “*de traicion que habian marcado los pasados*
 “*periodos de la lucha*, se debia evitar que una
 “fortaleza de tanta importancia y que encer-
 “raba intereses tan vitales como Cádiz, se pu-
 “siera en el caso de sufrir la suerte de la guer-
 “ra ó las intrigas de los disidentes.”

En los momentos en que la Central, apuran-
 do todos los medios que estaban á su alcance
 para complacer á los ingleses, ponía á disposi-
 cion absoluta del General Wellesley un cuerpo
 de 12,000 españoles para que los mandára, ofre-
 ciendo hacer pasar á la Mancha el resto del
 ejército que operaba en Extremadura; el Em-

bajador al noticiarlo á su corte, “la aconsejó
 “que no pasára por la propuesta, *respecto á*
 “*que esta se dirigia á renovar la idea de la co-*
 “*operacion de las tropas británicas con las es-*
 “*pañolas ; cosa,*” añadía, “*que no era oportu-*
 “*na.*” Finalmente al noticiar el mismo Mi-
 nistro á su Gobierno la retirada de las tropas,
 encareciendo el acierto de la resolucion por
 las razones que tuvo á bien alegar, concluyó,
 “*con que ningun ejército inglés deberia coope-*
 “*rar con el de España, hasta que no se hicie-*
 “*ran arreglos para la seguridad de aquel; sien-*
 “*do preciso en su caso, que el General inglés*
 “*mandára las tropas españolas y que los in-*
 “*glésés guarnecieran á Cádiz.*”

Estos hechos despojados del misterio en que hasta ahora han estado envueltos para nosotros, nos enseñan : primero, que á pesar de las ofertas que se nos habian hecho, el Ministerio inglés estaba *inexorable* en no permitir *que las tropas inglesas nos auxiliáran directamente en la contienda, mientras que un General inglés no mandára las nuestras y no se pusiera á Cádiz en manos suyas.* Segundo, que las contestaciones suscitadas en Talavera fueron los pretextos de que el Ministerio británico se valió para llevar á efecto sus ideas. Tercero, que no tanto *la falta de recursos* cuanto el temor de una responsabilidad y las insinuaciones de su Gobierno fueron las causas impulsivas de la resolu-

cion del General Wellesley, habiendo las decisiones del Gabinete influido en la conducta equívoca del Embajador. Cuarto, que lejos de temer este agente inglés que su conducta produjera malos resultados, se lisongeó del logro de sus ideas. Las concesiones que hacia la Central, la ansiedad con que deseaba conocer los términos de la alianza y hasta el horror con que miraba la retirada de los ingleses, llegaron á persuadir al Gabinete de San James, *que el riesgo y la desesperacion vencerian la resistencia del Gobierno español, y que al fin conseguiria humillar la llamada fiereza castellana, trayéndola de la melena al punto adonde la mano británica queria conducirla.* “ Mi “ ánimo,” decia el Embajador á Canning en carta de 15 de setiembre “ ha sido, *dejar abierto el campo á ulteriores negociaciones para “ decidir las cuestiones relativas al mando de “ las tropas, á la guarnicion de Cádiz y á la “ cooperacion del ejército inglés. — Aunque “ la retirada de este ha alterado el tenor de la “ alianza no dejo de esperar,*” añadia (1), “ *que se sacarán al fin ventajas de una desgracia á primera vista melancólica. Debemos “ esperar, que la atencion de los españoles se “ fije en la grande obra de hacer á España ca- “ paz de la cooperacion.*”

(1) Carta de 2 de setiembre de 1809.

* * *

A vista de esta breve pero fiel narracion de lo ocurrido cuando *la retirada del ejército inglés al Portugal* nos dejó en horfandad; no cabe duda en que el Gobierno español, los Generales de esta nacion y las autoridades subalternas han dado pruebas demasiado decisivas de su buena fe y de la amistosa y cordial aficion que profesaban á los ingleses. Porque á la verdad, ¿qué pidieron estos, desde su salida de Portugal hasta su llegada á Talavera, que se les hubiese negado ó contradicho? ¿La Central no ejecutó cuanto estuvo en la esfera de su poder para complacerlos? ¿En dónde, sino en la acalorada imaginacion de los que como Napier vieron á su modo los sucesos, se encuentra *la malevolencia española*? ¿En dónde *las calumnias y los insultos al General británico*? ¿Y el Ministerio inglés correspondió con cordial sinceridad á la franqueza y buena fe española? — ¿Con sus reticencias, con sus encubiertas negativas y con el juego de pretensiones que empleó para cansarnos y que apenas se anunciaban unas cuando, otorgadas por nosotros, daban lugar á otras y otras, no se provocaba nuestra entereza? ¿No se nos ponía en el aprieto de darle un desengaño costoso y tan terrible como fatal? ¿Y se lo dimos? ¿Y vió la Inglaterra en nosotros algo que pudiera

hacerla dudar de la sinceridad de nuestra alianza?

¿Y los ingleses tuvieron tanta abundancia en el Portugal, mientras se ocuparon de conquistar su libertad, que las penurias de Extremadura los alarmáran hasta el extremo que aparentaban en sus reclamaciones? Las quejas repetidas por falta de víveres, de dinero y de otros artículos, que Wellesley dió á su Gobierno, y las cortas remesas que recibió de su mano, nos dicen que las tropas inglesas padecían miserias en un reino, en donde desde los días primeros de la guerra fueron claros, cuantiosos y bien señalados los auxilios que le prestó la Gran Bretaña. A pesar de todo, ¿se quejaron los ingleses? ¿Se condujeron con los portugués con la envenenada acrimonia que con nosotros? ¿Les echaron en cara sus incomodidades, atribuyéndolas á un movíl ruin? — ¿Amenazaron abandonarlos? — No lo hicieron: sufrieron resignados las escaseces y estuvieron siempre dispuestos á servirlos. El Gobierno inglés habia conseguido en Portugal lo que en las sublimes combinaciones de su política trataba de llevar al cabo hasta el Pirineo. La presta facilidad con que lo habia obtenido en aquella parte de la Península, acaso acaloró sus deseos, y el verlos contrariados por la energía castellana le enconó contra nosotros,

y protegió las acusaciones sensibles que se nos hicieron; las cuales habiéndonos llenado de incomodidad cuando se pronunciaron, se repiten en el día sin provecho de los que las renuevan.

Las privaciones que los ingleses padecieron el año de 1809 en España, fueron efecto de las circunstancias tristes en que esta se hallaba, y no como dice Napier, de la ingratitude á los *servicios que aquellos nos hicieron*, correspondidos por Cuesta y por los españoles con una fria indiferencia. No nos alucinemos ni pretendamos alucinar á los que nos leyeren: las tropas británicas no tomaron parte en la sangrienta batalla de Talavera *por hacer el servicio de España y salvar la existencia de su Gobierno*, sino porque un compromiso de honor les obligó á ello. Resuelto el General inglés á retirarse, se vió atacado por los franceses. El denuedo y el noble espíritu que le distinguen le hicieron entrar en el combate. El ejército de su mando se portó con el valor mas grande y con la bravura mas insigne. El General español Cuesta con una sincera y leal efusion llenó de elogios á las tropas británicas; rindió el homenaje de su admiracion á la consumada pericia de su ínclito Caudillo Wellesley, y le manifestó su profunda gratitud por el entusiasmo con que se condujera en favor de la causa de la lealtad y del honor.

* * *

¿Y cuándo y de qué manera *la Junta Central* debió, como hoy se dice, *su existencia á la sabiduría y al valor del esclarecido General Wellesley*?—Aquella debió su nacimiento á la madura sensatez española y á la singular victoria de Bailen.—Cuando las primeras desgracias la obligaron á abandonar á Madrid, se salvó en Sevilla por los auxilios exclusivos de los españoles.—El denodado Wellesley se presentó por la vez primera en España despues de los triunfos de Andalucía, Zaragoza, Cataluña y Valencia, y volvió á aparecer en el teatro de la guerra peninsular, meses despues que la Central se hallaba mandando tranquilamente en Sevilla.

Dícese que *Cuesta* negó los socorros que le pedían los ingleses y que abandonó los heridos á un enemigo, á quien sus paisanos pintaban como el mas feroz del mundo.—Terrible acusacion, que á descansar sobre cimientos seguros, bastaria para desacreditar al General español; para derramar una negra mancha sobre nosotros y para concitar el odio vengativo de los británicos. Pero séanse los que se quieran los motivos que el Sr. Napier tuviere para asegurarlo con tan decisiva firmeza, me consta sin poderlo dudar, que noticiosa la Central del caso por queja del Embajador inglés, le tomó en consideracion haciendo las mas prolijas averiguaciones

para asegurarse de la verdad de lo ocurrido. De las diligencias resultó de un modo auténtico, “no ser cierto haber quedado “4,000 heridos ingleses en Talavera: que de “3,000 que tuvieron estos, los mas fueron trasladados á Oropesa por orden de su General “con los auxilios que el español les prestó con “preferencia á los heridos españoles. Que se “descargaron algunos carros de provisiones y “un número crecido de acémilas para su conducción: que el Comisario inglés quedó satisfecho de todo y dió á Cuesta las gracias por sus esfuerzos: que el dia en que salió todo el ejército de Talavera quedaba cerrado el hospital sin haber en él un solo herido: que Wellesley no creia lo que se habia dicho, y que desde Oropesa se continuaron retirando los enfermos al puente del Arzobispo, en las acémilas que los españoles facilitaron á los encargados de su remocion (1).

Tan desprovista de apoyo como esta imputacion, considero la sangrienta que nos hace Napier, cuando asegura que las tropas y los vecinos de Talavera se entretuvieron despues de la batalla, en asesinar y trucidar á los heridos franceses que quedaron en el campo.— Cuando el atribuir un delito en masa á todo un ejército y á los habitantes de una poblacion, no

(1) Véase el Documento núm. XXXIX tomo 2.

llevára consigo las señales de una exageracion infundada, bastaria para resistirse á creer lo que se dice, el no haberse oido hablar nunca de un atentado tan horrible ; el no haber sido conocido de los que estuvieron en la batalla y el desmentirle personas de alto carácter que se hallaron en la acion aquel dia. Estoy bien seguro de que cuando los nobles talaveranos sepan el modo atroz con que se vulneran su opinion y sus respetos, acreditarán documentalmente la pureza de su conducta. El crimen á que se alude perjudica á su bien merecida fama, lastimando violentamente la de toda la nacion, y esto bastará para empeñarlos en su defensa. Yo la hubiera tomado á mi cargo, si me hallára con documentos en que fundarla ; pero careciendo de ellos, me limito á desear que se suspenda el juicio en esta parte, hasta que puedan oirse las respuestas de los acusados.

* * *

Tan profunda fue, en sentir del Sr. Napier, la impresion que en el corazon de los ingleses hicieron “ *la ingratitud y la mala correspondencia española en Talavera*, que desde esta batalla hasta el fin de la guerra, *mantuvieron una constante aversion y desprecio á los españoles por el mal porte tenido con ellos en aquel punto;*—“ *y poco despues,*” añade, “ *Badajoz y San Sebastian padecie-*

“ron en desquite de la grosera conducta de los habitantes de aquella.”—¡Aborrecidos los españoles y despreciados de los ingleses, porque los pacíficos habitantes de una pequeña villa dejaron de facilitarles los víveres y los recursos de que necesitaban en los momentos de un combate!—¡Jurar los ingleses por una *grosería* ó falta de urbanidad, el desprecio y el odio á todos los españoles en desagravio de unas privaciones, que eran desgraciadamente comunes á los despreciados y á los aborrecidos!—Si esto fuera exacto, poco honor haria á los ofendidos.

¿Y tamaño se supone haber sido su resentimiento, que no pudo aplacarse sino á costa de una venganza ruidosa, mas propia de los siglos bárbaros, que de los de la civilizacion que alcanzamos? ¿Y todo *por la conducta grosera de un pueblo?* ¿Es decir por no haber sido Talavera *cortés, atenta, mirada y obsequiosa con los ingleses* en el trance de una batalla, y cuando el pueblo era teatro de incomodidades, de sustos y de escaseces, causadas por el tránsito de las tropas propias y extrañas, amigas y enemigas? ¿Y por esto al cabo de cuatro años, se abismó en el luto y en la miseria á dos ciudades capitales, que yacen á muchas leguas de distancia del lugar dó se cometió la supuesta grosería? ¿Y un ilustrado militar británico confia tamañas extra-

vagancias del furor insano, á la historia que debe ser la escuela de la moral y del buen juicio? ¿Y los españoles consentiremos una relacion tan dañosa á nuestro honor, sin contestarla con la exposicion verdadera de lo ocurrido por mas que llene de espanto á los hombres sensibles?

Si Napier se hubiera referido á algunas de las causales, que en el año de 1813 se alegaron para disminuir la enormidad de los crímenes cometidos en San Sebastian, quizá las hubiéramos dejado pasar sin censura; pero querer justificar las atrocidades, dándoles el nombre de *represalias por lo que los ingléses habian padecido en Talavera*, vulnera los respetos que se merecen la verdad y el pundonor español, para permitir que corra sin freno tan atroz insulto. “*Badajoz y San Sebastian,*” se “dice, *andando el tiempo, padecieron por la grosera conducta de Talavera.*”—Dado caso que las privaciones sufridas por los ingléses en esta villa tuvieran el origen que Napier les atribuye, cosa que estoy muy lejos de confesarlo; ¿qué parte tuvieron en ellas los vecinos de Badajoz, para sufrir los terribles daños que recibieron de los ingléses (1)? ¿Qué parte habian

(1) Como muestra de los atentados cometidos en Badajoz, copiaré el siguiente artículo, que acaba de insertarse en la Gaceta de Dublin. “Nunca olvidaremos.” dice, “una anécdota que ocurrió en la

tenido los de Ciudad Rodrigo, en cuyo pueblo se perpetraron crímenes tan espantosos “ que cada barrio,” según Londonderry, “ fué teatro ominoso de saqueos y de confusión, ardiendo las casas; robándose las iglesias; corriendo el vino por las bodegas; no habiendo clase de delito que no cometieran los soldados; hasta que hartos de lujuria y llenos de vino se entregaron al sueño?”

El historiador no se detiene en consignar en su historia escrita el año de 1829, que *San Sebastian padeció en desquite de la grosera con-*

toma de Badajoz por los ingleses, según nos la ha referido un oficial antiguo, que en el día es General.—Al hablar como lo puede hacer un Oficial viejo, testigo de vista de los horribles males que sufrieron las tropas de resultas de la pequeñez de las escalas de que se valieron para saltar los muros de Badajoz, habiendo arrojado el enemigo á los fosos á los que acometieron, en donde fueron sofocados por la inmundicia, porque por ellos corren las aguas sucias de la ciudad, decía, que cuando al fin consiguieron entrar en ella, en despique de la posición ventajosa y de la resistencia vigorosa que se les hizo, fué preciso abandonar el pueblo al furor de los soldados por algunas horas.

Al doblar el Oficial que esto dice, la esquina de una calle marchando á su alojamiento, encontró una Señorita española de clase alta la cual iba dando voces, huyendo á todo correr de una partida de soldados ingleses. Al reconocer el grado militar del Oficial por su uniforme y divisas, le pidió que la protegiera. En consecuencia, mandó este á los soldados que desistieran de su idea y sacó la espada para hacerse obedecer; mas ellos le encararon los fusiles y le pidieron la Señorita como propiedad suya, amenazándole que sino se marchaba le harían fuego. En su virtud se vió precisado á abandonar á aquella desgraciada á la violencia brutal de los soldados.” (*The Examiner*, núm. 1146 de 17 de enero de 1830, p. 71, artículo—*British Soldiers in Spain*).

ducta de Talavera; porque creerá acaso que el tiempo haya hecho olvidar lo allí acaecido; ó que no ha de haber decision para referirlo, y documentos en que apoyarlo. Pero por fortuna tengo á la mano datos seguros é incontestables, que descubren la enormidad del suceso. Conserve en mi memoria recuerdos, que ni los años, ni las vicisitudes de mi fortuna me han hecho olvidar; y sobre todo, bullen en mi pecho los deseos ardientes de contrarestar los tiros de la maledicencia lanzados contra el honor de España, vilipendiada con la horrible pintura que se hace de nuestros militares y de los habitantes de Talavera y contra las atenciones á que es acreedora una ciudad tan célebre como la de San Sebastian, la cual si ha tolerado resignada el infortunio, no debe sufrir que se conviertan en burlas sus agravios, ni que sus virtudes sirvan para alimentar una rivalidad desacatada.

Aunque fuera tan sublimemente delicado el pundonor de los ingléses que una *grosería ó falta de atencion* cometida por un pueblo subalterno, hubiera sido bastante para provocar de su parte un despique vengativo; la ruidosa y solemne satisfaccion que á los que se dicen agraviados, les dieron despues del suceso de Talavera en la persona de su Caudillo, los que ellos mismos miraban como órganos de la opinion de España debiera haber mitigado su rencor. En

los dias en que esto se escribe, los ingleses recuerdan con vanidad, la memoria del acaecimiento á que me refiero. Hablo del recibimiento de Wellington en Cádiz, posterior á los sucesos de Talavera, y de la urbanidad y entusiasmo con que le trató el *Congreso*, bastante para hacer olvidar hasta las impresiones de los crímenes, cuanto mas los melindrosos resentimientos de una *descortesía*.

“ Llegó el gran dia,” dice uno de los periódicos mas acreditados de Londres (1), “ en “ que el gran Wellington se presentó al Con- “ greso de la nacion española, reunido en Cá- “ diz, y que le habia dado el mando del ejér- “ cito, sin voto en contrario. — Los destinos “ ulteriores de la España *se pusieron en manos “ de un extranjero*, que en dicho dia se pre- “ sentó á aceptar el importante cargo que le “ conferian los apoderados del pueblo español “ de ambos mundos.

“ Al anunciarse que Wellington estaba en la “ antesala del Congreso, una exaltada y gene- “ ral ansiedad ocupó á todos sus individuos. “ Todos los ojos se fijaron en la puerta. Al fin “ abierta esta, el héroe se acercó á la mesa del “ despacho vestido con el uniforme de General “ español, acompañado hasta la entrada por un

(1) Blackwod's Magazine.—En el Times del 10 de setiembre de 1829.

“ piquete de la Guardia Real. — Un susurro de
 “ admiracion cundió por el salon, y toda la
 “ asamblea se levantó expontáneamente á re-
 “ cibir á su *propio héroe*, como ella lo llamaba.
 “ Con paso firme y respetuoso se acercó á la
 “ mesa, haciendo las acostumbradas cortesías al
 “ trono y al auditorio.

“ El Presidente requirió por tres veces el si-
 “ lencio; obtenido, hizo un largo discurso
 “ relativo al decreto en el cual se concedia á
 “ S. E. el mando supremo, como Gefe de todas
 “ las tropas. Para desvanecer la sorpresa que
 “ pudiera causar al auditorio la inmensa con-
 “ fianza que se hacia de Wellington, en térmi-
 “ nos muy elegantes y muy propios, recordó
 “ las grandes victorias que señalaban su carre-
 “ ra, y demostró la ventura de España en en-
 “ tregar el poder militar á un guerrero tan
 “ ilustre, cuyas hazañas habian llenado de glo-
 “ ria á nuestra edad, *á quien la España debe-*
 “ *ria mirar como á uno de los objetos mas dig-*
 “ *nos de su gratitud y admiracion*, y cuyo
 “ nombre llegaria á las edades mas remotas,
 “ coronado con todos los atributos de la grande-
 “ za y del esplendor humano.

“ El efecto eléctrico que produjo la contesta-
 “ cion de Wellington no es fácil de describirse.
 “ Se interrumpió el orden; y los Diputados se
 “ levantaron de sus sillas para victorearle y
 “ abrazarle. Wellington *no pudo corresponder*

“ á tantos agasajos y cumplimientos como caían
 “ á torrentes sobre él y á los cuales no podía re-
 “ sistir el corazón mas valiente y denodado. —
 “ No pudo articular las gracias que su corazón
 “ le sugería, al ver pruebas tan verdaderas de
 “ unos sentimientos tan nobles y tan patrióti-
 “ cos. — El Presidente participando de la emo-
 “ ción general y con *las lágrimas en los ojos*,
 “ no osaba imponer silencio, ni restablecer el
 “ orden. Escena que ni se puede describir ni
 “ pintar. — Al fin se restableció la calma y el
 “ héroe se retiró; recibiendo al salir un *viva*
 “ *general*, que resonó en la bóveda del templo
 “ en donde se celebraba el acto; y el digno
 “ Presidente levantó sus brazos en acción de
 “ bendecirle.”

El modo ardiente con que al cabo de 20 años recuerdan los ingleses el suceso, descubre cuan grandiosa y magnífica ha sido esta verdadera ovación, en la cual los españoles dieron al General británico las muestras mas sinceras de su confianza, de su amistad, de su admiración y de su gratitud. — *Escena*, dice el periodista, *que no se puede describir ni pintar; tan tierna, que embargó la voz del héroe, y tan abundante en agradecimiento, que no le fué posible corresponderle.* ¡A pesar de todo, el ejército que aquel mandaba y sobre quien refluían las glorias y las satisfacciones; mirando como ajenas las que él disfrutaba, y no dándose por des-

agraviado ni satisfecho con los atentados por él cometidos en Badajoz, á los siete meses despues de este triunfo cívico, sacrificó á San Sebastian á sus furores vengativos!!!

Orlados los ingléses con los aplausos y las demostraciones mas cordiales del afecto del Gobierno español, pero atormentados á lo que nos cuenta el historiador con el ansia de desquitarse de la *grosería* de Talavera pasan á Guipuzcoa; relevan á las tropas españolas que bajo el mando de D. Juan Ugartemendia bloqueaban á San Sebastian; formalizan el asedio (1); y desde los dias primeros descubren sus torcidas intenciones, en el modo de conducir los fuegos y en las hablillas que corrian entre los soldados. Algunos vecinos que se encontraban fuera del recinto, deseosos de mitigar los daños que amenazaban á la ciudad, descubrieron sus recelos al gefe, solicitando un remedio anticipado contra los desastres que preveian. La contestacion á su demanda se redujo á desmentir que los ingléses hubiesen arrojado bombas sobre las casas. Conducta, se dijo, que no habiéndola ellos observado en cuantas plazas habian atacado en España y Portugal, *no habia razon para creer que se variára con una ciudad tan respetable y cuyo mérito conocia bien el General británico.* — Se añadió que los francéses

(1) Manifiesto del Ayuntamiento de San Sebastian, folio 1.

habian incendiado los edificios para defenderse. — En orden á los desmanes que se temia pudieran suceder en el *asalto*, se repuso que el primer General del mundo no podia asegurar que no ocurrieran, “*si aquel se verificaba de noche y aun siendo de dia, si se hacia mucha resistencia*. Finalmente, se aseguró que el Lord Wellington *no perdía medio ni circunstancia alguna en favor de la plaza y de sus desgraciados habitantes (1).*”

A pesar de estas seguridades, resulta plena y legalmente justificado que en los dias 23 y 24 de julio de 1813 los proyectiles y granadas que los ingléses ACCIDENTALMENTE ó por DIRECCION DADA arrojaron sobre los edificios, redujeron á cenizas 63 casas (2) y que si los francéses dieron fuego á algunas de las cercanas á la brecha, tambien auxiliaron á los alarifes y operarios para apagarle. Que el dia 31 de agosto *á las once de la mañana*, rompieron el fuego los aliados asaltando la plaza, y á las *dos de la tarde* eran ya dueños de ella, por haberse retirado los francéses al castillo, *sin hacer resistencia (3)*. — Aunque se habian realizado los dos extremos *de haberse dado el asalto de dia, de no haber habido resistencia;*

(1) Véase el Documento núm. XL, tomo 2.

(2) Manifiesto de San Sebastian, folio 5.

(3) Véase el Documento núm. XLI, tomo 2.

y aunque los vecinos, lejos de haber tomado parte en el combate, no bien divisaron á los ingléses dentro de las murallas llenos de gozo y de entusiasmo los victorearon, ofreciéndose á su servicio. Los vencedores correspondieron á tan lisonjeras demostraciones con balazos y tropelías, cuando nada les podia hacer concebir sospechas sobre su seguridad (1).

Consta tambien, que llegada á la plaza la columna que entró en el pueblo se presentaron los Alcaldes al que la mandaba, á rendirle su obediencia y á ofrecerle sus servicios. Demostracion, que lejos de ser cortesmente correspondida no eximió á uno de los magistrados de recibir insultos de parte del Oficial que mandaba la guardia de la puerta. Al son de un clarin que dió la fatal señal, los soldados en vez de seguir el alcance del enemigo (2) en su retirada al castillo, se derramaron ansiosos por las calles entrando á saco las casas y cometiendo los crímenes mas horribles (3) y las mas caprichosas liviandades, con disimulo ó tácita aprobacion de los Gefes (4). Cuando los aliados entraron en la ciudad no ardia ningun edificio, y los francéses no pusieron fuego á com-

(1) Véase el Documento núm. XLI, tomo 2.

(2) Véase el Documento núm. XL, tomo 2.

(3) Véase el Documento núm. XL, tomo 2.

(4) Véase el Documento núm. XL, tomo 2.

bustibles algunos, ni tiraron sobre el pueblo desde que se encerraron en el fuerte (1). A las seis ó siete horas de ser ya dueños los ingleses de la plaza sin que nadie los incomodara, se notó el fuego en los edificios; siendo los soldados ingleses los que, despues de saqueados, se lo ponian con mixtos, celebrando con bailes grotescos la atrocidad (2). Ni se diga que el incendio fue casual ó tumultuario, porque fué puesto con todo orden, impidiendo á los alarifes que se presentaban á apagarle, que cortáran sus progresos (3). Al dia siguiente de la entrada seguian con desapiadado furor los robos, los saqueos y las violencias, despojando y maltratando á los infelices vecinos, que desnudos, heridos y escarnecidos lograron licencia para salir de aquel recinto de escándalos, de desenfrenos y de torpezas. Tres dias despues, continuaban los incendios con el mismo empeño que en la primera noche; y á los veinte y cuatro, los vencedores con la mas impune rapacidad y frenesí criminal seguian en sus desacatos, entreteniéndose en pillar materias baldías y en revolver los escombros humeantes de la pasada fortuna, aniquilada por quien á ley de leal debia haberla protegido (4).

(1) Véase el Documento núm. XL, tomo 2.

(2) Manifiesto de San Sebastian, folio 8.

(3) Idem, folio 8.

(4) Idem, folio 11.

La legal justificación que se hizo de todo me autoriza para decir, que la ruina de San Sebastian fue obra llevada á efecto con designio. Porque no eran solas las tropas que dieron el asalto, las que dos dias despues de este saqueaban, quemaban y delinquian sin freno, sino las que al cebo del pillage venian sin fusiles desde el campamento de Astigaraga, distante una legua, á manchar sus manos en la depredacion y á celebrar las orgías detestables del furor guerrero. Acudian tambien las brigadas con sus mulas á cargar los efectos, y hasta las tripulaciones de los trasportes ingléses, que estaban al ancla se repartian la presa, llevándose el hierro de los balcones de las casas (1).

Ello es, que la ciudad de San Sebastian, *cuyos méritos se decia ser bien conocidos* del General inglés á principios del mes de setiembre de 1813, ó á los 36 dias de haberla sitiado, quedó reducida á cenizas, despues de un saqueo inhumano, y de atrocidades inauditas (2). Los nobles hijos de San Sebastian, al ver su desolacion y su desgracia tienen el desconsuelo de no poder decir, como los indomables zaragozanos, “estas ruinas son timbres de una defensa heróica hecha contra un enemigo que intentaba oprimirnos” y estos destrozos son

(1) Manifiesto de San Sebastian, folio 9.

(1) Véase Documento núm. XLII, tomo 2.

efecto de nuestro arrojo y de nuestra decision. “ El caso de San Sebastian,” por valerme de las mismas expresiones que usaron los agraviados en una respetuosa representacion al Gobierno legítimo (1), “ fué de un carácter *distinto* del de las demas ciudades destruidas en la presente guerra y aun en las de los tiempos mas remotos. Es el primero de su especie de que hay memoria. Su suerte es igual en lo trágico á la de otras, pero *incomparablemente mas dolorosa*; porque el origen de que procede no la permite aspirar á la inmortalidad.”

Zaragoza, Gerona, Manresa y Molina podian consolarse en su desgracia, porque habian adquirido coronas inmarcesibles, “ escarmentado á los invasores y dado á los satélites del tirano una prueba inequívoca de que sus habitantes conservaban las heróicas virtudes heredadas de sus mayores (2).” Pero la injuriada ciudad de San Sebastian que oprimida mientras los francéses la dominaron, se conservó constante en favor de la causa de la legitimidad; que habia socorrido con afecto cariñoso á los ingléses que en los encuentros habian caido en poder del enemigo comun; que lejos de auxiliarle en su resistencia, llevó el desafec-

(1) Véase el Documento núm. XLI, tomo 2.

(2) Véase el Documento núm. XLIII, tomo 2.

to hasta el extremo de la temeridad ; y que al ver entrar triunfantes á los aliados en su recinto, se entregó á las efusiones del gozo y de la alegría, ofreciéndoles descanso, regalos y una cordial y sincera amistad ; recibió por recompensa los mas atroces tratamientos, viendo arder sus templos, profanarse los lugares mas santos, hundirse sus edificios y violarse el pudor y la decencia, del modo mas brutal y desenfrenado. ¡ Escándalos, horrores y desacatos, nacidos del gratuito encono de los que se titulaban amigos y comunes sostenedores de la causa mas santa que han defendido los hombres !!!

¿ Y San Sebastian habia dado motivo que de algun modo disculpára estos desmanes ? ¿ Fué tanta la sangre derramada por los ingleses en los ataques, ó tan terca la obstinacion de los habitantes á recibirlos, que hiciera inevitable tan dura represalia ? ¿ Cuándo el asalto intentado sin éxito el dia 25 de julio dejó á algunos ingleses en manos de los franceses, los de San Sebastian no se esmeraron en su buen trato, proporcionándoles camas, ropas y regalos ? ¿ Los heridos no fueron socorridos con ardiente caridad por los vecinos y los eclesiásticos (1) ? Tanta ha sido la hidalga bondad de los de San Sebastian, tan insigne su virtud y tan come-

(1) Manifiesto de San Sebastian folio 4.

dido su porte con los agresores, que cuando despues de aniquilada la ciudad, se reunieron los infelices vecinos que habian sobrevivido, á tratar de la reparacion de sus males; al observar su situacion lamentable, al verse abismados en la pobreza mas desvalida y al revolver en su memoria el origen de sus infortunios; despues que deshechos en lágrimas lloraron la desgracia de su patria rindiendo los honores fúnebres del sentimiento á los compatriotas sacrificados á la injusta venganza de los que se llamaban amigos, terminaron una escena tan triste dando al mundo un ejemplo de moderacion, acaso única en la historia. En medio de su dolor y haciendo treguas con los naturales impulsos del desagravio por las injurias recibidas; al decidirse á levantar á su amada ciudad de entre las cenizas, “hicieron voto solemne de guardar silencio sobre las pasadas atrocidades; *por no perjudicar á la fama de los ingleses, en el momento en que se disponian á entrar en el territorio enemigo y en que la publicacion de lo ocurrido pudiera dañar al buen éxito de la causa general* (1).”

De este modo se condujo San Sebastian con los ingleses antes y despues de los horribles atentados á que me refiero. Su delicadeza llegó al punto, de que cuando la enormidad de

(1) Véase el Documento núm. XLIV, tomo 2.

los crímenes en ella cometidos la daba derecho para pedir indemnizaciones y desagravios, y cuando personas de muy alta clase aseguraban “que los males sufridos habían pasado la medida, y que la Inglaterra debería abrir una suscripción, pues de otro modo padecería mucho su influencia en la Península,” limitó sus demandas á pedir al Caudillo británico *su protección* (1). Pero un paso tan moderado fue desatendido y no pudo lograr siquiera que la auxiliara con 2,000 raciones diarias que con urgencia necesitaba para mantener á los operarios que se ocupaban en apartar los escombros (2).

* * *

Si hubo en aquella época buenos y celosos españoles que clamaron en favor de San Sebastian; no faltaron extranjeros que se ocuparon en disculpar las atrocidades y en cubrir con velos especiosos su enormidad. Decían, que el mal trato fue consecuencia del poco entusiasmo con que San Sebastian había mirado la causa, queriendo tacharla de *infidente*. Pero esta imputación que debía serle mas sensible que los daños padecidos no pudo sostenerse; por haber sido clásicas y multiplicadas las pruebas de lealtad que había dado y demasia-

(1) Véase el Documento núm. XLV, tomo 2.

(2) Véase el Documento núm. XLV, tomo 2.

damente públicos los sentimientos patrióticos que distinguieran á sus habitantes aun en medio del sitio; de modo que la alegacion del pretexto descubria la criminalidad de los á quienes se trataba de defender.—¿Y aun dado caso que el pueblo hubiera sido *difidente*, qué derecho tenia el ejército inglés para castigarle y para entrometerse en un asunto doméstico? ¿Y la resolucion de un negocio tan delicado podia fiarse á la fuerza? ¿Y acusaciones de esta clase, en las cuales á las veces se envuelven circunstancias que requieren para su aclaracion mucha delicadeza, mucha calma y un rigor exquisito para medir los tiempos y calificar los acaecimientos, se habia de confiar á la mano militar, siempre violenta y mucho mas en ocasiones como la de que se hace mérito?

* * *

Añadíase, “ que era imposible impedir los
 “ males indicados en plazas tomadas por asal-
 “ to, y que el ilustre Caudillo de las tropas ha-
 “ bia entrado en muchas por este medio, y
 “ que ninguna habia sido tomada sin ser sa-
 “ queada; siendo esta una fatalidad que acom-
 “ paña á los asaltos y un mal inevitable en
 “ cumplimiento de un gran servicio.” Aunque son para mí muy respetables los que así se han expresado, y aunque no dejo de conocer que en el calor de un asalto y en la refriega de una entrada, cuando hay un encarniza-

do empeño en la resistencia son inevitables los destrozos y los desmanes ; no puedo convenir en que estos sean inevitables cuando como en San Sebastian la ocupacion se realiza en solas dos horas y cuando el vecindario no resiste á los asaltantes. Tampoco estoy de acuerdo, en que el mal á que me refiero *fuese inevitable, ni que de él resultára un gran servicio con una gran ventaja.* Porque ¿ qué bienes ha sacado el vencedor de arruinar una ciudad rica, que podia prestarle *auxilios* para hacer la guerra ? ¿ Qué honor ni qué ventajas produjeron al *servicio público*, el escarnio que sufrieron los Magistrados pacíficos y el vilipendio y la profanacion del honor de los habitantes ? ¿ Estas atrocidades añadieron algunos timbres á las armas vencedoras, habiéndose cometido sin que el enemigo á quien iban á rendir hiciera oposicion ? ¿ Los francéses, acaso, en cuantas plazas tomaron en España siendo enemigos empeñados en la conquista, dejaron de su conducta militar un monumento tan oprobioso como el que sobre las ruinas y las miserias de San Sebastian han levantado los ingléses siendo amigos ?

Es preciso tomar en cuenta la naturaleza de las guerras que se citan en las cuales el ínclito Wellington mandó dar asaltos y rindió plazas. ¿ Estaban los ingléses en la India ? ¿ Habian venido á España á conquistar para sí

los pueblos, ó á castigar sublevaciones y rebel-
días contra su autoridad? ¿ No se decían alia-
dos para lanzar de la Península á los usurpa-
dores? ¿ Los españoles, no les estaban unidos
en los sentimientos? — Estas circunstancias
todas, condenando las máximas y costumbres
guerreras inaplicables al caso, deben hacer
mirar como criminal lo que desgraciadamente
se disimula en otra clase de lides.

Se añade y se repite, *que los primeros Gene-
rales del mundo no pudieran evitar lo que su-
cedió en San Sebastian.* Si se pueden evitar
y si se puede cortar el progreso de los excesos
de la clase de los de San Sebastian, nos lo en-
seña la historia de lo ocurrido cuando la en-
trada del ejército español el año de 1581 en
Lisboa, mandado por el Duque de Alba. “ Solo
“ os encargo,” le dijo, “ dos cosas : la prime-
“ ra, que cada Coronel ejecute las órdenes que
“ se le han dado y los Capitanes las que aque-
“ llos les dieren: la segunda, que Lisboa no
“ ha de ser saqueada. . . . Puse en otra ocasion
“ sobre Roma el mismo precepto; allí por ser
“ ciudad de San Pedro y aquí por ser del Rey:
“ no ciudad rebelde, sino nobilísima y á quien
“ un tirano oprime. . . . Así es la voluntad del
“ Rey. En Roma os ofrecí recompensa del sa-
“ queo que estorbé: aquí hago lo mismo; y
“ como aquella se cumplió, esta tambien se
“ cumplirá.”

Porque si es imposible refrenar al soldado, cuando despues de los peligros y fatigas de un largo sitio y de un duro asalto toma satisfaccion en la sangre, en las fortunas y en el honor de los habitantes de la plaza ocupada; no se podrá negar, que mas irresistible y menos fácil de domeñar deberá ser el ansia de una retaliacion, cuando un pueblo injustamente invadido por otro, humillado y maltratado por este, llega al fin á sobreponerse, y vencido el agresor, entra victorioso en su territorio. La venganza parece natural é irresistible, porque la legitiman los insultos recibidos. Esto sucedió á los españoles el año de 1813 á su entrada en el territorio francés. Aunque ardian en deseos de vengar sus ultages, el ilustre Duque de Wellington los refrenó con duras providencias, habiendo logrado que los francéses se eximiesen del peso de las desdichas, que de otro modo hubieran experimentado.

¿ Y lo que se logró de nosotros al entrar en Francia, no se pudo conseguir de los ingléses en San Sebastian? Para creerlo seria preciso negar á estos la disciplina de que tienen dadas pruebas bien ilustres, ó suponer á los españoles mas dóciles, mas cobardes, ó ménos sensibles á los acicates del resentimiento del pundonor y de la represalia.

Convengamos en que San Sebastian fué arruinada friamente, sin que hubiese provocado

con su conducta tan terrible suerte.—San Sebastian, en el momento mismo en que pronunciando los dulces nombres de paz, de lealtad y de alianza, se lanzaba en los brazos de los que aclamaba por sus libertadores, se halló correspondida por estos con la devastacion, que vino á destruir lo que se habia salvado de las manos enemigas. San Sebastian al recibir con la tranquila confianza que le inspiraba su inocencia á los que reputaba amigos, se encontró en peor estado que el que le cupiera cuando gemia bajo la dominacion de los invasores. Vió convertidas las voces de la cordial ovacion en los gemidos de la viudez desvalida, en los alaridos de la desesperacion, en los lamentos de la honestidad violada y en el crugir espantoso de los derribos y de los quebrantos, causados por los que siendo aliados, la trataron con mayor rigor que á una ciudad rebelde. ¿Y el agravio de Talavera habia sido tal, que no pudiera espiarse sino á costa de los inocentes habitantes de un pueblo que tenia derecho á la consideracion, al aprecio y al reconocimiento de los ingléses? — ¿Y la cólera de estos no podia mitigarse, sino con la ruina de 1,500 familias que quedaron empobrecidas y sin auxilios y con la pérdida de mas de 200.000,000 de rs., que en tanto se calcula el valor de los capitales arruinados (1)?

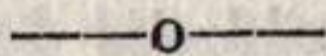
(1) Sr. Miñano, Diccionario geográfico, Art. San Sebastian.
TOMO 2.

Es muy sensible que el Sr. Napier se haya empeñado en recordarnos un suceso tan ingrato, y que los que sufrieron sus efectos, sin condenarle al olvido habian cubierto con el silencio por pura generosidad y prudencia. Suceso que lejos de dar lustre á la nacion inglesa, meditado en el espacio de cuatro años derrama una mancha sobre sus perpetradores. Suceso al fin, que se oyó con horror, *que él solo basta para envilecer siglos enteros de glorias* (1); y el cual presentado hoy en la historia como resultado de un resentimiento, perpetúa el descrédito de los que le consumaron, irritando las pasiones de los que lloran aun sus consecuencias.

¡ Desgraciados y nobles hijos de San Sebastian! si cuando padeciais tan atroces males, conmovido con la relacion fehaciente que de ellos hicisteis á la faz del mundo, tuve el honor de esforzar vuestras quejas y de sostener vuestros clamores; al ver que al cabo de veinte años, lejos de haceros la justicia que se os debe, se quieren legitimar los crímenes de que fuisteis víctimas con pretextos mas reprobables aun que aquellos; apoyado en el título honroso con que vuestra bondad premió entonces mi celo, no puedo menos de dirijiros mi voz, para que estimulados por las nuevas ofensas reclaméis la reparacion de los agravios, poniendo

(1) Sr. Miñano, Diccionario geográfico, Art. San Sebastian.

un freno á la malicia de vuestros enemigos. La tolerancia y el silencio, acreditando de verdaderos los motivos que hoy se alegan para disminuir la enormidad de vuestras ofensas, se atribuirían á una cobardía, que siendo incompatible con la entereza que siempre ha caracterizado á los bizarros vascongados, animaría al Sr. Napier para seguir impávido el plan de la difamación de los españoles, que se ha propuesto al escribir su fatídica historia.



ARTICULO IV.

PERSONAGES ESPAÑOLES CUYA OPINION SE VULNERA LASTIMOSAMENTE EN LA HISTORIA DEL SR. NAPIER.

§ I.

D. GREGORIO DE LA CUESTA.

“ Era un hombre física y moralmente incapaz,” según el historiador, “ de mandar un ejército (1). Obstinado, celoso y de edad avanzada, no atendía á los tiempos ni á las circunstancias. Carecía de las calidades necesarias para el desempeño de su oficio. —

(1) “ Cuesta was physically and mentally incapable of command.”

“ En su opinion, las calidades de este General
 “ se reducian á castigar con bárbara ferocidad
 “ y á atacar con temeridad al enemigo (1).
 “ Dió en Talavera pruebas de su bárbaro ca-
 “ rácter. — Despues de haber dado muestras
 “ de falta de talento y de *verdadero patriotis-*
 “ *mo* (2) y despues que con su indolencia y la
 “ ignorancia de las reglas del arte habia dester-
 “ rado la disciplina de su ejército y con su es-
 “ túpido orgullo le habia destruido ; de repen-
 “ te quiso hacer el papel de general romano,
 “ *diezmando los soldados* de los regimientos
 “ que, sobrecogidos con el pánico, habian aban-
 “ donado sus banderas el dia 27 de julio.—
 “ Sobre cincuenta fueron muertos ; y si su
 “ crueldad tan opuesta á la razon y á la moral
 “ no hubiera sido dulcificada por la eficaz me-
 “ diacion de Sir Arthur Wellesley, habrian
 “ perecido á sangre fria á manos de este *viejo*
 “ *ó salvage* muchos mas que los que desapare-
 “ cieron en la batalla (3).”

El Sr. Napier continuando el tema que se
 habia propuesto en el tomo primero de su his-
 toria, vulnera atrozmente la memoria de algu-
 nos ilustres españoles que han figurado con ho-
 nor en la época gloriosa de la guerra de la in-

(1) Napier, tomo 2, folio 11, línea 19.

(2) “ Cuesta, who had shown himself alike, denied of talent and
 “ *real patriotism.*”

(3) Napier, tomo 2, folio 411, línea 29.

dependencia. Si en esta parte llena á su placer su objeto, se conduce con tanta fatalidad como que llega á olvidarse de los respetos debidos al decoro y á la cortesanía.

No diré que el General Cuesta tuviera todas las prendas necesarias para medirse con el hombre privilegiado de nuestra edad, que llevó por muchos años atada á su mano la victoria ; que sobrepujó en sabiduría y en fortuna á los capitanes mas célebres antiguos y modernos, y conducido por su genio hizo en el arte de la guerra innovaciones tan originales como sorprendentes. Así como convendré en que nuestros generales no eran bastante diestros para emparejar con los del enemigo, á quienes una larga y útil escuela al lado del Capitan del siglo habia hecho consumados en el arte, Napier no podrá negarme que esta inferioridad era comun á todos los que osaban entonces hacer frente á Napoleon. Pero empeñarse por esto en hacer pasar á Cuesta por *ignorante, salvage, difidente, neciamente suspicaz y enemigo de la disciplina* ; es calumniar sin medida, desconocer la urbanidad y cantar victoria sobre la fama de un personage, que muerto hace algunos años, no puede rebatir los groseros dicterios con que se ofenden su reputacion, su honor y sus circunstancias.

El General D. Gregorio de la Cuesta debió á sus padres una educacion, sino tan esmerada

cual hoy la reciben los hombres de su clase en Inglaterra, la que se daba á las personas nobles en su pais y en su siglo. Siguió con mucho honor la carrera de las letras, y despues la de las armas. En ella, á costa de probidad y de servicios obtuvo los primeros grados, distinguiéndose como coronel y como general de Division en la guerra contra la república francesa. Llamado despues al encumbrado cargo de *Gobernador del Consejo Real*, que es una dignidad muy semejante á la del *Canciller inglés*, reuniendo ademas el empleo de Capitan General de Madrid, en ambos destinos, muy delicados en la época en que tuvo que desempeñarlos, acreditó sus talentos, su buen juicio, su energía y un grande amor á la justicia y á la disciplina; habiéndose captado el aprecio público por sus cualidades, muy ajenas de un *ignorante* y de un *necio, brutal y salvage*.

Lo que el historiador llama *obstinacion*, fué una *varonil entereza* para desechar resueltamente cuanto reputaba contrario á la razon ó al honor. Fué una *firmeza castellana*; que sin atender á los tiempos ni á las circunstancias que le rodeaban, le llevó á resistir denodado al favorito, que disponia á su antojo de los destinos de la nacion. Fué una *virtud masculina*, que le hizo preferir la oscuridad de un retiro, á la manutencion de una fortuna comprada á costa de deferencias y de adulaciones, que no

se avenían con los principios que le adornaban y á los cuales no podía renunciar, por mas que se variára su posicion y que se alteráran la calidad y la índole de sus compromisos.

La entereza y el valor que desplegó en los dias primeros del levantamiento de los castellanos, sin arredrarse con la exaltacion de estos y sin dejar de sostener la autoridad suprema de Capitan General de la provincia, que Fernando le habia confiado, *no rindiendo á la plebe sublevada el homenaje de la humillacion*, que el Sr. Napier supone haberle pagado *bajamente los altos funcionarios españoles*, tal vez arrancaron de la boca del pueblo, en los primeros momentos de su fervor, el apodo de *difidente* que sirve hoy de apoyo para baldonarle. Pero bien pronto se desengañó aquel y calificó al General Cuesta de un verdadero patriota. Como tal le obedeció, y como tal le entregó su confianza. ¿Y cómo podía conducirse de otro modo la gente castellana, cuyas divisas son la cordura y la honradez, al observar la noble sinceridad con que Cuesta se consagró al servicio del Rey y de la patria, en coyunturas muy difíciles? ¿Cómo se le podía acusar *de falta de patriotismo*, cuando á pesar de las circunstancias, de las desgracias militares y de los sinsabores y disgustos personales que sufrió, se le vió batirse en Rioseco; reunir dispersos y levantar cuerpos en Extremadura;

pelear en Medellín y Talavera, y combatir en Almonacid; sin dejar las armas hasta que *una combinación diplomática las arrancó de sus manos*; continuando sus servicios hasta que se sepultó en la eternidad? ¿Si hubiera dado pruebas de *infidelidad*, se habría captado el alto aprecio que de él hicieron sus compatriotas, y que acaso fué su mayor enemigo?

Después de asegurar el historiador, que Cuesta había sido *autor de la indisciplina de su ejército*, le moteja de *bárbaramente feroz, y de cruelmente salvaje*, porque *pasó por las armas á los soldados que en la batalla de Talavera habían faltado á sus deberes*.—Se le llama *inhumanamente sanguinario*, porque *celoso de conservar la disciplina impuso á los que la habían quebrantado, la pena cruenta que señala la ordenanza*; y se añade, *que había faltado á lo que la razón y la moral prescribían cuando seguía los dictámenes de la razón y cumplía los deberes de la moral*. Inconsecuencia, que siendo indisculpable en un historiador es muy chocante en el que á esta cualidad reúne el carácter militar.

Y siendo los soldados de quienes se compadece tanto Napier, los mismos que, según dijo el Embajador inglés á su corte, había visto el General Wellesley en la batalla de Talavera, *arrojar las armas y los uniformes, y robar los equipages del ejército británico, en el momento*

en que este peleaba briosamente con el enemigo (1). ¿Cuesta podia dejarlos sin correccion? ¿Cómo se eximiria de la responsabilidad que el honor nacional y la buena moral le exigirian con razon, si no castigaba severamente crímenes tan horribles, cuya impunidad bastaria para corromper la *disciplina* del ejército? Si hubiera cubierto con el perdon ó la blandura delitos tan clásicos, habria pasado plaza de *inmoral*, de débil y corrompido. Cualidades que le eran tan ajenas, cuanto la virtud lo es del vicio y el valor de la cobardía. A pesar de ello, lo que fué un rasgo de justificacion y de ardorosa eficacia por el sosten de la *disciplina*, en boca de un Oficial inglés, es *ferocidad, barbarie y cruel injusticia!*

La crueldad en castigar á los delincuentes, continua, era opuesta á la razon y á la moral. ¿Y qué es lo que prescribe la razon y lo que manda la moral en los trances de la guerra? Evitar en cuanto sea dado la gravedad de los males que la acompañan y economizar el derrame de sangre y los destrozos, mientras que el rigor de los choques ó la ley no los autorice. — ¿Y el Sr. Napier cuántas veces ha visto castigar con la muerte á los soldados del ejército á que ha pertenecido en pena de hechos, que en la vida social se corrigen con mas dulzura? —

(1) Véase el folio 348, tomo I de estas Observaciones.
TOMO 2.

¿ En el código criminal de las naciones cultas, el robo de una gallina ó de una botella de vino, se expia con la vida? ¿ Y no se ha impuesto esta terrible pena en campaña? — ¿ Y el ilustre Duque que mandó los ejércitos aliados en la Península, no la hizo ejecutar en algunos soldados españoles para conservar la disciplina? — ¿ Y mereció por eso los odiosos apodos que se dan al General Cuesta, por haber reprimido los crímenes con las penas que señalaban las leyes militares españolas?

Pero mientras Napier hace tan lastimosa cuanto no merecida pintura de este Caudillo, el Coronel prusiano Schépeler, que guerreó con mucho honor en España y que conoció y trató á Cuesta, en la historia que acaba de escribir de la guerra de la Península, dice: “ que D. “ Gregorio de la Cuesta era un español antiguo “ *en todo el rigor de la expresion*; de carácter duro, como un aragonés, y lleno de todos “ los errores que sus compatriotas tienen respecto á los extranjeros y especialmente contra los ingléses. Que habiendo sido Gobernador del Consejo en tiempo de Carlos IV resistió enérgicamente las pretensiones del favorito, cuando intrigaba por ser Regente, y “ fué desterrado con la tercera parte del sueldo á Santander. Estaba dotado de una honrra de bien á toda prueba y de un amor puro “ á su patria. No poseia grandes conocimien-

“ tos teóricos del arte militar, pero tenia mucha práctica y era muy amado del soldado, y esto dió á su carácter un temple firme (1).”

Expresiones que bastan para limpiar la opinion de tan digno General de las manchas con que procura oscurecerla Napier, alterando el santo reposo en que yace, circuido del respeto y del acatamiento de los que fueron testigos de su conducta noble, patriótica y decidida.

§ II.

MARQUES DE LA ROMANA.

“ Dió pruebas, de que, aunque tenia medios de promover una insurreccion, no era capaz de conducirla, y de que, aunque valiente y activo, *carecia de talentos militares*.—Al principio de la guerra de Wellington, despues de una conferencia larga é inútil, que tuvo con el Marqués aseguró, que *ó Romana ó él no entendian el oficio* y el tiempo ha resuelto este dilema (2).”

El Marqués de la Romana, á los conocimientos que se adquieren en una esmerada educacion, á los que le facilitaron los profundos estudios

(1) Schépeler. *Histoire de la Révolution d'Espagne*, tomo 1 folios 412 y 421.

(2) Napier, tomo 2, folio 261, línea 3.

que hizo en sus mejores años ; á los que le proporcionaba la claridad de sus talentos y á los adquiridos en su larga carrera militar al lado de su tío el benemérito General D. Ventura Caro, reunia los que le habian dado los viages ; y los que sacó de la escuela del General Bernar-dot á cuyas órdenes se halló como General de la division de las tropas españolas que el Sr. D. Carlos IV hizo pasar al Norte.

El modo con que Romana condujo sus operaciones militares en Galicia, á los ojos de la imparcialidad descubre que tenia los talentos que el Sr. Napier le niega. A la cita que se hace del Duque de Wellington, añadiré el testimonio que segun Clarke dió este ilustre personaje del aprecio que hacia de su memoria, cuando llegó á su noticia la muerte del Marqués : “ dijo, que le eran bien conocidos *sus ta-* “ *lentos* — y que se acordaria siempre de él con “ reconocimiento, por los auxilios *y los conse-* “ *jos que le habia dado* para sus operaciones “ todo el tiempo que habia estado unido al ejér- “ cito aliado.”

§ III.

DUQUE DE ALBURQUERQUE.

“ Aunque soldado bravo y patriota, estaba “ ganado por una muger, que mantenía cor-

“respondencia con los franceses (1),” La funesta comezon de injuriar lleva al historiador al lamentable extremo de olvidarse de lo que se debe al decoro y á la cortesanía.—Despues de asegurar que Alburquerque era muy patriota, hace alusion á una flaqueza que del modo con que se anuncia podrá entre hombres que no hubiesen conocido al Duque, poner en duda su patriotismo. Pero este ilustre español poseia dicha virtud en grado eminente y dió pruebas clásicas de ella, cuando impelido por el amor al Rey y á la patria huyó del Norte y sin ambiciosas miras ni mas pretensiones que las de sacrificarse por la defensa de la causa santa que habia puesto en armas á España, se presentó en esta á sostenerla, haciendo la guerra con el mayor acierto y la mas acrisolada lealtad, sin que la maledicencia se hubiese atrevido nunca á empañar su opinion, con sospechas parecidas á las que promueve en el dia el historiador á quien contesto.

El duque de Alburquerque, ornamento de su alta clase y modelo de militares sabios y valientes, no abandonó el campo hasta que asegurado por su actividad y pericia el importante punto de Cadiz en momentos bien apretados, obediente á la voz del Gobierno, pasó de Em-

(1) Napier, tomo 2, folio 341, línea 29 —“The Duke—was the “dupe of a women, who corresponded with the French.”

bajador á Londres, en donde murió con sentimiento de los buenos españoles, prestando sus servicios á la causa de la legitimidad y de la independencia; sin que las contradicciones de sus émulos hubieran entibiado su *noble fidelidad*, ni la voz pública hubiera denunciado la amistad, que con poco juicio cita el Sr. Napier.

Y cuando la opinion y el aprecio que mereció el Duque en dias tan turbulentos y aciagos como los en que brillaron sus prendas, no fueran garantías del patriotismo que le distinguió, ¿como era posible que hallándose, segun hoy se dice, *sujeto á los fatales influjos de una señora que estaba en comunicacion con los franceses*, el Embajador inglés hubiera hecho empeño decidido, como Napier nos asegura que le hizo, para que la Central le nombrará General en Gefe de uno de los ejércitos españoles (1)? Esto solo basta para dar en tierra con la desahogada acusacion que aquel le hace

§ IV.

D. JOSE PALAFOX Y MELZI.

“Palafox,” dice el mismo, “solo en el nombre fué Caudillo de Zaragoza.—Los laureles teñidos en sangre propia y extraña que en

(1) Napier, tomo 2, folio 341, línea 14.

“ ambos sitios se recogieron, deben adornar
 “ exclusivamente las sienes de los plebeyos.—
 “ Por mas dignas de admiracion que sean la
 “ energía de los verdaderos Gefes y la causa
 “ en que emplearon sus esfuerzos, las hazañas
 “ de la cuadrilla de hombres que los dirigian
 “ fueron atroces; y Palafox, aunque incapaz
 “ de contener su conducta salvage, tiene muy
 “ poco derecho para ser admirado.—Mas de un
 “ mes antes de rendirse, jamas salió de un edi-
 “ ficio abovedado, en el cual no hacian mella
 “ los proyectiles y dentro del cual *hay mucha*
 “ *razon para creer*, que él y otros personajes
 “ de ambos sexos vivian entregados á la sen-
 “ sualidad; formando un contraste ingrato con
 “ las miserias que los rodeaban (1).” De un
 modo, tan innoble y rústico se deprime el mé-
 rito de Palafox, á quien los que fueron ene-
 migos colman hoy de elogios, mientras que
 tan bajamente le injuria un aliado.

Palafox fué el Caudillo reconocido y único
 de la defensa de Zaragoza; fue el alma de su
 resistencia y el sostenedor del espíritu con
 que los aragonésos realizaron una hazaña me-
 morable, que en sentir de otro historiador in-

(1) Tomo 2, folio 51, línea 24.—“ Palafox never came forth of a
 “ vaultd building, which was impervious to shells; and in wich, there
 “ is too much reason to believe he and others of both sexes, lived in
 “ a state of sensuality, forming a disgusting contrast to the wretched-
 “ ness that sourrounded them.”

glés, descubrió el *carácter de las dificultades que experimentaron los franceses* (1). Como á Caudillo único, le obedeció Aragon. Como tal excitó los paisanos á la defensa; mandó las operaciones de ella, dió ejemplos de valor, sirvió de escudo y de señuelo honroso para mantener la union y aumentar los esfuerzos de la bravura; y al fin, como Gefe principal de la empresa juró no rendirse, y lo cumplió. Cuando los enemigos se apoderaron de su persona, no hicieron presa en ella de un afeminado militar, ni de un egoista que se hubiese conservado intacto en medio de los horrores del sitio; sino de un hombre quebrantado por los trabajos, rendido por las fatigas y los cuidados y devorado por las enfermedades contagiosas—en una palabra, de un ser expirante. Palafox fué el *Caudillo* de la inmortal Zaragoza, y por haberlo sido, adquirió un derecho á las coronas gloriosas que en ella distribuyó la inmortalidad, haciéndose acreedor á la general admiracion.

El ínclito Palafox, enardecido á vista de la perfidia enemiga, dejándose llevar de los impulsos de sus nobles sentimientos, sin consultar sus conveniencias, sin arredrarse con los peligros, ni escuchar los dictámenes del egoismo

(1) Sir Walter Scott. *Life of Napoleon Bonaparte.*

generoso puso en el altar de la fidelidad y de la patria su existencia, su fortuna y la de su ilustre familia, que con laudable intrepidez le acompañó en el sacrificio. Tan singular ejemplo de amor al Rey y á la patria, fué el eslabon que causó la conflagracion de sus compatriotas; dando origen á tantos y tantos prodigios de valor y de civismo como se vieron en Zaragoza. “ En nada aprecio la vida,” decia en una proclama á los aragonésés, “ sino en cuanto pueda “ emplearla en vuestro bien y en el servicio de “ mi patria querida. Mi vida es el menor “ sacrificio que debo hacer, en pago de la con- “ fianza y de la adhesion con que me habeis “ honrado.— Aragonésés, no dudeis que mi “ corazon no puede abrigar un solo pensa- “ miento criminal, ni dejarme de hacer causa “ comun con los que sean capaces de abrigarlo “ en el suyo (1).” “ Esta hermosa ciudad,” añadió al contestar al Mariscal Moncey (2), “ no sabe rendirse.— Mis tropas, resueltas á “ pelear, no conocen otro premio que el honor, “ y yo que las mando, tengo esta honra que “ no la cambio por todos los imperios. V. E. “ se llenará de gloria si me bate y no será “ menor la mia si me defiendo. Nada le im- “ porta á quien sabe morir con honor, y mas

(1) British Campaigns, tomo 2, folio 74. Nota.

(2) Véase el Documento núm. XII, tomo 2.

“ cuando ya conozco los efectos de un sitio, en
 “ 61 dias que duró el primero.—Si no supe
 “ rendirme entonces con menos fuerza, no
 “ debe esperarlo V. E. ahora.—La sangre es-
 “ pañola vertida nos cubre de gloria ; al paso
 “ que es ignominioso para los franceses haber
 “ derramado la inocente.”

Así se explicaba Palafox. Solo quien no le conozca podrá dudar de la sinceridad con que obraba. ¿Y el que con tan resuelta franqueza se comprometia y con tal ardor descubria sus heróicos sentimientos, podia *esconderse en las bóvedas*, como dice Napier, *para pasar los dias en sus lóbregas estancias entregado á las orgias del escándalo á vista del denuedo zaragozano ?* — ¿Y los aragonés hubieran sufrido pacientes un insulto tan atroz? — Las palabras de Palafox, su denuedo y su ejemplo, repito, produjeron en sus compatriotas el mágico efecto de hacerles desplegar toda la fuerza colossal de sus virtudes y de su valor, conquistando para sí y para su jóven adalid el aprecio del mundo. En los años de 1808 y 1809 las naciones asombradas, hicieron el homenaje de sus respetos á los bizarros defensores de aquella ciudad insigne y á Palafox ; quien no contento con acalorar á los campeones, se mezcló entre ellos partiendo los riesgos y comprometiendo su persona mas allá de lo que la prudencia aconsejaba y de lo que reclamaba la necesi-

dad de conservar la preciosa vida de un Gefe, que era el alma de la resistencia.

Cuando Napier asegura, que mas de un mes antes de la rendicion de Zaragoza, Palafox no habia salido del *edificio á prueba de bomba* en donde residia, presentándole con este dicho como un hombre débil, que temia los peligros; ciego con el afan de deprimir á tan digno personaje, se olvidó de que él mismo habia dicho (1), “ que el dia 31 de diciembre Palafox habia hecho salidas contra los tres ataques que le dieron los francéses.”—Aunque procura rebajar la importancia de la accion (2), “ consta que en ella campearon el denuedo, el entusiasmo, el ardor, la disciplina y el orden de las tropas y del paisanage.” A unos y otros incitaba Palafox, haciéndose digno de la admiracion que él y sus dignos compañeros de armas supieron grangearse en tan terrible empresa, como la en que los comprometieron su amor al Rey y á la patria.

Pondria en duda la virtud del insigne Palafox, á quien conozco desde sus primeros años y á quien he respetado siempre por sus bellas cualidades, si me detuviera en contestar á las groseras indicaciones que hace el Sr. Napier, al hablar del empleo que aquel Gefe y sus com-

(1) Napier, tomo 2, folio 28, línea 22.

(2) Véase el Documento núm. XLVI, tomo 2.

pañeros hacian del tiempo en los momentos del conflicto. El modo mismo con que se expresa, desdice de la gravedad de la historia, vulnerando la honesta delicadeza de que hacen tanto alarde los ingleses bien educados. ¿Pero sobre qué se apoya la narracion de unos hechos tan horribles? *Hay mucha razon, dice, para creer que aquello haya sucedido.* ¿Y la historia se escribe sobre conjeturas y sobre creencias? *¿Y si hay mucha razon para creer, por qué no se indica cual sea?*—¿Tan poco valen para el Sr. Napier la opinion y el decoro de un caballero, á quien cuando no le hicieran recomendables los timbres adquiridos en la defensa de Zaragoza, su rango, sus prendas y su nacimiento le daban un derecho para ser tratado con atencion; á no querer convertir la historia en un depósito de consejas, de diatribas asquerosas y de sátiras indecentes?

ARTICULO V.

AUXILIOS PECUNIARIOS QUE SE SUPONE HABER RECIBIDO LOS ESPAÑOLES DE MANO DEL GOBIERNO BRITANICO.

Impertinente seria hablar del asunto á que se refiere el presente artículo, despues de lo que dije ya en el folio 227, tomo 1.º de estas *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de la Peninsula*, si Napier no se empeñára terca-

mente en ponderar la magnitud de los auxilios pecuniarios, que durante la lucha de los seis años asegura haber recibido los españoles del Gobierno británico y si yo no advirtiera el crédito que da á sus dichos el público inglés, fiado en la memoria de los generosos sentimientos que manifestó, desde los dias primeros de la insurreccion de la Península, en favor de su defensa.

“ El Ministerio inglés,” dice el historiador, “ desde el principio se puso en una falsa posición, por haber inundado á España con dinero sin asegurar una justa influencia, ni haber sacado en recompensa de sus auxilios, la seguridad del buen orden y de los útiles esfuerzos (1).—La emision extraordinaria de papel, *los socorros extravagantes dados á España*, y los subsidios del Austria, imposibilitaron al tesoro inglés de *proveer* de dinero á su ejército, habiendo tenido que adquirirlo con enormes pérdidas (2).”

No apoya Napier su dicho sobre estados y documentos, ni el Embajador británico cerca de la Central, cuando habló *de los auxilios dados largamente*, los ha especificado. La falta de datos me impide poner en claro este nego-

(1) Napier, tomo 2 folio 141, línea 20.—“ by inundating Spain with—money.”

(2) Napier, tomo 2, folio 335, línea 11.—“ the extravagant succours given to Spain.”

cio, rompiendo de una vez el velo misterioso con que se quiere envolverle, para hacer creíble la enormidad de los sacrificios de dinero realizados en nuestro favor, y cuya relacion entretiene la curiosidad de los ingleses, lisonjeando de paso su amor propio. ¿Y quién sabe si con ello no se trata de asustar á los españoles, para abrir el camino á ulteriores reclamaciones abultadas por la travesura diplomática? En la penosa falta de noticias completas en que me encuentro, me limitaré á añadir á las ya hechas, algunas ligeras observaciones para robustecer mi opinion, contraria á la del historiador.

Por los periódicos mas acreditados de Inglaterra, se echa de ver la notable parsimonia con que el Gobierno británico procedia en remitir caudales á España, en la primera época de la santa insurreccion. Segun ellos, cuando el General Castaños que merecia justamente el aprecio de los ingleses y de cuya pericia pendian las esperanzas públicas, se preparaba para dar como dió al mundo un dia de admiracion; tuvo que abrir de su cuenta un préstamo en Gibraltar de 50,000 duros, para socorrer á su ejército. “Como he sido chasqueado,” decia Lord Collingwod á Morla (1), “en no recibir noticias

(1) Carta de 28 de juiio de 1808, tomo 2, folio 186.

“ *del envío de los auxilios pecuniarios que ha-*
 “ *ga la Inglaterra á esta parte de España, he*
 “ *tomado sobre mi responsabilidad levantar*
 “ *20,000 libras esterlinas (2.000,000 de rs.)*
 “ *en Gibraltar, para el servicio de este país.*”—

La Junta de Sevilla llena de apuros, despues de la batalla de Bailen pidió socorros de dinero á la nacion inglesa, vaticinando daños irreparables de no facilitárseles. El Consul Duff se embarcó despues de esta demanda con destino á Cádiz, llevando consigo 2.000,000 de rs. (1), sin especificar los que iban destinados exclusivamente á España. — Al Presidente de la Junta de Asturias se le remitió una caja guarnecida de brillantes, acompañada del desengaño de ulteriores auxilios metálicos.—A Santander llegaron 5.000,000 de rs. con destino al ejército que del Norte condujo á España el Marqués de la Romana —Segun Schépeler, Galicia fué de las provincias que mas han recibido, no habiendo en su opinion pasado todo el caudal de 18.000,000 de rs. Leon recibió 5.000,000, y 18.000,000 Asturias. De suerte, que todos los fondos que, segun un cálculo prudencial, recibió España del Gobierno inglés *antes de la instalacion de la Junta Central*, no excedieron de 70.000,000 de rs. Cantidad que no cubrió la que los ingleses habian tomado en

(1) Morning Chronicle.

las fragatas apresadas cuando estábamos en paz con ellos, y con cuya presa nos declararon la guerra. Acto tan poco conforme á lo que prescribe el derecho de gentes, como que al pronunciarse el año de 1808 la insurreccion española y al tratarse de nuestra alianza, periodistas muy acreditados indicaron que esta solo podria ser sincera declarándose solemnemente la ilegalidad de aquella accion; ó lo que es igual, el allanamiento á devolvernos el caudal que sin derecho nos detentaba el Gabinete de San James (1).

Yo bien sé, que en los estados de la Tesorería inglesa presentados á la Cámara de los Comunes se espresó, que desde el mayo de 1808 al marzo de 1809, habian salido de Inglaterra con destino á España:

En metálico.....	2.896,050 £	289.605,000rs
En letras negociadas para socorrer á portugueses y españoles	220,434	22.043,400
Valor de medicinas	11.000	1.100,000
Trasportes de tropas.	1.292,783	129.278,300
	<u>4.420,267</u>	<u>442.026,700</u>

Pertrechos remitidos.

Cañones, 98.—Cartuchos de id., 31,600.—Obuses, 33.—
Cartuchos de id., 7,200.—Carronadas, 20.—Cartuchos de id.,

(1) Morning Chronicle de 14 de junio de 1808.

4,000.—Fusiles, 200,177.—Tercerolas, 220.—Espadas, 61,391.—Fornituras, 39,000.—Chuzos, 79,000.—Cartuchos con bala, 23,477,955.—Balas de fusil, 6.260,000.—Barriles de pólvora, 15,408.—Tiendas, 49,000.—Ollas, 10,000.—Lienzo, 118,000 yardas.—Paño, 125,000 idem.—Calico, 82,000 idem.—Sargas, 6,489 piezas.—Paño, 4,015 idem.—Casacas, 50,000.—Uniformes, 92,000.—Camisas, 35,000.—Zapatos, 98,000.—Suelas de idem, 15,000.—Calico, 22,212 piezas.—Cautinas, 50,000.—Mochilas, 54,000.—Gorros y sombreros, 16,000.—Cartucheras, 240,000.—Sábanas, 702 piezas.

En camino.

Paño, 298 piezas.—Camisas, 4,100.—Cartucheras, 47,000.—Zapatos, 78,000.—Suelas de idem, 35,000.—Botas, 8,100.

Construyéndose.

Botas, 29,400.—Zapatos, 4,100.—Uniformes, 100.—Cartucheras, 130,000.—Paño, 125,000 yardas.

Pero fuera de que, según observa un escritor inglés, en esta nota no se anotan las cantidades que de dichos artículos se han remitido *exclusivamente para los españoles* ni cuando (1); los envíos de fondos no fueron tan pronto y eficaces cual se requería. La penuria y tardanza en la remesa pusieron en apuros al Gobierno español, el cual sobradamente dedujo de la conducta del británico, la imposibilidad ó la poca inclinación en que estaba de facilitárseles (2), aumentando con ello sus conflictos.

*

*

*

(1) British Campaigns, tomo 2.

(2) Véase el Documento núm. XLVII, tomo 2.

El veraz y respetable Jovellanos, que fué Vocal de la Junta Central, dice: “que instalada esta, *los socorros en dinero* que con generosidad habia franqueado la Inglaterra á las provincias, habian cesado (1). —Aunque esta socorrió con dinero á las provincias en los principios de nuestra santa insurreccion y aunque continuó socorriéndonos generosamente con tropas, armas, municiones y otros artículos, es hecho innegable,” añade, “que desde la instalacion la Junta Central *no recibió socorros del Gobierno inglés ni una sola libra esterlina en dinero*; antes bien la Junta por corresponderle no solo prestó, como era debido, muchos socorros á su ejército, sino que no tuvo reparo en acceder á la negociacion que propuso á su nombre el Caballero Crocane, de librar 3.000,000 de pesos en América, pagaderos en letras sobre Londres. Negociacion que nos resultó harto gravosa por las pérdidas del reintegro y que haria muy reprehensible la buena fé con que se admitió, si no la disculpára la gratitud debida al generoso Gobierno á cuyo nombre fué propuesta y aceptada (2).”

No ignoro que la Junta Central trató de negociar un préstamo de 200.000,000 de rs. con el

(1) Memoria de Jovellanos, parte 1, folio li.

(2) Idem, idem, folio ci.

Gobierno inglés; pero sus deseos quedaron sin efecto, no habiendo llegado á nosotros esta suma, así como no se han recibido otras, mas que las de que he hablado en el tomo 1.º de estas *Observaciones*. — Vinieron sucesivamente armas y municiones y se repararon en los puertos ingléses las fragatas Prueba y Sabina: ¿mas esto se hizo á costa de la Gran Bretaña? — Es bien sabido que por efecto de las acertadas y activas diligencias del Sr. Duque del Infantado Embajador en Londres, se consiguió en 1811 que un crédito de millones que el Gobierno español tenia contra la casa de Crocane, le reconociera por suyo el Ministerio inglés y *como tal se allanára á pagarle* (1). De modo, que los auxilios que la Inglaterra nos prestó, no pueden llamarse tales, sino en la parte en que el valor de los artículos remitidos supere al importe del citado crédito, cuyo pago nos ha causado pérdidas considerables, al paso que los ingléses sacaron ganancias en la construccion de las prendas que nos proporcionaron.

¿Y son estos los *socorros estravagantes dados á España?* ¿Es esto *haberla inundado de dinero?* ¿Ni cómo podia dárnosle con profusion, cuando, segun dije en otro lugar (2), el Gobierno inglés no tenia recursos metálicos

(1) Manifiesto del Duque del Infantado, en 1820, folio 23.

(2) Véase el tomo I de estas *Observaciones*.

capaces de hacerle obrar con la gallarda liberalidad que hoy se asegura? Lord Collingwood, en 11 de julio de 1808 decia al Conde de Mulgrave, que Espencer por falta de caballos para arrastrar la artillería, no se habia podido mover desde el Puerto. — En agosto avisaba á Lord Castlereagh que Cataluña, solo habia recibido el corto número de armas y municiones que la pudieron dar los barcos, siendo extremada la escasez que padecia de ellas, y que lo mismo sucedia á las demas provincias de Levante. — El referido Ministro en carta á Wellesley se quejaba de que *la escasez de dinero le llenaba de ansiedad*. — El General Wellesley en mayo de 1809 pedia á su corte que le facilitara 1.500,000 libras de galleta, y 3.000,000 de libras de yerba que necesitaba con urgencia. Esto, despues que habia avisado que las tropas se mantenian sobre el pais. El Comisario ó Intendente General quejándose en julio de la falta de caudales que sufria, representó que á fuerza de trabajos habia podido reunir 5.887,000 rs., cantidad tan inferior á los gastos ordinarios del ejército, como que los extraordinarios pasaban de 8.000,000 mensuales. Clamaba por remesas, que no pasaron de 16.740,000 rs. Finalmente, llegando los gastos de las tropas, desde julio á noviembre de 1809, á 65.405,000 rs. ó sean 25.121,333 rs. cada mes; solo se contaba para cubrirlos con 40.000,000 efectivos.

¿ En situación tan penosa, podía la Inglaterra proporcionarnos el oro con manos tan horadadas cual se dice, cuando no le era dado atender con franqueza á sus ejércitos, y cuando tenía que hacer con nosotros negociaciones que nos fueron bien ruinosas, á fin de adquirir fondos metálicos, en cantidades á la verdad pequeñas? Digámoslo de una vez, dando con ello pruebas de una honrada franqueza. Tan inexacto es sostener, que los ingleses nos hayan *inundado con dinero*, como desgraciadamente cierto que el Ministerio británico nos ha tratado en esta parte con una indiferencia y frialdad, poco correspondientes á la importancia de nuestra alianza. ¿ Y los verdaderos subsidios pecuniarios que nos ha prestado fueron comparables con los que realmente facilitó á otras naciones? ¿ Y obtuvo en ellas las ventajas que le proporcionó la amistad española?

CONCLUSION.

“ Si,” como dice un periodista inglés (1), “ para los ingleses, que miran sin pueril rivalidad á España, es doloroso tener que citar al Sr. Napier, cuando se habla de las proezas de Zaragoza, *por el extremo melancólico á que se deja llevar un escritor de tanto talento,*

(1) Fraser's Magazine for Town and Country, tomo 1, febrero de 1830, folio 109.

“ cuando se empeña en negar la heróica consagracion de aquella ciudad ;” ¿ cuán sensible no deberá ser para los españoles amantes de las glorias de su patria y amigos desapasionados de los británicos, observar el temerario arrojo con que el mismo envilece y maltrata á la nacion cuyos esfuerzos, cuya decision y firmeza, tan provechosas fueron á la Gran Bretaña ?

La violencia de una pasion noble en su raiz, aunque fatal en el modo con que se explica, hace que el Sr. Napier, prescindiendo de los deberes de historiador se deje llevar de congeturas, y de las hablillas despreciables del vulgo, para deducir de fuentes tan corrompidas las injustas acusaciones que nos hace, presentándonos como *cobardes ; pérfidos é ingratos para con nuestros aliados ; sanguinariamente crueles ; sin fe en nuestros empeños ; incapaces de gobernarnos ; ansiosamente avaros de auxilios ; molestos en pretenderlos y pródigos en disiparlos ; concluyendo de tan duros supuestos, que los ingléses han sido los únicos que sostuvieron la lucha en España ; los únicos á quienes se debe el lauro de la victoria y los que unidos á nosotros en los combates, al terminarlos llevaron en sus corazones el odio y el desprecio hácia nosotros, explicado por ellos con sangrientas venganzas.*

— He dicho en otra ocasion y reproduciré ahora, que conozco el alto precio de la cooperacion de los ingléses. No soy tan inconsiderado que

no profese el mas profundo respeto al afortunado General británico, que con tanta ventura hizo la guerra en España y que no rinda el tributo de mi admiracion á la bravura de las tropas inglesas que durante la contienda estuvieron bajo sus diestras manos. Ni me detengo en repetir, *que á la alianza británica hemos debido haber logrado recobrar la independendencia, con mayor presteza que nos hubiera sido dado alcanzarla entregados á nuestros solos recursos* (1). Pero porque el convencimiento de la razon y la buena fe me lleven á explicarme con esta franqueza *española*, estoy muy distante de confesar, que nuestras faltas y nuestros vicios hubiesen sido tantos y de tal jaez como el Sr. Napier se empeña en sostener. Cuando los fueros debidos á la verdad no me obligáran á negar á aquel historiador hasta la implícita aprobacion que pudiera deducir del silencio; la voz del heroismo, lanzada desde tantos y tan multiplicados monumentos como de nuestra valentía, de nuestra honradez y de nuestras virtudes han sobrevivido á los desastres de la guerra, bastaria para acallar sus infundadas acusaciones, dejando bien puesto el honor de España, y para trasladar á la mas remota posteridad la memoria de los rasgos sublimes de heroicidad y de constancia

(1) *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España*, tomo 1.

que aparecieron entre nosotros, durante la terrible lucha de los seis años.

Arrastrado por la fuerza de la razón, y altamente conmovido con las ofensas que á mansalva nos hace Napier; con los recuerdos de mi memoria, con las contradicciones que se encuentran en su historia y con los datos que con grande dificultad pude reunir, trato de demostrar las chocantes inexactitudes y los errores, por no darles otro nombre, de que aquella abunda, poniendo en claro los hechos, apoyados sobre documentos irrecusables. No llevo otro objeto en mi trabajo, que el de vindicar el honor de mi patria y evitar que la opinion se extravie con las narraciones de un personage, muy acreditado entre sus compatriotas, y á las cuales parece que hay un estudiado afan en hacer pasar por verídicas, si hemos de dar crédito á los *periódicos* principales de Londres, los cuales las recomiendan como únicas para conocer á fondo lo ocurrido en España en los años corridos desde el de 1808 al de 1814.

Con este débil fruto de mi buen celo solo pretendo dar á conocer en su verdadera fisonomía, como decia un célebre historiador español con otro motivo (1), “ los sucesos memorables

(1) Melo. Historia de la Guerra de Cataluña, tomo 1, folio 43. Edicion de Paris de 1826.

“ que sucedieron en nuestros dias en España
 “ y á vista de los cuales estuvo pendiente la
 “ atencion política de todos los Príncipes y
 “ gentes de Europa. Grandísima materia, y
 “ aunque la pluma inferior notablemente á las
 “ cosas que ofrece escribir, podia hacerlas en
 “ alguna manera menores; ellas son de tal ca-
 “ lidad, que por ningun accidente dejarán de
 “ servir á la enseñanza.—Hablo de sucesos en
 “ muchos de los cuales tuvo parte mi vista y
 “ en todos mis observaciones.—Así que, este
 “ motivo, y despues el temor de que estas co-
 “ sas hayan de correr la misma infelicidad que
 “ las pasadas *entre la conversacion y la me-*
 “ *moria de los hombres, me obligó á escribir-*
 “ *las.*—La verdad es la que dicta, yo quien
 “ escribo; tuyas son las razones, mias las le-
 “ tras (1),” y el amor á la patria el que me guia
 en tan ardua empresa, persuadido de que
 “ el que no la defiende, ó no es hombre ó no es
 “ hijo (2).”

! Oh, y si la índole de la contienda nos hi-
 ciera conocer el carácter de las alianzas ajus-
 tadas con extranjeros, para escasearlas, por
 mas que en ellas se mezclen los recíprocos
 intereses!—Aprovechándose aquellos de nues-

(1) Melo. Historia de la Guerra de Cataluña, tomo 2, folio 173.
Edicion de Paris de 1826.

(2) Idem, idem.

tro candor y generosidad se valen de tan recomendables prendas para el logro de sus ideas. Obtenidas, nos pagan con desaires, para evitar que reclamemos su gratitud, como remuneracion debida á nuestros servicios. Cuando la historia no nos conservára pruebas sensibles de esta verdad, bastaria para convencernos la historia del Sr. Napier, en donde se ven correspondidas nuestras virtudes, nuestra decision y nuestra amistad, con diatribas amargas, con imputaciones sangrientas y con baldones, que á no estar tan asegurada nuestra opinion, empañarian el lustre de nuestro carácter, haciéndole aborrecible al mundo civilizado.

Conducta tan injusta como inesperada, debe hacernos cautos para no servir de juguete á las pasiones ajenas. Ligados en estrecha fraternidad entre nosotros, dando de mano á todo resentimiento que pueda alterar esta feliz alianza y unidos estrechamente al trono, deberemos fundar en nuestros propios recursos, que son inmensos, las esperanzas de nuestra fortuna, sin fiarla á las combinaciones de la política externa. Precavidos y mirados para con los extranjeros, sin apartarlos de las mutuas ventajas á que nos llaman la industria y la civilizacion, será fuerza hacerles entender que conocemos el alto precio de su amistad y el de la nuestra ; pero que aleccionados por la experiencia, huiremos de sufrir malas corresponden-

cias y de que se nos tenga por hombres tan fáciles de seducir como de burlar, despues que se hubiere sacado el fruto de nuestra alianza.

La Obra del Sr. Napier podrá sernos tan provechosa, como sensible nos debe ser hoy su lectura: si la suerte aviesa hiciere que algun dia la astucia extranquera tratáre de alucinar-nos con lisonjas. Porque, sin mas que abrir la *Historia de la Guerra de la Península* escrita por aquel aliado y compañero en la lucha al cabo de veinte años de haberse esta terminado; en sus páginas hallaremos armas para desbaratar las raterías mas finas de la diplomacia, con los recuerdos de las injurias que en ella nos hace quien debiera estar mas lejos de dañarnos, por su propio honor, y por el de la nacion á que pertenece.—La historia á que aludo bajo este aspecto, merecerá ser consultada por nosotros; porque como dice un cómico español,

. desengaños
que remedian, si lastiman
aprovechan, aunque ofendan,
y aunque atormenten obligan.

(Ruiz Alarcon, *Ganar Amigos*, Acto II, Escena 7).



cina y de que se nos tenga por hombres tan fá-
 ciles de seducir como de purar; despues que
 se hubiere sacado el fruto de nuestra alianna.
 La Oira del Sr. Napier podria sernos tan
 provechosa, como assisible nos debe ser hoy su
 lectura si la suerte oviere chinero que algun
 dia de su vida entienda el tratado de la cina-
 nos con los japones. Por que sin mas que abrir la
 Historia de la Guerra de la Peninsula escri-
 ta por aquel talado y compañeros en la lucha
 al cabo de veinte años de haberse esta termi-
 nado con sus páginas de historias y otras para
 demostrar las táticas y fines de la diplomacia
 con los descubrimientos de las táticas que en
 ella nos hace apreciar debiera estar mas lejos de
 dárnos por su propio honor y por el de la
 nación a que pertenecemos. La historia de que
 aludo bajo este tratado, merecerá ser cono-
 cida por nosotros y respecto como dice un comi-
 español (en el tratado de comercio con el
 Japón) que los japoneses desearían que
 nosotros les permitamos el comercio y que
 ellos nos vendan seda y otros artículos que
 nosotros necesitamos. Este tratado es el
 tratado de comercio con el Japón (1854).
 Este tratado es el tratado de comercio con el
 Japón (1854). Este tratado es el tratado de
 comercio con el Japón (1854). Este tratado
 es el tratado de comercio con el Japón (1854).

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE TOMO 2.º



A.

	Fol.
Abatimiento. No le manifestaron los españoles en los reveses.....	32
Alburquerque, Duque de. Vindicado de las injurias que le hace el Sr. Napier	308
Astorga. Su resistencia.....	79
Asturias. Sus servicios	76
——— Conducta de la junta de.....	196
Austria. Las hostilidades de ella no fueron el movil de la energía española	40
——— A quien se debieron.....	39
Auxilios pecuniarios que se supone haber recibido España de mano de la Inglaterra.	316
Aversion de los ingleses á los españoles.....	276

B.

Badajoz. Su lealtad	72
——— Mal trato que recibió de los ingleses.....	278
——— y San Sebastian, arruinadas por los ingleses..	276

C.

Cadiz. Eminentes servicios que hizo.....	80
——— Tumulto en 1809.....	221
——— Su ocupacion por las tropas inglesas resistida por la Central	225
——— Id.....	253

	Fol.
Carácter español.....	27
—— Elogiado por los extranjeros	31
Cataluña. Sus proezas	71
—— Sus heroicos esfuerzos sin auxilio ageno	145
Caudales venidos de América á España, desde diciembre de 1808 á febrero de 1809	218
Ciudad Rodrigo. Su resistencia.....	79
Collingwood, Lord. Sus equivocaciones, al hablar del denuedo español	47
Constancia y valor español elogiados por augustos perso- nages y generales extranjeros.....	33
Constancia heroica de los españoles en medio de los re- veses.	42
Cooperacion inglesa, favorable á España	95
Cuesta, D. Gregorio. Vindicado de las injurias que le hace el Sr. Napier	301
D.	
Debilidad supuesta en los españoles en sostener la lucha.	46
Defensa del honor de España, es un deber de todos los españoles	XIII
Desavenencias de Cuesta con Wellesley.....	253
Dupont. Capitulacion con. Quien es el responsable de la falta de cumplimiento que tuvo.....	208
E.	
Elogios que la bravura española mereció á varios augus- tos personajes.....	33
Embajador inglés. Su conducta de resultas de las con- testaciones ocurridas cuando la accion de Talavera.	263
Energía de los españoles en conducir la defensa.....	48
Esfuerzos españoles é ingleses en la guerra de la inde- pendencia	94
—— De los portugueses y de los españoles.....	103
España fué el único teatro digno de la cooperacion de las armas inglesas.	58

	Fol.
España justificó la máxima de que la nacion que quiere defenderse, no puede ser conquistada.....	112
Españoles. No revelaron los planes de los ingléses al enemigo.	242
———— No fueron ingratos á los ingléses.....	233
Extremadura. Con sus tropas favoreció á Wellesley en Portugal	74
F.	
Fuerza militar con que empezó España la lucha	105
Fuerzas españolas y británicas que hicieron la guerra en España.	88
G.	
Galicia. Sus heroicidades.....	69
———— Id.....	150
———— Id.....	169
———— Se libertó por sus propios esfuerzos.....	156
Gerona. Número de valientes que perecieron en su defensa.	89
———— Sus proezas.....	69
Gran Bretaña. Sus intereses en sostener la guerra de España	102
Guerrillas. Sus servicios.	78
H.	
Heridos ingléses en Talavera. No quedaron abandonados en el campo	274
I.	
Insultos al General Wellesley desmentidos.....	271
J.	
Junot se ve apurado en Portugal por los esfuerzos españoles.	108
Junta Central. Fué leal á la causa de la legitimidad. ..	211
———— Id.....	213
———— No debió su origen á las sugestiones de Inglaterra	193
———— No debió su existencia al General Wellesley..	273

	Fol.
Juntas provinciales. No estaban dominadas por la plebe.	190
L.	
Lannes. Su enfermedad no influyó en la defensa de Zaragoza.	130
M.	
Mancha, Provincia de la. Sus servicios.	70
Ministerio inglés. Plan que llevaba en las contestaciones suscitadas en Talavera.	266
———— No influyó en la defensa de Zaragoza.	132
Motivos de disgusto que daban los inglesés á los españoles.	238
N.	
Napier. Objeto que se propone en la Historia que escribe de la Guerra de España.	x
———— Id.	xxii
———— Id.	xxiv
P.	
Palafox, D. José. Vindicado de las injurias que le hace el Sr. Napier.	310
Partidas de Guerrilla. Sus servicios.	183
———— No se compusieron todas de ladrones vagos y malhechores.	187
Payo, Puente de San. Accion en.	166
Penurias del ejército inglés en Talavera, atendidas por la central.	247
Portuguéses. Sus esfuerzos comparados con los de los españoles.	103
Prisioneros españoles en Francia: Su número.	91
Prisioneros francésés que entraron en Inglaterra.	90
Prisioneros francésés. Mal trato que recibieron en España.	201
Prisioneros inglésés eu Francia. Su número.	108
R.	
Retirada del ejército inglés á Portugal. Causas que influyeron en ella,	244

	Fol.
Retirada del ejército inglés á Portugal.....	260
——— No fué por efecto de la debilidad española...	52
Romana, Marqués de la. Conducta que tuvo con la Junta de Asturias.....	198
——— Su voto en la Junta Central.....	212
——— Id.....	216
——— No fué privado del mando por odio de la Central.....	220
——— Vindicado de la injusticia que le hace el Sr. Napier.....	307
Ronda, Serranía de. Célebre por su resistencia.....	85
S.	
San Sebastian. Sus destrozos.....	276
Somatenes de Cataluña ..	75
Sumision de Madrid al Rey intruso. No fué voluntaria.	41
T.	
Talavera. Los españoles se condujeron bien en la batalla de este nombre.....	257
——— Privaciones que se supone haber padecido el ejército inglés en ella.....	246
——— El ejército español y los vecinos de esta villa no se éntretuvieron en asesinar á los franceses heri- dos.....	275
Tamamés, Batalla de.....	79
Tarragona, Junta de. Injuriada por Napier.....	195
Tropas españolas que se pusieron á disposicion de Wel- lesley.....	268
V.	
Valencia. Sus servicios militares en la guerra.....	179
——— No recibió socorros pecuniarios de Inglaterra.	179
——— Recibió cortos auxilios militares de Inglaterra.	180
——— Sus contestaciones con la Junta Central....	173
Valor de los españoles elogiado por los ingleses.....	99
Villacañas. Su denuedo.....	70
Wellington. Su recibimiento en el Congreso de Cadiz.	280

	Fol.
Wellington peleó <i>en España, con España</i> y por España	
é Inglaterra	96
—— Id	101
Z.	
Zaragoza. Número de defensores que perecieron en ella.	89
—— Respetada por los franceses.	129
—— La dificultad de las comunicaciones no influyó en su defensa	132
—— No fué su defensa efecto de la bruta ferocidad de los Gefes	142
—— Deprimida por el Sr. Napier	117
—— Su heroica resistencia	127



INDICE
DE LOS NOMBRES DE LOS ESPAÑOLES
QUE
SE HAN DISTINGUIDO POR SUS SERVICIOS
DURANTE LA GUERRA DE ESPAÑA,
DE QUIENES
SE HACE MERITO EN ESTE TOMO,
CON EXPRESION DE LAS CLASES A QUE PERTENECIAN
CUANDO APARECIERON EN ELLA (1).

A.

	Fol.
Albuquerque, Duque de.	71
—— Id.	308
Alvarez, D. Mariano.	69
Amor.	185
Altamira, Marqués de.	214
Aulet.	31

B.

Belveder, Conde de.	66
--------------------------	----

(1) Deseoso de perpetuar los nombres de los que se han distinguido en la defensa del soberano y de la patria durante la *guerra de la independencia*, continúo el índice de los sugetos de quienes se hace mérito en esta obra. ¡Ojala que una mano mas diestra y con mayores recursos, se dedicara á completar este noble padron, en el cual interesan el honor de la nacion y de las familias á quienes han pertenecido los en él comprendidos!

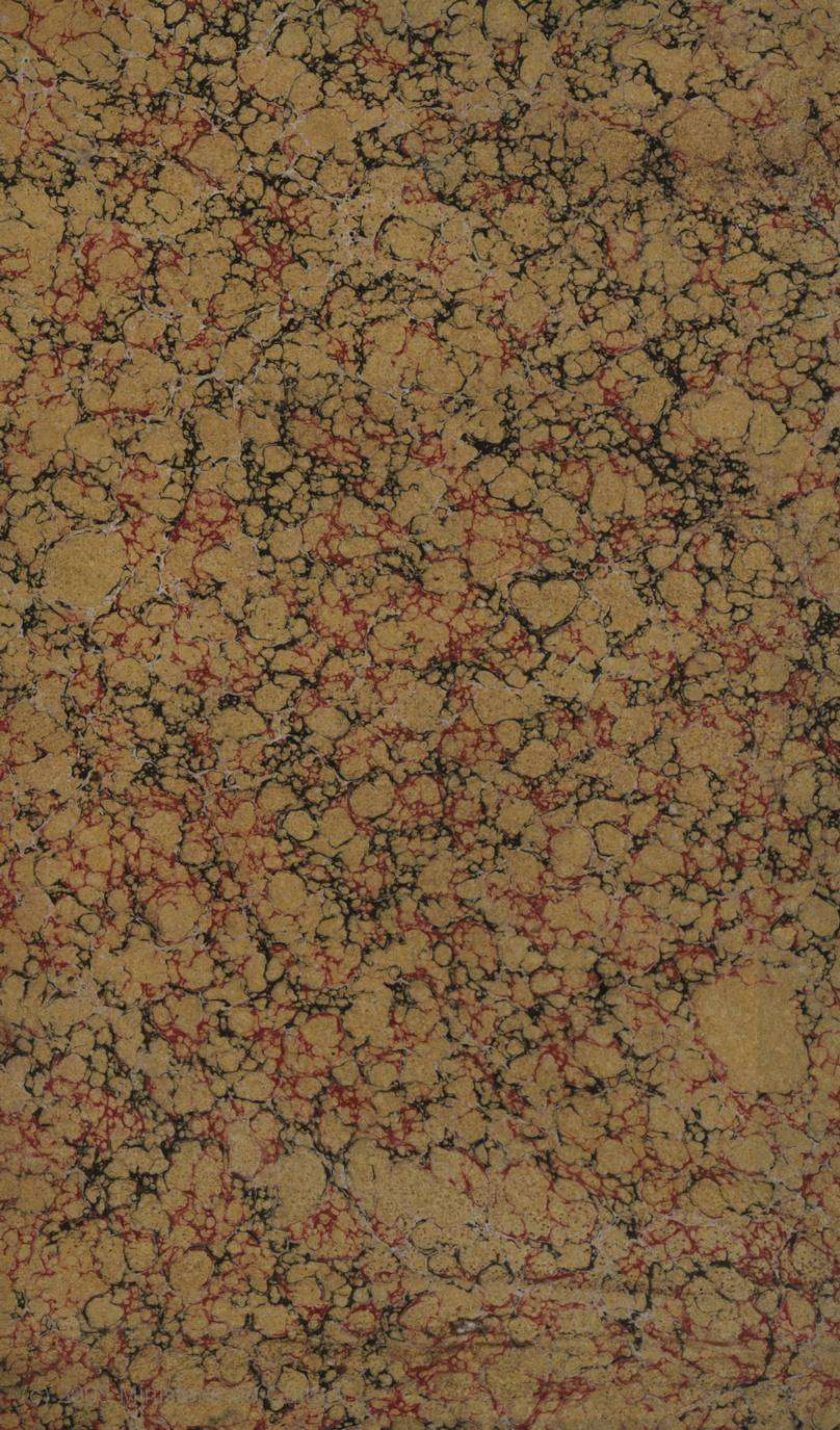
Blake, D. Joaquin	66
Boggiero, P. Basilio.	207
Bureta. Condesa de.	121
C.	
Calbo de Rozas. D. Lorenzo.....	247
—— Id.....	249
Carrera. D. Martin de la. Mariscal de Campo	164
Cuesta. D. Gregorio de la.	299
Cuevillas.	78
E.	
Eguía. D. Francisco.	248
F.	
Floridablanca, Conde de.....	214
Francisquete.....	78
Franco. D. Joaquin.....	63
—— Id. ,.....	205
G.	
Galluzo, General de las tropas de Extremadura.....	36
Garay. D. Martin.	214
Gregory Dávila, D. Casimiro.....	78
I.	
Infantado, Duque del	69
—— Id	143
J.	
Jovellanos.	198
L.	
Lazan. Marqués de.....	144
Lozano de Torres. D. Esteban.	245.
M	
Mahy. D. Nicolás.	70
—— Id.....	160
Martin. D. Juan	78
—— D. Juan.	185
Medinaceli, Duque de.....	42
Merino	78
Merino. El Cura	185

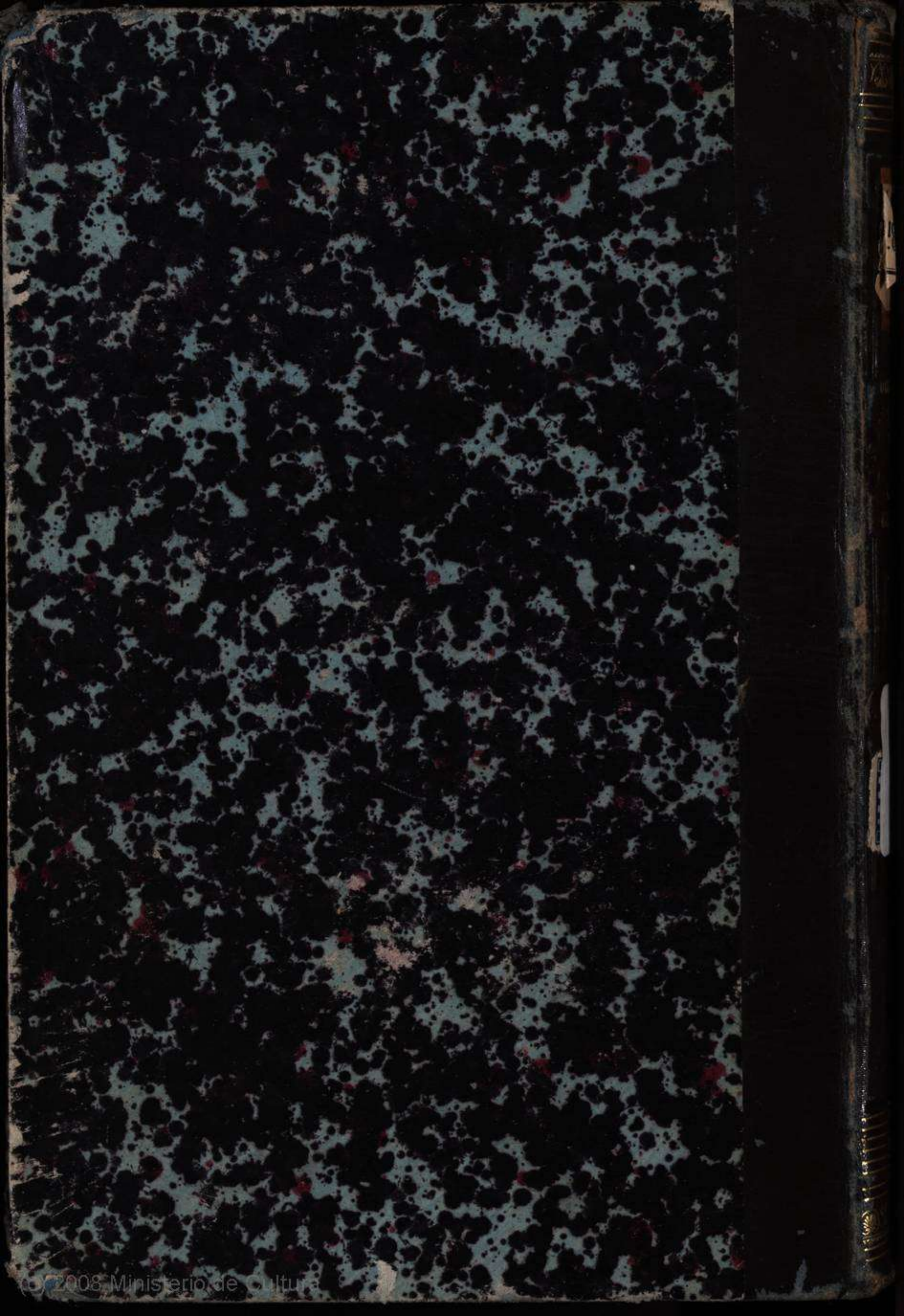
Mina, D. Francisco.....	184
Mon y Velarde.....	195
Morillo, D. Pablo.....	70
———— Id.	160
———— Id.	162
———— Id.	161
N.	
Noroña, Conde de.....	70
———— Id.....	166
———— Id.....	167
O.	
O'Donell, D. Enrique.....	79
O'Lowlor, D. José.....	245
O'llér, D. Andrés.....	196
O'Neyle, D. Juan.....	141
P.	
Palacio, Marqués del.....	196
Palarea, D. Juan.....	185
Palafox, D. Francisco.....	144
———— D. José.....	66
———— Id.....	310
Parque, Duque del.....	208
Perena.....	78
Príncipe Pio.....	214
Porlier.....	186
Pou, Doctor.....	30
Puebla, Marqués de la.....	214
R.	
Reding.....	143
Renovales.....	78
Ric, D. Pedro María.....	141
Romana, Marqués de la.....	70
———— Id.....	152
———— Id.....	159
———— Id.....	212
TOMO 2	4k

Romana, Marqués de la.....	307
Rovira.....	185
S.	
Saint March, D. Felipe.....	141
Sanchez, D. Julian.....	185
Saornil.....	185
Sarasa.....	30
—— Id.	78
Sass. Presbítero.....	207
T	
Tapia.....	78
V	
Valdés, el Bailío.....	214
Villacampa, D. Pedro. Sargento Mayor.....	78
Villel. Marqués de.....	221
U	
Ugartemendia, D. Juan.....	284

FIN DEL TOMO SEGUNDO.







4

547

OBSERVACIONES
SOBRE LA
HISTORIA
DE LA
GUERRA
DE ESPAÑA

1835
11

26

12